

A romantic couple embracing in a shower. The man is on the left, and the woman is on the right. They are both wet, with water droplets visible on their skin. The background is a soft, out-of-focus shower curtain. The overall mood is intimate and sensual.

L. Rodriguez

QUÉ SERÁ DE

Nosotros

Existen reglas en el camino del amor,
pero la traición no es una de ellas.

QUÉ
SERÁ
DE NOSOTROS

L. Rodriguez

QUÉ SERÁ DE NOSOTROSaz

Copyright © L. Rodriguez

Primera edición 2018

Revisión: Mayca Hasse

Diseño de portada: Isa Quintín

Edición: Bee Lugo, Luz Hernández, Liliana Gama, Isaura Tapiá

ISBN-13: 978-1721218424

ISBN-10: 1721218424

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

Hay amigos que llevan a la ruina, y hay amigos más fieles que un hermano.

Proverbios 18:24

Estas son algunas de las canciones que me inspiraron mientras escribía

Qué Será De Nosotros

The greatest – Sia

HandClap – Fitz and Tantrums

Felices los 4 – Maluma ft. Marc Anthony

Alarm – Anne-Marie

Me rehúso – Danny Ocean

Escápate conmigo – Wisin ft. Ozuna

Hey DJ – CNCO

Heavy – Linkin Park ft. Kiiara

Thinking Out Loud – Ed Sheeran.

Prólogo

La mañana siguiente, me levanto muy temprano, tengo planeado comenzar a buscar un nuevo empleo. Luz me comentó, hace unos días, que van a necesitar ayuda en el restaurante; una de las anfitrionas está embarazada y dejará su puesto en unas semanas. Sinceramente, no me entusiasma en lo más mínimo, y

no por el puesto, sino porque no quiero saber nada de la familia Moya, aunque bueno, su abuelo siempre ha sido una persona muy linda y amable; sin embargo, esta oportunidad está fuera de lugar. Es ridículo dejar de trabajar con la hermana para ir a correr con el abuelo, es un NO definitivo, pero mi mejor amiga me hizo prometer que pasaría hoy para saludarla.

Tengo pensado ir a comprar el periódico, tomarme un café cerca de la plaza y comenzar mi búsqueda. Tomo del buró mi carpeta con varios currículos listos para entregar y salgo rumbo al estacionamiento de nuestro edificio. Aunque es algo perturbador, me dieron ganas de manejar el carro de Mario, y decido que después de estas dos semanas es tiempo de prender ese hermoso cachorro.

Sé manejar, sin embargo, me siento muy nerviosa, pues todo aquí es nuevo para mí. Pero tengo que reconocer que día a día comienzo a sentirme más familiarizada con las calles de la ciudad, y más por las que camino o viajo con regularidad.

Me encuentro sentada en el exquisito *Audi*; después de inspeccionarlo paso a paso, y rincón por rincón, llego a varias conclusiones. La primera que pasa por mi mente es que es rentado, porque no encuentro indicios que me digan que él es el dueño, no tiene artículos personales en la guantera, esa es mi primera observación. Después de inspeccionar el interior, salgo del coche para verificar la cajuela, me entra la curiosidad... ¿Qué puede tener ahí guardado? Confieso que al abrirla lo hago muy lentamente, pensando que quizás puedo encontrar el cuerpo de alguien muerto, y yo manejando tan tranquila sin estar enterada. ¡Lo sé! Cuento con mucha imaginación, pero son las consecuencias de ser una lectora compulsiva, pues el drama y el suspenso viven conmigo. Aparte, a estas alturas de la vida, puedo creerlo todo de Mario Arizmendi, no obstante, al final, soy sorprendida con una cajuela vacía y totalmente limpia; quizás lo único que pasa es que lo acaba de comprar.

Acomodo el asiento y los espejos a mi medida, pero me veo fascinada con mi debilidad por los tableros inteligentes y sofisticados, eso es lo que más me gusta de un automóvil. Soy como una niña chiquita que quiere investigar y picarle a todo para aprender cuál es la función de cada uno de esos botones, y este que tengo enfrente es impresionante.

Primero, me concentro en escribir correctamente la dirección de mi destino; antes de moverme, conecto mi teléfono, lo sincronizo y, cuando ya

está listo, pongo música. Esta vez, me decido por una estación local, empieza una canción nueva de Juanes y una chica que no reconozco, pero con seguridad la bajaré para tenerla en mi móvil. El ritmo es pegajoso y el toque de los cantantes al unísono es insuperable. «Amárrame es la canción del momento, no hay duda».

Es absolutamente agradable escuchar música mientras manejo, la mayoría de las veces escojo baladas, las cuales suelen tranquilizarme y ponerme de muy buen humor, aunque sean tristes, de esas que hablan de engaños y desamor. La música es como mi café, es el medicamento que necesito tomar cada mañana para poder comenzar bien mi día.

Voy verificando en la pantalla del GPS el café que escogí. Manejo precavida hasta llegar a mi próximo lugar favorito, pues con solo mirarlo desde la ventana del coche, sé que me encantará; tiene una apariencia contemporánea, totalmente de la vieja escuela, y eso me encanta. Es una cafetería muy pintoresca, tiene pequeñas mesitas redondas afuera, al aire libre, bajo grandes árboles repletos de flores rosas bellísimas que enamoran a cualquiera, le dan un toque muy bonito y acogedor. Me estaciono en un lugar libre a la orilla de la calle, así que me toca caminar por unos cuantos locales hasta llegar a mi destino.

Una joven, con su bonito gafete anunciando que se llama Alejandra, me atiende en el mostrador.

—Hola, señorita. Buenos días, ¿qué le preparamos?

—Hola, Alejandra. Es la primera vez que los visito, ¿qué me recomiendas?

—¿Qué le parece un café latte con una rica magdalena? Son caseras y hechas hoy, toda una delicia.

Se me antoja, mi apetito súbitamente está de regreso, y debo iniciar el día con un buen desayuno, tengo mucho por hacer.

Le sonrío y acepto.

—¡Vale, suena delicioso!

Después de pagar, busco una mesa al aire libre, prendo mi celular y me pongo a borrar alertas de e-mails, redes sociales y mensajes acumulados de WhatsApp, y espero mi pedido tranquila, mientras divago en el grupo de

lectura.

Un señor mayor, cordialmente, trae mi orden; cuando amablemente la pone en mi mesa, veo impresionada ese aromático latte junto a la magdalena cuidadosamente servida enfrente de mí. Automáticamente tomo mi teléfono, abro la aplicación de Instagram, le tomo una foto y la publico, etiquetando el lugar donde me encuentro. Se ve tan rico y huele todavía mejor, que fue una necesidad divulgarlo en una red social para recordar esta cafetería.

Empiezo a comer y volteo a ver a los demás comensales. Estoy disfrutando de este magnífico bollo cuando veo un periódico olvidado en una mesa vacía a mi derecha, me levanto y lo tomo. Regreso a mi asiento y lo hojeo, buscando algo en lo que pueda aplicar esta vez. Me concentro en la tarea, pero me distrae mi celular que comienza a sonar; leo en la pantalla el nombre de Mario, así que lo dejo timbrar, hasta que después de varios intentos, se calla. Pasan unos minutos y llama de nuevo, repitiendo la operación varias veces.

Mario: ¿Por qué no me contestas?

Delhy: Estoy en el trabajo, no puedo hablar.

Mario: Jajaja ¿Por qué me mientes?

Leo su mensaje, pero no le contesto, pongo el teléfono a un lado y me entretengo en las noticias de los famosos. Mientras disfruto de mi rico desayuno, como hace tiempo no hacía, alguien se sienta en mi mesa y levanto la mirada para observar por arriba del periódico quién es.

—¡Hola, Diosa! —Un despreocupado Mario está frente a mí, recién bañado, vistiendo ropa casual y elegante al mismo tiempo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto enfadada.

—Vine a comprar un café, ¿y tú? —responde jocoso.

—¿Cómo me encontraste? —Indago, sospechando algo.

—GPS. Llegué de correr y me ganó la curiosidad por saber si el coche había tenido más suerte que yo, y bingo, a él sí lo sacaste a pasear. Por lo que, al ver que estabas aquí, no lo pensé dos veces, aunque tuve que deambular un

poco para averiguar dónde te encontrabas exactamente; de hecho, por un instante, pensé que servías café —Levanta la ceja señalando a la mesera—. ¿Qué haces? —Agrega curioso.

—¿No es obvio? —Señalo con mis manos mi desayuno.

Él descaradamente se estira, toma mi magdalena mordida, se la lleva a la boca y la devora sin ningún remordimiento. Yo he pasado como veinte minutos dándole pequeñas mordidas, y pensando en todas las calorías que estoy consumiendo, mientras este hombre, sin pena alguna, se la come sin preocupación. Esto realmente es muy injusto, pienso en silencio.

—Siempre tan a la defensiva.

—Nadie dijo que trataba de ser amable el día de hoy.

—¿Buscas trabajo? —Levanta el periódico y se concentra en los cuadritos que tengo encerrados.

—Sí, ese es el plan.

—¡Te ofrezco trabajo! —Se estira perezosamente en su silla.

Con su nueva postura, la camisa desfajada se corre hacia arriba y deja ver un pedazo de piel de su abdomen y cadera; sus músculos se contraen y yo dejo de respirar, no entiendo por qué él, algunas veces, me llama tanto la atención, esto solo me pasa a mí.

Comienzo a reírme fingidamente.

—Espera, espera... —Me agarro el estómago, haciendo mi mejor actuación—. Déjame adivinar: ¡de Diosa sexual!

Se acomoda en su asiento de nuevo y cruza los brazos detrás de su nuca, con sus largas piernas estiradas.

—Bueno, no era lo que estaba pensando, pero ya que lo sacas a colación, no suena mal —Se pasa una mano por la barbilla, en señal pensativa, tocando la ligera barba que se deja apreciar—. No, Delhy, ese definitivamente no es un trabajo. Pero, ¿sabes qué? tampoco es una mala idea. —Confirma serio.

Cierro el periódico, le doy un gran trago a mi café antes de que Mario decida tomárselo, y, cuando estoy a punto de mandarlo al demonio, me gana la curiosidad por saber más del tema. Yo solo conozco la versión que me dio

Santiago y, en estos momentos, ya no creo nada de lo que me haya dicho ese cabrón, así que pregunto muy seria:

—Oye, Mario... —Me acerco un poco más a la mesa, como si le fuera a confiar un secreto privado.

—¿Sí, Diosa? Dime. —Me observa precavido.

—Explícame todo sobre el tema de las Diosas.

Me mira con cara sorprendida, realmente lo tomé desprevenido, no se imaginaba que tuviera curiosidad sobre ello. Meditando su respuesta, se acerca mucho a mí y, cuando pienso que me lo va a contar, se roba mi taza, se vuelve a su silla, se recarga y le da un trago grande a mi café, terminándose de un tirón. Relamiéndose los labios, pregunta:

—¿Explicarte? —Finge desinterés.

—Sí. Déjate de rodeos, Arizmendi, y cuéntame.

—No, Diosa, tengo una mejor idea —Deja la taza de mi café vacía en la mesa—. ¿Qué tal si mejor tú me acompañas a la siguiente gala? Así lo verás todo en primera fila.

—¡Estás loco! Nunca pienso poner un pie en un evento de esos. ¡Son una bola de pervertidos!

—Nunca digas “Nunca” —Con sus dedos hace señal de comillas—. Y deja de ser tan aburrida y mojigata. Por favor recuerda, Delhy: ¡Vive la vida! ¡Solo tenemos una, hay que disfrutarla, mujer! —Se levanta inesperadamente después de recibir un mensaje de texto, se acerca a mí y me da dos besos en las mejillas—. Bueno, hermosa, me retiro, mis deberes me reclaman.

—¡Mario, espera! —Rápidamente tomo mi bolsa junto con el periódico, y me paro para seguirlo—. Llévame a casa para que recojas tu carro, ya no lo necesito.

—¿Entonces ya vamos a ir a comprar el tuyo?

Bufo por lo bajo.

—¡Bueno sería! ¿Qué parte de no tengo trabajo no entiendes?

—¡Ah, eso! No me dejaste terminar, necesito una chica que lleve mi agenda.

Vamos platicando mientras caminamos por la banqueta. Me río, pero esta vez mi risa es sincera.

—Estás abriendo una posición de trabajo solo para emplearme, ¿verdad?

—Si así fuera, ¿lo aceptarías?

—No, gracias. Ya encontraré algo.

Nos paramos a un lado del coche, quito la alarma y abro la puerta.

—¿Seguro que no me quieres llevar?

—Seguro, Diosa. Vete con cuidado. Y si cambias de opinión, ya tienes trabajo.

Al subirme, me cierra la puerta mientras me abrocho el cinturón de seguridad. Me despido con la mano, pero me pide que baje el vidrio señalando la ventana.

—¿Ahora qué quieres?

—Piénsalo bien, Delhy. Ven conmigo a la siguiente gala, ¿qué dices?

—Vamos a dejarlo claro: pretendes que confíe en ti, ¿por qué? ¿Vas a raptarme de nuevo? —interrogo exagerada.

—¡Coño, Delhy! Eso fue ¿qué? ¿hace casi ya un mes? ¡Discúlpame! ¿Quieres que te lo firme por escrito? Vamos, por favor, no dices que quieres saber de qué se trata.

—¡No! Qué miedo, me lo imagino como esos lugares donde todos se acuestan con todos. ¡Estás loco! —Me acuerdo de *Pídeme lo que Quieras* y las loqueras en las que se metían esos peculiares personajes.

—Para nada, Delhy, es solo una cena con baile, no existe nada de sexo esa noche; bueno, no en la fiesta. No es como te lo imaginas, terminaría encantándote todo. Avísame si te decides, tienes mi número. —Me avienta un beso y se va.

Decido que se jodió el día, las ganas de buscar trabajo huyeron de mí. Considero mandarle un mensaje a Luz para decirle que voy para el restaurante, pero si le aviso que voy, se va a poner a cocinar y, la verdad, ahora estoy más que satisfecha, así que mejor decido llegarle de sorpresa.

Prendo el coche y pongo música. El camino se me hace corto. Entro en el

estacionamiento subterráneo, aparco y me bajo con mucho cuidado del carro. La ropa que me puse hoy era con la esperanza de encontrar trabajo: una falda de tubo recta muy pegadita al cuerpo que delinea mi figura a la perfección, es blanca con rayitas negras; la blusa es negra, de un solo hombro, y con un bonito olán en la parte de arriba. Decidí que necesitaba un gran toque y me fui directo por unos de mis tacones preferidos, que son extremadamente altos y de un hermoso color rojo brillante.

Tomo mi bolsa, veo mi reloj de mano y me doy cuenta de que ya es mediodía. Espero que mi amiga no tenga tanto trabajo. Aunque me estoy arrepintiendo de llegar por sorpresa, y más a esta hora de la comida, presiento que todo esto es una mala idea, la pobre va a estar esquizofrénica en la cocina.

Entro al ascensor para dirigirme a la calle principal del famoso restaurante, las puertas empiezan a cerrarse cuando, de repente, alguien mete la mano por la abertura para evitar que estas se cierren. Cuando veo el reloj de pulsera, el tiempo se para de inmediato, sé por instinto quién es, y me pongo muy nerviosa. Mi vientre se contrae ante su descarada encrucijada o ante esta pésima casualidad.

Al abrirse por completo el elevador, entra el guapísimo, seguro y todo prepotente senador Moya, quien me mira con sorpresa, pero se recompone en segundos. Me observa de arriba hacia abajo y me quedo pasmada ante su mirada hostil, mientras él transmite poderío y personalidad. Deja su colonia exquisita impregnarse en todo el lugar. De tenerlo a tan solo unos cuantos pasos, me siento perturbada. Repentinamente, corta la distancia y se mueve más cerca de mí. Todavía contagiada por lo que me hace sentir, lo miro sin poder creer que, después de estas semanas, nos hayamos topado de esta manera.

Estoy por bajar mis altos muros, cuando recuerdo que es todo un donjuán. Sus facciones me confirman que esto es una casualidad, porque está igual de sorprendido que yo al encontrarme aquí. Mis sensaciones cambian al instante, mientras recorro con los ojos su candente y exquisito cuerpo a tan corta distancia. Nuestras miradas se cruzan y somos fuego derritiendo todo a nuestro alrededor. Me percató que también él siente lo mismo porque... ¡Oh, Dios! ¡Está excitado! Su enorme bulto se deja apreciar a través del fino pantalón de vestir gris. Se muerde lentamente el labio inferior mirando mi boca, y yo dejo de respirar.

Su imponente presencia envuelta en ese traje es electrizante, sería imposible oponerse a cualquiera de sus órdenes. No tengo tiempo para reaccionar, pues repentinamente me empotra contra una pared del ascensor. Busca el botón de emergencia tanteando el teclado, hasta que lo encuentra y lo aplasta, y nos detenemos mientras él se concentra en besar mi cuello rudamente; recorre con sus largos dedos mis labios, y yo, instintivamente, se los muerdo, llena de deseo desenfrenado por el hombre que se restriega en mi pierna, provocando que me pegue a él y busque algo más de contacto.

Muerde mi oreja y se me escapa un suspiro comprometedor, me muerdo el labio, temiendo que pueda delatarme con algún comentario fuera de lugar. Su sensual aroma me eleva en segundos, mi excitación está por las nubes. Se va directo a mi boca, me castiga chupando fuerte mi labio inferior y poniendo una presión inhumana que me hace flaquear. Su arrebató me tiene hechizada, hasta que se rompe mi frenesí cuando murmura en mi oído:

—¿Por qué diablos haces esto? —Suspira pesadamente en mi cuello y, por un momento, se detiene—. Me vas a obligar a dejarte, pequeña. Me vas a forzar a odiarte.

¿Qué, qué?

Mi cerebro colapsa y se va en picada, sin embargo, en segundos, se reanima. Su mano busca la entrada de mi falda, pero es muy larga y pegada al cuerpo para que pueda tener acceso y alcance a moverla. Desplaza su cara, rozando su nariz en mi piel, viene directo a besarme de nuevo, siento sus labios rozar mis mejillas, pero yo ya no estoy en sintonía sexual; si lo dejo seguir, me confirmo a mí misma que siempre estaré a su merced. Su erección se encaja en mi cadera y me rejunta hacia ella aún más fuerte, torturándome. Lo empujo, tomándolo desprevenido. No puedo creer que otra vez estuve a punto de caer.

—¡¿Obligarte a dejarme?! —Me lleno de rabia—. ¡Reacciona, Santiago! ¡Yo ya te dejé a ti! —Le digo con desprecio.

Con cara de incredulidad, limpia las comisuras de sus labios, da un paso hacia atrás, se sostiene de los pasamanos y me mira fijamente. Está hecho una fiera, se debate entre echarme la bronca o seguir seduciéndome. Yo ruego porque deje salir al bastardo hijo de puta que es, necesitamos terminar esto de una vez por todas, porque creo que la última vez no lo dejamos claro. Es hora

de que se vaya todo al demonio, pero esta vez me lo traigo conmigo al infierno.

Sigue con su mirada fija en mi cara y, de pronto, me ensarta un puñal que no veo venir.

—Perfecto. Si así lo quieres, no te vuelvo a buscar —Su tono cambia completamente, se vuelve frío y cruel—. Venga, tía, que yo quería que la siguiéramos pasando bien. Ya sabes, por un poco más de tiempo, pero no hay resentimientos, el mundo está lleno de mujeres... —Se detiene y me mira de arriba a abajo—, así como tú. Total, no pasa nada, Delhy. Gracias por calentar mi cama esta temporada. —Se da media vuelta y aplasta el botón de nuevo.

En shock ante eso, me quedo sin palabras. Solo puedo ver su ancha espalda. Esperamos en silencio a que el elevador llegue a su destino. El corto viaje que nos lleva a la avenida principal me parece una eternidad; trabajo en mi autocontrol para no desmoronarme, ruego y ruego por no derrumbarme, e internamente hablo conmigo misma: «¡No seas estúpida, Delhy! Llevas tantas semanas sufriendo por él, llorando por los rincones, y míralo cómo se encuentra tan fresco cual lechuga. ¡Ya es suficiente!».

Cuando se abre la puerta, me apresuro a salir delante de él, y no sé de dónde saco valor, se me va la lengua únicamente buscando un propósito que tengo en la cabeza: hacerlo rabiar. Conozco a Santiago y, aunque no me ame, él jamás me compartiría, y menos al confirmarme que quería seguir conmigo por más tiempo. Así que le devuelvo la moneda.

—¡Nos vemos en la siguiente gala, senador!

Con paso acelerado, me mezclo entre la gente que trata de subir al ascensor. Camino y camino para perderme entre los peatones. Me paro en seco cuando me doy cuenta que he dejado atrás, por un par de cuadras, el restaurante. Y, por obvias razones, no puedo regresar, él debe de ir para allá. Lo más probable es que vaya a ver a su abuelo y por eso nos encontramos casualmente en el elevador. Automáticamente, camino de regreso al estacionamiento subterráneo, aunque por una vía diferente.

Me subo al *Audi* de Mario y no sé qué hacer. Las manos me tiemblan y siento que me falta el aire.

—¡¡¡No, no de nuevo!!! ¡Vamos, Delhy, no llores, es un pendejo que no merece tus lágrimas!

Hago el asiento totalmente hacia atrás, me recuesto en posición fetal y trato de concentrarme en algo que no sea Santiago, pero fallo trágicamente. Me duele, me lastima, me quema el alma por dentro... Sus palabras fueron atroces. No quiero sentirme así, me siento usada, traicionada de la peor manera; él sabía que me estaba encariñando, que mis sentimientos sí eran sinceros...

Deseo dormir por días sin tener que darle ninguna explicación a nadie. Mi corazón se contrae y lucha por mantenerse unido. Me pierdo recostada, se me va el tiempo hecha bolita pensando qué hacer esta vez, no quiero ir a buscar a Luz, me bombardeará con más preguntas si vuelve a verme en este lamentable estado de mierda. No puedo volver a caer en ese hoyo de nuevo, no me lo voy a permitir. ¡No lo vas a lograr, maldito bastardo!

Busco apresuradamente mi teléfono y marco el número de la única persona que conozco capaz de ayudarme a destruir al senador Moya. Solamente hacen falta tres timbres para que me conteste en su manera tan peculiar, pero esta vez me da risa escuchar mi apodo, y no me da miedo aventarme al precipicio ni danzar con los leones, porque esta vez, voy en serio con tal de destruirlo.

— Prepáralo todo, iré contigo...

Capítulo 1

Cuelgo la llamada y me recompongo, pienso que lo mejor es despejar la mente y decido irme directo al centro comercial. Cuando me doy cuenta, paseo cómodamente con un montón de bolsas. Me he comprado ropa deportiva. Tengo que confesar que nunca pensé verme de tiendas, exclusivamente, para ropa deportiva. Y mucho menos para asistir al gimnasio, pero este es mi nuevo plan. Encontré también unos tenis diseñados para correr, una mochila para llevar lo necesario y, lo mejor, todo con un magnífico precio de liquidación.

Reviso mi teléfono y me doy cuenta de que son ya más de las tres de la tarde; el tiempo se me ha pasado volando, así que decido mandarle un mensaje de texto a Luz para explicarle mi ausencia.

Delhy: ¡Hola, guapa!

Luz: ¡Hey! ¿Dónde estás? ¿Ya vienes en camino?

Delhy: Sorry, hermana, se me complicó. Me encuentro ahora mismo en el centro comercial, voy saliendo. ¿A qué hora terminas de trabajar?

Luz: 20:00

Delhy: Vale, ¡me encargo de la cena esta noche!

Luz: ¿Quién eres tú?

Delhy: ¡Boba! Te veo en casa. ¡Besosss!

Subo al coche y, ya acomodada con cinturón de seguridad puesto, saco de mi bolsa el celular para planificar algo totalmente diferente. Me entraron unas ganas tremendas de inscribirme en un gimnasio, por eso vine primero a comprarme lo necesario y, al mismo tiempo, para darle a Jacobo oportunidad a que despierte. Con él, se puede contar para lo que sea, pero tiene que ser estrictamente después de mediodía, pues mientras no tenga ningún vuelo, ese

hombre literalmente es el dios del sueño, nadie ni nada tiene el poder de levantarlo temprano en sus días libres, salvo una verdadera emergencia.

Mi plan fue venir, adelantarme a comprar ropa y ya después recurrir a Jacobo, pues él puede guiarme en todo esto de la membresía. Honestamente, no quiero ir sola, así que sin perder el tiempo me decido y le marco.

—¿Diga? —contesta después de varios timbres.

—¡Hola, guapo!

—¡Hola, preciosa! ¿A qué debo esta bonita sorpresa?

—Jacobo, tengo dos preguntas para ti. —Le suelto.

—Ya decía yo que necesitabas algún favor. No nada más porque sí, una chica linda me llama tan temprano —Me contesta bromeando—. Venga, dispara, ¿para qué soy bueno?

—¿Tienes vuelo esta tarde?

—No, salgo hasta mañana en la noche. ¿En qué te puedo ayudar?

—Quiero inscribirme en el *gym* al que asistes, pero... no quiero ir sola, ¿me acompañas?

—¿Ahora?

Escucho cómo se remueve en el asiento, y me percato de que, a lo lejos, se escucha el sonido de un videojuego que no tuvo la cortesía de poner en pausa para contestarme. «Ufff, en fin, ¡hombres!».

Me desespero al instante, siempre medito mucho para pedir un favor y, cuando lo pido, espero una respuesta directa, no importa si es una negativa, solo necesito un sí o un no, es todo lo que pido.

—Olvídalo, Jacobo. Gracias. —Le espeto con muy poquita paciencia.

—¡Delhy, espera, no cuelgues! ¿Dónde estás?

—Saliendo del centro comercial. Estaré llegando a casa como en unos cuarenta y cinco minutos más o menos.

—Estaré listo. Llámame cuando estés llegando y yo bajo para ir contigo.

—¡Eres el mejor! —Le aviento un beso mientras él se ríe y cuelga.

Me inspiro como de costumbre, escuchando música mientras conduzco a casa. Este cachorro cada día me gusta más, estoy pensando en financiarme uno igualito; tantos cambios que voy a realizar comenzando con este: «Bienvenida, renovada Delhy. Al diablo el maldito senador».

Paro en la luz roja de un semáforo y aprovecho, toco rápido el teclado y le marco a Mario, necesito más información de la dichosa gala. No estaba totalmente cuerda cuando le marqué hace unas cuantas horas atrás, no estoy cambiando de opinión, pero necesito dejar todo claro. Suena varias veces y nada, me manda al buzón de mensaje, pero cuelgo antes de dejar alguno.

Llego al edificio y le llamo a Jacobo, quien se tarda una eternidad en salir, hasta que al final lo veo guapísimo, con una mochila gigantesca colgada del brazo. Llego al *Audi* y mete la cabeza por la ventanilla abierta.

—¡*Wow*, Delhy, pero qué coche!

—¿Y esa maleta? —contesto con una pregunta, ignorando por completo su comentario.

—¿No me dijiste que vamos al *gym*?

—Claro, a inscribirme, no a que me des mi primera sesión, Mr. Entrenador —respondo burlesca.

—¿Acaso tú crees que yo voy a pisar el gimnasio solo para acompañarte? Estás muy mal, señorita —Se carcajea mientras sube al carro, voltea hacia atrás, ve mis bolsas y procede a esculcar en ellas—. Perfecto, Bee, es todo lo que necesitas para comenzar hoy.

Empiezo a arrepentirme de haberlo invitado. Le pido que ponga la dirección en el GPS. Cuando llegamos al lugar, una chica alta y atlética nos da un tour por el establecimiento, dice que debo verlo todo antes de decidir cualquier cosa. Las instalaciones son estupendas, además, cuentan con muchísimas clases que van desde zumba, *spinning*, yoga, hasta miles de chulerías para ricachones como natación, *botcamp*, *kickboxing* y más. Al final, termino pagando una membresía por seis meses, que hace que me duela en lo más profundo de mi bolsillo. No cabe duda, tengo que encontrar trabajo si quiero seguir mis sueños, que serían manejar, en un futuro cercano, un bonito *Audi* de lujo igual al que me prestó Mario y seguir costeándome este gimnasio “pipiris nice” al que viene Mr. ABC.

Tomo mi tarjeta de miembro y, mientras la guardo en mi bolsa, estoy a punto de decirle a Jacobo que estamos listos para irnos, cuando veo que él tiene otros planes para nosotros. Me arrastra a los vestidores, toma sonriente el camino del de los hombres y a mí no me queda más opción que seguir desganada a cambiarme también.

Me quito mis prendas, me cambio la ropa interior por una deportiva, me pongo un sujetador de esos que dejan las bubis impresionantemente grandes y firmes; me subo los pantalones cortos de licra negros que acabo de comprar junto con una blusa a juego de tirantes morados, me recojo el pelo en una pequeña coleta que queda corta, pero que se ve muy pícara cuando camino, se balancea con vida propia, me hace sentir coqueta y juvenil; me amarro los tenis y me doy un repaso en el espejo, estoy algo maquillada, lo cual me hace sentir un poco fuera de lugar, pero al caminar por el pasillo para encontrarme con Jacobo veo a muchas chicas mucho más maquilladas que yo, tanto que ni parece que vienen a hacer ejercicio. Todas muy guapas que parecen listas para una pasarela deportiva, con sus pants y chaquetas combinadas, con pelo planchado o en coletas largas, y maquillaje perfectamente retocado.

«¡Wow! Santo calor, ¿cómo pueden estar haciendo ejercicio con el pelo suelto?», es lo primero que me pasa por la cabeza. Me río mentalmente porque, si no fuera porque encontré estas prendas con descuento, prometo que estaría ahora mismo vistiendo una de mis playeras simples y un pants deportivo sin ningún encanto en especial. «Lo siento, Delhy, necesitas ir a comprar más ropa deportiva, exclusivamente para venir a este lugar tan pijo», me dice mi yo ególatra.

Cuando llego al área del centro, veo a Jacobo a lo lejos que viste una playera blanca sin mangas y un short deportivo negro con sus tenis *Nike*, se encuentra recargado al lado de las puertas de vidrio del cuarto de máquinas. Alrededor de él, están unas rubias de bote, totalmente plásticas y huecas, lo detecto cuanto más me acerco. La forma en que se mueven tratando de llamar su atención, y cómo no paran de gesticular para tocar a mi guapo amigo, me causa tanta gracia que me incita a jugarles una broma.

—¡Perrito, ya estoy lista! —Le suelto con voz coqueta al llegar a su lado.

Las rubias voltean como si fueran las niñas del exorcista, solo les falta escupir espuma; me río mentalmente y la cara de Jacobo es de lo más divertida. Sin embargo, no me contesta, se ha quedado perplejo ante mi

osadía. Sin perder el tiempo, lo tomo del brazo, pido permiso a las lagartonas y me lo robo sutilmente, dirigiéndonos al interior.

—¿Qué fue eso? —pregunta observándome sorprendido.

—No sé, solo me dieron ganas de molestarlas.

—¡Eres terrible, Bee!

—¿Bee? —Lo miro confundida.

—Sí, eres tan pequeñita pero tan tremenda que cuando te veo me imagino a una abejita *bzzz* —explica, haciendo el sonido de una abeja.

Nos la pasamos haciendo cardio. Él corre y corre, con esas largas y firmes piernas que tiene. Volteo a verlo y me doy cuenta de que se ha quitado la camisa, y es ahora que comprendo la razón de tener a todo este montón de chicas embobadas en la fila de enfrente. Tenemos a todos viendo en nuestra dirección. Descarté mil veces que siguiéramos haciendo algo más, todavía tengo que parar a comprar la cena y Luz estará llegando alrededor de las nueve de la noche.

Después de bañarnos y cambiarnos en el *gym*, pasamos a comprar comida en un lugar que ya hemos visitado con anterioridad, es saludable y perfecto para terminar el día. Al llegar al restaurante, somos recibidos por un gran anuncio en letras verdes: “*Siempre natural*”. Pedimos tres combos club sándwich de ensalada de pollo con vegetales, una ensalada de frutas y sus respectivas aguas naturales para llevar. Este cuerpo no puede aceptar nada más de cenar después de tan buena sesión de cardio.

Ya en casa, y cenados, Jacobo nos acompaña hasta altas horas de la noche viendo *Netflix*. Hasta que, por fin, después de un rato, entiende la indirecta de que no se quedará a dormir. Es hora de que hable con mi amiga, he tomado una decisión y necesito de su apoyo.

—Luz, sé que es tarde, pero necesito platicar contigo —anuncio, desde la puerta de su recámara, que se encuentra abierta de par en par.

—Pasa, nena —contesta, dando unos golpecitos a la cama.

Me siento a su lado, mientras observo cómo se pone su crema hidratante en la cara y prosigue con sus manos.

—¿Qué pasa? ¿Todo mejor? —Me invita a seguir con la conversación al

notar que me quedo callada.

—Digamos que sí —Me miro las manos, no sé por dónde comenzar—. Luz, lo que tengo que decir es muy delicado; pero, por favor, no quiero ningún consejo, solo necesito que me escuches y apoyes en la decisión que he tomado.

—Claro, cariño. Cuéntame... —Me mira reacia, pero acepta.

Mientras ella me escucha en silencio, le platico sobre las fotos que vi de Santiago con otras mujeres, acepto que tengo mis dudas, quizás solo fue una estrategia de Mario para acercarme a su sociedad, pero después del encuentro de esta tarde con Santiago, me cuestiono por qué motivo tan ruin hieres a alguien que según amas, eso es lo que no puedo perdonar. Es algo que me hiere y me incita a lastimarlo.

Me limito a contarle solo eso; aún no estoy preparada para platicarle sobre el encierro al que fui sometida. Al decirle, se opondrá rotundamente a mi relación con Mario y eso me hará volver a considerar mi nuevo plan.

Tengo muy clara mi relación con Arizmendi; él es únicamente mi herramienta, la que necesito para saber qué sucede en la vida de Santiago, cómo se desenvuelve y en qué están metidos. Sin embargo, nunca voy a perdonar lo que me hizo; pero, por el momento, lo necesito a mi lado, solo él puede llevarme hasta el distinguido senador y hacerlo pagar por este sufrimiento que me desgarró el alma.

—No lo creo, Delhy. ¿Estás segura? Se veía tan cambiado, tan amoroso contigo.

—Te confieso que al principio no lo podía creer. Todavía, después de saberlo, discutimos en su casa y pensé que no era capaz de tal bajeza, pero después de todo este tiempo, no ha venido a buscarme ni me ha llamado, mucho menos ha tratado de averiguar cuál es la razón de mi distanciamiento.

—Hermana, eso es muy extraño.

—No, Luz, no lo es... —Se me queda viendo, esperando que continúe—. Hoy, él mismo me lo confirmó. Me lo dijo en mi propia cara. ¿Puedes creerlo? ¡El pendejo me lo dijo en mi propia cara! —Me río incrédula de tal humillación—. ¡Toda esa mierda es verdad!

—¿Cómo que te lo confirmó? —pregunta sorprendida.

—Porque esta tarde me lo encontré...

—¿Qué?! —Me interrumpe.

—Sí, hoy iba a darte una sorpresa. Fui al restaurante y me lo topé. Tuvimos un intercambio de palabras y, como me negué a seguir con él, me restregó en la cara que solo había sido una mujer más que le calentó la cama. ¿Puedes creerlo?

—¿Será gilipollas! —Mi amiga se levanta de la cama—. ¿Eso te dijo el idiota?!

—Sí, pero ven para acá —hablo bajo.

Estiro mi mano en su dirección, ella la toma y, despacio, la dirijo para que se siente a mi lado. Nos quedamos en silencio por un buen rato reflexionando, hasta que me cuestiona:

—Bebé, ¿qué piensas? —Se recarga en mi hombro.

Respiro profundo y dejo salir el aire muy lentamente.

—Estoy cansada, Luz, ya no quiero que me duela...

Me vuelvo a callar, perdiéndome en mirar la alfombra. No hay marcha atrás, mi decisión de ya no seguir sufriendo es la correcta, he encerrado la tristeza en una cajita, poniéndole miles de candados y tirando la llave muy lejos de mí, para asegurarme de no abrirla jamás. «No más tristeza ni dolor, no más melancolía ni nostalgia, Delhy».

—Luz. —Saco a mi amiga de nuestro pequeño momento de sosiego.

—¿Mmm...?

—Eso no es todo, aquí es donde sé que se complicará mi vida —Vuelvo a respirar y lo saco todo—. Mario me invitó a una gala muy distinguida. ¿Crees que haya hecho mal aceptando? Soy consciente de que Santiago estará ahí.

—¡Ni lo sueñes! ¡Tú te vas a esa cena despampanantemente hermosa y sensual! ¡Como que me llamo Luz Villeda! Porque si no, te voy a dar un guantazo tan fuerte que vas a llegar a perder hasta el pasaporte.

Nuestra plática da un giro inesperado de estar las dos completamente calladas y pensativas, ya que con ese comentario español que suelta la voltea a ver y nos gana la risa; no podemos parar de reír hasta que mi barriga

comienza a doler.

—¡Gracias, nena! Te aseguro que no sé qué haría sin ti. —Me le voy encima, dándole un abrazo muy fuerte y significativo a mi hermana del alma Luz. ¡La adoro!

Capítulo 2

A la mañana siguiente, me despierto tarde, me quedo viendo el techo mientras que mentalmente organizo mi día. Al mismo tiempo, recuerdo que el bastardo de Mario no contestó mi segunda llamada de ayer para pedirle más datos de la gala. Maldita sea, ahora soy yo quien quiere saber cuándo será el evento, pero no le voy a hablar, no quiero que piense que estoy interesada en él. «Ja, qué equivocado estás, Arizmendi, sigue soñando». Tengo que dejarle bien claro que una cosa es que hablemos y llevemos una relación cordial, y otra muy diferente es que olvide lo que me hizo; esas cosas nunca se olvidan, esos acontecimientos jamás se perdonan, por más buenas intenciones que según él tenía. Pudo haber hecho las cosas diferentes, debió hablar con fotos en mano desde el principio, y otra cosa hubiera sido, no soy una tonta y no me como el drama, todo eso es una mentira. Este maldito lo tiene que haber planeado.

Salgo de mi habitación y no hay rastros de Luz, supongo que hoy le tocó entrar más temprano. Veo el reloj de pared y me retracto, soy yo la que cada día me levanto más tarde. Sigo caminando hasta que llego a la cocina y miro una nota en el refrigerador.

“Nos vemos en la noche, tenemos que planear una cita en el spa.”

Luz

Me sirvo cereal y empiezo a desayunar mientras me pierdo husmeando en

el *Facebook* por un largo rato. Cuando me doy cuenta estoy de vuelta en la recámara sin nada que hacer, ahora me arrepiento de no ir a dejar personalmente las aplicaciones de trabajo. Enciendo mi computadora y actualizo mi currículum. El tiempo se me va llenando varias solicitudes por Internet y mandando la información necesaria para conseguir un nuevo empleo.

Estoy sumergida en el último cuestionario cuando suena mi teléfono, veo el nombre del desaparecido, lo dejo sonar dos veces más, y contesto.

—¿Bueno?

—Hola, tía. ¿Cómo estás?

—Bien, bien. Aquí, buscando trabajo.

—Ya te dije que aceptarás llevar mi agenda, señorita Lugo.

Sé que es una locura, no debo de aceptar su proposición, pero estoy harta de seguir lo que siempre pienso que es lo correcto, o lo que esperan los demás que haga. ¿Por qué no, por primera vez, seguir lo que sé que no debería? Quizá eso es lo que necesito, tomar decisiones contradictorias al razonamiento humano.

Quiero darle la vuelta a la tortilla esta vez, invertir los papeles, ser la vil y despiadada de la historia, la que tenga el poder en sus manos, la que diga la última palabra. Pienso que, de alguna u otra manera, tengo que forjar a mi mujer interior, esa que anhela ser cruel y peligrosa, y qué mejor que tener a Mario a mi lado, convirtiéndose en mi herramienta fundamental para llevar a cabo mi malévolo plan, transformándose en mi primera presa.

—Vale.

—¿Me estás tomando el pelo? —Me pregunta sorprendido—. Ayer me marcaste y me dijiste que irías a la gala conmigo, que de hecho, tía, todavía no lo creo. ¿Y ahora aceptas el trabajo?

—¡Uy! ¿Quién te entiende? Siempre me molestas porque no tomo decisiones espontáneas, que soy una mojigata. Vamos, señor, “Soy todo aventurero y extremista”, enséñame a ser despiadada y ruin, como tú. —Bromeo.

—Necesito verte, para creer esto.

—¡Ja! Ni lo sueñes, Arizmendi. Escúchame bien, acepto trabajar contigo,

no obstante, empiezo pasando el evento. Nos vemos hasta el día de la gala, pero para eso necesito lugar y fecha, y no precisamente saliendo de tu boca. Necesito mi invitación, que llegue a mi casa a nombre de la señorita Delhy Lugo, ya después yo arreglaré todo y te avisaré a dónde vas a mandar a tu chófer a recogerme. Mi asistencia, mis reglas, mis condiciones, ¿entendido? —hablo sin titubear, firme, poniendo las cartas y mis peticiones en la mesa desde ahorita.

—¡Coño! ¡He creado un monstruo!

—Uno que deseas, admítelo. —No sé de dónde diablos me sale esta valentía y descaro.

—Sin duda alguna.

Termino la llamada, esperando con ansias el día en que llegue a mi puerta la dichosa invitación, mientras tanto estaré preparándome para verlos a todos de frente, sin vacilar y segura de mí misma, como una verdadera Diosa. Si me han deseado desde el primer instante de aquella noche en que me conocieron, esta vez quedarán súbitamente conmocionados con la mujer que entrará por esa puerta, la cual tanto quieren conocer.

Haré que se pierdan uno a uno entre ellos usando mis mejores herramientas: mi sensualidad y belleza. Consiguiendo que su anhelo por poseerme y hacerme suya sea su peor consejero, descuidando todo a su paso. Así, uno por uno, irán cayendo a mis pies, hasta llegar a mi propósito principal, tener a mi merced a mi gran hombre poderoso e inalcanzable, el senador Santiago Moya.

Capítulo 3

Santiago Moya

Escucho ladrar a los perros como locos. ¡Maldita sea! ¿Quién ha llegado sin avisar? Lo que menos necesito son visitas en estos momentos; me encuentro en el garaje con una de mis tantas chicas favoritas, la sostengo entre mis aceitosas manos. Soy muy delicado con ella en particular, tiene sus buenos años. No le pide nada a ninguna, es una preciosura, por lo que le tengo un cariño muy especial. Además, ella siempre ha necesitado un mantenimiento exclusivo y ese solo se lo puedo dar yo, jamás accedería a que alguien le pusiera las manos encima. Cuando estoy con ella, el tiempo se me pasa volando, es una de mis pasiones predilectas, una de las tantas que tengo, pero esta, en particular, la descubrí desde muy joven y hasta el día de hoy es una de las que más disfruto.

Recuerdo cuando la vi por primera vez, fue amor a primera vista. Claro que no me la podía permitir; a pesar de que mi familia estaba muy bien económicamente, nunca fuimos consentidos por mi madre y, mucho menos, por los abuelos, quienes nos enseñaron a adquirir todo por méritos propios y trabajo arduo. Por eso, en mis vacaciones, me la pasé currando con mi abuelo y junté cada euro hasta poder comprármela.

Después de esforzarme y sacrificar horas en que pude divertirme como cualquier otro chaval adolescente, salí del concesionario de motos con una Ninja 250 *Kawasaki* de 1999. Como el tío joven que era, yo quería un motor más grande y potente, sin embargo, el siempre sabio razonamiento del señor Divaio me hizo entrar en razón y así fue como llegué a casa con mi primera motocicleta, mi chica “Betty”. Fue la primera que me compré; no me pregunten por qué mis motos y autos tienen nombres propios, es algo que comenzó con ella, y ya después me acostumbré. Hasta hoy lo sigo haciendo porque me siento un traicionero si a las demás motocicletas y carros no los bautizo como se merecen.

—Cielo, ¿estás aquí?

Escucho a mi madre entrar en el amplio garaje, hasta que de reojo la veo pararse a unos cuantos centímetros de donde me encuentro acostado, trabajando. Empieza a mover uno de sus costosos zapatos de tacón, en señal de fastidio; está tentando al diablo, porque estos días mi paciencia está a nada de explotar.

—Dime, madre, ¿qué necesitas? —pregunto, sin siquiera voltear a verla, estoy demasiado ocupado aquí abajo.

—¡Santiago, por Dios! Sal de ahí ahora mismo. Muestra algo de educación. Ven a saludarme —Como siempre, mi madre llenándose la boca de educación, algo en lo que ella no contribuyó en absoluto—. Te he estado hablando toda la mañana, tu abuelo quiere hablar con nosotros. Hablé a tu oficina y me dijeron que no estarías en todo el día, por lo que vine directo a tu casa.

Me deslizo con cuidado y me paro para saludarla. Cuando estoy casi en frente de ella, se aleja muy discretamente dando unos cuantos pasos hacia atrás. Vuelvo a acercarme para darle un beso en la mejilla, pero me esquivo; sé que debo de estar todo sucio y por eso me evade.

—Cielo, ve a bañarte —Me hace una señal con la mano para que le quite importancia al saludo—. Le llamaré a tu abuelo para decirle que nos vamos a retrasar un poco —Toma su teléfono y, al parecer, busca el número del viejo—. ¿Nos acompañarás, verdad? ¿O tienes algún pendiente por resolver? —pregunta, poniendo algo de presión en sus palabras, seguramente piensa que no aceptaré acompañarlos—. Ya sabes cómo es mi padre, dijo que necesita hablar con todos nosotros.

—No hay problema, madre, estás en tu casa. Solo dame unos minutos y estaré listo.

Ya había decidido tomarme el día y quedarme en casa, así que no tengo ningún problema en compartir un poco de tiempo con mi familia. Antes de salir, y bajo su atenta mirada, tomo una toalla, le vierto algo de desengrasante y comienzo a quitarme los residuos de aceite y grasa de mis manos. La escucho hablar con alguien, pero me concentro en limpiarme. Cuando termino, tiro el paño en el bote de basura y salgo del garaje, directo hasta mi habitación.

Tomo un lento y refrescante baño. Estos días siguen siendo un infierno. Desde que se fue Delhy, no sé nada de ella. Todo esto es una mierda y estoy a ciegas, no sé cómo actuar. Siempre he sido un lobo acosador sin límites cuando una mujer me interesa, voy detrás de ella hasta obtener lo que quiero, pero mi pequeña me saca de mis casillas; todo es nuevo y soy un jodido novato sin saber cómo proceder.

Hace unas semanas, me lanzó la primera bomba de desprecio sin explicación alguna, regresó hecha una fiera irreconocible de su viaje. Fui a su piso a buscarla, reconozco que fue mi error no ir tras ella para exigirle al instante una explicación cuando decidió marcharse de mi casa, me quise hacer el fuerte y tratarla con desdén, lo cual no dio resultado. Después de dos semanas, nada, no pasó nada; y como estoy acostumbrado a obtener señales o a ser acosado por todas las mujeres con las que me he relacionado en el pasado, lo vi completamente normal. Y, en vez de convertirme en el buscador, me di por vencido, esperando que regresara a mí al extrañarme. Pero rápidamente cambié de parecer, al ver que la descarriada de mi pequeña se aferraba a su insolencia y no regresó, me animé a ir a arreglarlo todo, pues no podía permitir que nuestra relación terminara de esa manera, se sentía inconclusa, como si tratara de mantener el agua encerrada entre mis manos y esta se me estuviera colando entre los dedos sin siquiera percatarme.

—¡Coño! ¡¡¡Ella me importa y debería saberlo!!! —expreso con furia mientras me enjuago el cuerpo.

Pero nada, al llegar a su edificio, nunca imaginé lo que vería, jamás en mi puta existencia lo hubiera pensado. Ella venía corriendo encantada al lado de Arizmendi; no podía creerlo, entre todos los miles de hombres de Madrid, tenía que ser con ese gilipollas, el hombre con el cual permanentemente he tenido un antagonismo, a pesar de nuestra estrecha amistad.

Mario y yo somos ese tipo de amigos de toda la vida, con los cuales siempre convives. Crecimos juntos y siendo muy unidos; él sabe todo de mí, ha sido mi cómplice, tenemos miles de anécdotas qué contar, es mi eterno acompañante en el crimen, pero por una extraña razón, constantemente, he sentido una resistencia, ya sean celos o rivalidad de ambos lados. Y, con el paso de los años, sumándole los acontecimientos que nos han envuelto, poco a poco, todo ha cambiado.

Cuando Delhy se desapareció tan campante, meneando ese trasero que solo yo estoy permitido ver, me le fui encima exigiéndole que no se le acercara, que no lo quería ver cerca de ella. Estaba tan fuera de quicio que ni siquiera escuché su respuesta, solo crucé la calle y me subí al coche, dejándolo ahí parado.

No he vuelto a hablar con él, únicamente sé que se regresó a alcanzar a Paolo. Como siempre, tiene el complejo de sentirse el hijo predilecto de uno

de los hombres más poderosos y ricos del país «ya quisiera él serlo legalmente», sin siquiera imaginar que es en mí en quien corre la sangre profana de Paolo Moya Rossetti.

En el senado, me va bien, es tranquilidad mezclada con días de estrés; pero lo que más me deja dinero son los negocios que comparto con Paolo y que nutren a *Goddess Society*. Y como todo lo veo directo con él, a aquel coñazo de Arizmendi no quiero verlo ni en pintura, sin embargo, en este punto tampoco necesito hacerlo rabiar, no sería muy inteligente de mi parte, ya que él conoce mi punto débil y trataría de darme un golpe bajo. «Claro, con Delhy».

Así que, aunque me consuma por querer buscarla y arreglarlo todo, estoy guardando mi distancia con la única finalidad de no llamar la atención. Estoy esperando que pase la siguiente gala para ir tras ella y recuperar a esa mujer que está hecha una fiera rebelde y ha perdido la cordura, pero que es y seguirá siendo mía.

En este momento, me encuentro sin mover ninguna ficha. Sé que a Delhy no le va a gustar que siga con esto, pero mi relación con *GS* no se puede terminar de la noche a la mañana, ni tampoco me puedo salir tan fácilmente. Debo asistir al próximo evento y ella podría acompañarme, sé que nadie se le acercaría, tengo la palabra de Paolo.

Esa gala no va para nada de ningún tipo de rollo sexual; mi único miedo es que Mario no la deje en paz y siga presionando. Confío en ella, es inteligente, solamente espero que se quede al margen y no caiga en el juego de ese bueno para nada. Tengo la certeza de que al final todo se solucionará, regresaré a luchar por ella y estaremos juntos de nuevo.

Salgo de bañarme y voy directo al clóset, me quito la bata y la dejo colgada en el perchero, para que después las chicas de la limpieza se la lleven a lavar; me gusta el orden y las cosas bien hechas. Camino desnudo por la gran habitación, abro uno de mis cajones perfectamente acomodados, saco un bóxer y una camiseta interior blanca. Recorro mi ropa de vestir para tomar un pantalón beige y una camisa color celeste claro, con unas ligeras rayas blancas.

Después de vestirme, me siento en el sofá y me calzo mis mocasines cafés, boleados como me gusta. Me acerco a la vitrina donde tengo todos mis

accesorios y tomo uno de mis exclusivos relojes. Cojo mi celular, me miro en el espejo y veo mi pelo un tanto alborotado, paso la mano por mi barba recortada y no pierdo el tiempo, agarro uno de mis productos para el pelo, me pongo un poco en las manos y lo acomodo. En un par de minutos, estoy listo.

Salgo de prisa de mi recámara, sé que mi madre ya debe estar desesperada con mi retraso, pero me la encuentro muy tranquila hojeando una revista en la sala.

—Madre, ya podemos irnos.

Se levanta y deja la publicación en la mesa.

—Querido, definitivamente, necesitas una mujer en esta casa —dice muy tranquila, mientras caminamos para subirnos a mi camioneta, que ya deben de tener preparada para nosotros.

Me le quedo viendo de reojo, incómodo. No sé a qué viene su comentario, así que no le contesto nada.

—¿Recuerdas a Margarita Sáenz? —El tono de mi madre es muy amable para su singular personalidad, así que me mantengo alerta.

—No, madre.

—Es una vieja amiga, me la encontré en el club hace unos días, y me comentó que la próxima semana regresa su encantadora hija de Alemania y nos encantaría que la conocieras —dice sin más.

—Gracias, pero no estoy interesado.

—¡Santiago, por Dios! ¿Qué es lo que quieres para Melina? Esa niña necesita una figura materna.

—Madre, para ese tema, está zanjado, y únicamente me corresponde a mí ese tipo de decisión, a nadie más.

Nos abren la puerta y Magdalena sigue hable y hable, mientras me pongo el cinturón.

—Déjalo de una vez —Me mira indignada, pero no me callo—. Si a mí no me hizo falta una figura paterna, a mi hija no le hace falta una materna. Y si lo llego a considerar, créeme, Magdalena, que tú no eres quién para escogerla. —Lo suelto con un tono más alto de lo que esperaba.

Se queda enojada y me voltea la cara, tan típico de ella; pero sin dialogar más, lo deja pasar. Me conoce bien, sabe cuándo presionarme y cuándo es un tema perdido.

Manejo tranquilamente, pues la plática se ha terminado. Saco mi móvil del bolsillo y lo acomodo en uno de los portavasos para que no me incomode en el pantalón. Llegamos sin mucho retraso al restaurante, que está lleno como siempre; gente esperando su turno, camareros de un lado a otro, y cada sala repleta de clientes satisfechos todavía tomando el té o algún postre. Nosotros nos vamos directo al despacho de mi abuelo, sin avisar, y lo sorprendemos con un escritorio lleno de papeles, pero tomando su café con unas rosquillas azucaradas.

—¡¡¡Abuelo!!!

—¡Hijo mío! Pasa, pasa —Se levanta lentamente y se acomoda sus lentes—. Mi muchacho adorado, ¡ven para acá! —Me acuna las mejillas y me ve con esos ojos grises que derraman ternura—. ¡Oh, mi Santi! Cada día más grande y hecho todo un hombre... Mientras este pobre viejo cada vez más acabado.

Lo abrazo con todas mis fuerzas. Mi querido abuelo sigue trabajando sin darse abasto, todavía no entiendo qué lo tiene aquí, él debería de estar en su hogar, con su amada esposa y disfrutando de sus años de oro.

—Ya te lo he dicho, viejo, tienes que descansar.

Me extraña y, a la vez, me alerta que no me contradiga, pero trato de disimularlo. Volteamos los dos, porque escuchamos a alguien aclararse la garganta para llamar la atención.

—También yo fui invitada a la reunión de hoy —recrimina mamá—, aunque parece que solamente tienes ganas de ver a Santiago, padre.

—Hola, hija. Pasa, por favor. Claro que me alegra que tú también estés aquí, de hecho, deben venir más seguido, no solo porque se los pido. —Me abraza, pasando su brazo por mi cintura, y nos vamos caminando para recibirla.

Nos sentamos en una sala recibidor, que tiene en la esquina de su amplia oficina.

—¿De qué va todo esto, papá? —pregunta mi madre, impaciente.

—Espera, espera, que no tarda en llegar Ivanita. Dijo que pasaría por la abuela.

—¿Quién viene con ellas? —cuestiono preocupado.

—Nadie, hijo, tu hermana no quiso que le mandara el chófer.

Esa niña me va a terminar de matar, ojalá Melina no salga igual de descarriada que su tía. Me levanto apresurado y me disculpo para salir a llamarle. Toma su tiempo y, cuando me contesta, lo hace con la música a todo volumen.

—¡¡¡Hola, hermanito!!!

—¿Contestaste con el manos libres? —Una pregunta tonta, porque suena la música, y eso quiere decir que lo hizo manualmente.

—¡Que quede claro que no soy yo quien está poniendo nuestras vidas en peligro, tú me llamaste! Y si no te contesto, te enfureces. Saluda abuela, es Santi.

—Hola, hijo —dice ella, apenas escuchándose entre toda la loca música.

—Ivana, aparca en el lado sur del estacionamiento subterráneo Márquez, letra C. Voy para allá.

—Estamos bien...

—¡¡¡Que te estaciones ahí!!!

—Vale, Santiago. —Me cuelga.

Entro a la oficina, les aviso que voy a encontrar a mi hermana y a mi abuela en el aparcamiento. Salgo apresurado, tomo el elevador, llego al área que le dije claramente, pero no se ven por ningún lado. Espero unos cuantos minutos más y nada. Me desespero y le marco.

—¿Dónde coños estás? —La interrogo ofuscado.

—Entrando al restaurante, ¿y tú?

—¡¡¡Mierda, Ivana!!! Te dije claramente que te vería aquí abajo. ¿Sabes qué? Olvídalo, voy para allá.

Me voy caminando apresurado y veo que el ascensor está por cerrarse. Corro, llegando a tiempo para pararlo. Meto una mano y, cuando la puerta se

abre por completo, un balde de agua helada cae sobre mí al ver quién está adentro, esperando por mi entrada.

Ella está ahí parada, bellísima, tanto que me roba el aliento. La contemplo de pies a cabeza, hasta llegar a esos sensuales tacones rojos como el infierno; la sorpresa me invade, pero trato de recomponerme rápidamente. La añoranza de tenerla cerca llega hasta lo más profundo de mi ser, recorriendo cada célula de mi cuerpo, excitándome por tener a mi mujer justo frente a mí.

La vuelvo a mirar de arriba a abajo, dándole otra repasada, cautivándome como la primera vez que la vi contemplando la luna, dejándome inútil y a su merced. Me molesta que tenga ese poder sobre mí, así que la reto con una mirada fría y hostil. Ella no se inmuta y me la regresa, convirtiéndonos en dos volcanes en ebullición, sin miedo a comenzar una erupción y quemarlo todo a nuestro paso, incluyéndonos a nosotros mismos.

Me le voy encima, cortando la distancia que nos separa. Y sin ser consciente de mi estado, me convierto en una fiera comiéndole el cuello, gruñendo sin reservas por todas estas semanas que hemos estado alejados por su maldita culpa. Con una mano, ajusto su cabeza con posesión, acercándola a mí. Y, con la otra, busco el maldito botón para parar el elevador; cuando lo consigo, paso mis dedos por sus labios mientras sigo devorándole la tersa piel debajo del oído y me los muerde, esto me hace desearla aún más.

Su estado salvaje me excita, me envuelve como música afrodisíaca proveniente de sus suspiros y gemidos deliciosos, que me tienen al extremo de desnudarla y hacerla mía de nuevo, justo aquí.

Bajo mi mano lentamente, recorriendo sus caderas, amasándolas, y arimándola más a mí, para pegarle mi polla al costado. Quiero que me sienta, que se dé cuenta de cómo me tiene, de las ganas que tengo de ensartarme en su coño hasta hacerla gritar de lujuria y desenfreno. «De esto es de lo que nos estás privando», me pasa por la mente, al tiempo que trato sin éxito de levantar la puta falda pegada que se ha puesto, no me da nada de acceso a sus piernas. Por fin atrapo sus labios con los míos y nos devoramos mutuamente. «Así, cielo. Esto es lo que necesitamos».

—¿Por qué diablos haces esto? —Pienso en voz alta; es una mierda que me obligue a alejarme cuando sabe lo que existe entre los dos, esto no se puede negar. Trato de presionarla, porque ya no sé ni cómo hacerle para que

se dé cuenta que tiene que estar conmigo. Al coño mi plan de alejarme hasta la jodida gala, esto me va a matar—. Me vas a obligar a dejarte, pequeña, me vas a forzar a odiarte.

Me doy cuenta que fue mi peor movimiento cuando me empuja con rabia y me hace balancearme unos pasos para atrás.

—¿Obligarte a dejarme?! ¡Reacciona, Santiago! ¡Yo ya te dejé a ti! —grita con desprecio.

La veo, analizándola, mientras me limpio los labios pensando qué hacer. Todo el tiempo la he tratado bien, siempre he hecho todo por ella. Estoy jodido, me llena de rabia esta maldita situación, y opto por lastimarla. Me sujeto del pasamanos con fuerza, intentando calmarme, pero en cambio, mi cabeza deja de hacerme caso y desconecta el filtro que existe en mí.

—Perfecto. Si así lo quieres, no te vuelvo a buscar —La observo por alguna señal, pero no encuentro ninguna, solo está ahí escuchándome—. Venga tía, que yo quería que la siguiéramos pasando bien —hablo relajado, un tanto amistoso—. Ya sabes, por un poco más de tiempo, pero no hay resentimientos, el mundo está lleno de mujeres... —mascullo. Me detengo, la miro de arriba a abajo—, así como tú. Total, no pasa nada, Delhy. Gracias por calentar mi cama esta temporada.

Doy media vuelta, esperando que me detenga o tan siquiera reaccione, pero no hace nada, parece que me encuentro solo en el elevador. Aplano el botón y sé que esto se fue a la mierda, esta mujer me saca de quicio y estoy harto de siempre andar detrás de ella, como el gato detrás de su ratón.

Se abre la puerta, y estoy a punto de salir, cuando Delhy ágilmente me corta el paso, soltando lo más descabellado que podría escuchar salir de su boca.

—¡Nos vemos en la siguiente gala, senador! —murmura con descaro, sale del ascensor y se pierde entre la gente.

Me toma unos valiosos segundos procesar lo que me ha dicho. Y, cuando lo hago, salgo tras ella. Me lleva únicamente unos cuantos pasos de ventaja, sin embargo, se va perdiendo entre las personas. Me quedo bloqueado pensando que imaginé lo que dijo, ¡pero no! Yo sé lo que escuché. ¿Cómo diablos va a ir a la gala?

Me paro en seco, saco mi móvil del bolsillo, lo veo y considero llamarle a Paolo, pero me detengo. ¡No! Delhy no es ese tipo de mujer, está enojada por las tonterías que le acabo de decir, lo entiendo, solamente necesito darle tiempo, se calmará, yo asistiré a la gala, arreglaré todos mis asuntos y después volveré para resolverlo.

«Tienes que ser inteligente, Santiago, eso es lo que tienes que hacer».

Estamos a tan solo unas cuantas semanas de la maldita fiesta de mierda, que me hace con odio permanecer quieto hasta solucionarlo. Ella debe comprender cuando le recuerde que siempre se lo expliqué, continuamente le dije que nuestra relación no iba a ser fácil. Este es el momento para demostrarme qué tan fuerte es nuestra confianza.

Tengo que tranquilizarme, mi mujer no es capaz de poner un pie en el evento si no es de mi brazo, ella es mía, de nadie más, y Delhy lo sabe. Entierro su comentario en el fondo de mi cabeza, sin embargo, abro mi celular y hago una llamada importante.

—Max, contrata un investigador —Espero su contestación y agregó—: Así es, quiero un reporte diario de la señorita Lugo en mi oficina todas las mañanas. —Cuelgo sin esperar su respuesta.

Capítulo 4

—¡¡¡Delhyyyyyyy!!!

Me encuentro plácidamente acostada en mi suave cama. Es jueves, y quiero imaginar que todavía no es mediodía. Abro los ojos muy lentamente, para comprobar qué hora es. Estiro mi brazo, agarro mi celular y leo claramente diez y media de la mañana, por lo que me vuelvo a tapar con la cobija. «¡Qué mierda, Luz! ¡Deja de gritar!». Mi mejor amiga parece leerme la mente, puesto que vuelve a chillar mi nombre como una loca desde la sala.

Anoche nos desvelamos demasiado. Desde que me dijo: “*Nena, ¡descanso mañana!*”, fue como gritar: “¡Delhy, hoy toca dormirnos tarde!”. Así que nos pusimos a ver una serie en *Netflix* sobre vampiros, que tanto nos encantan; tenemos un gran fanatismo obscuro por los sensuales chupa sangre, que cuando encontramos alguna película o serie, tenemos que verla de principio a fin, sin despegarnos de la pantalla, y cuando nos dimos cuenta, ya nos habíamos tomado una botella entera de vino tinto.

Después de ver una temporada completa, nos fuimos a nuestras respectivas

habitaciones. Por tanto, no entiendo por qué se encuentra en estos momentos con ese escándalo. Lo único que yo pido es dormir unas horitas más.

Cuando pienso que se ha dado por vencida ante mi evidente falta de interés, siento mi sueño regresar y mi respiración empieza a hacerse más profunda, pero se ve interrumpida por alguien, que, por obvias razones, creo saber quién es, y que en este instante se encuentra tocando mi puerta.

—¡Nenaaa, a que no sabes qué llegó para tiii! —Escucho cómo abre lentamente la puerta—. Delhyyy, ¿puedo entrar?

Si me estuviera viendo, se daría cuenta de que hasta mentalmente le ruedo los ojos, como si no supiera que debe de tener la cabeza dentro de mi cuarto, y ella apenas pidiendo permiso de entrar.

—No, no puedes. ¿Te has vuelto loca, Luz? ¡Déjame dormir! —le reclamo.

La descarada suelta una leve carcajada y, en unos segundos, siento hundirse el colchón a mi lado y mi cobertor siendo arrancado de mi cuerpo.

—¡Bebéee! Mira lo que tengo en mis manos.

Escucho algo que agita, llenándome de curiosidad, y abro los ojos para comprobar si es lo que creo que es. Luz se encuentra sentada junto a mí, me tiende lo que ha provocado este arrebató en ella, y ahí está la famosa invitación, impresa en un fino papel, color perla.

La abro con cuidado y puedo leer en letras doradas “*Goddess Society*”. Esto me causa mucha curiosidad, hasta se puede decir que estoy entusiasmada, ya no falta nada para asistir a la dichosa gala. Paso mis dedos por su superficie, y toda mi piel se eriza con anhelo cuando la toco. «Ha llegado el gran día».



—¡¡¡Delhy, eso quiere decir que nos vamos de compras!!! —Se levanta de un salto de la cama, y voltea a verme—. ¡Hoy no hay desayuno para ti! ¡Nos vamos en ayunas a buscar el vestido más despampanante que exista!

Sale de la habitación como alma que lleva el diablo y la escucho azotar su puerta. Supongo que toca levantarme cuanto antes; salgo de la cobija y me quedo sentada. Vuelvo a leer la tarjeta, la fiesta se llevará a cabo el sábado. Solo tengo dos días para comprar un vestido, sé que lo encontraremos hoy, aunque tengamos que visitar todas las tiendas de Madrid para hallar el correcto; mi amiga no se dará por vencida hasta lograrlo.

Todo pasa muy rápido; hace tan solo unos días, Mario me llamó para darme la información por teléfono y, según él, nadie sabe de mi asistencia, lo que es una ventaja a mi favor.

Todas estas semanas he estado entrenando rigurosamente, comiendo sano y teniendo a los mejores entrenadores. Jacobo, cada vez que tiene oportunidad, me da una paliza en el gimnasio; y Luz cuida severamente mi alimentación, quiero pensar que por eso dijo que hoy no habría desayuno.

Me levanto de un brinco, me meto a bañar, trato de relajarme, pero siento que me falta algo, «¿dónde está la música?». Enjabonada, seco mis manos, abro poquito la cortina, tomo mi celular con cuidado de no mojarlo y pongo *Pandora*, «santos de la música, ¡que salga una buena canción!». Vuelvo a poner el teléfono sobre la tapa de la taza del baño, que se encuentra cerrada, y sigo bañándome, mientras espero que se conecte y empiece la música.

Como un revitalizador comienza a sonar: *Uh-oh, running out of breath, but I Oh, I, I got stamina...* la cantante Sia inunda el cuarto, haciéndome sentir nueva, viva, esperanzada, pero sobre todo, feliz, muy muy feliz; con unas ganas tremendas de tenerlo enfrente. Si quiero que todo salga bien, necesito estar preparada, y no solo mentalmente, eso ya lo tengo en el bolsillo, ahora falta el físico, así que voy por ese vestido, el cual los deje a todos babeando.

—¡¡¡Nos vamos de compras, *baby*!!! —grito mientras me baño.

Salgo como nueva de la tina; me seco el cuerpo, procedo a envolverme una toalla en la cabeza, después tomo mi bata y me la pongo. Camino hasta el clóset, recorro con la mirada todas las prendas que tengo acomodadas, pienso en qué ponerme y me decido por un bonito vestido floreado, que tiene unos delicados tirantes de la misma tela.

Ahora observo el calzado y me pongo unas hermosas sandalias altas de verano, color blanco con plataforma corrida. Decido secarme el pelo, dejándome unas ondas con volumen. Me maquillo muy natural, dando como último toque un labial rosa quemado a mis labios.

Antes de terminar de arreglarme, tocan a mi puerta y abren.

—¿Nena, ya estás lista?

Salgo del cuarto de baño y me encuentro a mi amiga con una blusa blanca que deja ver sus coquetos hombros, una falda de mezclilla y unas sandalias altas color azul marino.

—¡Listísima!

Pasamos toda la bendita tarde de tienda en tienda y, cuando me doy cuenta, es ya pasada la hora de comer, con razón mis tripas me están matando y pidiendo alimento. No obstante, Luz no para de llevarme de departamento en departamento, hasta que siento que me voy a desmayar con cada paso que doy. Para todos los vestidos, tiene comentarios; todos son muy exuberantes o muy costosos, o muy fuera de lugar; nada le gusta, y yo solo deseo comprar uno para no ir desnuda al evento.

—Seguro aquí encontramos algo.

—Luz, esta tienda debe de ser muy cara, ¿ya viste la pinta que tiene?

—Si tan solo me dejarás ayudarte a pagar una parte del vestido —me recrimina.

—Luz, no es el dinero. Es que no me pienso gastar un dineral en un vestido que no volveré a usar jamás.

—¡¡¡Delhy, por Dios!!! Santiago va a estar ahí, todos van a estar en la fiesta, ¿puedes imaginar a todas esas zorras que van a asistir? —asevera, como si realmente supiera de qué va la gala, hasta me asusta—. Ellas no se

van a limitar en costos y tú tienes que estar impecable; ya te hice cita para mañana con Ruth —dice, mientras entramos a la tienda que tiene el tipo de ser la más costosa de todo el centro comercial.

Su comentario es como un gancho directo a mi ego, ¿y qué más puedes hacer en una situación como esta? Más que claro, endeudarte y darle hasta el fondo a la tarjeta de crédito.

Casi desespero a la señorita que amablemente nos saca y saca vestidos, recalcando que son únicos, diseños exclusivos; como si yo no supiera el manejo de este tipo de negociaciones y las frases típicas que se usan para convencer a los clientes a gastarse sumas impresionantes de dinero en ropa, claro, que esta vez soy yo la que se gastará todos sus ahorros en una prenda exclusiva, para llamar la atención de decenas de lobos hambrientos, esperando por mi llegada.

—¡Delhyyy, mátameee y resucítame millonaria!

Me río, poniéndome mi ropa para salir del vestidor. Ya es suficiente, nos vamos a comer. Cuando estoy por decírselo a Luz, esta corre, me da la media vuelta y me vuelve a meter al probador.

—¡Nena! ¡Quédate ahí y quítate la ropa otra vez! —ordena, empujándome hacia el vestidor.

—No, Luz. Por favor, necesito comer, me voy a desmayar. —Le lloriqueo.

—Es el último, te lo prometo, ya se lo pedí a la señorita. ¡Oh, Dios, Delhy! ¡Cuando lo veas, te vas a morir! Estaba en el aparador, se lo están quitando al maniquí.

—¡Oh, no, hermana! ¡¿Sabes cuánto cuestan las prendas que se ponen en los escaparates?! ¡Son las más caras! —exclamo mortificada.

—Respira, respira. —Me calma, quitándome los zapatos, y yo en plena conmoción mental.

—¡Mira, ya está aquí! ¡No veas, para que sea sorpresa!

Me levanto de la pequeña silla con los ojos cerrados. Me dejo vestir por mi mejor amiga, mientras pienso que tendré que vender algún riñón para llevármelo a casa, lo puedo sentir en la tela tan fina y suave que se desliza por mi cuerpo. Luz me hace mover los brazos para ajustármelo y me dice con un

tono misterioso:

—No abras los ojos, Delhy, voy a pedir unos zapatos porque este bebé se va a casa con nosotros.

Suspiro y trato de calmarme cuando me deja sola, parada, con este largo vestido que me tapa los pies. Recorro con mis manos la tela y siento que es un delicado encaje, con detalles de lentejuela y pedrería.

—Ven acá, estos te quedarán perfectos.

Me levanta la parte de abajo del vestido, la sostengo con mis manos; me pone y abrocha los zapatos extremadamente altos, sintiendo que me hacen crecer más de quince centímetros, por la posición inclinada en que se encuentran mis pies. Aunque son demasiado altos, son cómodos, y sus delgadas tiras no molestan en lo absoluto.

—Nena, este no lo puedes ver aquí, tienes que verlo afuera.

Sé a lo que se refiere, al entrar a la tienda vi una sala espaciosa, repleta de espejos alrededor y, en medio, una tarima; supongo que la usan únicamente para los vestidos de novia «ay, Luz, ¡qué ocurrencias!».

—Cuidado, tía, hay tres escalones. Sí, así, listo... ¡*Wow!* Ya puedes abrir los ojos.

Espero unos segundos y abro los ojos para ver el vestido más hermoso que me haya puesto. Su color es plateado transparente, se puede ver mi piel por algunas de las secciones en las que está confeccionado, su forro color carne hace parecer que lo único que me cubre es la decoración del encaje con la pedrería.

Cuando me doy la vuelta, veo tiras largas de la misma tela y con el mismo decorado que se entrelazan entre ellas, dejando ver parte de mi espalda con un muy pronunciado corte bajo, que llega exactamente antes de comenzar mi trasero. Doy otra vuelta innecesaria, pues no hace falta con tantos espejos a mi alrededor; lo contemplo, y es divino, cae precioso por mis caderas, mi vientre trabajado, y el brillo que le da a mis mejillas... «¡Santa Virgen, lo hemos encontrado!».

—¡Te ves espectacular!

Levanto la tela que cubre mis pies y veo los preciosos tacones.

—¡Son divinos, te los tienes que llevar! —Me presiona.

—Luz, esto va a ser un dineral.

—Ya vale, tía, que tengo hambre. Ven, cámbiate y vamos a pagar. —Me toma del brazo, y nos vamos caminando lentamente al vestidor.

Salimos del lugar endeudadas hasta las nalgas; no puedo creer que lo compremos. Luz pagó la mitad y yo puse la otra mitad en mi tarjeta de crédito, la cual tiene doce meses sin intereses. Definitivo, tendré que ir con Mario a trabajar para pagar este trapo que sostengo entre mis manos, envuelto como el mejor regalo de Navidad.

Paramos por unas ensaladas en el camino, ya no podemos seguir caminando con las plataformas que traemos desde que salimos de casa esta mañana, una decisión pésima para ir de compras. «¡Nunca, jamás, lo harás otra vez!», me dice mi conciencia.

Llegamos a casa y voy directo a acomodar mi vestido en el clóset. Lo saco de su paquete de plástico y lo dejo libre para que no se arrugue. Confirmando mi cita con Ruth, y todo está listo; mañana viernes pasaré el día en el spa, así el sábado temprano que vuelva solamente se concentrarán en hacer mi peinado y maquillaje.

Cuando estoy por ponerme a leer, recibo una inesperada llamada de Arizmendi con las últimas indicaciones, me confirma que pasará por mí el sábado antes del mediodía, pues necesitamos partir al aeropuerto Adolfo Suárez, para abordar un jet privado que nos llevará a la isla San Martín en el Caribe, donde nos recibirá un majestuoso barco en medio de un paraíso exótico, y en el cual se llevará a cabo la gala este año.

Estoy un tanto nerviosa con estos nuevos acontecimientos y toda la información que me dio. Lo primero que se me viene a la cabeza es que estando en el barco no podré moverme de ahí; por eso, mañana temprano, le diré a Luz dónde voy a estar, puesto que, desde mi arraigo, la mantengo informada de todos mis movimientos.



Es viernes, Luz y yo nos la pasamos consintiéndonos. Mi hermana del alma

pidió la primera mitad de su jornada de trabajo para poder acompañarme y pasar un día de chicas. Ruth y sus muchachas nos consintieron como siempre; nos hicieron un facial, manicura y pedicura a las dos, para terminar con un masaje relajante.

Mi amiga se fue a regañadientes al restaurante, quejándose y diciendo un millón de veces que no era justo tener que ir a trabajar en un estado de relajación como en el que se encontraba. Yo, al contrario, me fui directo a casa para hacer mi maleta y tenerlo todo preparado para mañana.

Capítulo 5

Por fin es el gran día. Gracias a Ruth, quien hoy abre su negocio más temprano para atenderme, podré estar lista antes del mediodía, a esa hora está planeado que Mario pase por mí para irnos al aeropuerto. Estoy tan intranquila, me tomé una pastilla para el dolor de cabeza antes de salir de casa, mis nervios me están carcomiendo, solo quiero que llegue la hora de estar en el barco y conocer todo sobre *Goddess Society*.

Arizmendi, como era de esperarse, en la llamada de ayer, únicamente me platicó y recalcó que son cuarenta miembros; eso quiere decir que estaremos asistiendo alrededor de ochenta personas a la cena. No me quiso decir nada

más, solamente se limitó a indicar que ya lo vería con mis propios ojos, pero eso no me tranquiliza en absoluto.

Abro la puerta y la campanilla anuncia mi llegada; es de madrugada, solo tengo un par de horas para quedar lista. Mario mandará a su chófer a recogerme para llevarme directo al aeropuerto y partir antes del mediodía al evento. Me encuentro a Ruth junto al mostrador, con dos tazas de café humeante que huelen delicioso, y unas arepas típicas de su país, Venezuela, que se miran riquísimas.

—¡Buenos días, *chama!* ¿Cómo amaneciste? —me saluda mi encantadora amiga, como siempre, dándome la bienvenida con una brillante sonrisa en su rostro.

—¡Hola, Ruth! ¿En serio eso es para nosotras? —pregunto, señalando las ricas arepas que tiene al centro de la bonita mesa de madera café oscuro.

—Claro, cielo. No podemos comenzar el día con el estómago vacío. —Me invita a sentarme.

—¡Tan linda! —Me río—. No le vayas a decir a Luz, recuerda que sigo en estricto régimen alimenticio.

Platicamos una media hora, mientras nos tomamos el café y le cuento dónde será el evento, lo que tengo en mente y lo que me gustaría hacerme en el cabello. Me como solamente la mitad de una típica arepita, aunque miro constantemente de reojo la otra mitad que me invita a comérmela, pero me mantengo firme y no cedo a la tentación. Además, únicamente de pensar que esta noche estaré frente a tantas personas desconocidas, se me quita el apetito instantáneamente. Me encuentro demasiado nerviosa, con un miedo atroz de llegar a vomitar al abordar, o caerme por ahí al dar un mal paso. «¡Esto es un desmadre!».

Ruth me deja divina con un recogido flojo, enmarcado por algunos rizos sueltos alrededor del rostro para darle un toque femenino y sensual. Al considerar que va a haber humedad por el mar, me pone suficiente fijador, así que no creo tener ningún problema durante la noche, y por si acaso, me da indicaciones sencillas para arreglármelo yo misma si se llega a desacomodar.

El fin pasado estuve tomando el sol junto a la alberca y me veo divinamente bronceada; estoy impecable, me miro varias veces en el espejo. Le pago por sus servicios y me despido con un fuerte abrazo de mi bella

estilista, quien me contagia con su buena vibra y su siempre buen humor.

Arizmendi llega sin retrasos a la hora acordada. Su chófer toma mis pertenencias, una maleta mediana y las cubiertas de plástico de mis vestidos.

El primero es el plateado que compré para mi llegada, y que tengo previsto ponerme en el jet antes de llegar al barco. Mientras que el segundo, lo llevo por si me veo en la necesidad de cambiarme; es un bonito vestido corto color negro, de manga larga, con cientos de perlas tanto en su escote delantero como en la espalda desnuda, y se pega a mi figura como otra piel, nadie podrá pasarlo desapercibido, estoy segura. Y, por último, pero no menos importante, mi maletín, que contiene un cambio extra de ropa, unos zapatos de tacón, mis accesorios, maquillaje y objetos personales.

Mi acompañante me asegura que no nos quedaremos a dormir en el barco y que regresamos pasando la medianoche. Veo un tanto nervioso a Mario; viste un traje negro con camisa blanca, zapatos de vestir impecablemente boleados. Yo, por el contrario, esta vez opté por vestir una falda gris de tubo arriba de la rodilla y una blusa negra, tacones de aguja negros, con accesorios para resaltar mi atuendo. Mi maquillaje y pelo están listos para la noche, así que únicamente me pongo mis lentes oscuros para seguir de incógnito lo más posible.

Más pronto de lo que imagino, abordamos un espacioso jet. Al subir, Mario me indica que esperaremos a uno de sus socios, el Doctor Roberto Cárdenas que, claro, llegará con la chica que presentará esta noche. Me siento ansiosa y un tanto nerviosa, no me esperaba más compañía, pensé que volaríamos solos.

Trato de relajarme leyendo las recomendaciones más recientes de Libros Que Dejan Huella en *Instagram*. Cuando estoy perdida en una reseña muy interesante de la chica de los sábados, escucho voces. Levanto mi cara del celular y veo a una despampanante mujer alta, de hermoso cabello café, luciendo impecable con un vestido negro y un saco arriba, dándole un toque de elegancia nata, tacones color café, como sus lentes de sol.

—¡Hola! Mucho gusto, Liliana Álvarez, aunque me puedes llamar Lily. — Se presenta, entusiasmada, y sonrío relajada.

Yo dejo salir el aire de mis pulmones, esta chica me cae bien al instante, pues a leguas se ve que no es nada presumida, por lo que le regreso una

sonrisa de oreja a oreja.

—Hola, Lily. Soy Delhy Lugo, y mmm... me puedes decir Delhy. —Nos reímos al unísono, y se sienta a mi lado.

Detrás de ella, llega Roberto, quien resulta ser otro ABC *Atractivo, Buenorro y Caliente*. Es alto, de piel blanca, con unos misteriosos ojos verdes, un muy bien peinado cabello castaño y vestido elegantemente con un traje que no esconde su cuerpo de infarto. Mario me lo presenta; el doctor se muestra muy cordial y, al parecer, tiene un sentido del humor tremendo.

Los hombres se disculpan y van a atender sus asuntos al otro lado del flamante interior del jet, que derrocha riqueza por todos lados. En cambio, nosotras, nos perdemos en la plática. Lily se pavonea contándome que ha sido una Diosa por varios años, pues siempre logra quedar en la lista. También me cuenta un poco de qué va la sociedad. Realmente me siento cómoda con ella y, gracias a eso, poco a poco mi miedo disminuye para convertirse en pura curiosidad, una que quiere ser saciada y que me hace anhelar llegar por fin a mi destino.



Despertar de un sueño tan hermoso es tristemente decepcionante; mientras veía por la ventana me quedé profundamente dormida, perdida en el mágico mundo de los sueños, hasta que una pequeña turbulencia me despertó.

Me quedo contemplando el cielo y me doy cuenta de que seguimos volando sobre un profundo e infinito mar azul. Me tocan el hombro y volteo a ver a quién me habla, aunque todavía estoy un tanto adormilada.

—Delhy, vamos a cambiarnos, no falta mucho para llegar —me comunica Lily.

Me estiro antes de levantarme y la sigo a la habitación que se encuentra al final del pasillo. Me da el paso y entro primero a la espaciosa recámara, donde se encuentra una cama matrimonial con su edredón blanco y cojines al tono, con las iniciales GS bordadas en hilo dorado.

Voy directo al baño, el cual nunca imaginé encontrar en este jet privado; es

tan cómodo y grande que me deja impresionada. Hago mis necesidades y después me refresco un poco con una toallita húmeda. Abro mi maleta y comienzo a retocarme el maquillaje, cuando de repente tocan la puerta.

—Mande —contesto.

—¿Puedo pasar? —pregunta Lily en un tono nervioso.

Abro la puerta y la veo con un neceser de maquillaje en las manos.

—Tengo miedo de no estar lista a tiempo —dice, mientras levanta con una mano el estuche y me da una sonrisa cómplice.

—Claro, aquí hay suficiente espacio para las dos —contesto y la dejo entrar.

Terminamos de arreglarnos y nos ayudamos mutuamente con nuestros vestidos. Aprovecho esta cercanía con quien ha sido parte de *Goddess Society* desde hace años e indago de nuevo, pero esta vez más profundo, especialmente sobre la dichosa gala con la excusa de que es la primera vez que asisto y muero de los nervios. Lily solo se ríe de mí y se descose, como decimos en mi país cuando te cuentan algún chisme con todo lujo de detalles.

Me platica que ella tiene cinco años asistiendo a estos eventos y, desde la primera vez, la aceptaron como Diosa, de hecho, nunca ha quedado fuera de la lista. También me cuenta que siempre se lleva a cabo en un lugar diferente; es una gran fiesta donde se come y se bebe de manera conservadora y elegante, claro, que hasta el último detalle es extremadamente distinguido.

Todos los invitados son puntuales y, en esta ocasión, está enterada por otras chicas, que también repiten para volver a ser Diosas, que el barco al que vamos es propiedad del magnate, hombre de negocios, Paolo Rossetti y, cuando me lo dice, me siento totalmente intranquila.

—¡¡¡Wow!!! Mujer, te miras... —Me observa de arriba a abajo—.
¡¡¡Impactante!!! —me dice cuando termino de ponerme mis aretes.

—¡Ay, Lily! No sé si pueda hacer esto —digo nerviosa.

—¿De qué tienes miedo, Delhy? —Me toma de la mano y me indica que me siente en la cama para que me desahogue.

—Es que... es que no sé nada de esto. ¡No sé qué esperar! ¡¿Una sociedad, Lily?! ¡¿En serio?! —pregunto aturdida.

Ella se carcajea, y me pone de malas al instante; creo que nota mi seriedad porque se disculpa inmediatamente.

—Hermosa, ¿qué te han contado? —cuestiona sin rodeos.

—Aparte de ti, nadie me ha contado nada, por eso estoy tan confundida. —
Le suelto, pero me arrepiento al instante, no la conozco como para confiarle mis problemas.

Se sienta en el sillón frente a la cama, con mucho cuidado de no mostrar más de lo debido, puesto que con ese vestido rojo pasión, que grita mírenme, estoy segura que no lleva ropa interior, ya que es de caída libre con unos mini tirantes, un tremendo escote y una exuberante abertura alta en el lado izquierdo de la falda.

—Mira, Delhy. Escúchame bien, esto solamente es una fiesta como tantas otras, claro que esta, en particular, es de gente extremadamente rica y poderosa, ya sabes, multimillonarios, empresarios, políticos de alto nivel, personajes públicos y famosos del cine, la televisión y los deportes... Ellos juegan, beben, bailan, se divierten, y todo lo hacen con sus respectivas parejas; aquí nadie intercambia mujeres, hace tríos o azota a otros —Se ríe, quitándole importancia—. Te lo digo para que saques esas ideas de tu cabeza; si te escogen, cosa que estoy segura sucederá, porque... ¡Mírate! —Levanta su mano señalándome—. Eres una mujer guapísima, con porte, poseedora de unas curvas exuberantes e inteligente. Pero si quieres estar dentro de las Diosas, necesitas perder ese miedo y nerviosismo, ya que aquí lo que somos es puro poder, sensualidad, pasión, mujeres inalcanzables. Recuerda, Delhy, entre menos accesible seas, más deseada serás por ellos; se puede decir, sutilmente, que vale la pena cortejarte para poder pasar tiempo contigo —Continúa hablando, hasta que se da cuenta de que me tiene conmocionada—. Cuando seas una Diosa... ¡Oh, cielos, es la vida que toda mujer soltera sueña con poder tener! ¡Viajes, regalos y mucha, mucha diversión! Tú eres la que siempre marca el límite, nunca lo olvides —recalca al final.

—Pero... ¿Alguien te manda con hombres para que estés con ellos? —
pregunto perturbada.

—¡No, mujer!! ¡¿Cómo crees?! —Se ríe—. En serio, eres muy divertida. ¿Qué crees que es esto? ¿Un congal pijo?

—No sé, dime tú —replico.

—Delhy, cuando perteneces a las quince Diosas estás en una lista, recuerda que son cuarenta socios. ¡Realmente no sé por qué no te explicó antes todo esto Mario! ¿Sabes que no deberías estar aquí si no te explican “de qué va la sociedad”? —Gesticula con sus manos haciendo comillas—. De verdad que me impresiona la confianza que te tiene Arizmendi, ellos siempre son muy delicados en cuanto a la sociedad se refiere.

—No te desvíes del tema, ¡dime más, por favor! —suplico.

Paso por alto su comentario, aunque me deja con la duda de por qué Mario nunca quiso contarme nada del evento; quizás no es tan malo como me lo imagino y lo único que desea es hacer rabiar a Santiago.

—¡Aaaahhh, sí! Bueno, ya que estás en la lista, recibirás regalos e invitaciones de tus pretendientes, mantienes conversación con ellos, ya no solamente con quien te trajo a la presentación; algunas veces encuentras más intereses y compatibilidad con otro hombre, que con el que llegaste hasta aquí. Y, poco a poco, vas haciendo amistades; la mayoría de ellos son solteros, eso sí, yo nunca salgo con los casados porque es un caos, claro que tú sabes lo que haces y no me mires con esa cara. ¡No, Delhy!, no te acuestas con ellos... — Espera unos segundos considerando algo—. Bueno, si no quieres, no. Ellos ante todo son unos caballeros, amables y educados. Pero imagínate si te topas a Santiago Moya y te invita a un inesperado viaje de negocios a Miami, ¡respóndeme! ¡contéstame con honestidad! Si se diera algo entre ustedes, ¿a poco no te follarías a ese pedazo de carne lleno de músculos? —pregunta exaltada—. ¡Está buenísimo, Delhy! Yo me lo zampo como al mejor plato fuerte, y lo repito cuando él quiera.

Sus últimos comentarios me llenan de celos; ese hombre tiene que ser únicamente mío, no permitiré que ninguna lagartona le ponga una mano encima. Estoy rabiando mentalmente cuando me viene a la mente algo que no había considerado... «¿A quién diablos llevará Santiago?».

Tocan la puerta y nos sacan de nuestra intensa plática educativa sobre la peculiar sociedad a la que pertenece mi nueva conocida.

—¿Chicas, puedo pasar? —cuestiona Mario tocando de nuevo.

—Adelante —grita Lily.

Mi acompañante entra vistiendo majestuosamente un esmoquin negro a medida, de seda adamascada, camisa blanca, un bonito moño oscuro, fajín y

unos clásicos zapatos de cordones al tono.

—Hermosas, las invito a que me acompañen, pues necesitan sentarse, estamos a unos minutos de aterrizar.

Mi estómago se contrae con la expectativa, sin embargo, le hago caso. Nos levantamos, y noto cómo Mario se me queda viendo, dándole una lenta repasada a todo mi cuerpo. Primero sale de la habitación Lily y, cuando estoy por pasar, él me detiene sutilmente del brazo, se acerca a mi oído y me susurra sensualmente:

—Estás preciosa, Delhy.

Se me eriza la piel por completo al sentir su cálido aliento en mi piel, algo inesperado y a la vez atroz, ante la reacción que mi cuerpo llega a sentir a su lado. Le sonrío educada, le doy las gracias, mientras sigo caminando para ir a sentarme con los demás.

El avión empieza el descenso y, como siempre en esta parte del vuelo «que es una de mis preferidas», veo la pista por la ventanilla. A primera vista, aprecio lo que parece un gran portaaviones, así que no despego los ojos del perfecto paisaje marino que lo rodea. Sin embargo, conforme nos acercamos, me doy cuenta de que es una pista normal, pero diferente a la vez por estar literalmente en medio del mar, es impresionantemente bella.

No pienso quedarme con la duda, así que investigo con mis compañeros de viaje sobre este hermoso paraíso; y es Arizmendi el encargado de ilustrarme al respecto. Según me platica, es el Aeropuerto Princesa Juliana, de la isla de San Martín en el Caribe; está a tan solo unos kilómetros de distancia del barco donde es la fiesta, y al cual nos llevarán en helicóptero.

Cuando por fin llegamos, el sol está a punto de ocultarse, así que no tardará mucho en comenzar la gala. Como bien dijo Lily, hay mucho movimiento, los yates y helicópteros transportando invitados llegan uno tras otro alternadamente para no causar ningún accidente.

Bajamos los cuatro y, con la ayuda de Mario, logro salir airosa. Obviamente, sigo con mis lentes de sol y siento la mirada de más de una persona, incluyendo al gracioso de Roberto, que lo he notado observándome como si me conociera de antes; Lily, en cambio, solo me sonrío y da un empujoncito juguetón.

—Guapa, arrasará esta noche.

Le devuelvo la sonrisa con picardía, aunque un tanto intranquila, no lo puedo negar, pero trato de concentrarme para entrar en el papel que quiero representar: una mujer relajada, tenaz, dura e inteligente.

Después de darnos la bienvenida, el capitán, con una encantadora reverencia y un beso en la mano como todo un caballero, nos informa que los camarotes están listos y le da a cada uno de los chicos una tarjeta con las iniciales GS. Me quedo viendo a Lily desorientada, ella se acerca a mí mientras los hombres hablan del hermoso día para estar reunidos, y me la suelta.

—Los camarotes los compartimos con nuestras parejas —dice como si nada, pero a mí la sangre se me va hasta el suelo, siento que me pongo blanca, y ella vuelve hablar—. No te lo dije porque supuse que iba a causar un problema para ti. ¡Vamos, tía, no va a pasar nada! Te diría que podemos quedarnos juntas, sin embargo, yo sí que me voy a despabilar un poquito después de la cena. —Me cautiva con su sonrisa y me contagia su buen humor... «Trágame tierra y escúpeme en Madrid».

Todo es bellissimo, el lugar es masivo. Las escaleras en forma de caracol son espléndidas, el lujo y la riqueza se desbordan hasta en el más mínimo de los detalles; los grandes candelabros de cristal impresionan a cualquiera.

Todo llama mi atención y, cuando volteo hacia arriba, veo que ya ha llegado mucha gente, todos vestidos de gala y platicando entre ellos. Nosotros no nos paramos a conversar, seguimos caminando hasta el piso de nuestra habitación; nos despedimos de Roberto y Liliana, intercambiamos números y quedamos en vernos aquí en treinta minutos.

Llegamos a nuestro camarote. Me muero por preguntar si ya están todos aquí, aunque no es necesario hacerlo, él vendrá, mi instinto me lo grita. Al momento que Mario abre la puerta, olvido mi pregunta y me pierdo ante la impresión que me causa este lugar.

El cuarto tiene una sala de seis piezas, con una mesa de madera exquisita al centro, un bar al final saturado de botellas de variados licores finos y vinos. Recorro el lugar hasta llegar a una canasta repleta de frutas, que está en una mesita pomposa; a su lado se encuentra un excéntrico espejo donde me veo de pies a cabeza, aprovechando para acomodar mi cabello un tanto alborotado.

Dejo mi celular a un lado, tomo varias uvas y sigo deambulando por el lugar mientras me las como una a una, inspeccionando minuciosamente.

Me acerco a la ventana y la vista es bellísima; el crepúsculo me da la bienvenida con sus tonos rojizos, es simplemente encantador y relajante. Dejo la cortina abierta y me acerco a la cama para sentarme en ella y quitarme los tacones, así puedo caminar sobre la mágica alfombra esponjosa y sentir su suavidad rozar mi piel como una dulce caricia.

—¿Te gusta? —pregunta Mario.

Por un momento, había olvidado que él estaba aquí. Volteo y lo veo parado en la puerta. Es tan elegante y guapo que en otra vida me derretiría por él, pero no en esta; aun así, cortésmente le contesto.

—¡Wow, todo esto es maravilloso!

—Conocerás muchos lugares como este.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque te van a aceptar, Delhy, quedarán esclavizados ante tu belleza — recalca con seguridad.

—¿Crees que él lo permita? —cuestiono sin pronunciar su nombre.

Se acerca muy lentamente a mí, cortando la distancia.

—Delhy —dice mi nombre mientras toma un mechón de mi pelo y lo deja atrás de mi oreja—, si tú estás segura de que quieres pertenecer a *Goddess Society* nadie puede impedir que no te escojan, todos estarán encantados con tu llegada.

Ante sus palabras, me doy cuenta de que estoy lista para dar el gran paso, y esta vez estoy segura de que esto es lo que quiero; sin embargo, doy unos cuantos pasos hacia atrás para poner distancia entre nosotros, cuando mi celular timbra, sacándome de este extraño momento. Camino hacia la mesa para tomarlo y leo el nombre de Lily en la pantalla.

—¿Bueno?

—Delhy, ¿ya están listos? Es la hora, los esperamos en el pasillo.

—Claro, vamos para allá —Pero antes de colgar agrego—: Lily...

—Dime.

—Muchas gracias.

—De nada, guapa. Siempre que pueda. —Cuelga la llamada.

—Mario, dame cinco minutos, los chicos ya nos esperan en el pasillo. —
Le pido mientras recojo mis tacones.

—Claro, ve. —Me indica el lugar donde está el baño.

Tomo mi neceser y me miro de nuevo en el espejo, observo mi vestido, que se encuentra perfecto. Me dirijo al baño, y ya adentro, me lavo los dientes, retoco los labios, me pongo un poquito de polvo para aplacar el brillo de mi cara y me echo de nuevo perfume.

—¡Lista!

Mi acompañante ya se encuentra en la puerta, por lo cual me ofrece su brazo; yo lo tomo nerviosa y salgo junto a él.

El trayecto se me hace larguísimo, pues caminamos lentamente saludando a muchas personas. Me presenta a cada una de las parejas que nos encontramos; desfilan por los pasillos infinidades de hombres de todo tipo: jóvenes, maduros, así como morenos, rubios, pelirrojos, de ojos azules, verdes, negros, entre otros colores; pero lo más sobresaliente es que independientemente de su edad, todos son altos, guapos y de buen cuerpo.

Claro que las mujeres no se quedan atrás, todas parecen modelos, como bien lo dijo Luz, es una pasarela de guapísimas jóvenes, aunque muchas de ellas se ven un tanto nerviosas como yo. Me imagino que su inquietud es porque cada año se escoge a quince chicas diferentes, no siempre sigues siendo una Diosa. De hecho, según me contó Liliana, son pocas las afortunadas como ella en repetir más de una vez su puesto en la lista, «¡ay no, este tema de las Diosas me va a volver loca!».

Mientras los cuatro nos dirigimos al gran salón principal, veo a una pelirroja enfrente, su manera de caminar me llama la atención y, después de observarla con detenimiento, me doy cuenta de que la conozco... Quien va unos pasos delante de mí es la maldita zorra descarada de Celeste y, al momento en que lo pienso, se me cae el alma a los pies, ¿puede ser ella la acompañante de Santiago? Ante esta sospecha, me empieza a hervir la sangre, e igualmente se activa mi lado salvaje y territorial, por lo cual automáticamente levanto la barbilla y me sostengo más firmemente de Mario.

Veo las grandes puertas abiertas a lo lejos y me paro en seco al instante, me percato de que somos de las últimas parejas que faltan por llegar, aunque sé que todavía estamos con tiempo suficiente para ser puntuales. Dejo que las parejas que van atrás de nosotros nos pasen y sigan su camino, Arizmendi me mira sin comprender qué sucede.

—¿Te estás arrepintiendo? —cuestiona confundido.

Le sonrío para tranquilizarlo, pues me ha llegado una estupenda idea, quiero que todos estén presentes para hacer mi gran entrada.

—Solo espera un momento.

—Delhy, no podemos retrasarnos. —Me apura, jalándome ligeramente del brazo.

—¿Quieres que entre contigo, Mario? —le interrogo con voz firme, y él me mira incrédulo, no se lo puede creer.

—Claro —responde, a la vez que me observa impaciente.

Lo hago esperar unos minutos, y mi pobre acompañante sigue preocupado ante mi osadía.

—Ahora sí, ven, vamos. —Le tomo del brazo y caminamos muy lentamente, como es digno de una Diosa que los hace esperar.

Cuando llegamos al umbral, todos están sentados ya. Se escucha una tenue música instrumental, pero lo que más sobresale es la plática entre los invitados, que inesperadamente dejan de conversar y enfocan sus ojos en nosotros. No me concentro en nadie en especial, ya que hay varios escalones hacia abajo para poder entrar al gran salón, por lo cual los descendo con mucho cuidado sin bajar la mirada, derrochando presencia, porte, con la cara en alto, dejando que se cautiven con mi aparición.

Cuando por fin bajo el último escalón, le susurro a Mario con una sonrisa:

—Llévame con Paolo.

Él me mira sin podérselo creer y le advierto con la mirada: «No me jodas, Mario, y haz lo que te pido». Así que, sin más opciones, nos conduce por toda la pista para llegar a la mesa principal, donde veo cómo discretamente me indica con la mirada quién es el dueño del barco. Y, al estar junto a la mesa, lo saludo.

—Buenas noches, señor Rossetti. Es un placer estar aquí, y muchas gracias por la invitación. —Termino y le ofrezco mi mano, la cual toma entre las suyas, elevándola hasta sus labios para besar con demasiado esmero.

Mientras espero que nuestro anfitrión termine su prolongada pleitesía, veo de reojo que alguien se remueve a su derecha llamando mi atención y, antes de verlo, sé que es él, por lo cual le sonrío sintiéndome prodigiosa.

—Senador, nos volvemos a encontrar —lo saludo, desafiándolo con un toque de altanería.

Lo miro fijamente y su cara incrédula me da la bienvenida. Se para, en un estado de conmoción, cuadrándose frente a mí. Y, en instantes, su sorpresa se ve cubierta por cólera, siendo así consciente de que he cumplido mi primer cometido.

«Vamos, señor Moya, que esto es tan solo el comienzo...», me digo a mí misma, festejando mi primera victoria.

Pero antes de esperar a que me conteste, muevo ligeramente a mi acompañante, dirigiéndolo para dar media vuelta, y así, con paso seguro, parto lentamente del brazo del famoso arquitecto Mario Arizmendi, permitiendo que todos a mi alrededor me contemplen y se cautiven con mi exuberante escote.

Capítulo 6

Nuestra mesa no está muy lejos de la de Santiago, y llego airoso a ella. Mario mueve mi silla para que me siente junto a Liliana, quien me sonrío y guiña un ojo con complicidad. Gracias al destino, mi asiento está ubicado de manera que le doy la espalda a mi malhumorado senador, y solamente puedo sentir su mirada acusadora como dagas penetrándome la piel, observándome, casi queriéndome traspasar para matarme... y no precisamente de placer.

—Delhy, te presento a Ricardo Gómez. Tío, la futura Diosa Qadesh, Delhy Lugo. —Arizmendi empieza las presentaciones.

El joven hombre me extiende su mano al tiempo que me brinda una cálida sonrisa, mostrándome unos dientes perfectos, aunque lo que más llama mi atención son sus bellos y profundos ojos azul cielo. Tan hermosos, cautivadores e impresionantes como el mar limpio y cristalino. Además, a simple vista, me doy cuenta de que es un chico relajado y con su estilo muy juvenil. Sin duda alguna, es el peque de la mesa.

—Hola, guapa, encantado. Te presento a mi acompañante, Isabell Jones.

La preciosa mujer rubia me sonrío y, con un entrecortado «Hola, mucho gusto», se presenta. Por su fluido inglés, el cual usa al comunicarse con Ricardo, me confirma que es estadounidense. Hacen una pareja estupenda y se ven tan bien así de acaramelados, tomados de la mano.

—Bueno, a Roberto y Liliana ya los conoces. Pero te falta tener el disgusto de conocer al aventurero del grupo, Fabricio —agrega Mario, mofándose de su amigo, el cual llama la atención porque es el único que viste un traje muy atrevido, que consta de una camisa estampada de colores, saco azul rey y un impecable moñito azul marino; todo el conjunto es arriesgado y varonil, gritando: ¡Advertencia! ¡Cuidado! ¡Peligro!

—Tío, lo bueno es que somos amigos, si no pensaría que me quieres espantar a las chicas. Hola, cariño, Fabricio Casas. Bienvenida, mi acompañante, Ana Padrón —contesta con su acento español. «Ay, españolitos, ¿qué les dan de comer?».

—Ana, ¿qué tal? —dice la chica de ojos cafés, pelo castaño oscuro, tez blanca y, al parecer, muy seria y reservada; lo que me lleva a considerar ¿qué hace con este “ojo alegre” de acompañante?

—Hola, buenas noches, chicos. Soy Delhy Lugo, mucho gusto en conocerlos.

—Mujer, no hace falta que te presentes, aquí ya eres muy conocida —expresa Fabricio coqueteando. Y, como no me toma por sorpresa su comentario, respondo con una sonrisa de satisfacción—. Hermano, no quisiera estar en tus zapatos. Moya te va a joder la existencia —le dice esta vez a Mario con voz seria, pero se ríe al final.

Después de un rato, Isabell nos platica que vive en Los Ángeles, pero que se encuentra de intercambio en Barcelona, y que nuestro pícaro Ricardo es su

profesor de arte y diseño gráfico. Mientras que Fabricio es arquitecto y radica en Valencia; él entró a la sociedad después de tomar uno de los más arriesgados negocios del señor Rossetti, que fue la reconstrucción de varios edificios, entre ellos, el Castillo de Gibralfaro, para un mayor impacto entre los turistas que visitan la playa la Malagueta.

En cambio, Ana es maestra de preescolar; y rápido me percaté de que es muy linda, carismática, pero sobre todo... ¡Es mexicana! ¡MEXICANA! Siento un tremendo alivio cuando la escucho decir:

«O sea, no manches», y todo nuestro doble sentido mexicano, casi la abrazo de la emoción. Sin embargo, sigo intrigada, no comprendo cómo la embaucó Fabricio para traerla hasta aquí, si ella es tan formal y él tan descarado; pero bueno, bien dicen que las serias son las más alocadas.

La plática continúa animada entre todos, sin embargo, yo me concentro en Roberto, que es un hombre con una personalidad muy amena, lo que aprovecha en su favor, pues se la pasa conquistando a las chicas de nuestra mesa con su picardía y buen sentido del humor. Siempre he pensado que existen personas cuyo carisma lo traen de nacimiento, y el “Doc” es uno de esos que nació con estrella propia.

Mientras me pierdo en las ocurrencias de nuestros acompañantes, llaman nuestra atención con el sonido de un tintineo al golpear suavemente una copa con un cubierto. Retiro un poco mi silla hacia atrás para poder quedar de lado y así ver hacia la mesa de donde procede la llamada; rápidamente la localizo, e instantáneamente veo a Santiago sentado con su mirada fija en nuestra dirección y a Paolo parado a un lado de él.

—¡Bienvenidos, amigos! Es una fortuna poder estar todos reunidos esta noche. Hoy es un año más de esta gran sociedad, otra temporada para hacer nuevos negocios, y una oportunidad más para presentar a bellísimas damas. Asimismo, es un honor para mí poder ver tantas caras nuevas junto a mis hermanos y socios, por lo que los invito a todos a que pasen una maravillosa velada después de degustar de la cena que nos tienen preparada para esta ocasión especial. También les informo que las puertas de los cuartos de juegos estarán abiertas terminando nuestro banquete... —Hace una pausa—. Señoritas, no me he olvidado de ustedes ni mucho menos, tanto es así que en unos minutos les estarán entregando un regalo de mi parte como cada año; entre las sorpresas, encontrarán una pequeña caja con cincuenta mil dólares en

fichas para jugar esta noche —Toma un poco de agua de su copa y prosigue—. A ustedes, holgazanes, no les traje nada, por lo tanto, más les vale que hayan traído esa cuenta bien preparada porque les toca apostar en grande —dice bromeando y termina su mini discurso dándonos de nuevo la bienvenida, al mismo tiempo que levanta su copa, ahora llena de champagne; nosotros lo imitamos y brindamos junto a él.

Inmediatamente después de finalizar las palabras de Paolo, comienzan a servir la cena, que está riquísima. Consiste en una deliciosa sopa de mariscos, posteriormente, langosta al ajillo en una cama de rica ensalada verde y, de postre, un *mousse* helado de fresa, el cual dejo pasar al encontrarme muy llena. Y, asombrosamente, me olvido de Santiago por un momento, al disfrutar de la gala.

Después de retirar los platos, Mario me pide una *caipiriña* que me muero por saborear. Y, cuando me la traen, no paro de degustarla en pequeños sorbos.

—Oye, Delhy. Con esa bebida yo te apodaría Curupira cuando seas una Diosa en vez de Qadesh —dice Roberto sin tapujo alguno, haciendo que casi escupa la bebida en frente de todos.

Sutilmente tomo mi servilleta, me recompongo y le contesto:

—¿Y eso por qué?

—Bueno, lo que tomas es una *caipiriña*, nada más y nada menos que una de las bebidas más famosas de Brasil —Yo asiento con la cabeza, poniendo toda mi atención en él, como los demás presentes—. El nombre fue puesto alrededor de los mil novecientos y viene de la mezcla de “Caipira”, término que hace referencia a los campesinos que en ese tiempo habitaban en los bosques —explica haciendo pausa para tomar un trago de su bebida, antes de continuar—, y de “Curupira” que era un demonio místico que vivía en los bosques y cuyo diminutivo era “Curupirinha”.

—¿Me estás diciendo demonio místico? ¡Pero qué delicado, Roberto! —Le digo esto último con una nota de sarcasmo en mi voz, y le doy un trago a mi ahora endemoniada bebida.

Todos observan este debate extraño que nos rodea solamente a nosotros dos.

Cárdenas se ríe y pone sus antebrazos en la mesa, acercándose al centro como para contarnos algo muy íntimo, casi un secreto a todos los presentes.

—Únicamente pienso que vas a ser un demonio que sacudirá nuestra pacífica sociedad.

Todos, incluyendo las chicas, se ríen del comentario de Roberto, aunque nosotros dos nos miramos fijamente sin ninguna expresión. En nuestro rostro nos confirmamos la tempestad que se avecina; el doctor presiente que un huracán está por llegar, y yo con mi silencio se lo confirmo.

Dos meseros nos interrumpen para entregarnos una cajita, en forma de un pequeño baúl, a cada una de las chicas. Lily no pierde tiempo y lo abre como una niña entusiasmada, de hecho, veo cómo se le iluminan los ojos, y muero de curiosidad por saber qué es lo que tiene dentro, pero me detengo porque no quiero que noten que algo de ellos me importa en lo absoluto.

—Vamos, Delhy, ábrela. —Me incita Liliana.

Como poco falta para que me convenzan, la abro con mucho cuidado, pensando que en la mía con seguridad saldrá una horrible serpiente, como en esas cajitas de música que le das vuelta a una manecilla y cuando terminas de darle cuerda sale un payaso horrible para asustarte.

Pero ocurre todo lo contrario, dentro puedo ver una bolsita de tela blanca transparente, y me da la impresión que adentro trae un traje de baño; cuando la muevo a un lado, me encuentro una cajita de joyería Tiffany & Co., por lo cual volteo a ver a Lily para preguntarle si recibió lo mismo, pero ella ya tiene a Roberto batallando mientras le pone la preciosa pulsera de oro blanco con un dije de un pequeño barco, idéntica a la mía, solo que la de ella tiene un colgante con una L, mientras que la mía es una hermosa D con diamantes incrustados.

Regreso mi mirada para seguir inspeccionando mis regalos y, por último, encuentro otra caja, esta es de madera fina y rectangular, donde se encuentran todas las fichas tipo casino perfectamente acomodadas de las que habló Paolo.

—Señores, ¡vamos a apostar esta noche, y que gane el mejor! —La voz de Santiago retumba a mi espalda, mientras escalofríos helados recorren por todo mi cuerpo. Lentamente cierro el cofre y lo dejo en la mesa.

Las chicas que están frente a mí babean por el senador, y yo solamente me encuentro congelada con mi espalda recta. Siento que, si hago cualquier movimiento, explotará una bomba.

El primero en levantarse es Roberto, Mario lo imita, mientras Fabricio se encuentra plenteramente platicando con su cita, como huyendo de la situación, y Ricardo se queda sentado viendo la lucha de titanes.

—¡Santiago! Caray, hombre, ¿preparado para perder unos cuantos euros?
—Roberto le da la mano.

Santiago da un paso más y se sitúa entre la silla de Lily y la mía. Su larga, torneada y fuerte pierna roza mi costado, yo me estremezco con su cercanía y él suelta una carcajada que retumba en mi pecho.

—Ten cuidado, Cárdenas —le advierte—. Y escoge bien a tus contrincantes, no creo que te agrade ser el perdedor por primera vez.

La mesa se pone tensa y Mario rompe el hielo:

—¡Eh, tío! Venga, que todos ganaremos esta vez.

Escucho sus palabras, y no sé si estoy imaginando o es mi mente loca y traicionera que percibe que habla en doble sentido, y no están hablando de ningún juego, sino de mí.

—¡Venga, chicos! ¡Vale ya, coñazos! ¡Vamos a jugar! —Ricardo se levanta, toma de la mano a Isabell y agrega: —Los veo en la sala de juegos. No tarden, necesito unos buenos jugadores.

Santiago gira un poco quedando frente a mí. Yo sigo mirando al frente como si él no existiera, como si nadie me estuviera calcinando con su mirada penetrante.

—Hola, pequeña.

Con ese apodo cariñoso, mi corazón cae hasta el suelo en picada, esparciéndose en pedazos, ¿por qué?, ¿por qué se atreve a llamarme así? Tomo todo mi autocontrol y agarro toda la fuerza de mi cuerpo para renacer sin que sus palabras me afecten, al menos externamente. Me paro lentamente y giro para encararlo, quedando frente a frente.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? —contesto, pasando mi mano por su pecho, limpiando unas pelusas imaginarias, me retiro un poco y le ofrezco mi mano, la cual besa sin apartar la mirada.

—Esperando por ti —dice fuerte y claro, para que todos escuchen.

—Me alegra escucharlo —Le sonrío vanidosa—. ¡Que comience el juego! —digo altanera y provocativa.

Mi hombre no se tambalea ni un poco ante mi comportamiento, al contrario, me observa fijamente, estudiándome. Yo por mi parte me acerco un poco más a su rostro para que vea la decisión en mis palabras y, lentamente, paso mi mano por su barba porque mis manos extrañan su tacto, aunque trato de fingir que no tiene importancia este acto tan íntimo.

Me acerco a su oído, pero cuando estoy por hablar, me da un golpe bajo al posar su mano izquierda en mi cintura y juntarme a su cuerpo de manera posesiva. Sus dedos rozan mi espalda desnuda, provocándome una sed carnal por todo eso que desprende a todo momento. Crece mi hambre por domar su lado feroz, por amar su lado amable y compartir su instinto animal.

—Esta vez, nos vamos al infierno juntos —le susurro para que nadie nos escuche, pero muy claro para que él lo entienda.

Cuando me escucha, me aprieta más fuerte la cintura, sin ninguna compasión, tanto que un pequeño gemido de dolor sale de mi boca. A pesar de su acción, disfruto de su posesión, y mi mano pasa de su mejilla a su hombro para sostenerme.

—Esta vez serás tú quien se postre ante mí, mi querido senador. —Dejo salir mis palabras fluyendo con un frío desdén.

Me volteo y soy consciente de que todos en la mesa se encuentran callados, contemplando nuestra privada interacción.

—¿Alguien más está listo para jugar? —agrego divertida y con un tono cordial y alegre—. Muero por gastarme estas fichas.

Capítulo 7

Santiago Moya

«¡Me cago en todo lo cagable!». El mundo conspira contra mí, me siento un gafe con esta mala racha que me cargo; todos mis planes, negocios y situaciones en general se van al traste.

Me encuentro en mi camarote descansando. Paolo, el muy hijo de puta, me acaba de meter una regañina tirando mierda hasta por los codos, pues está cabreadísimo porque me presenté en esta noche tan importante sin pareja. «”¡QUÉ COÑO! ¡NO EXISTE REGLA ALGUNA QUE ME OBLIGUE A HACERLO!”», se lo grité porque ya me tiene cansado ese gilipollas; sé que es una tradición, la cual estoy mandando a la reverenda jodida, pero no puede obligarme, «¡con un carajo que no!».

Me quito el saco, me arranco el corbatín y los aviento en el sillón; me voy caminando directo a la cama, donde me dejo caer, observo el techo y lo pienso de nuevo. Ya lo tengo todo planeado, esta noche estaré platicando discretamente con mis hermanos, con quienes comparto acciones; necesito ir cuadrando estrategias para comenzar a venderlas y salirme de este revuelo, sé que no es necesario, podría dejar de venir a la gala y seguir con mis negocios junto a ellos sin ningún problema, pero me siento un traidor.

Yo fui el que comenzó todo este reverendo alboroto de las Diosas, por lo que dejar de asistir sería un golpe bajo para ellos; es solo que no me apetece venir a ver mujeres, ni cortejar a nadie, si en mi mente solo se encuentra esa divina criatura mexicana de candentes caderas que me tiene colado hasta la médula, pero que se halla a miles de kilómetros de este barco.

Cada día está más hermosa mi pequeña Delhy. Max investigó que se encuentra registrada en un gimnasio muy conocido de la ciudad, no me lo dijo dos veces, contraté un investigador privado de mi absoluta confianza. Después de un par de días, me dio toda la información que necesitaba; a qué hora asiste, en qué clases está registrada, todo su horario meticulosamente detallado. Por lo que, después que me entregó el reporte, tomé mi mochila

deportiva e hice tiempo para estar presente puntualmente todos los días para verla de lejos.

Me enamora verla cada día más dedicada a su entrenamiento, aunque a veces me lleno de rabia al verla llegar junto a su vecino, o cuando alguien trata de cortejarla durante sus horas de ejercicios. La única oportunidad que tuve de acercarme a ella, fue cuando se registró para tomar un masaje sueco, que conlleva estarse mimando por toda una hora en una habitación llena de velas, mientras que desnuda se relaja y deja que eliminen la tensión muscular de su precioso cuerpo.

La primera vez que escuché al piloto hablarle de los masajes que ofrecía el gimnasio, me llené de cólera al percibir cómo le sugería algo así, pero después se lo agradecí. Fui corriendo a recepción para preguntar quién era el encargado y fue así como conocí a la preciosa señora Martha, masajista del turno de mi mujer.

Me inventé una historia que me costó unos cuantos euros y que se los pagaría a esa encantadora mujer de nuevo con mucho gusto, cada vez que mi descarada decida tomar su masaje.

—Disculpe, señor, pero no puedo hacerlo, ¿usted quiere que me dejen sin curro? —contesta asustada.

—Marthita de mi corazón —Trato de ganarme su confianza y le doy mi mejor sonrisa—. Cómo le explico, no hay porqué preocuparse, ella es mi esposa.

—A ver, muéstreme el anillo. —Me indica, dejándome saber que no porto una argolla de matrimonio.

—Ay, Marthita, pero qué indiscreta es usted. Mejor dígame cuánto gana yo se lo triplico.

—Joven, usted hará que me despidan, y yo con este curro mantengo a toda mi familia.

Esta señora es un hueso duro de roer, pero yo lo tengo que conseguir. Saco de mi cartera todo el efectivo que cargo conmigo y tomo una tarjeta de presentación que suelo usar cuando hago mis negocios.

—Última oferta, Marthita; mire, aquí está mi tarjeta. Soy el senador Santiago Moya, soy abogado y le garantizo que a usted no le va a pasar nada, ni se va a quedar sin curro. Solo soy un hombre enamorado, que quiere cumplirle una fantasía sexual a su descarada mujer.

La pobre se pone colorada, pero toma el dinero de mis manos y se lo guarda en milésimas de segundo.

—Santiaguito, solo cuarenta y cinco minutos, pues sin falta un cuarto de hora antes de terminar la sesión, entraré; haya o no haya terminado. —Se ríe pícaramente.

—Es un ángel, Marthita.

—¡Váyase, váyase! Yo preparo a la niña, recuerde, ¡solo esta vez!

Me acerco a ella y le doy dos besos, uno en cada mejilla.

—Marthita, déjela recostada, es parte del plan. —Le guiño un ojo y la pobre mujer solo niega con la cabeza.

Así es como pude soportar esta lejanía: con un tapabocas, lentillas oscuras, los lentes que uso para leer, los cuales me dan un *look* más profesional, y vestido con un uniforme azul de masajista. Martha me sorprendió mandándome todo esto, junto con el gafete de un tal Gabriel Zamora.

Cuando entré a la habitación, ella ya se encontraba recostada en la camilla totalmente desnuda, solamente con una pequeña toalla cubriendo su sensual trasero. Marthita dejó todo preparado para mi llegada. La música instrumental suave se escuchaba en los altavoces, y velas aromáticas alumbraban todo el cuarto.

Toqué su cuerpo desnudo, la contemplé y la acaricié como un poseso. Veneré su piel recorriendo cada centímetro, impregnándome de su roce, su aroma y su suavidad. Esto fue lo único que me hizo sobrevivir este maldito alejamiento hasta nuestro próximo encuentro; mis manos se encuentran anhelando tenerla junto a mí, recorrer su cuerpo y hacerla mía para siempre.

Cuando Martha me interrumpió para terminar la sesión con Delhy, me fui

directo al baño a saciar un poco el inmenso deseo que tenía por poseerla y hacerla mía de nuevo. Mi mente viajaba pensando que mi tacto era su dulce y apretado coño, acelerando mi toque sentí mi respiración pesada aumentar a cada paso, hasta que un gruñido vibró en mi garganta y me hizo derrame en mi mano hasta quedar sin aliento.

Siempre la espero hasta que sale de las instalaciones; Delhy es tan descuidada que algunas veces temo que alguien la lastime. Se sumerge en su mundo y no es consciente de su alrededor. Incluso, he notado que algunas veces cambia drásticamente cuando está en la calle, abraza su bolsa contra el pecho y camina a la defensiva como una ardilla asustada. Percibo otros pequeños cambios en ella, que no logro comprender.

Sé que la herí, que mis palabras fueron sucias y ruines con el propósito de lastimarla, y que logré mi cometido, hierla y alejarla. Sin embargo, esa mujer me saca de mis cabales. Yo sé que esto no es justificación, pero me pierdo, exploto y lo termino destruyendo todo. En cambio, hay otras veces en que todo es tan distinto; el lado tierno y bueno que adoro de ella, su forma de ser tan linda y amable con los demás, me enamora a cada instante. Es un alma tranquila que, inconscientemente, saca lo mejor de mí, algo que ninguna mujer pudo hacer antes. Pero todo cambia en un abrir y cerrar de ojos, cuando se transforma en un remolino que se va formando súbitamente, creando una tempestad a su paso, volcándome, dejándome muy mal parado y sacándome de mi zona estable, en la que siempre me encuentro y en la cual estoy acostumbrado a vivir.

Llegué a la conclusión de que su cambio tan repentino después de regresar de México es porque sigue confundida y no puede soportar que sea parte de esta sociedad, pero no sabe cómo expresarse, o quizás solo no lo comprende. A decir verdad, yo tampoco lo comprendería, estaría reacio y frustrado, o algo mucho peor si ella fuera la que se encontrara en mi lugar, por eso he tomado la decisión de alejarme por este par de semanas y de dejarlo todo por el bien de lo nuestro.

Mi teléfono suena, sacándome de mis pensamientos, ya debe ser hora.

—¿Sí? —contesto.

—Señor Moya, lo esperan —dice mi mano derecha.

—Cinco minutos —respondo y cuelgo.

Tomo mi corbatín, me voy directo al baño y lo deajo sobre el mueble del lavabo. Abro la llave y me rocío agua fresca en la cara con cuidado de no mojarme la ropa, seco mi rostro con una pequeña toalla y veo mi reflejo en el espejo. Sonrío al pensar en ella, tengo tantas ganas de verla y de perderme en sus besos; cómo desearía poder tenerla esta noche entre mis brazos. Respiro hondo, procesando esta horrible lejanía que no me deja estar tranquilo.

Entro al salón y son pocos los que han llegado, claro, me mandaron llamar porque soy uno de los anfitriones de esta noche, como todos los años, esa es la razón por la que somos los primeros que tenemos que estar aquí presentes, para darle la bienvenida a nuestros invitados. Llego con Paolo, quien está rodeado de varios hombres con sus respectivas parejas, y los saludo a todos educadamente.

—Conseguí tu cita —dice Paolo muy tranquilo, quitándole importancia a lo que me acaba de comentar.

Me le quedo viendo indignado. «¡Estúpido de mierda!», lo ofendo en mi mente, pues jamás le faltaría al respeto frente a todos los presentes.

—Viene retrasada, pero sé que llegará a tiempo. —Me informa, imponiendo mando ante mí.

Me disculpo y me doy la media vuelta para salir de ahí, antes de cometer una locura esta noche tan importante. Pero esto no se va a quedar así, me va a escuchar.

Tomo asiento, agarro la tarjeta blanca que está a mi lado, que me dice quién será mi acompañante en esta noche, en letra cursiva leo *Celeste Gagliardi*, no sé quién mierda es, pero bueno, ahora a lidiar con esta putada de que ya tengo pareja para esta noche.

Me desabrocho el saco, me pongo cómodo y comienzo a ver cómo empieza a llenarse el recinto mientras pido un *cognac* para pasar este mal momento. Cuando termino mi bebida, ya están casi todos en la sala.

Paolo camina escoltado por dos exuberantes mujeres. Al llegar a la mesa, retira la silla para su pareja. Y una despampanante pelirroja, con un vestido rojo, me sonrío sensual llamando toda mi atención.

—Hijo, Celeste Gagliardi. —Me la presenta.

Me paro con respeto, ya que ante todo soy un caballero, y vamos, que soy humano y esta mujer está preciosa; su piel de muñeca llena de pecas demanda mi total atención. Tomo la mano que me ofrece, la beso, después retiro la silla y se sienta con elegancia dándome las gracias.

Pido otro *cognac*, puesto que la noche va a ser larga. Le pregunto a Celeste si quiere algo de beber y se decide por un Martini. Miro mi reloj y compruebo que ya es hora de comenzar. Observo a mi alrededor, confirmando que ya estamos todos aquí, bueno, solo falta el capullo de Mario, pero su impuntualidad no es una sorpresa. «¡Oleeee! ¡Vamos, tíos, otro año de mierda!», digo en mi mente, derrochando sarcasmo.

Estoy concentrado en mis pensamientos cuando escucho que los presentes dejan de hablar por unos segundos, para a continuación empezar a murmurar un poco más, pero bajando el tono. Me parece chistoso, porque ya todos conocen a Paolo y deben de estar parando de hablar para darle la palabra al “Señor Rossetti”, el cual odia la impuntualidad, y en cualquier momento comenzará su discurso, como cada año.

Pero antes de verla, ya sé que algo pasa, pues miro de reojo a Max moverse ligeramente. Muevo mi cuello en forma de semicírculo para aliviar la presión y estiro mi espalda antes de mirar hacia la puerta principal, preparándome para observar con mis propios ojos la escena que jamás esperé en toda mi puñetera vida ver.

Y ahí está ella, hermosa de pies a cabeza, bajando los escalones uno a uno del brazo de Mario Arizmendi. Suelto lentamente el vaso de mi bebida, temiendo que lo quiebre en cualquier momento a causa de lo que veo como la peor de mis pesadillas.

Todos están expectantes, los dos se encuentran bajo la mirada de los presentes y Delhy no se intimida ni un poco. Camina seduciendo a todos a su paso, mirando al frente, retando a los invitados, cual reina llegando a presentarse sin necesidad de una invitación, porque ella simplemente es consciente de su poder ante la totalidad de este lugar.

Con cada paso que da, crece mi incredulidad; no puedo creer que esté aquí, en un lugar que jamás esperé encontrarla. No puedo seguir viéndola, así

que bajo la mirada y me concentro en mi bebida, hasta que la escucho claramente saludar muy cerca de mí.

—Buenas noches, señor Rossetti. Es un placer estar aquí, y muchas gracias por la invitación.

Mi estómago se revuelve; estoy a nada de perder los papeles, pararme y partirlas la cara a Paolo y a Mario. Me remuevo en mi silla, mientras estoy a punto de explotar.

—Senador, nos volvemos a encontrar.

La escucho altanera, como aquella tarde en el elevador. Me levanto lentamente, para quedar frente a frente; la observo sin poder creerlo todavía. Y ella, sin vergüenza de estar aquí, me enfrenta llena de odio y rencor. Observo una mirada que jamás había conocido, pero cuando estoy por responder, da la media vuelta y me deja ahí parado, tratando de procesar lo que ha sucedido.

La veo partir, incrédulo, lleno de rabia, odiándola a cada paso que da, ya que está permitiendo que todos la observen, que se pierdan en el escote profundo de su vestido y se imaginen cosas indecentes con el cuerpo que fue hecho solo para mí.

Pasa la noche y no soy consciente de nada, solo la observo indagando, preguntándome a cada momento: «¿qué está pasando aquí?». Celeste me habla y me trata de incluir en la conversación, pero no le pongo atención; yo me encuentro perdido, descifrando qué coños pasa entre nosotros. Ella, sin embargo, tan tranquila que se desenvuelve con las personas en su mesa; sin pensarlo dos veces, solamente me mandó al carajo y se pone a conversar con los demás.

Mis muchachos están al tanto de todos mis movimientos, creo que tienen miedo de que agarre a puñetazos al capullo de Mario, y ganas no me faltan, por coñazo, pero primero necesito saber en qué puñeteras anda metido y porqué Delhy se encuentra aquí. «¡¡No seas gilipollas, sabes muy bien por qué está aquí!!! ¡Es noche de presentación, cuando se dan a conocer a las futuras Diosas! ¡Y el maldito cabrón de mierda la está presentando hoy! La ha convencido».

La presentación no es tomar el micrófono y anunciar a las señoritas como

en un certamen de belleza: «Delhy Lugo, treinta y cuatro años, mexicana.» Me río bajo ante mi idiotez. La introducción en nuestra sociedad es traerla simplemente esta noche y, sin duda alguna, el jodido Arizmendi la está presentando. «¿En verdad es ella la que quiere ser una Diosa?».

Cuando reacciono, estoy caminando hacia su mesa. Al acercarme, oigo cómo se carcajean entre ellos, divirtiéndose de lo lindo, y a mí que me cargue la mierda mal parida. Llego y cruzo su espacio personal, quedando detrás de ella.

—Señores, ¡vamos a apostar esta noche, y que gane el mejor!

No espero ningún saludo, únicamente disparo a matar. «Vienes a jugar, Delhy, ahora resiste, mujer necia, que no conoces la cueva de lobos en que te has metido; ojalá seas fuerte y puedas sobrevivir a esto».

Roberto se levanta y me saluda:

—¡Santiago! Caray, hombre. ¿Preparado para perder unos cuantos euros?

Me acomodo entre la silla de Delhy, acercándome más, y a propósito la rozo con mi pierna. «Sí, mujer, soy yo y estoy aquí». Roberto piensa que no entiendo el doble sentido de sus palabras y yo me carcajeo ante su osadía.

—Ten cuidado, Cárdenas —Resuena mi advertencia, para dejarle claro que no estoy jugando, aunque a la vez me regaño a mí mismo por estar aquí como un idiota, reclamando un puesto que ella, al estar aquí presente, me ha quitado. Aun así, agregó—: Escoge bien a tus contrincantes, pues no creo que te agrade ser el perdedor por primera vez.

Sé que no le agrada mi comentario, y todos se quedan serios hasta que Mario rompe el silencio:

—¡Eh, tío! Venga, que todos ganaremos esta vez.

Sus palabras me enfurecen tanto, que tomo todo mi autocontrol para no partirle la cara e irme a los golpes. Volteo a verla y sigue mirando al frente como si yo no existiera. «¿Eso es lo que quieres, Delhy? ¿Que no exista para ti?».

—¡Venga, chicos! ¡Vale ya, coñazos! ¡Vamos a jugar! —Ricardo se levanta con su pareja, alejándose de la tempestad que nos envuelve—. Los veo en la

sala de juegos. No tarden, necesito unos buenos jugadores.

Giro un poco para quedarme frente a ella, pero sigue mirando a otro lado, como si no me conociera.

—Hola, pequeña —le digo desde el fondo de mi maldito corazón, el cual está despellejado. «Última oportunidad», me confirmo a mí mismo.

Se para frente a mí y nuestros cuerpos se rozan.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? —Me ofrece su mano y yo doy un paso hacia atrás para hacerle una pequeña reverencia, mientras beso su delicada muñeca, sin perder contacto con sus ojos.

—Esperando por ti. —Mis comentarios son alertas que le mando para que recapacite, pero ella está encerrada en una terquedad que desconozco.

—Me alegra escucharlo —contesta altanera—. ¡Que comience el juego! — recalca en mi cara.

Me le quedo viendo. Juraría que no es mi pequeña Delhy. Afirmaría que la mujer que tengo frente a mí es una total desconocida, pero al sentir su tacto en mi mejilla, y su olor cuando se acerca a mi oído, confirmo que es de quien me enamoré. Instintivamente, llevo mi mano a su cintura y las yemas de mis dedos tocan su suave espalda, recordándome lo glorioso que es estar junto a ella. Cuando comienzo a sentirme como un cordero doblegándome, me susurra al oído:

—Esta vez nos vamos al infierno juntos.

Con sus palabras, despierta un temperamento que no conoce todavía de mí, por lo cual reacciono apretándola fuerte, clavándole mis largos dedos en el talle, para dejarle marcas y recuerde que fui yo quien dejó esos moretones en su piel.

—Esta vez serás tú quien se postre ante mí, mi querido senador. —Ataca de nuevo y se aleja de mí, dejándome perplejo.

—¿Alguien más está listo para jugar? Muero por gastarme estas fichas. — Me remata, ignorándome.

En ese momento, me desconecto ante su ruin proceder, aplastando la imagen que tengo de ella. La observo por última vez y me retiro dando media

vuelta; soy consciente de las miradas de todos, expectantes ante nuestro comportamiento.

Sin duda, es de grandes lo que estoy a punto de hacer. No soy un débil, al contrario, se necesita de mucho valor y coraje para estar donde siempre he estado y donde seguiré estando.

Capítulo 8

Santiago Moya

Regreso a mi mesa y tomo a mi acompañante para irnos a la sala de juego, puesto que aquí no hay nada más que hacer. Celeste toma mi brazo y partimos juntos; no tengo cabeza para juegos, mis planes se han ido a la mierda. Al entrar, trato de disimular que no la estoy buscando, sin embargo, el coraje me impide concentrarme.

—Santiago, ¿podemos sentarnos en una mesa de dominó? —pregunta mi acompañante, con su bonita sonrisa.

Respondo afirmativamente y la guío hasta el juego que ella desea. En el camino a nuestro destino, nos paran varias parejas para saludarnos y conversar un poco. Llegamos a tiempo, se encuentran por comenzar la partida y ella se une fácilmente al grupo.

Me quedo parado dando un trago a mi copa de *champagne*, mientras veo cómo empieza el juego. Reparten las fichas y, en ese preciso momento, algo llama mi atención; mis ojos se distraen ante la viva imagen de la mujer más hermosa de todo el lugar. Hasta el día de hoy, nunca me he cansado de admirarla; viene subiendo los escalones mientras platica con otra chica de piel aperlada y pelo oscuro. Cuando está por fin en nuestra planta, se da cuenta de la atención que atrae con su presencia.

Su compañera se sienta en una mesa de cartas y observo cómo Roberto se acerca a Delhy. Unos minutos después, confirmo que la ha invitado a bailar, ya que la guía hasta la pista, tocando su exuberante espalda desnuda, y comienzan a bailar.

Espero impaciente a que termine la partida de mi acompañante, que se encuentra concentrada en sus fichas de dominó. Me inclino acercándome a su oído, y le digo con voz profunda y varonil, esa que utilizo siempre que quiero derretir a una mujer:

—Me encantaría bailar la segunda pieza con usted, señorita Gagliardi.

La pelirroja voltea a verme acalorada.

—Me encantaría, señor Moya.

Al terminar el juego, se levanta encantada, agarra mi brazo y, al acercarnos a la pista, noto que se encuentran varias parejas más, divirtiéndose alrededor de Roberto y Delhy, que todavía no se han percatado que bailamos muy cerca de ellos.

Al empezar los acordes de una nueva canción, su mirada me encuentra y se cruza con la mía. En ese instante, escuchamos *Felices los Cuatro* en un nuevo ritmo, una salsa que canta Maluma, el cantante colombiano del momento, pero ahora con el legendario Marc Anthony.

La descarada se balancea y sonríe en los brazos de Roberto, así que no me quedo atrás y tomo a Celeste, balanceándola al ritmo de los acordes de la melodía. Bailamos con nuestras respectivas parejas, pero nos buscamos y nos retamos, para demostrar quién de nosotros dos es el que más se divierte esta noche.

Cuando terminamos de bailar unas cuantas canciones más, veo cómo se excusa con Roberto y se retira. Ante estos nuevos acontecimientos, no pierdo el tiempo, le pido a Celeste que me disculpe porque necesito atender una llamada; la dejo en la barra del bar y ella, acalorada, pide otro Martini.

Mientras “mi cita” se queda esperando que le sirvan, se pone a conversar con varios de mis hermanos, que se encuentran a nuestro alrededor, yo tomo ventaja de su distracción, agarro el vaso de *cognac* que me manda Max y me retiro tras mi mujer.

Al tiempo que camino sin destino, me suelto un poco el corbatín, respiro hondo y vuelvo a tomar otro trago de mi bebida. De pronto, hace mucho calor en la sala y el lugar se me hace tremendamente grande para encontrarla aquí.

El cuarto donde nos encontramos es muy amplio, la arquitectura de esta sección es impresionante. Colores crema, guinda y café dan vida a todo el lugar. Pinturas originales cuelgan de sus paredes y finas obras de arte se encuentran por doquier. Se puede observar las diferentes secciones por su espacio abierto, desde maquinitas traga monedas, hasta mesas de apuestas, e infinidad de otros juegos para la ocasión. El ambiente es idéntico al estilo del Casino Monte Carlo en Mónaco, finamente ostentoso con toda la pinta europea. Desgraciadamente, después de examinar rincón por rincón, no hay rastro de mi rebelde mujer.

Observo que Mario y los demás chicos se encuentran sentados en una de las mesas de *póker*, pero quito la vista de ellos para seguir buscando y, entonces, capto a Delhy cruzando al otro extremo de donde me encuentro parado, rumbo a la salida.

Camino rápido, atravesando la sala, y miro cómo mi descarrilada mujercita esta vez toma las escaleras que dan a los camarotes, y yo me regocijo de la emoción. «Me la vas a pagar, pequeña descarada» habla mi subconsciente, pues ya estoy harto de sus mierdas, y ahora sí me va a escuchar.

Cuando doy vuelta en el pasillo, me pongo nervioso al pensar que la he perdido, pero doy unos cuantos pasos más adentrándome en la zona, giro a la derecha y la veo; su puerta es la del fondo, claro, una de las habitaciones principales del barco. Acelero el paso, «no te me vas a escapar, pequeña».

Con dificultad, se encuentra abriendo la puerta con una sola mano, puesto que en la otra tiene la caja de mierda que les regala cada año el puto de Rossetti. Cuando por fin abre y se encuentra por empujarla, yo la impulso junto a ella, azotándola en la pared y rozando su mano.

Vóltea asustada. Y yo olvido que la razón de seguirla es para poder hablar con ella. La acorralo contra el muro del pasillo interior y le estampo un beso desesperado. La adoro, la deseo y la necesito. «¡Con una mierda, no puedo vivir sin ella! Aunque estoy tan enojado por su comportamiento infantil en toda la jodida noche».

Delhy se resiste ante mi arrebato, pero no la dejo ir; agarro una de sus piernas, colocándola alrededor de mi cintura. Ella reacciona regalándome un gritito de sorpresa ante mi impulso y con el movimiento se abre la gran rajada de su vestido; yo aprovecho para pasar mi mano por su suave piel, escuchándola gemir. Aunque su mano sigue empujándome, su cuerpo la traiciona. Se le cae la caja al suelo, distrayéndome por el sonido, por lo cual ella toma ventaja y se aleja de mis labios.

—¡SUÉLTAME! —grita mi pequeña fiera.

—¡JAMÁS!

En vez de escucharla, me voy directo a su mejilla, dejándole un camino de besos; empiezo a bajar, siendo consciente de que la puerta está abierta de par en par, aunque no creo que alguien venga a los dormitorios tan temprano; pero si vienen, se ganarán un buen espectáculo. No soy exhibicionista, pero extrañamente me caliento aún más de solo pensarlo, de imaginar que podrían ver cómo la hago mía, cómo soy capaz de llevarla al paraíso para arrastrarla al infierno de puro placer.

Cuando regreso a nuestro momento, después de mi lapso fantasioso, me doy cuenta que Delhy está con su cara hacia arriba y los ojos cerrados, dándome acceso completo a su cuello, el cual muerdo de inmediato, mientras ella respira más profundo conteniéndose.

—¿Me sientes? Estoy aquí, pequeña —digo con voz entrecortada.

Ya no puedo esperar más, tomo con mi mano su seno y lo amaso por arriba de la fina tela de su vestido, y mis labios recorren su cuerpo, dándole besos rápidos por encima del encaje.

—Santiago, no. —Trata de apartarme cuando se da cuenta de mis intenciones.

—Shhh... Nadie nos verá —le confirmo, solo para que me deje seguir, pues yo de aquí ni mierda que me muevo.

Ruedo un poco su vestido para arriba, me arrodillo frente a ella, ajusto su pierna en mi hombro y Delhy se sujeta, poniendo su mano en mi omóplato derecho. Y yo, ávido, me acerco a ella, pongo mi nariz en su sexo e inhalo profundo, disfrutando del olor de su excitación. Me encanta su aroma tan

exquisito; sus bragas transparentes me enloquecen, puedo ver su coño esperando por mí. La lamo por encima y retrocedo un poco para ver mi travesura; volteo a verla y ella me observa, me vuelvo a acercarme y lo hago de nuevo, pero esta vez al final la mordisqueo un poco, por lo cual mi descarada casi ronronea de placer.

Bajo su pierna para quitarle la ropa interior. Cuando la tela está fuera de ella, la guardo en mi saco para no dejarla por ahí regada. La asalto de nuevo, pero esta vez dejo reposar su tacón alto en uno de mis muslos, mientras que mi otra rodilla está plantada en el piso. La devoro con ansias, la ataco tomando todo de ella, chupo fuerte su coño mojado tratando de saciar mi sed, siento mis labios mojarse con toda su humedad; me relamo y vuelvo por más, no le doy tregua. Ella comienza a cantar mi nombre entre gemidos, ya que es la gloria donde nos encontramos.

Sus quejidos son ensordecedores, y cada vez que los escucho, es más fuerte mi arrebató, como si quisiera que todo el maldito lugar escuchara que es mía y que solo yo soy quien puede darle placer. Delhy me aprieta fuertemente y se hunde en mi cara. Si pudiera me reiría, la pobrecilla está tan necesitada de mí como yo lo estoy de ella. «Yo no soy cruel, vida mía, yo todo te lo doy, siempre»; con este pensamiento, subo mi mano y la penetro con un dedo, mientras me concentro en su nudo de nervios. Al sentir cómo me aprieta, meto otro más y los muevo más rápido, tanto, que se deshace; su boca grita mi nombre y me bebo su dulce orgasmo, tan delicioso como siempre.

Le bajo el vestido lentamente y veo que sigue con sus ojos cerrados. Me levanto y me pongo frente a ella, la beso, y me deja entrar con facilidad. Solo yo sé cuánto me está costando no llevarla a esa cama y follármela.

—Necesito de ti. —Delhy me sorprende con sus palabras, porque estaba a punto de irme; me toma de la mano, cierra la puerta y le pone el seguro.

La sigo hasta entrar a la recámara. Me suelta sutilmente, camina un par de pasos por enfrente de mí, y dándome la espalda se desabrocha el zipper de su vestido, mostrándome así su espalda desnuda, sus sensuales caderas y sus deliciosas nalgas, que siempre me vuelven loco. El vestido cae al suelo, acto seguido, se gira a verme, me sonrío, y con total sensualidad, sube a la cama, deslizándose sin dejar de mirarme; se recuesta en las sábanas blancas, y lo

miro todo en cámara lenta, puesto que estoy envuelto en la magia seductora que desprende todo su ser.

—Quítate la ropa —me ordena. No estoy cohibido ante su mando, solo estoy procesando lo que está sucediendo, pero antes de que me desvista, vuelve a preguntar—: ¿Te la vas a quitar? —presiona.

Así que, bajo su atenta mirada, comienzo a despojarme de la ropa, y ella se deleita al ver cómo me voy quitando prenda por prenda.

—Ahora sí, senador, ¡ven y tómate! —Me sonrío traviesa.

Me subo a la cama y nos perdemos de nuevo, aunque, de una forma diferente, de una forma más carnal, tratando de devorarnos mutuamente, de pertenecer o simplemente de encajar, con la esperanza de, al final, encontrarnos de nuevo.

Siempre que termino dentro de ella, es glorioso, pero esta vez va más allá, es sublime, indescriptible, debido a que es la primera vez que la siento sin ninguna barrera, piel con piel, dejo de pensar, solo me dejo llevar y no me preocupa en lo más mínimo.

Desde el colchón, veo cómo, sigilosa, Delhy se para sin vergüenza, entrando al baño mientras yo sigo acostado esperando por ella. Tarda unos cuantos minutos y sale con un rubor encantador en sus mejillas, que le dirá a cualquiera lo bien que se encuentra follada.

Recoge su vestido bajo mi atenta mirada, se lo pone rápidamente, se mira en el espejo y voltea a verme. Por fin me da la cara.

—Si necesita más tiempo, puede tomarse el necesario. Gracias por calentar mi cama esta noche —me habla de usted y pronuncia las mismas palabras que le dije en el elevador—. Senador, solamente le agradecería que la próxima vez, no se atreva a abordarme de esta misma manera, hay un protocolo que debe seguir. —Se da la vuelta y se retira de la habitación.

Me deja ahí como un tonto, sin darme tiempo de nada.

—¡DELHY, CON UNA MIERDA! —grito enojado, al tiempo que escucho cómo azota la puerta.

Paso mi mano por el cabello y empiezo a vestirme rápido.

«Si no la termino matando, será un milagro».

Capítulo 9

Salgo casi corriendo de la habitación. ¿Qué diablos ha pasado ahí dentro? Bajo de prisa las escaleras. Y, al bajar los últimos escalones, doy un mal paso, no obstante, antes de verme con toda la cara estampada en el costoso piso de

madera, unos fuertes brazos me atrapan. Volteo apenada y un tanto desenfocada, para averiguar quién ha sido la amable persona que me ha socorrido, resultando ser nada menos que el doctor Roberto Cárdenas.

—¡*Woohhh!*... Cuidado, linda. —Me ayuda a pararme.

—Muchas gracias, Roberto. Disculpa, no estaba poniendo atención — digo, algo nerviosa.

—No hay cuidado, ¿te encuentras bien? —pregunta preocupado.

—Sí, sí... estoy bien. —Volteo a ver para todos lados, con miedo de que Santiago venga detrás de mí.

—¿Quieres una copa?

—Sí, por favor. —Acepto su invitación sin pensarlo dos veces, necesito una excusa para salir de aquí lo más pronto posible.

Partimos juntos hasta una barra de granito al otro extremo del cuarto de juegos, tomamos dos copas de *champagne* que nos ofrece el *bartender*. Sin embargo, sigo muy inquieta, no puedo quedarme; primero que nada, necesito pensar y poner algo de distancia, luego, procesar lo que acaba de suceder entre Santiago y yo.

Quiero ir afuera, respirar aire fresco y calmarme un poco porque siento que me asfixio; no hay duda, requiero perderme por un buen rato. Simplemente, tengo miedo de que esté tratando de encontrarme, no estoy preparada para hablar con él. «¡No, aún no!».

No sé nada de Mario, aunque eso es lo último que me importa en este preciso momento. Le pido a Roberto que salgamos a la cubierta, con la justificación de que quiero conocer los alrededores de este elegante lugar, y él accede sin problemas; caminamos lento, no es la primera vez que se encuentra aquí.

Es un excelente guía; subimos varias escaleras hasta que por fin me lleva afuera, donde puedo respirar la brisa que nos recibe con tan solo poner mis pies en la proa. Me pierdo viendo el profundo cielo estrellado, con una luna llena que ilumina el misterioso mar; esta sensación es tan relajante. Lo pienso, no obstante, no sé cómo diablos vine a parar hasta aquí; mi vida era tan tranquila, y mírenme ahora en este barco lleno de buitres.

Mi acompañante está parado unos pasos frente a mí, recargado en el barandal; lo observo tomar un trago de su copa sumido en sus propios pensamientos, y yo lo dejo ser, lo que menos necesito ahora es platicar.

—Toma; ven, está refrescando.

Roberto deja la copa en el suelo, se acerca y me pone su saco; yo, instintivamente, me envuelvo en él, y, al instante, su perfume inunda mis fosas nasales con su delicioso aroma masculino.

—Gracias.

Estoy tan agotada que únicamente pienso en acostarme en mi deliciosa cama; esto ha sido un largo viaje, y agrégale ahora que el remolino todo poderoso de Santiago me dejó sin fuerzas, pero deliciosamente satisfecha. Él siempre sabe cómo llevarme a mi límite; al instante que mi condenado senador pasa por mi mente, me pongo a recordar lo que acaba de suceder hace tan solo unos minutos atrás, y siento cómo se me ruborizan las mejillas, ese hombre sabe cómo hacerme perder la cabeza.

Me regaño a mí misma por haber caído tan fácilmente ante tremendo arrebató, pero muy en el fondo sé que lo deseaba, mi cuerpo lo necesitaba, no habría podido ser fuerte y negarme a sus caricias, además, ya no hay marcha atrás, ha sucedido y por primera vez no me arrepiento, es más, hasta puedo afirmar que si se me vuelve a presentar la oportunidad con el senador Moya, con mucho gusto me lo vuelvo a cenar.

Me subo un poquito el vestido para darme algo de movilidad y poder sentarme en el piso, Roberto me voltea a ver asombrado.

—¿En serio te acabas de sentar en medio de la cubierta?

—¿Qué tiene de malo? —pregunto seria.

—Mmm... No, nada, pero es extraño que una dama se siente en el suelo; eres distinta de lo que pensaba.

No le contesto nada, sin embargo, él camina hasta donde estoy y se deja caer junto a mí.

Nos quedamos viendo las estrellas, recargados espalda con espalda. Roberto empieza la conversación contándome que se especializa en pediatría, tiene su propia clínica en Madrid, y deja muy claro que le encantan los niños,

sin embargo, no se ve con ningún hijo en un momento cercano. Viene de una familia de cuatro hermanas y tres hermanos, no pude parar de carcajearme y molestarlo ante la osadía de sus padres. «En estos tiempos, ¿quién tiene una familia tan grande? ¿Acaso no tenían televisión?». También me confiesa que es soltero y que su profesión lo absorbe por completo, razón por la cual cuando Ricardo, su primo hermano, le contó sobre la sociedad, no perdió el tiempo en platicarlo con Paolo para que lo aceptara en *Goddess Society*.

Me llena de curiosidad cómo habla sin tapujos sobre el tema, creo que lo ve muy normal. Aunque, para mí, es más sencillo conocer a alguien, ir al cine, socializar, tratar a la persona y, claro, al final comenzar una relación, si es que los dos nos sentimos atraídos; pero según el doctor, no hay tiempo para eso a nuestra edad.

Roberto me dice que es más fácil ver una lista de quince chicas, hacer una llamada y tener una buena compañía llegando en un par de horas hasta la comodidad de la puerta de tu casa, sin tener que pasar por despedidas incómodas, ni llamadas acosadoras días después. Cuando me lo explica de esa manera, lo veo un poco más lógico que antes, solamente que en lo personal a mí no me termina de gustar, suena todo tan seco, triste, frío y sin sentimientos. «Pero bueno, ¡qué sé yo de las necesidades de los demás!».

Tomo mi celular y veo que tengo varias llamadas perdidas, así como mensajes. Opto por revisar primero los textos, en los cuales Luz, Mario y Santiago encabezaban la lista.

Mi amiga solamente me pregunta cómo va todo, por lo que rápidamente le contesto que de maravilla, para no preocuparla, prometí mantenerla informada cuando estuviera volando rumbo al aeropuerto. Sigo leyendo. Arizmendi quiere saber en dónde me encuentre, sin embargo, lo dejo en visto, no me interesa contestarle. Por último, abro el primero del senador, ya que son varios, y no muy amistosos.

Sábado, abril 29, 11:13PM

—¡¿Dónde diablos estás?!

—¡Necesitamos hablar!

—¡Con un carajo, Delhy, te estás pasando!

—*¡Si no me contestas, atente a las consecuencias!*

Este último me hace reír por su comportamiento infantil; ahora resulta que únicamente los hombres pueden usar a las mujeres cuando quieren pasar un rato agradable. Mira que por eso estamos como estamos, nada más y nada menos que por culpa del machismo; pues gracias a él, los hombres quieren siempre tener la última palabra en todo.

Ya han pasado treinta y cinco minutos desde su último mensaje. Así que pienso que a estas alturas ya se le debe de haber pasado el coraje y su mala leche.

—Delhy, ¿te has quedado dormida? —me pregunta el “Doc”, bromeando al notar que me quedé callada.

—No, cómo crees.

—Tenemos que regresar, Liliana debe de estar como loca buscándome.

Roberto se para y me ayuda a levantarme; mis pompis están completamente dormidas, esto me confirma que llevamos un buen rato sumidos en nuestra plática. Y mientras acomodo mi vestido, volteamos los dos curiosos al escuchar la puerta, por donde llegamos a la cubierta del barco, ser azotada; un endemoniado Santiago sale, y nos ve juntos.

—¡¡¡A ti te estaba buscando, descarriada!!! —Me apunta acusador con su dedo índice, matándome con la mirada al acercarse.

Bajo mi vista, veo mi vestido, lo acomodo tomándome mi tiempo y paso mis manos por la parte delantera desarrugando las marcas que no puedo ver bien por la falta de iluminación. Roberto se mantiene a mi lado, sin entender qué sucede.

Por fin levanto el rostro, lo veo y le contesto:

—Sí. ¿Dígame en qué le puedo ayudar?

—Delhy, déjate de juegos. ¿Dime qué jodidos te pasa?

Doy unos cuantos pasos hacia atrás ante su explosivo comportamiento, pero él no se detiene hasta que me acorrala. Cárdenas se acerca hacia nosotros.

—¡Eh!, Santiago, ¿qué tienes? La estás asustando. —Lo toma del brazo para llamar su atención.

—Suéltame, Roberto, quítame tu asquerosa mano de encima si no quieres que te parta la cara. Este es un asunto entre mi mujer y yo, así que aquí sobras.

El “Doc” se me queda viendo, esperando una respuesta de mi parte.

—Roberto, muchas gracias por tu compañía. Yo me encargo del senador —le digo mientras me quito su saco.

—Delhy, ¿estás segura?

—¡Con una mierda! ¡¿Qué no escuchaste?! —Santiago se voltea cuadrándosele de frente. Roberto no es ningún hombre pequeño, y lo encara sin miedo.

—Mira, Moya, no te tengo miedo —le dice pausado—. Si me voy de aquí es porque esto no es asunto mío, sino de ustedes dos y no me incumbe. Así que no te confundas y no te metas conmigo que tampoco me conoces —Voltea a verme—. Delhy, si necesitas cualquier cosa, estaré abajo. —Toma su saco de mis manos.

—Gracias.

El doctor se va, y cuando escuchamos cerrarse la puerta, nos quedamos solos. Santiago me contempla de pies a cabeza, queriéndome descifrar bajo la luz de la luna.

—¿Qué te pasa, Delhy? Por Dios, habla conmigo, ¿qué es toda esta mierda? —pregunta más tranquilo, y noto sufrimiento reflejado en su rostro. Esto me descoloca.

Ya estoy cansada de huir, estoy frustrada de sentirme darle vueltas y vueltas al mismo asunto de sus locuras e infidelidades. Me encabrona que siempre viene a plantarme la duda al poner esa cara de hombre bueno, sincero y santo, que me promete que me ama. No obstante, siempre termina llegando la desconfianza, que me dice que es un cobarde mentiroso.

—Es la mierda que tú mismo provocaste —digo tranquila, pero con voz dura, pues ya no hace falta gritar.

—¿Cómo que yo la provoqué? Tú me dejaste, te fuiste, huiste... ¡Tú sabías que no quería que estuvieras aquí! ¡Sabías que estar aquí sería el final de lo

nuestro! —Me culpa de la situación en la que nos encontramos. Y me llena de rabia.

—¡¡¡Tú fuiste quien me traicionó, tú me engañaste!!! ¡Me utilizaste!, ¿y ahora vienes a tratar de hacerme sentir mal a mí? ¡Por favor, Santiago, no seas cínico! ¿Ya olvidaste lo que me dijiste en mi propia cara? —Le apunto con el dedo, golpeándolo en el pecho—. Fueron tus palabras, maldito bastardo. ¡¡¡Fueron tus MALDITAS PALABRAS las que han provocado toda esta maldita situación de mierda!!!

—¡YO JAMÁS TE HE UTILIZADO, CON UN CARAJO! ¿¿¿De qué coño me hablas??? ¡¡¡Eso es una mentira!!! ¡¡¡TÚ SABES LO QUE SIENTO POR TI!!! —grita exasperado, tratando de embaucarme de nuevo.

Se acerca a mí, y me resisto dando más pasos hacia atrás, hasta que me lleno de pavor al darme cuenta que estoy pegada al barandal. Ya basta que sea él quien siempre tiene la última palabra, el que presione y me controle.

—¡¡¡Pues yo ya lo sé todo!!!, ¿y sabes qué? ¡NO ME IMPORTA! ¡Puedes hacer lo que quieras con tu vida! ¡La Delhy estúpida que cree en tus palabras está muy lejos de aquí! —Le planto cara y me acerco más a su cuerpo.

Siento que se descoloca ante mi cercanía, y su respiración acelerada me demuestra que así es. Al escucharla, me lleno de valentía, pues me doy cuenta del poder de seducción que tengo ante este poderoso hombre. Por lo que reacciono de manera atrevida, paso la punta de mi lengua por su seductora barba, que tanto me encanta. Y, juguetona, le muerdo la barbilla.

—¿Qué haces, Delhy? —pregunta confundido.

Se queda congelado ante mi loco arrebató carnal, pero es algo que no puedo evitar, me supera el tenerlo cerca, me incita a tocarlo y sentirlo todo mío.

—Nadie dijo que no nos podemos divertir, senador.

—¿Te has vuelto loca? No te pienso compartir con nadie —gruñe, y a mí me excitan aún más sus locos celos. —¡TÚ ERES MÍA! Jamás, escúchalo muy bien, nadie podrá tenerte. Entiéndelo, Delhy, aunque quieras negarlo, tu cuerpo me pertenece, tu alma me corresponde, mierda, que me parta un rayo si yo miento esta noche cuando juro que tu jodido y loco corazón es solo mío. —Me asegura enojado, golpeándose el pecho.

—¿Quién ha hablado de compartir? —No dejo que me afecten sus palabras. Solo me dejo llevar por mis instintos, por mi necesidad. Levanto mi pierna por el medio de las suyas, rozándolo, y lo excito. Me acerco a su oído —. Santiago... —pronuncio su nombre muy despacio, alargando las letras de su nombre seductoramente. No me contesta, así que lo provooco—. ¿Eres consciente de que te quedaste con mi *panty*?

Mi *bam bam* reacciona ante mi comentario; me toma con arrebatos y levanta mi barbilla para darme un beso que llena mis pulmones de puro fuego y pasión. Yo, a la vez, desabrocho su pantalón, impaciente. No quiero esperar, así que libero su miembro erecto y listo para sumergirse en mi interior.

Si alguien sale a cubierta por esa puerta nos verá y se dará cuenta de lo que hacemos bajo la tenue luz. Aunque no me importa en lo más mínimo, es más, de tan solo pensarlo, me anima a llevarlo a cabo. Únicamente quiero que me tome aquí mismo y me quite las ganas insaciables que tengo por sentirnos juntos, porque lo de hace rato no fue suficiente. Corrección, con Santiago jamás es suficiente.

Con cuidado, subo un borde que está atrás de mis pies, me agarro de un tubo de metal y me impulso quedando sentada en el barandal. Él me mira impresionado, pero no se detiene; me mueve el vestido dándose acceso por la gran rajada, y yo me abro para él.

Santiago me acaricia con sus largos dedos y dejo caer mi cabeza hacia atrás, abro los ojos, veo el oscuro cielo y me pierdo en todas esas maravillosas sensaciones que me hace sentir con su tacto. Mientras observo la noche estrellada, escucho las olas romper contra el barco; la brisa del mar moviendo mi cabello es tan embriagadora, exquisita, tan sensual, que dejo salir mis gemidos para que la luna contemple el fervor que nos rodea.

Me envuelve en sus brazos, apretándome fuertemente a su cuerpo cuando se hunde en mí. Es todo tan diferente, más real; lo siento tan adentro que me muevo ligeramente para adaptarme a su tamaño, mientras que él se queda inmóvil, me da unos segundos y comienza a danzar. La pasión me lleva a morderle el cuello; él se retira sin salirse completamente, y empieza de nuevo con estocadas profundas y firmes.

Estoy bien sujeta, una mano agarrada fuertemente del tubo, y con la otra a su cuello. Jamás había experimentado algo así, esta adrenalina que me recorre

el cuerpo al ser consciente de que alguien nos puede descubrir es algo que no puedo explicar.

Gime en mi boca y nos devoramos con besos salvajes; mi vagina se contrae ante su ímpetu, y, sin darme tregua, sigue empujando cada vez más profundo, hasta que se derrama en mí. Siento su simiente caliente en mi interior, lo cual me lleva a tocar mi propio orgasmo, bajo el manto de todas esas estrellas que nos iluminan esta noche.

—Me fascinas —me susurra todavía dentro de mí; su miembro tiembla ligeramente en mi interior y me causa escalofrío.

—A mí también me encantas —le digo muy bajito.

Se retira despacio de mi cuerpo, saca su pañuelo y limpia mi sexo con ternura; lo dobla a la mitad y se concentra en limpiar mi muslo que se llenó de su semen y mis fluidos. Lo observo limpiarse a sí mismo y abrocharse el pantalón. Soy consciente de lo que ha pasado, de nuevo no hemos usado condón y ha terminado dentro de mí.

Nos rodea un silencio incómodo, pero aun así, me ayuda a bajar con cuidado. Y cuando veo en dónde estaba trepada, casi grito del susto. ¿En serio ahí estaba sentada mientras Santiago me hacía suya? «¡Dios santo, sí que cada día estoy más loca!».

—Santiago, necesitamos volver a la fiesta —digo rompiendo el silencio.

Pero él me responde con una pregunta:

—¿No vas a cambiar de parecer? —Suena derrotado.

Lo miro de frente, esta vez soy yo quien lo contempla. Le paso mis manos por sus mejillas y él las detiene con las suyas.

—Sabes que me encantas, que eres alguien muy importante para mí. Te amo, te amo como jamás pensé amar a alguien, pero no confío en ti...

Me interrumpe para comenzar a dialogar de nuevo.

—Pero yo no hice nada...

Le pongo mis dedos en sus suaves labios para callarlo, ya no quiero escuchar más.

Lo vuelvo a besar, no solamente para silenciarlo, sino por la simple razón

de que nunca, ni aún muerta, me cansaría de besarlo. Este beso está lleno de amor, cariño, de esperanza de volvernos a encontrar, de volver a tener lo que un día tuvimos.

Me alejo para mirarlo a los ojos, pero regreso a sus labios, le doy un ligero beso para apartarme e irme, sin embargo, él me sorprende deteniéndome para profundizar nuestro encuentro, transformándolo en un beso más profundo, lleno de sentimiento. Nuestras lenguas danzan juntas como una sola bajo el cielo estrellado, con la luna de testigo, la cual nos reunió esta noche. Y si es nuestro destino, nos volverá a unir de nuevo.

Nuestra despedida es hermosa, mágica y electrizante, pero al fin y al cabo, una despedida, la cual nos confirma que en este momento no confío en él, y Santiago jamás podrá perdonar que me convierta en un miembro más de la sociedad.

Capítulo 10

Después de hablar con Santiago sobre nuestros sentimientos, se despide de mí, asegurándome que no puede permanecer en la gala.

—No puedo quedarme aquí, viéndote ser una de ellos —dice con voz seria y pensativa, a la vez que se da la vuelta y saca su teléfono de prisa para ordenarle a Max que aliste su helicóptero.

Mientras tanto, sin más despedidas, me quedo inmóvil viendo cómo se

marcha entre la noche estrellada, con la luna de testigo, igual que siempre. Después de esto, no tengo más opción que recomponerme y bajar para reencontrarme con los chicos en la sala de juegos. Espero pacientemente a que Mario termine la última partida de *póker*, mientras, tomo un martini en la barra analizando mi complicada vida.

Me veo interrumpida por varias personas que se me acercan durante el transcurso de la noche. Mujeres y hombres, a quienes les llama la atención mi presencia, se sientan junto a mí para saludarme y presentarse; pero, segundos después de pronunciar sus nombres, los olvido, al igual que lo que me platican, a causa de que mientras están conversando conmigo, solamente puedo pensar: *¿Qué será de mí?* Así que solo me limito a seguir la plática muy educada, fingiendo total interés para que no se percaten que mi cabeza está muy lejos del lugar.

Ya pasada la media noche, abandonamos la celebración para ir directo al aeropuerto. Ahora me encuentro junto a Mario en la parte trasera de la limusina, dirigiéndonos a mi casa. «Por fin la gran gala ha terminado».

—Delhy, estás muy callada, ¿todo bien? —Mario me saca de mis pensamientos.

—Disculpa, ¿me decías? —cuestiono desorientada.

—Desde que salimos de la fiesta estás muy pensativa, ¿pasa algo? ¿todo bien con Santiago? —pregunta curioso.

—Perdón, solamente me encuentro un poco cansada. —Le saco la vuelta a su pregunta sin ganas de seguir platicando.

Quiero llegar a mi casa, meterme en mi cama, arroparme y analizarlo todo. Estoy segura que si estos hombres me escogen, mi vida cambiará drásticamente. Ya no hay marcha atrás, yo misma me puse en esta situación y ahora tengo que hacerle frente a sus consecuencias.

—Vale. —Zanja el tema, pero se queda absorto.



Llego a casa y no veo a Luz por ninguna parte, me voy directo a mi

recámara.

Estoy tranquila, aunque tengo que reconocer que a su vez me encuentro triste, nunca imaginé verme alejada de Santiago, de la persona en la que encontré la complicidad, el cariño y el amor que nunca antes había sido capaz de sentir, pero esta decisión es necesaria. Solo la distancia nos dará la respuesta, solo ella se encargará de fortalecer un lazo entre nosotros, atrayéndolo a mí o alejándolo para siempre.

El amor que siento por él está aquí y eso nadie puede cambiarlo, no obstante, es momento de seguir adelante.

Ha pasado una hora y sigo dando vueltas en la cama, sin poder conciliar el sueño; finalmente, me quedo viendo el techo, aunque, por primera vez, la razón de mi insomnio es diferente, estoy pensando qué hacer, anoche fuimos unos descuidados y no medimos las consecuencias, eso me recuerda que solo tengo setenta y dos horas para tomarme “la pastilla del día siguiente”, y evitar un posible embarazo.

Algo que me parece muy extraño es la manera de comportarse de Santiago, puesto que él siempre ha sido muy cuidadoso al respecto, y ahora que ha sucedido esta omisión, lo sentí marcándose, olvidándose de sus propias reglas, solo se dedicó a pasar todo por alto.

Instintivamente, paso mis manos por mi vientre desnudo y sonrío como una tonta al preguntarme: «¿Cómo será tener un bebé?» Jamás me lo he planteado, aunque, si se da el caso, creo que estoy preparada. Claro, soy consciente de que mi vida es una mierda: no tengo trabajo, no tengo un novio estable, no estoy con mi familia, pero sería algo maravilloso, una bendición, una razón de vida, un motivo para luchar y ser mejor cada día.

Cierro los ojos y me concentro en dormir, pero a la vez me pierdo imaginándome a un hermoso bebé rubio de ojos verdes, con mejillas rosadas y balbuceando palabras a medias, un ser que complete mi vida. Esto me anima aún más a seguir, a aceptar mi destino, junto con lo que traiga de la mano. Y si Dios quiere mandarme un hijo, este será bien recibido, porque desde mañana todo va a cambiar.



Me despierto desorientada al ver la obscuridad en mi cuarto y, al tomar el celular, me percató de que me quedé profundamente dormida todo el día, pues son casi las ocho de la noche. Me levanto y voy directo a la regadera; tomo un baño mientras me preparo mentalmente para el interrogatorio por el que me hará pasar mi amiga al salir de mi cuarto.

Es domingo, uno de mis días preferidos, aparte del lunes. Llámenme loca, pero amo el inicio de semana, puesto que para mí es un nuevo comienzo, la oportunidad que te brinda la vida para hacer las cosas diferentes.

Estoy contando con que mi amiga tenga la noche libre para podernos ir al cine o a pasear por ahí y disfrutar de un rato entre amigas. Estoy de un excelente estado de ánimo y no quiero desperdiciarlo.

Tomo un par de jeans, una blusa marrón deportiva, mis calcetas y mis *Converse*; salgo del clóset con todas las cosas en mis manos, hasta que las dejo regadas. Después de secarme, me pongo crema hidratante con olor a coco por todo mi cuerpo. Me visto con la música a todo volumen; escucho al grupo del momento, *Fitz and Tantrums*, que canta *HandClap*. Mi ánimo asciende aún más al bailar de un lado al otro, sola en mi habitación, y aplaudiendo al son de la melodía.

Me veo en el espejo y me gusta lo que veo: «Una mujer renovada». Todas mis mortificaciones las he dejado de lado, de hoy en adelante solo me concentraré en mí y en mi destino, en nadie más.

—¡Hola, guapa! Se ve que alguien está de muy buen humor. —Indaga Luz, mientras menea cuadritos de papas con tocino en el sartén, que se miran riquísimos.

—Hola, Luz —Sonríó—. ¡Uy, hermana!, si te contara...

—Pues te estoy esperando, es más, ve y pon la mesa, que la cena está por salir y así platicamos largo y tendido, como tú dices.

Mientras cenamos, le cuento a mi mejor amiga detalle a detalle todo lo que pasó en el barco, desde que salí de la casa, hasta el momento que regresé. Sus impresiones al relatarle toda la excéntrica odisea de anoche van desde: «¡Oh!», hasta «¡No te creo!».

Obviamente, no le cuento lo que anda rondando por mi cabeza, ya conmigo

tengo suficiente, aparte que no quiero que me haga cambiar de opinión y me diga que estoy loca por haber decidido no tomarme la pastilla.

—¿De qué te ríes?

—¿Ah? —Me saca de mi alucinación maternal.

—Te estás riendo, ¿qué más pasó que no me has contado? Tienes esa cara sonriente de cuando uno hace alguna travesura y no quiere que nadie se entere.

—No tengo nada, solamente estoy... ¿Cómo te puedo explicar? —Me quedo pensando por unos segundos—. Mira, a pesar de todo el *despapaye* que ha pasado con Santiago, me siento tranquila. Tengo que aprender a cerrar puertas para que otras se abran, ¿no? Hay miles de hombres allá afuera. ¡Chingado! ¡Si no es él, otro tiene que llegar a mi vida para hacerme feliz! —comento tan decidida, que casi me convengo a mí misma.

—Entonces, ¿no más senador?

—No más senador, hermana —pronuncio esas palabras, y muy en el fondo sé que jamás podré superarlo, así que tengo que aprender a vivir con ello.

Mis planes se derrumban cuando Luz no puede salir conmigo, tiene planes con Jacobo. Ellos me invitan amablemente, pero la verdad no tengo ganas de hacer mal tercio esta noche, así que me toca quedarme sola en casa.

Me pongo a organizar mi cuarto y decido llamar a mis papás. Gracias a Dios logro encontrarlos; ellos, como siempre tan madrugadores, se encuentran como todas las mañanas tomando café y comiendo pan dulce.

Los escucho muy ansiosos porque me decida a ir a visitarlos, yo, por mi parte, les hago ver que también me muero por ir a verlos y que el sentimiento de ansiedad es recíproco. Me carcome la necesidad de estar junto a ellos cada vez que hablamos, pero, lamentablemente, ahora con toda esta situación, tengo que esperar un poco más a que vuelva la tranquilidad a mi vida.

Me pongo a verificar mi e-mail, ninguna novedad, no hay respuesta de ningún otro trabajo. Sigo buscando más opciones, porque, la verdad, sé muy bien que nunca podría ser capaz de terminar trabajando para el maldito de Mario, hay cosas que no se pueden pasar por alto, y nuestra relación nunca podría ir más allá. Mi ambición por asistir a la gala me hizo hablar de más y comprometerme con algo imposible.

Juego con mi teléfono, estoy aburridísima y no me apetece leer; también estoy aflojerada, y el hecho de que Luz se haya ido me bajó el ánimo. Ya me cansé de chismear entre *Facebook* e *Instagram*, y no encuentro nada más interesante que hacer más qué seguir perdiendo el tiempo viendo las fotos de los demás. «Necesito una vida urgente, ¡ah, y un trabajo también!».

Me viene a la mente el doctor Cárdenas, ese hombre sí que me cayó bien. Veo su número en mis contactos, lo observo y me quedo pensando, preguntándome si quizás él sabe de algún trabajo, al fin que me comentó que tiene una clínica pediátrica, y ahora que me nació ese amor por los niños, como que me llama más la atención. ¿No será alguna señal que me manda el destino?

Opto por mandarle un mensaje de texto, algo más informal que llamarle, aunque antes me pierdo husmeando en sus redes sociales. Encuentro de todo hasta que llego a la página oficial de su hospital, y tiene más información de la que pensé hallar de él.

Domingo 30 de abril 2017, 21:35 p.m. Mensaje Delhy a Roberto:

-Hola, Roberto. ¿Qué tal la desvelada?

Cuando mando el mensaje, me regaño mentalmente: «¡Idiota!, debe de estar con Lily, ¡no todos regresaron a casa como tú!».

Mientras me trato de esconder entre las cobijas, vibra mi celular alertándome que tengo un mensaje.

Domingo 30 de abril 2017, 21:36 p.m. Mensaje Roberto a Delhy:

-Hola, Delhy. Terminando de cenar con Liliana, ¿y tú?

Cuando leo “Liliana”, veo la indirecta típica de los hombres de que se encuentran con una mujer, y, al instante, me siento pésimo, porque si se entera Lily, no quiero que me mal interprete o piense que estoy tratando de coquetear con su galán.

Me rebano los sesos meditando si contestar o no. «¡Ay, a la fregada! Necesito un trabajo y no quiero ir a parar con Arizmendi, ni aunque me pague todo el oro del mundo». Así que me armo de valor y le respondo, al fin que ya la regué.

Domingo 30 de abril 2017, 21:40 p.m. Mensaje Delhy a Roberto:

-En casa. Disculpa que te moleste tan tarde, solo que pensé que podrías ayudarme, pero no te preocupes, podemos hablarlo en otra ocasión, no es importante. Salúdame a Lily.

Me despido y dejo el celular en mi mesita de noche; estoy a punto de prender la televisión para matar el tiempo cuando mi teléfono comienza a timbrar, leo en la pantalla: “Roberto Cárdenas”.

—¿Bueno?

—Hola, Delhy. ¿Cómo estás? —contesta con el altavoz activado, me doy cuenta porque puedo escuchar el eco de su voz.

—Bien, bien, ¿y ustedes, chicos, qué tal la pasaron?

—Estupendo —me contesta risueño y escucho en el fondo un “Hola, Delhy” de Lily.

—¡Hola, mujer! —le saludo afectuosa.

—¿En qué te puedo ayudar? ¿Todo bien con Moya?

—Sí, todo bien. —Paso de largo su pregunta sin demostrar que me afecta. Al contrario, me debato en hablar sobre el trabajo, y más estando Lily presente, ahora sí que lo comienzo a ver como una muy mala idea. Va a decir que soy una “conchuda” y una aprovechada, que ni lo conozco y que ya estoy tratando de sacar ventaja de haberlo conocido.

—¿En qué te puedo ayudar? —Vuelve a preguntar.

—Ahora me siento como una tonta, pero en verdad es solo, si... —Me río inquieta, hablo nerviosa y me hago bolas yo misma sin saber cómo explicarme.

—Tranquila, piénsalo de nuevo con calma y dímelo, ¿qué necesitas?

Admito que este hombre es tan relajado que brinda confianza en todo momento. Tomo aire.

—Ok, vale. Lo que pasa es que no tengo trabajo y me urge encontrar uno, así que me pasó por la mente preguntarte si de casualidad tú sabes de alguien que podría necesitar alguna persona trabajadora; ya sabes, bonita, carismática y buena onda como yo —digo bromeando, para no sentirme más tonta de lo que ya me siento.

Los tres nos reímos juntos, por un instante olvidé que Lily se encuentra escuchando nuestra conversación.

—¡Delhy, estás loca! ¿Para qué quieres trabajar? Tendrás el sueldo de *Goddess Society* —grita ella como si fuera la cosa más normal del mundo.

—La verdad me lo estoy pensando de nuevo. —Los dos se quedan callados ante mi comentario y pregunto—: ¿Qué pasa?

—Mmm... Bueno, la lista ya se comenzó a armar. He estado en contacto con los chicos, hemos estado intercambiando mensajes desde muy temprano. Todos están impacientes, eres de las preferidas, no dudo que estés entre las quince, Delhy —me contesta Roberto, serio, y prosigue—: Eso quiere decir que tu mensualidad estará en el banco sin falta en unos cuantos días.

—Pero, ¿qué pasa si no acepto? —les pregunto confundida, y Lily suelta una risotada.

—Querida, creo que no has entendido muy bien. Al ser escogida, ya estás dentro. Ese dinero ya es tuyo, mes a mes, por todo un año, salgas o no salgas con nadie. Delhy, en serio, necesitamos ir a tomar un café, ¿qué tal una salida de compras?

—¡Ay, Lily! No hay seriedad contigo. Y yo aquí mortificada sin saber en dónde me he metido.

—Tranquila, Delhy. Si quieres un trabajo, mañana lunes te veo en la clínica. Te mando la dirección ahora mismo por mensaje de texto y vemos dónde te podemos acomodar.

—Les juro que me pondré celosa —nos dice Lily echándose a reír, pero cuando ve que no respondo a su broma, y que me ha tomado por sorpresa su comentario, continúa diciendo—: Me impresionas, Delhy. Únicamente tú te quieres poner a trabajar teniendo tu mensualidad, y luego rodeada de niños.

¡Uy, no! Yo paso, y más teniendo dinero seguro en el bolsillo.

—Solo yo —contesto seria, aunque, en el fondo, muy contenta e ilusionada porque posiblemente Roberto pueda ayudarme a conseguir un nuevo empleo.

Capítulo 11

Como lo prometió Roberto, ya entrada la medianoche, recibo un mensaje de texto con la dirección de la clínica y me comunica que me programó una cita con su secretaria a las doce del mediodía del lunes, o sea, el día de hoy, para enseñarme las instalaciones y encontrar una posición de trabajo en la que pueda desenvolverme mejor.

Estoy impaciente por llegar; me vi en la necesidad de tomar el coche de Mario esta mañana, de hecho, ahora que lo pienso, no sé qué habrá pasado con él, aunque suene extraño, no me ha llamado desde que me dejó en la casa. La verdad, no es que tenga ganas de hablarle o me interese, pero necesito regresarle su carro, y, el no tener comunicación con él, me llena de curiosidad. Al mismo tiempo, ruego para que el “Doc” me pueda emplear, pues así podré financiar mi propio auto y terminar definitivamente mi contacto con Arizmendi y toda su bola de engaños y locuras por los que me ha hecho pasar desde el día que lo conocí.

La clínica se encuentra aproximadamente a cuarenta minutos de la casa y llego sin problemas gracias a la maravilla tecnológica del GPS. Me estaciono fácilmente y me voy directo a recepción.

Después de tomar varios elevadores, me presento con la secretaria de Cárdenas, quien me pasa a la sala de espera afuera de su consultorio. Me siento cómodamente a esperar y, después de varios minutos, veo mi reloj, comprobando que son las doce con quince; instantáneamente, al notar el retraso, me pongo nerviosa, por lo que sin remedio me decido a darle una miradita a mi *Facebook* para matar el tiempo, pero para cuando me doy cuenta, me pierdo completamente en la red.

—Señorita Delhy Lugo —anuncian mi nombre.

Me paro apresurada, tomo mi bolsa y me dirijo a la chica, la cual me da una amable sonrisa, mientras sale de atrás del mostrador.

—Por aquí, señorita. Venga conmigo, por favor. —Me pide cortésmente que la acompañe.

Me pasa a un despacho muy amplio y elegante, con paredes grises; este tiene un ventanal grande a espaldas del escritorio, el cual está repleto de papeles y carpetas amarillas por doquier, además, una bata blanca cuelga del respaldo de la silla de piel negra.

Me distraigo observando a mi alrededor y doy unos cuantos pasos, ya que me llama la atención una pared decorada por una infinidad de cuadros de diferentes maestrías, especialidades y diplomados que ha hecho, así como congresos y conferencias a los cuales ha asistido, además de premios y reconocimientos que ha ganado el gran doctor Roberto Cárdenas.

La señorita se retira ofreciéndome café y avisándome que el doctor estará

en unos minutos conmigo; por lo cual, me siento en una sala azul marino de cuatro piezas, decorada con varias plantas naturales a sus extremos. En el centro, se encuentra una mesita de vidrio, adornada con una extraña decoración, de esa que utilizan los doctores como método de relajación; me acerco, toco una de las bolitas que están sostenidas por una barra de metal y estas comienzan a balancearse, haciendo *tictac* de manera metódica cada vez que la bolita del extremo choca contra la fila.

Escucho los pasos de alguien que se aproxima por un pasillo que no había notado, y un Roberto que porta una amplia sonrisa entra por este corredor secándose las manos; tira la toalla en la papelera y me observa amistoso. Le doy un disimulado repaso, pues viste una camisa verde menta con las mangas dobladas hasta sus antebrazos, un pantalón de vestir color hueso, hecho sin duda a la medida, y unos mocasines café oscuro.

Disimuladamente, se acomoda el caro reloj y se sonroja al percatarse de mi “inocente acto”. «¿Por qué diablos están tan buenos y guapos estos hombres?».

—Delhy, discúlpame. Se me fue la pinza trabajando y, cuando me di cuenta, habían pasado de las doce. —Se disculpa acercándose a mí.

—No hay cuidado —respondo y me levanto para saludarlo; me da un beso en cada mejilla y tomamos asiento.

—Vale, vamos a lo más importante, para que veas que no lo he olvidado, pero... —Se lo piensa por unos segundos y continúa—: ¿Qué quieres hacer primero? ¿Ir a comer o vamos directo a ver el asunto de tu nuevo curro? —Sutilmente me invita a comer, con su característica sonrisa que alegra hasta al niño más enfermo.

—Bueno, no te quiero mentir, ya que sorprendentemente, por primera vez en mi vida, pienso que mi prioridad debe ser el trabajo antes que la comida. —Nos reímos juntos.

—Vale, ven acá. —Me toma de la mano para que lo siga.

Disimuladamente, me suelto y camino a su lado, esta vez no me volverá a pasar. Estoy aquí estrictamente por el trabajo, no quiero que se confundan las cosas con ningún extraño comportamiento, más que el de tipo profesional entre jefe y empleada.

Se detiene enfrente de su escritorio y me muestra, extendiendo sus manos.

—Mira, soy un desastre y un poco desorganizado como puedes ver. Aunque tengo un ángel de secretaria, creo que sin duda la sobrepaso con mi mala organización, así que me lo pensé anoche y me encantaría que le ayudaras a organizar la oficina —Voltea a verme y se explica mejor—. Quiero decir, a organizar mis pendientes, archivar papeles, controlar mis llamadas, en fin, necesito quitarle algunas de sus tantas diligencias. De hecho, y por extraño que se escuche, cuando le comenté esta mañana que vendría alguien a ayudarla, no sabes lo contenta que se puso, estaba realmente feliz, y eso que te prometo soy un encanto de jefe. —Se toca el pecho bromeando y rodea la mesa para sentarse en su silla frente a mí, mientras que con su mano libre me invita a tomar asiento.

—Pues yo encantadísima, ¿pero en verdad no hay ningún inconveniente? —pregunto un tanto nerviosa, soy consciente de que quizás no necesite a nadie para el trabajo y únicamente está haciendo un espacio para mí por no decirme que no.

—Claro que no, Delhy. Aparte, nos ayudaría mucho. Y deja que te presente oficialmente a Paula, será estupendo. Ya lo tengo todo planeado, así cuando ella tome sus vacaciones, no se verá estresada por encontrar o buscar quién se quede a cargo de mi agenda mientras ella no esté. ¡Oh, ya te contará de la “bendita agenda”! Eso es lo más importante y sagrado, recuérdalo bien.

—Muchas gracias. —Le agradezco sincera.

—No me agradezcas, estás a prueba por cuatro semanas, señorita —Me guiña un ojo y comienza a buscar su celular en uno de los cajones de su escritorio—. Ahora sí, Delhy, es hora de la comida y debemos celebrar que ya tienes curro.

Lo acompaño a un restaurante muy cercano. Me doy cuenta que es dedicadísimo a su trabajo, tanto, que su alarma suena diez minutos antes de que tengamos exactamente una hora fuera y regresamos en un abrir y cerrar de ojos a su consultorio.

Me platica que normalmente come en la cafetería, que no se siente tranquilo saliendo por más de una hora completa, y que aparte de estar en su clínica trabajando turno completo, hace rondas en el hospital infantil todos los miércoles y viernes.

Habla con tanta pasión de su trabajo que no necesita decir que ama lo que hace, porque con tan solo verlo desenvolverse en su área profesional te das cuenta de su gran don como doctor, además, tiene un bellissimo lado humano y servicial que manifiesta con todos a su alrededor por igual. Es admirable y lo puedo comprobar, pues nada más llegamos es, inmediatamente, rodeado por varios niños que le gritan: «¡Dotor, Robert! ¡Dotor, Robert!». Y el Doctor Roberto se para con cada uno de ellos a charlar amablemente sin prisas.

Una vez llegados de la comida, Cárdenas se va a seguir cumpliendo con su “agenda”, y yo me entretengo un buen rato llenando mi papelería en el departamento de Recursos Humanos. Después de esto, me presenta a Paula Castellán, quien es su mano derecha, secretaria y consejera. Me cae bien al instante, la chica es lindísima. En cuanto cruzamos unas cuantas palabras, me doy cuenta de la calidad de persona que es. Estoy casi segura que haremos un muy buen equipo.

Sin perder el tiempo, me da un tour por todo el lugar, eso sí, lo hace sin soltar la “bendita agenda” del doctor, como la llaman a broma todos por aquí, y que es un *iPad* en la cual se anotan todas las citas y compromisos del jefe.

Paula es encantadora, muy centrada en su trabajo, una líder nata, tiene un desenvolvimiento admirable, así que me le pego como una sombra tratando de aprender y absorber como una pequeña esponjita todo lo que me explica.

El día se me pasa volando, mañana será mi primer día de trabajo, y mi nueva compañera se despide de mí prometiendo que mañana vamos a celebrar mi nuevo curro con unas ricas donas glaseadas y un delicioso café, cortesía de la casa. «¿Qué más puedo pedir si se empieza a resolver todo, comenzando con un nuevo empleo que llega con donas incluidas?».

Salgo de la clínica, relajada y tranquila, esperando ansiosa por la llegada de mi primer día de trabajo oficial, un gran paso para un nuevo comienzo.

Capítulo 12

Santiago Moya

El detective Javier Morales me llama en la madrugada, mientras vuelo sobre Madrid. Estamos a punto de aterrizar; únicamente haremos escala en mi ciudad para recoger lo necesario y volver a partir, rumbo a Barcelona. Le pido de inmediato al investigador que me mande toda la información que tenga por correo electrónico, pero este se niega rotundamente y me sugiere, amablemente, que lo atienda en mi despacho de Barcelona después de que reciba un paquete que ha mandado directo a mi oficina, recalca que la información es extremadamente delicada. Por lo cual, acordamos que volará desde Madrid para hablar conmigo en persona después del medio día, porque lo que tiene que decirme es un asunto muy grave.

Desde la gala, estoy metido de lleno en el trabajo, así que cuando abordo por última vez este día, prendo mi laptop e intento concentrarme; necesito tranquilidad para poder pensar con claridad. «No hay nada mejor que el trabajo, pues me ayuda a olvidar temporalmente todos esos problemas que me rodean».

Esta mañana tengo demasiadas cosas que procesar; definitivamente, ya no sé qué hacer con mi mujer, Delhy es otra persona. Me vine hasta aquí para poner unos cuantos kilómetros de distancia; se supone que estoy aquí para solucionar unos pendientes. Confieso que en esto encontré una excusa para irme de la ciudad, sin embargo, no puedo sacármela de la cabeza; su maldita y extraña transformación me tiene al borde del caos, tanto, que la comienzo a odiar. No obstante, en cuanto le vuelvo a dar vueltas al asunto en mi cabeza, tengo la necesidad de saber: “¿Qué fue lo que pasó? ¿Por qué nada tiene sentido?”. Quizás todo esto tiene que ver con lo que viene a decirme Morales esta tarde.

Horas más tarde, tengo frente a mí el sobre que acaba de llegar con urgencia; lo sostengo con mis manos, mientras leo “CONFIDENCIAL” impreso en rojo. Este es el tercer paquete que recibo este mes.

Desde que recibí la llamada, me encuentro impaciente, me muero por regresar a casa, y, ahora que estoy con esto entre las manos, crece más mi incertidumbre. Tomo el abrecartas de un cajón de mi escritorio y procedo a abrir el sobre con sumo cuidado de no romper lo que hay dentro; saco primero el informe y procedo a leerlo.

Lunes, 25 de abril de 2017

Senador Moya:

Espero que entienda el motivo por el cual no le entregué este informe con anterioridad, no podía mandarle toda esta información sin tener suficiente evidencia que avalara la autenticidad de mi trabajo. Con los datos que me otorgó sobre la señorita Delhy Lugo Heras, de 34 años, con residencia en calle Apodaca no.15, 5to piso, C.P. 28004, Madrid, España, comenzamos a investigar sus movimientos desde el día 27 de febrero de 2017 hasta el día de hoy.

Por tanto, después de una minuciosa investigación, me permito informarle que la señorita Lugo jamás dejó el país; ella subsistió, desde la madrugada del día 27 de febrero de 2017 hasta el día 5 de marzo del mismo año, en una de las propiedades que está ubicada en la urbanización Hoyo de Manzanares, a nombre del arquitecto Mario Arizmendi Cipriano. Y ante esto, le entrego en este mismo paquete las pruebas que verifican la autenticidad de mi información, así como algo que encontrará muy interesante.

Javier Morales

Detective Privado

***INVESTIGACIONES CON TOTAL CONFIDENCIALIDAD Y CON CERTIFICACIÓN
NOTARIAL***

Leo hoja por hoja el extenso reporte que me mandó el detective Morales; encuentro mensajes de texto, reportes completos de las facturas del celular de Mario junto al de Delhy, movimientos de cuentas bancarias, fotografías de personas a las cuales Arizmendi les depositó grandes cantidades de dinero, así como un resumen detallado que incluye fotos de los involucrados. Todo es tan confuso. «¿Cómo pudo Delhy haber pasado tantos días en una de las casas de Mario cuando ya habíamos solucionado nuestra primera pelea? Esto no tiene lógica».

Observo con detenimiento las fotografías de la casa donde afirman que ella estuvo viviendo esa semana, y con las cuales me comprueban que nunca salió del país, además de los análisis de laboratorio, exámenes de ADN extraído de cabello que se encontró en el lugar, con los que confirman que la persona que estuvo ahí es mi mujer.

Un nudo se forma en mi estómago, me quito la corbata y desabrocho unos cuantos botones de mi camisa, porque siento que me asfixio. Estoy por terminar de leer todo lo que me han mandado y, sin embargo, sigo completamente confundido.

—¡Esta mierda no puede ser! —vocifero enfurecido.

La rabia me posee y me va cegando tras la inminente maldita traición que me han hecho. No sé cómo está implicada Delhy, pero lo voy a descubrir.

Cuando estoy por guardar todo de nuevo en el paquete, veo en el fondo un sobre más. Con manos temblorosas miro lo que contiene y, en ese preciso momento, cada pieza se acomoda en su lugar.

Dentro hay incontables fotografías mías con otras mujeres en diferentes lugares, desde fiestas, bares, hasta habitaciones de hotel, divirtiéndome con Mario o con los chicos de la sociedad. Y de muchas de ellas, ni siquiera estaba enterado de su existencia. Cada imagen tiene la supuesta fecha del día que fue tomada, no obstante, nada de esta información es correcta, dado que tienen fechas recientes, de cuando... «Esa maldita sabandija usó fechas de cuando yo ya estaba con Delhy».

Me quedo mirando todo el contenido y, aun con toda esta información, no entiendo las transferencias; todos estos movimientos de Arizmendi no tienen explicación, lo único que tengo claro es que me ha jodido.

—¡¡¡MALDITO BASTARDO!!! ¡¡¡ASÍ ES COMO ME LA HAS ARREBATADO!!! —Salto de la silla, derribándolo todo.

Escucho que alguien azota la puerta y entra gritando mi nombre, sacándome de mi trance homicida. Un tanto desenfocado miro a mi alrededor distraído y veo mi escritorio volcado; todos los papeles están tirados, jarrones rotos, pero son mis nudillos ensangrentados lo que más llama mi atención por unos cuantos segundos. No obstante, vuelvo a arremeter con fuerza contra la pared sin prestar atención a nadie, hasta que escucho un crujido espantoso que proviene de mis dedos al destrozarse.

Max me agarra por la espalda, me pasa un brazo por el cuello haciéndome una llave; me tumba al piso sin dificultad, me sostiene poniendo su rodilla en mi espalda, y me retuerzo tanto como puedo. Me duele el cuerpo, pero no paro de forcejear, sé que quiere noquearme, así que sigo moviéndome.

—¡¡¡MALDITA SEA, MAX!!! ¡¡¡SUÉLTAME O TE MATO!!! —gruño con los dientes apretados, estoy que asesino a todo el mundo.

Max no deja de presionar, hasta que poco a poco se consumen mis energías.

—¡LO VOY A MATAR! ¡A ESE HIJO DE PUTA, LO VOY A MATAR! —gruño.

—Lo lamento, Moya. —Mi guardaespaldas presiona un poco más con su brazo y de pronto veo todo oscuro.



Cuando vuelvo a abrir los ojos estoy recostado en el sofá de mi oficina con los nudillos vendados; trato de mover un poco los dedos, los estiro y duelen a rabiar. Max se encuentra sentado frente a mí, observando y prediciendo cuál será mi próxima reacción.

—¿Qué quiere que hagamos, señor? —pregunta sin titubear.

—Quiero que lo mates.

Suspira y me doy cuenta que no era la respuesta que esperaba. Se me queda viendo y se inclina un poco hasta dejar los codos descansar en sus rodillas.

—Señor, con todo respeto, usted sabe las consecuencias que va a propiciar todo esto con la sociedad. —Max se ha convertido en mi amigo, es un buen consejero, puedo ver en su rostro a ese chico que me juró lealtad hace muchos años.

—Todo se puede esconder, y lo sabes —le digo con sarcasmo; no sería capaz de matarlo, pero claro que lo voy a destruir.

—No hay necesidad de eso, lo vamos a hacer pagar; solo hay que ser

inteligentes —Esto último lo pronuncia muy despacio—. Siempre ha sido un hombre sensato y hoy no va a ser la excepción.

—Ja, Ja, Ja —Me río sarcásticamente—. ¡Y mira cómo me paga!, mordiendo la mano que tantas veces le ha dado de comer. Si no fuera por mí, no sería nadie.

—Muy en el fondo, comprendo al señor Arizmendi —Reconoce con voz profunda y, al escucharlo, me sorprendo con su comentario—. Con todo respeto, señor, pero usted sabe muy bien porqué lo ha hecho —Medita sus palabras y las deja salir—. Usted fue quien comenzó con esta rivalidad, desde el momento que le pidió que enamorara a Cinthia, después de eso, nada fue lo mismo entre ustedes; bien dicen que en el poder y en el amor nadie perdona.

—¡Coño, Maximiliano! ¡No me puedes venir a jugar esa carta en estos momentos! ¡Tú mejor que nadie sabe que no fue mi culpa! ¡¡¡Toda esa mierda no fue mi culpa!!! ¡Todo se complicó, se me fue de las manos! ¡YO SOLO LE PEDÍ QUE LA ENAMORARA! —Me paro desesperado y comienzo a caminar por la sala de un lado a otro, endemoniadamente fuera de mí. Pensé que me había perdonado y dejado todo atrás después de ayudarlo a salir de sus problemas.

—No me lo tome a mal, senador —Vuelve a su rol de hombre de seguridad y confianza—. Pero esta vez, si lo destruye, no habrá marcha atrás. ¿Lo quiere arruinar? Vamos, yo corro con el trabajo, no saldrá implicado, un trabajo limpio como tantos otros, solamente decídase porque esta vez estamos hablando de alguien de la sociedad y tendremos que lidiar con las consecuencias —Se lo piensa por unos segundos, pero termina soltando el comentario que se notaba moría por echarme en cara—. Muy en el fondo, sabe por qué ha actuado de esta manera —Me dice tranquilo—. Senador, se lo quitó todo, le arrebató la oportunidad de ser feliz solo por sus caprichos —Sonríe de lado burlándose de mi desdicha—. Y lo peor de todo, es que el hombre no sabe la verdad.

—¡LARGOOO! ¡LARGATEEE! —Exploto.

Lo veo cruzar frente a mí y, cuando cierra la puerta, me tapo la cara, sintiéndome derrotado como aquella noche cuando me percaté de lo que había hecho. Soy un mal nacido, claro que me afecta, nunca me lo voy a perdonar, no soy un asesino, esa muerte siempre empaña mi tranquilidad. No puedo

entender cómo fui tan estúpido, cegado por el coraje y el odio que siento por esa mujer, pero nadie se merece eso, ni siquiera ella, así que yo cargo con la responsabilidad de mi repugnante decisión.

Capítulo 13

Santiago Moya

Ni el peor sentimiento de culpa podría calmar la rabia que recorre todo mi ser al enterarme que Mario, un amigo muy cercano a mí, había tenido a Delhy alejada. Mi mujer, una de las personas más importantes de mi vida, y él lo sabía. Me vio la cara, me hizo creer que ella se encontraba en México, replanteándose lo nuestro, o bueno, eso fue lo que yo pensé que estaba pasando todo ese maldito tiempo.

No quiero ponerme al corriente de nada más, no quiero indagar, todo está muy claro; lo que me dijo Javier es suficiente para sacar a la luz mi lado homicida y desear sentirlo entre mis manos, desmembrar su cuerpo como un animal, haciéndolo pagar por su traición.

Él tan solo es un infame mentiroso, pero yo soy un asesino. Aquel homicida con careta de amigo, el cabrón que truncó su felicidad, y esta noche me llenaré la boca contándoselo, revelando todo lo que oculté para que llegue a sentir el mismo dolor y sufrimiento por el cual estoy pasando en estos momentos.

No espero a Max, lo que tengo que hacer lo puedo hacer solo; no necesito de ninguna niñera, y, mucho menos, de un idiota que me esté ladrando en mi cara que todo esto es mi culpa. Tal vez lo sea, es verdad, pero nadie puede venir a juzgarme, y de ninguna manera a decirme a mí, el senador “*jodido*” Moya, cuáles son mis faltas por pagar.

—¡No quiero que nadie me acompañe! ¡Encárgate de llamarle a Max y decirle que se quede fuera de esto! —grito al pobre hombre que me acompaña, al momento que veo cómo palidece.



Llego a la casa de Arizmendi, salgo rabiando de mi auto, el suyo se encuentra estacionado frente a la puerta principal, debe de saber que estoy aquí porque utilicé el código que me sé de memoria para entrar. Supongo que no pensó que me enteraría tan pronto, sino estoy seguro por toda la mierda que me consume que lo hubiera cambiado.

Toco encolerizado la puerta y nadie abre, intento varias veces, pero nada, no contestan a mi insistente llamada. Giro buscando a mi alrededor algo con qué quebrar el maldito vidrio y, cuando soy consciente, tengo entre mis manos una maceta, la cual aviento con todas mis fuerzas hasta hacerla estallar en la brillante puerta de cristal que se hace añicos con el impacto.

—¡Con una mierda, Santiago! ¡¿Qué cojones te pasa?!

Veo a Mario bajar las escaleras, tomándose todo el tiempo del mundo, sin duda, para hacerme enojar más. Y por extraño que parezca, malditamente lo consigo. Con cada segundo que pasa, siento cómo mi vista se convierte tornando todo rojo a mi alrededor. Viene directo a mí con una sonrisa, pero al abrir lo que queda de la puerta y verme de cerca, se le borra del rostro al darse cuenta de mi condición.

—¡¿Qué coños te pasa, hermano?! —exclama confundido.

Es lo único que logra decir antes de caerle encima a golpes. Gruño mientras Arizmendi trata de derribarme y zafarse de mi agarre, sin embargo, lo golpeo en su costado derecho sacándole el aire. Tomo ventaja, lo tiro al suelo y comienzo a darle una paliza; lo veo escupir sangre, pero no se defiende. Toda mi rabia acumulada la saco en cada puñetazo; lo pateo en la espalda y en el estómago como nunca en mi vida. Mi comportamiento inexplicable borra todo a mi alrededor, concentrándome únicamente en el sonido de cada golpe al impactarse en su cuerpo.

Cuando mi pulso está por explotar, y el sudor corre por mi frente, me detengo exhausto. Pienso que lo estoy imaginando, pero el cabrón me sonrío, muestra sus dientes llenos de sangre, y con una de sus manos trata de llamar mi atención.

—¡¿Qué tienes qué decir, maldito gilipollas?! —Me agacho, lo zarandeo y trato de enderezarlo para entender lo que murmura.

—Te tardaste un mundo en averiguarlo, Moya. —Se ríe, haciendo un doloroso gemido, tocándose el costado con cuidado y sobando sus costillas.

—¡Vete a la mierda! ¡Y no te vuelvas a acercar a mi mujer! ¡Tú y yo no somos nada!

No puedo soportar verlo sonreír tan cínicamente ante toda esta situación,

como si fuera un juego. Me muero por confesarle los secretos que me he guardado por tanto tiempo, escupirle y restregarle en la cara todo lo que he hecho para hacerlo sufrir, no obstante, no tengo las agallas suficientes. Me llevaré a la tumba el haber obligado a Cinthia a abortar un hijo suyo, fue la única condición que le di para entregarle lo que quería: «claro, dinero». Quizás lo amaba o tal vez no, pero ella aceptó y se fue de nuestras vidas como era nuestro plan. Sé muy bien que no solamente lo destruiría a él, sino que todo se volvería real y demostraría hasta dónde soy capaz de llegar para obtener mi cometido.

Lo veo esmerarse por decir algo más, sin embargo, antes de dejarlo hablar, le doy un último puñetazo que lo tira hacia atrás y cae inconsciente.

Me sorprendo al girarme, pues veo que sus guardaespaldas están parados a los dos lados de la puerta principal, franqueando la entrada con sus grandes cuerpos.

—Chicos, creo que han perdido su trabajo el día de hoy. —Con voz de superioridad y rabia, les escupo las palabras para mostrarles su falta de desempeño esta tarde.

El jefe de seguridad me ve con impotencia, tiene los brazos descansando a los costados y sus manos en puño, únicamente esperando indicaciones para despellejarme.

—Nos ordenó que no nos metiéramos. —Respira pesadamente y me mira con desprecio, demostrando que la paliza que le acabo de dar a su jefe fue simplemente porque él había ordenado que nadie se metiera.

Me retiro sin comprender su actitud, quizás fue el remordimiento ante sus actos lo que lo llevó a dar esa orden. Sin embargo, me encuentro muy cansado para estudiar sus razones, así que me subo al coche y ordeno que me lleven a casa, solamente quiero descansar para poder ir a buscar a mi mujer.

Capítulo 14

Santiago Moya

Me levanto temprano; deambulo por mi habitación, me visto, y vuelvo a ponerme la careta diaria de “hombre intocable” que se hace presente al instante. Acomodo mi corbata mientras me veo en el espejo completo que se encuentra en mi vestidor y quedo satisfecho con el resultado.

—Papitoooo... papiiiiiitoooo... —Mi hermosa Melina entra corriendo y se lanza a mis brazos, la cargo con cuidado y nos vemos reflejados en la amplia luna.

—Buenos días, mi preciosa princesa.

Mi niña no me contesta, solamente se me queda viendo, mostrando su característico puchero levantando su rosada *trompita* de una manera extremadamente tierna, que me desarma al instante.

—Papito, soy muy nojada —comenta con palabras entre cortadas, no obstante, con demasiada seriedad.

—¿Motivo? —Me voy caminando con ella en brazos hasta mi habitación y nos sentamos juntos en la cama.

—Enia dice que vamos al doltor.

—Pensé que tenías ganas de ver a Delhy.

Con solo escuchar su nombre, el rostro de mi niña resplandece y sus ojitos brillan de la emoción.

—¿Delhy es una doltora?

—No, mi vida —Me levanto y la tomo de la manita para salir del cuarto e irnos a desayunar—. Delhy trabaja con tu pediatra.

—¡Tío Robelto! —grita con entusiasmo.



Sentado en la mesa junto a Melina, empiezo a recordar la explosiva mañana que viví ayer, al ser bombardeado con tanta información. Tan solo esperé a que Max se largara de mi oficina y, sin perder el tiempo, llamé al detective Morales, quien ya estaba entrando al edificio.

Javier es un soldado veterano de las *Fuerzas de Operaciones Especiales de la Armada de los Estados Unidos*, un hombre de mi entera confianza, que ahora dirige su propia compañía de seguridad privada, y un hermano más de *Goddess Society*, por esa razón tomó él personalmente el caso. Lo recibí con dos vasos llenos de *cognac* sin hielo, y abordamos el tema; él me trajo otro paquete. «Estoy comenzando a odiar todos los malditos sobres que me entrega».

Javier me explicó todo más detalladamente; después de que él mismo no encontrara una respuesta lógica para que Delhy, en vez de marcharse a su país, se quedara a pasar varios días en esa propiedad de Arizmendi, empezó a indagar más profundo. Llegó hasta a sobornar a los agentes de seguridad de Mario y así fue como adquirió las pruebas que confirmaron sus sospechas: Mario raptó a Delhy por una semana entera.

Mientras que se llevó a cabo el secuestro, él nos distrajo con su presencia en la junta inesperada de Paolo, la misma noche en que dejé a mi mujer arrojada en su cama; únicamente de pensarlo me vuelvo a llenar de ira. Javier estuvo presente en esa reunión y los dos pensamos que Mario hizo todos esos movimientos por sí, de alguna manera, algo salía mal, él tendría la coartada perfecta para dar un lugar, fecha, hora y testigos de dónde se encontraba al momento de los hechos.

Finalmente, supe toda la verdad y entendí completamente el cambio inexplicable de mi pequeña y cómo poco a poco se fue enredando con malos entendidos nuestra relación. Sin embargo, esta información no me detiene en

estar endemoniadamente enojado con ella por no contarme lo que sucedió en su momento, sea o no sea grave el suceso que vivió en esa casa, al final del día, es un maldito secuestro, un maldito chantaje retorcido que utilizó este cabrón para meterla en la sociedad.

Por eso, en cuanto Morales se fue de mi despacho en Barcelona, hice los arreglos necesarios para regresar inmediatamente a Madrid, no sin antes visitar primero a Mario y dejarle claro que estaba enterado de todo. Ahora únicamente necesito buscar a mi mujer y reconquistarla, después tomaré cartas en el asunto referente a Arizmendi.

La nueva información que tengo sobre ella es que hoy empieza a currar con Roberto en su clínica pediátrica. El día de ayer no sé cómo diablos fue a llegar hasta su consultorio y ahora la descarada tiene un curro nuevo. Por lo cual, sin perder el tiempo, tomé cartas en el asunto y contraté a dos personas recomendadas por mi detective, quienes de hoy en adelante la estarán siguiendo y cuidando en todo momento.

Todavía no puedo creer que Mario haya llegado tan lejos, pero al fin y al cabo me demuestra que sigue odiándome como el perro infeliz que le quitó lo que más añoraba en la vida; muy en el fondo, lo comprendo, aunque no lo quiera aceptar, yo actuaría de la misma manera o mucho peor.

Me distrae de mis pensamientos el timbre de mi celular al entrar un mensaje de texto, tomo mi móvil y veo que es de Roberto Cárdenas.

Martes 02 de mayo de 2017, 7:30 a.m. Mensaje de Roberto a Santiago:

-Te recomiendo que abras el portal, ya llegó el aviso.

Martes 02 de mayo de 2017, 7:31 a.m. Mensaje de Santiago a Roberto:

-¿Ya llegó?

Martes 02 de mayo de 2017, 7:32 a.m. Mensaje de Roberto a Santiago:

-¡Oh, sí!

Miro a Melina que se encuentra desayunando frente a mí y me retiro rápido a mi despacho, dejando a Eugenia a cargo. Prendo de prisa mi portátil y me voy directo a nuestro portal, donde leo el anuncio tan esperado.

Goddess Society

Hermanos, buenos días. Finalmente les mando la lista completa. Adjunto los archivos por separado de cada una, con fotografías e información.

Las mensualidades ya han sido depositadas a las siguientes Diosas:

Liliana Álvarez ▪ Xochiquétzal / Diosa de la belleza.

Belén Rodríguez ▪ Hestia / Diosa del hogar.

Jackelin Noemi ▪ Isis / Diosa madre.

Michelle Forero ▪ Afrodita / Diosa del amor.

Sara Lira ▪ Atenea / Diosa protectora guerrera.

Al leer Delhy Lugo, me olvido de seguir leyendo; el anuncio ya tiene cuarenta y tres comentarios, y eso que no tiene ni quince minutos que lo han publicado.

Mario: *Espero que tengan una excitante semana. Para mi grupo, Paolo está junto a mí terminando de hablar con Jeff jodido Leatham y me dice que les comente que el miércoles en la noche llega a Madrid y tendremos reunión en casa de Matías. Preparen las carteras, porque el viejo quiere la revancha en otra partida de póker.*

Guillermo: *¡Qué mujeres más guapas, colegas!*

Paolo: *¡Listo! He mandado el primer arreglo floral a la exuberante Diosa Qadesh.*

Roberto: *¡Eh, abuelo! Cuidado, que hay lista de espera.*

Rodrigo: *¡Coño! El abuelo se nos adelantó.*

Hay infinidad de mensajes más que prefiero no leer para no despertar mi lado suicida, por lo que mejor cierro la computadora, tratando de tranquilizar mi arrebató y no estamparla contra la pared.

Regreso al comedor y, al volver a tomar asiento, mi apetito se ha esfumado. Tengo que ver urgentemente a Delhy y hablar con ella, además, necesito limpiar mi nombre de toda esa bola de artimañas falsas que ha dicho ese jodido cabronazo de mí.

Levanto la mirada de mi plato frío y miro a mi preciosa hija. Melina se encuentra plácidamente desayunando junto a mí y solamente al observarla unos minutos me tranquiliza por completo. Mi mente confirma lo que tengo que hacer: «Es hora de que padre e hija entren en acción».

Capítulo 15

Santiago Moya

La campanilla anuncia nuestra llegada y, al abrirse la puerta principal de la clínica de mi amigo, el doctor Roberto Cárdenas, nos encontramos con la

vista de lo que es la amplia sala de recepción, y en ella, a mi mujer.

Cuando Melina ve a su amada princesa, sale corriendo tras ella, dejándome atrás. Sonríe al ver cómo marcha feliz y, al llegar al mostrador, se pone en puntillas para lograr llamar su atención.

—Pinsesa —llama entusiasmada y moviendo sus manitas.

Delhy sale de su asombro y, con una hermosa sonrisa, se levanta de su silla giratoria y sale de atrás del mostrador caminando despacio hasta mi hija; se agacha frente a Melina para estar a su altura y abre tiernamente sus brazos con invitación, a lo cual mi niña se le va encima dándole un caluroso abrazo.

Las observo desde lejos, mientras siento cómo mi pecho se ensancha de felicidad. Mis sentimientos florecen en mi interior al verlas juntas, abrazadas de esa manera tan íntima que me confirma aún más lo que siento por esa mexicana, y lo que quiero en mi vida... «Por supuesto, a estas dos magníficas mujeres habitando en ella».

—Hola, preciosa. ¿Cómo estás?

Llego a ellas cuando Melina está a punto de responder; me mira, sale de sus brazos y me toma de la mano, parándose a mi costado.

—Muy triste, pinsesa. No has vuelto a casa y papito y yo te estlañamos musho.

Delhy voltea a verme y con su rostro gesticula un incrédulo “no” de su parte, moviendo su cara de lado a lado.

—¿Cuántas veces han practicado esto? —me pregunta reacia, sin embargo, sus facciones me confirman que todo esto le parece muy gracioso.

—Necesitábamos verte. —Es lo único que le respondo.

Ella regresa a su computadora, ignorando mi comentario. Le explico que buscamos una cita para Melina y, mientras trata de recomponerse, miro cómo le tiemblan ligeramente los dedos al buscar nuestra información en el sistema.

Al fin, después de unos cuantos minutos, nos apunta en la lista de su tableta electrónica, nos da indicaciones mientras nos dirige personalmente hasta una de las salas de espera y se retira despidiéndose de mi hija, sin siquiera voltear a verme.



Estoy rodeado de niños jugando y unos cuantos más llorando por toda la sala, los papás se encuentran desesperados por su turno, se mueven impacientes y se ajustan en sus sillas exasperados. Me siento un poco fuera de lugar, y un tanto confundido, nosotros jamás habíamos estado en esta sala pública, por supuesto que siempre tenemos una cita y pasamos directo a uno de los consultorios privados. Las mamás me observan de pies a cabeza con miradas de lujuria, aunque también algo extrañadas, creo que les ha llamado la atención mi vestimenta, pues soy el único caballero aquí con un pulcro traje y zapatos excesivamente limpios, como suelo ir al despacho.

Melina se ha ido a una de las salitas de juegos, al tiempo que sigo observando el lugar; todo esto me sigue causando mucha curiosidad. Mientras vigilo de lejos a mi hija, una enfermera me nombra:

—¿Señor Moya? —llama extrañada.

—Sí, soy yo —contesto.

La chica sonríe y se ruboriza, y me llama la atención ver también a las demás mujeres en la sala interesadas por lo que me van a decir, ya que todas voltean al mismo tiempo a mirarla, es tan notorio que me causa diversión presenciar al grupo de cotillas.

—¿Me decía? —le cuestiono de nuevo, para sacarla de donde sea que se encuentre.

—Disculpe senador, lo he estado buscando desde hace un largo rato. El consultorio está listo para la señorita Moya desde hace más de treinta minutos, no me explico quién lo mandó a esta sala.

«Ay, Delhy, con que jugando sucio», es lo primero que me pasa por la mente.

—No se preocupe, señorita. —Me levanto y voy directo por Melina, quien se encuentra entretenida jugando con varias niñas sentadas en la alfombra con un montón de *Legos* a su alrededor.

—¡Papito, hay que venir aquí! ¡Esta sala me encanta! —exclama entusiasmada.

Sonríó y le ofrezco mis brazos, ella se levanta, la cargo y partimos al consultorio, en el cual no esperamos por mucho tiempo a que entre Roberto, quien al verme lo comprende todo.

—¡Coño! Eres como un perro viniendo hasta aquí solamente para marcarla, como si fuera de tu propiedad. —Me suelta al instante que escucha que se cierra la puerta del consultorio, cuando se llevan a Melina para medir y pesar.

—Es de mi propiedad —lo corrijo.

—Uy, hermano, pues apúrate a hacerlo oficial. Sabes que no tengo nada contra ti, así que déjame decirte que ya van tres ramos de flores que le llegan. Si gustas, te puedo dar sus nombres, quizás quieres ir a amenazarlos —Me suelta divertido—. Aunque ella los ha mandado a repartir por la clínica —Lo observo, porque uno de los encantos de Roberto es hacerme rabiar, así que no respondo nada conteniendo mi arrebato, y él continúa—: Creo que uno lo mandó al comedor porque le da pena tenerlos todos en mi oficina.

—¡¿Qué cojones?! —Volteo a verlo, indignado, no sé qué es lo que más me molesta, que le manden los ramos de flores o el enterarme que el idiota la tiene trabajando en su oficina—. ¡Qué mierda, Roberto! ¿Cómo que en tu oficina? ¡Está en recepción!

—¡Calma, tigre! —Se mofa de mí y recarga plácidamente la espalda en su silla giratoria—. Ella se está encargando de acomodar y archivar mis documentos, pero como Paula tuvo una emergencia, salió a ayudar lo que queda del día.

—¿Y no pudiste encontrarle otro puesto, maldito cabrón? —le cuestiono incrédulo de su sinvergüenza actitud.

—Moya, Moya, Moya —Sonríe y se encoge de hombros—. Creo que te he librado de una peor —Lo miro sin entender—. Fácil, mira, escoge entre un amigo simpático, coqueto, pero ante todo honesto, o tu amigo de juerga Arizmendi, que era quien le iba a dar curro antes que yo la acomodara aquí. Colega, los dos conocemos a Mario y toda esa bola de juegos tramposos con

los que se mueve para siempre salirse con la suya.

—Ni me nombres a ese gilipollas. Mañana vuelo temprano a Marruecos para ver a Paolo porque...

Antes de platicarle un poco sobre el tema de Arizmendi, nos interrumpen unos toques en la puerta. Al abrirse, pasa la enfermera junto a mi hija. Melina viene encantada con una paleta en la boca y, con cuidado, se sienta a mi lado, tan divina como siempre. Roberto revisa el expediente que le da la enfermera antes de salir.

—¿Cómo está, señorita Moya? —saluda a mi princesa, dándole toda su atención.

—Muy bien Robelt, ¿y tú?

—Perfectamente, hermosa. ¿No me ves un poco más guapo el día de hoy?

Melina se sonroja y despistadamente voltea a verme buscando mi aprobación; le sonrío, y le contesta:

—Sí, tito Robelt, pero no tanto como mi papi.

—¡Esa es mi chica! —Me acerco y le doy un beso en sus rubios cabellos.

—Eso ha sido trampa, señorita Moya. —Cárdenas llega hasta ella, la carga y le hace cosquillas en su pancita con su cara.

—¡Dime quién es el hombre más guapo de todo el mundo, Melina! Quiero escuchar: ¡Tito Robert es el más guapo de todo el mundo! —El “Doc” corre con mi niña en brazos mientras ella se carcajea, e intenta quitárselo de encima, le jala el cabello, no obstante, Roberto no la suelta.

—¡Papiiitooo, papiiitooo! Ayulaaameee.

Por mi parte, yo observo desde mi asiento cómo se divierten, y cuando estoy por gritarle orgulloso a Cárdenas que Melina no me va a traicionar, escucho su cantarina voz gritar:

—¡Tito Robeeelt guapo, sí... sííí, muchooo!

—Mi trabajo aquí ya está hecho. —Sonríe y besa sus regordetas mejillas para después bajarla con cuidado.

Melina al tocar el piso corre hacia mí, se sube a mis piernas y se recarga en mi pecho.

—Papito, tú eres el más guapo pincipe de todo el mundo —me dice al oído y me besa la mejilla.

—Te amo, mi princesa —La abrazo fuerte y me dirijo a Roberto, que se encuentra recargado en el escritorio frente a nosotros, observándonos con curiosidad—. ¿Entonces?

—Realmente estoy impresionado, es la primera vez que te veo tan relajado. —Nos observa con detenimiento y prosigue—: No me lo tomes a mal, siempre eres cariñoso con tu hija, solo que ahora te ves diferente, Moya, creo que ella te hace bien.

Sé que se refiere a Delhy, pero no estoy preparado para tocar el tema, no con él, y mucho menos en estos momentos en que todo está tan delicado. Además, sé que la sociedad va a sufrir una gran colisión después de hablar con Paolo, porque lo de Mario Arizmendi no se queda así.

—¿Cómo se encuentra Melina? —Cambio el tema, ya que mi vida personal nunca ha sido de dominio público, y hoy no comenzará a serlo.

—Todo bien, Moya. Tienes a la princesa más saludable y fuerte del planeta, peso y estatura correspondientes a su edad. Su siguiente cita será en seis meses, si gustas, puedes programarla con la señorita Lugo al salir, o claro, mandarme la fecha que mejor se acomode para ti por medio de tu secretaria, como lo hemos hecho siempre. —Sonríe y me guiña el ojo.

Al despedirme, nos acompaña hasta la puerta y me da una buena palmada en la espalda.

—Vamos, tigre. Tienes qué reconquistarla, porque los buitres estamos cerca. —El idiota se incluye entre ellos.

No le hago caso, siempre hemos sido así; claro, que ahora sus comentarios me hacen rabiar cada vez que se refieren a Delhy, me superan los celos y crecen mis ganas de golpearlos a todos; pero entre más noten que me afecta, más seguirán haciéndolo, así que lo dejo ser.

Al caminar por el amplio pasillo para llegar a recepción, vemos que Delhy se encuentra dándonos la espalda recogiendo sus cosas, con teléfono en mano pegado a su oído charlando con alguien. Rápido, le hago una señal a Melina poniéndome el dedo sobre mis labios para que no haga ruido.

—Mmm... No estoy muy segura, Lily —dice a quien sea con quien está platicando. —¡Ah! Con razón me acaba de dar la salida, ¿también va a ir?

—No, claro que no... No tengo nada qué hacer, pero no conozco a nadie, y ya sabes que aún me estoy adaptando. Aparte, son tus amigas y no quiero sentirme fuera de lugar —Se ríe—. Boba, sé que te conozco a ti... Sí, pero no me vayas a dejar sola, por favor —Se aleja un poco el teléfono—. Que sí, sí iré contigo... Vale, salgo para la casa, ¿tú me recoges?... Perfecto, entonces a las nueve estaré lista, te mando un mensaje con la dirección, besos... ¡Bye! —Cuelga.

Nos acercamos lentamente.

—Disculpe, señorita. ¿Nos puede programar una cita para dentro de seis meses, por favor? —Le hablo de usted, pues me cabrea saber que va a salir esta noche. Comienzo a maquinarme mi plan, necesito pedirle a Max que investigue a dónde y con quién diablos va a salir de juerga mi descarriada mujer.

—Claro, señor Moya —contesta y bufo por lo bajo, no entiendo por qué sigue con sus niñerías.

Comprendo que piensa que soy un cabrón, un mentiroso que la engañó, pero después de todo lo que ha pasado entre nosotros, está de más su comportamiento infantil. «¡Mujeres!».

Levanto a Melina y la siento en el mostrador. Ella balancea sus piernitas mientras la sostengo, y Delhy busca una fecha para nosotros.

—Melina, ¿tienes hambre?

—Sí, papito, musha hambre. —Mi niña es tan inteligente que solo un tonto diría que no es hija mía.

—Muy bien, princesa, saliendo vamos a comer.

—Papito... —Acaricia mi saco con sus manitas, tratando de convencerme para que responda positivamente a su siguiente pregunta, como toda una mujer adulta.

—¡Dime, mi amor!

— ¿Podemos invital a pinsesa Delhy?

Cuando pronuncia su nombre, mi mujer empieza a toser ante la inteligente imprudencia de mi adorado tesoro.

—No sé, preciosa, pregúntale a ella.

—Pinsesa Delhy, te gustalía comel con nosotros. Anda ¿sí? —Usa sus pucheros de marca registrada, con los cuales puede convencer a cualquiera que tenga un gran corazón para hacer su santa voluntad.

Delhy me mira con sus cosas en mano y me dice:

—Nunca juegas limpio, Moya.

—Jamás hay que jugar limpio con algo que realmente quieres en tu vida.

Salimos los tres juntos. Cuando llegamos al estacionamiento, mi mujer se queda viendo confusa y alarmada volteando para todos lados.

—Santiago, se robaron mi coche —anuncia, y se ve realmente muy asustada.

—¿Tu coche? —le pregunto presionándola, tratando de investigar más sobre el tema.

—¡Madre de Dios! ¿Ahora qué voy a hacer? Ese carro no es mío.

—Cálmate, no se lo han robado —le digo tranquilo, mientras ella me mira sin comprender—. Se lo llevó la grúa, ya era tiempo de devolvérselo a su dueño.

—¿Y a ti qué te importa? —me pregunta a la defensiva y enojada, pero se contiene al ver a Melina y se calla sus palabras de inconformidad.

—Mi mujer no va a andar en el coche de otro hombre —reitero.

Me mira queriéndome matar con la mirada, se gira hacia mi hija y se inclina para quedar a su altura.

—¿Polemos il a comel ya? Hace musho calol. —Interviene mi niña lista, al percibir la tensión.

—Hermosa, me encantaría ir contigo —Toma aire y prosigue—. Pero me es imposible —Se acerca y le toma sus manitas—. No pongas esa cara, princesa, me partes el corazón. Ven aquí —Se abrazan y cuando se separan se toman de las manos de nuevo—. Te prometo que pronto vamos a ir a comer pizza juntas, pero hoy no puedo —Le da un beso en la mejilla y la vuelve a abrazar—. Melina, quiero que me despidas con un: “Hasta luego, princesa” y que vayas muy feliz a comer con tu papito, ¿vale?

Mi pequeña, en vez de responder, se le va encima abrazándola y se despide diciendo:

—¡Te quero musho, pincesa!

La vemos partir tomados de la mano; no me apresuro a detenerla porque no es el momento para arreglar las cosas estando mi hija como espectador. Así que decido dejarla ir, mientras pienso en arreglarlo todo para volver a verla esta noche y concluir nuestro destino.

Capítulo 16

Salgo del trabajo frustrada ante la situación en la que me puso mi ex. Y, para colmo, tengo que tomar un taxi; otro problema que tengo que resolver porque Santiago me dejó a pie, aunque muy en el fondo le agradezco que me quitara ese problema de encima, pero me encabrona que haga lo que le viene en gana. «¿Para qué chingados se despidió de mí, odiándome por ser la peor mujer del mundo la noche de la gala? Si ahora viene todo guapo, lindo y sensual de la mano de su preciosa hija a perturbar mi vida de nuevo».



¡No puedo creer que esté aquí!, es la tercera vez que me digo lo mismo desde que acepté venir con Lily al festejo de cumpleaños de una de sus mejores amigas, en este lujoso *Night Club* de la ciudad.

Nos encontramos en una de las salas *vip* del segundo piso, mientras toca uno de los más reconocidos *DJ* del momento. Giro hacia la pista y me recargo en el barandal de metal, todos se encuentran bailando en la pista principal, sumidos en un inmenso viaje sublime entre la magia del humo y las luces que impresionan a cualquiera. La música es perfecta, que al combinarse con los

efectos especiales, hacen vivir una noche única y fenomenal. Le doy un sorbo a mi *Bloody Mary*, y me pierdo disfrutando del ambiente, así como recordando lo sucedido hoy en el trabajo.

Temprano en la mañana, estaba entrenándome con Paula, mi nueva compañera de trabajo en la clínica de Roberto; sin embargo, al estar trabajando, esta recibió una llamada inesperada, y ante las noticias que le dieron, se vio en la necesidad de solicitar el resto del día libre, pues desgraciadamente su mamá, quien le cuida a su pequeño hijo, enfermó. Al hablar con nuestro jefe, este la despachó para que se ocupara de su madre; mientras tanto, a mí me ordenó hacerme cargo de la recepción. No podía creer que en mi primer día ya estuvieran dejándome encargada de la bendita agenda.

Todo estaba saliendo a la perfección, hasta que entró su llamada, mientras yo atendía alegre como me había enseñado Paula, sin imaginar que sería el Senador Santiago Moya quien se encontraba al otro lado de la línea.

—Clínica Pediátrica “Dr. Roberto Cárdenas”, buenos días —contesté al segundo timbre, un tanto nerviosa, pero con más fluidez que las cinco veces anteriores, donde colgué la mayoría de ellas al tratar de transferirlas a los respectivos departamentos.

—¿Delhy?

Cuando escuché su voz por el auricular, como ya es una costumbre, llegaron a mí esas deliciosas sensaciones que solamente ese hombre me hace sentir. Las mariposas estallaron en mi vientre y, sin poder evitarlo, se pusieron a bailar de felicidad por escucharlo. «¿Qué puedes hacer cuando tu cuerpo no razona? Claro, simplemente dejarlo ser, y eso es lo que hago actualmente para poder sobrevivir a mis días sin su presencia».

—Sí, ¿en qué le puedo ayudar? —respondí un tanto inquieta.

A pesar de que no había dicho su nombre, sabía perfectamente bien quién era, no hacía falta siquiera que lo mencionara. Quizás muy en el fondo era consciente de que, a pesar de la distancia, siempre le pertenecería. Toda una eternidad podría pasar e incluso así reconocería su masculina y profunda voz como mi guía absoluta. Si algún día la muerte me

arrebatada la vida, buscaría la manera de encontrarlo de nuevo, para poder saciar el deseo de estar junto a él, aunque sea por un pequeño instante. Si después de eso, Dios me permitiera renacer, mi propósito sería encontrarlo una vez más para tener la fortuna de perderme en su exquisita mirada y cambiar nuestro destino sin mentiras ni secretos, sin trampas o remordimientos.

El amor es así de simple, puedes sufrir y llorar, maldecir y sentirte traicionada, pero el tener a esa persona junto a ti te engrandece el alma, el poder impregnarte de su olor es el fruto que necesitas como un mendigo para subsistir. Yo amo a Santiago, lo amo con todas mis fuerzas, es y será el único hombre en mi vida. Mi necesidad es tan fuerte, como si él fuera una partícula fundamental de mi cuerpo para poder vivir, pero si no hay confianza, no hay nada, y aunque lo ame con locura, el aceptarlo de nuevo, bajo estas circunstancias, únicamente nos traerá más destrucción y desdicha al estar juntos.

—Hola, pequeña. —Sus embriagantes palabras me hicieron girar la silla en la que me encontraba para ver por el ventanal y tratar de calmarme; llené mis pulmones de aire y lo expulsé lentamente para poder contestar.

—Disculpe, creo que tiene el número equivocado.

—No cuelgues, Delhy —pronunció con voz seria—. Necesito una cita para mi hija.

Por un momento, me confundí ante su cambio de humor, pero me recompuse y rápido tomé la agenda; me tomó unos cuantos minutos darme cuenta de que no había ningún espacio libre para el día de hoy, y cuando estaba por decirle esto, escuché que se dirigía a Melina.

—Corazón, saluda a Delhy.

—¡¡¡Pinsesaaa!!! —La condenada de Melina me hizo sonreír con su singular saludo, haciéndome olvidar todas las reacciones confusas que su padre me hizo sentir.

—Hola, preciosa, ¿cómo estás? —la saludé.

—Bien, papi quiele velte. —Me soltó el comentario, y yo me quedé sin

saber qué responder.

—*Ya está bueno de plática, señorita. —Santiago, un tanto nervioso, desconectó el altavoz y volvió a preguntar—: ¿Algún espacio libre?*

—*No, señor Moya, la próxima cita puede ser el lunes a las catorce horas.*

—*Ya voy en camino, Delhy, no nos importa esperar —afirmó rotundamente y colgó, dejándome sin poder responder.*

—*¡Eh, guapa! ¡Vamos a bailar! —Lily me saca de mi breve lapso de recuerdo momentáneo, me toma de la mano, sin esperar mi respuesta, y me arrastra tras ella.*

Mientras pasamos por una de las mesas de la zona donde nos encontramos, pongo mi bebida en ella y nos vamos caminando, dejando la sala atrás. Nos dirigimos a la pista de baile a paso lento, con mucho cuidado de no tropezar al bajar las escaleras de mármol.

La canción *Alarm*, de *Anne-Marie*, suena en un *remix* impactante que te eriza la piel, cada palabra resuena en mi cabeza sumergiéndome en la necesidad de querer ver a Santiago de nuevo. «¡Lo sé, soy patética y me encanta torturarme!»). Como dice la melodía, a pesar de todas esas alarmas que resuenan en mi cabeza, no puedo negar que soy adicta a ese hombre salvaje.

Bailamos por un largo rato hasta que no puedo más, estoy empapada de sudor, y me percató de que algunas de las amigas de Lily se nos unieron en la pista en el transcurso de la noche.

—*¡¡¡Lily, ahora vuelvo!!! ¡¡¡Voy a refrescarme!!! ¡¡¡Me muero de calor!!! —grito cerca de su oído para que pueda escucharme, al mismo tiempo que me echo aire con la mano. Ella me hace una seña con su pulgar apuntando hacia arriba, dándome a entender que sí me escuchó.*

Me voy directo a los sanitarios y, al terminar de lavarme las manos, rocío agua fresca en mi rostro, pero cuando me estoy secando la cara, alguien pega su cuerpo a mi espalda, exhala profundo en mi nuca y siento cómo mi piel se eriza por su aproximación, sin embargo, no me provoca miedo, esto es un gesto familiar que al instante reconozco.

Sé quién se encuentra detrás de mí, es aquel hombre que tanto estaba añorando ver esta noche. Lentamente, alejo la toalla de mi cara y veo a Santiago reflejado en el espejo; se ve guapísimo, se inclina y besa mi cuello con ternura. La escena es tan sensual que al verla mediante el espejo me pregunto: «¿Qué diablos hace aquí? Dios mío ¿Qué voy a hacer si me sigue seduciendo de esta manera? No sabré decir que no. No tendré las agallas para detenerlo», pero en vez de preguntarle o alejarlo, cierro mis ojos y muevo mi cuello para dejar que siga besándome.

Santiago aprovecha mi disposición y recorre su mano por mi abdomen hasta dejar su palma situada en mi vientre, mientras que su otra mano va directo a mi seno, que amasa por arriba de la tela del vestido; ejerce presión y me aprieta contra su potente erección.

Trata de bajar uno de mis tirantes, pero se lo impido y me giro para encararlo con soberbia, quedando así frente a él, quien me observa expectante. Me pongo de puntitas cortando el espacio que existe entre nosotros, veo confusión en sus ojos hasta que comprende que ahora soy yo quien tiene el control. Estiro mis brazos y lo tomo de repente por su nuca, lo acerco a mí para besarlo sin cordura, mientras cede ante mis caricias dejándose llevar.

En el instante que nos estamos devorando, escucho que abren la puerta, y percibo de reojo a un par de chicas que nos observan, sin embargo, antes de pedirles un poco de privacidad, se retiran cerrando y dejando a su paso un par de risillas cómplices.

No soy consciente de mi cuerpo, solamente actúo cegada por el ímpetu que me embriaga y que siempre me transmite mi condenado y candente hombre. Las hormonas se activan, recordándome cómo de explosivos son nuestros encuentros. Mi necesidad de ser dominada duda, pues mi interior grita seducida al sentir su tacto. Encuentro unas ganas desmesuradas por tomarlo y marcarlo como mío... abiertamente de mi propiedad.

Se pega contra mi cadera y me restriega su duro miembro, animándome a seguir sin siquiera despegar los labios de nuestro apasionado beso. Levanto ligeramente su Polo negro y siento cómo se estremece al sentir mis manos por su espalda.

Sintiéndome hambrienta de él, regreso a su abdomen para rozar cada uno

de sus cuadritos que tanto me encantan; bajo ágilmente hasta desabrocharle el cinto y el botón de su pantalón de mezclilla dejándolo abierto. Le toco su miembro por encima de la tela y me enciendo aún más cuando lo escucho suspirar ante mis caricias, con el mismo anhelo que yo misma siento en este preciso instante por tenerlo dentro de mí.

Él, en cambio, se toma su tiempo; sube mi vestido despacio, dejándolo reposar en mi cintura, y pasando sus largos dedos por mi trasero, roza mi lencería negra de encaje mientras me aprieta de nuevo contra él y trata de levantarme para subirme al lavabo, no obstante, me opongo; giro con él a mi izquierda y me recargo en la pared atrayéndolo conmigo. Santiago reacciona recorriendo con sus manos todo lo que puede alcanzar de mí, tratando de sentir toda mi figura. Y al pasar por mis caderas, se lleva entre sus dedos mi *panty*.

Le sonrío con complicidad al tenerlo frente a mí, cruzando nuestras miradas. Y, sin perder el tiempo, escucho cómo deja caer su pantalón, la hebilla del cinto resuena al caer al suelo. Mi macho español se acerca a mí con total control, levanta una de mis piernas y la enrolla en su cadera. «¡Oh, sí! ¡Senador, tómame!».

Me penetra de una sola estocada, mientras gimo tras la deliciosa sorpresa que me provoca su invasión. El recibir todo su miembro entero, grueso y muy duro me deja ciega de placer, por lo que dejo caer mi cabeza hacia atrás, al tiempo que él esconde su cara, pegándola a mi hombro y tocando ligeramente mi mejilla. Siento su barba picar mi piel, desatando deliciosos escalofríos, y cada pequeña sensación alimenta mi lado fiero, que quiere ser domado por su lado salvaje.

Sus brazos me envuelven y me pegan a su cuerpo, fundiéndonos en una sola pieza. Retrocede ligeramente, sin salirse por completo de mi cuerpo, y vuelve a arremeter, repitiendo sus lentas y precisas penetraciones, torturándome hasta que no puedo más.

—Santiago, te prometo que, si me sigues torturando, aunque me quede con las ganas, me largo de aquí. —Le suelto mientras siento cómo me penetra más profundo castigándome por mi osadía.

Lo escucho reír por lo bajo, me muerde fuerte el hombro y, al instante que me aprieta tomando de nuevo mi cuerpo, me embiste como solo él sabe que me

encanta, y con más anhelo, con frenesí.

Me sujeto fuertemente, pasando mis brazos por sus costados a la vez que sigue entrando y saliendo con ímpetu y furia.

—¡Oh, sí, senador! ¡Cómo te extrañé! —Me muerde el cuello con fuerza—. ¡Ouch! ¿Y eso por qué?

—Por descarada.

Siento gotitas de sudor escurrir por su frente y, simultáneamente, reparo en que las tiras de mi tacón comienzan a molestarme por la presión de mi peso, a pesar de que es él quien me tiene sujeta. Lleva sus manos a mis nalgas, las aprieta y las junta mientras mete su miembro, y su eufórico ritmo desata en mí un mundo de sensaciones que imploran por consumir nuestro encuentro.

Me balanceo ante sus caricias que me tienen loca; Santiago me levanta por completo en una de sus estocadas, y dominando todo mi cuerpo, empieza a moverse rápido, creando un efecto único que ninguno de los dos podemos detener por más tiempo. Mi respiración se acelera y comienzo a apretarlo ante nuestro esperado orgasmo.

Cuando estallo, me encuentro en mi propio universo perfecto, él sigue en la busca de su propio placer hasta que se derrama en mi interior, llenándome de su semen caliente, que me lleva directo a un mundo donde no existe nada ni nadie más que nosotros dos.

Me recompongo ante el eminente temblor que acaba de arrasarse con toda mi cordura. Santiago cuidadosamente me deja en el suelo, saliendo de mi cuerpo.

Por un instante, no sé qué hacer, así que me acerco al lavabo y me quedo dándole la espalda, entretanto me adecento; me pongo mi *panty*, trato de retocar mi maquillaje y mi cabello con los dedos, pensando qué decir. Él se ajusta el pantalón, pero, antes de que descubra que lo estoy observando, bajo la mirada y me lavo las manos.

—Delhy, necesitamos parar esto —Lo ignoro, pues él es quien siempre juega sucio, como el día de hoy, llevando a Melina a mi trabajo, sabe perfectamente que esa niña es un golpe bajo para mí—. Mírame.

Levanto la mirada y me le quedo viendo mediante el espejo; él toma mi

brazo, me voltea para quedar frente a él. Con cuidado, saca algo de su bolsa trasera y me lo ofrece.

—¿Qué es esto? —Lo miro confundida.

—Míralo —dice serio, acercando a mí un montón de fotos.

Cuando veo bien lo que sostengo en mis manos, mi sangre se congela en milésimas de segundo; son varias de las fotos que me entregó Mario la noche en que me dejó libre.

—¿Qué jodidos es esto?! —Comienzo a temblar del coraje, se las aviento y caen esparcidas por todo el piso. «¡Bastardo de mierda! ¡Me la ha hecho de nuevo, después de cogerme me restriega sus fotografías con otras en la puta cara!». Sin embargo, antes de golpearlo, me detiene sujetándome de mis antebrazos.

—¡Mírame! —grita enojado—. ¡Mírame, con un carajo! ¡Todo eso es mentira!

—¡Sí, cabrón! ¡Y yo soy una puta monja!

—¡Con una mierda, mujer! ¿Cuál es la necesidad de decir tacos frente a mí? —No me suelta, no obstante, sigo tratando de liberarme de su agarre.

—Con una chingada, Santiago. ¡Déjame en paz! ¡Ya tuvimos lo que queríamos, ahora déjame! —Trato de zafarme y nada.

Respira profundo.

—Delhy, esto... —Me libera un brazo y voltea a ver el piso—. Es una mentira que Mario planeó, te lo puedo demostrar, estas fotos son de mucho tiempo antes que te conociera.

Todo se paraliza al escucharlo, pero al final reacciono y no me quedo callada, este no va a volver a verme la cara de pendeja.

—¿A poco? Y si así fuera, que se me hace muy extraño, Moya, porque déjame recordarte que fuiste tú quien me lo comprobó —Le apunto con el dedo, tocándolo en el pecho—. Tú fuiste quien me dijo todo lo contrario, ¿calienta camas? —Me toco la barbilla de una forma pensativa y un tono sarcástico—. ¡Claro! Así fue como me llamaste en el elevador ¿no? Porque no me quedan muy claras las cosas —le pregunto hecha una furia—. A ver,

explícame, por favor. No soy una tonta, sabía que Mario podía usar un engaño tan falso como ese, pero, ¿quieres saber la verdad? A este punto las pinches fotos te juro que me valen, ¡lo que más me dolió, lo que más me sigue doliendo, es lo que me dijiste tú! ¿O ahora me vas a decir que ya no lo recuerdas?

Me suelta y pasa las manos por su cabello despeinado, mostrándome su desesperación.

—¡Me sacas de quicio, mujer! ¡Nada es sencillo contigo! Te encierras como una tortuga en su caparazón y no me dejas entrar, Delhy, no me platicas lo que te pasa, no puedo saber qué es lo que te sucede. ¡No soy un maldito adivino! ¡Si me hubieras dicho lo que te hizo Mario en su momento, no estaríamos así!

Tocan la puerta y trato de esquivarlo para abrir y salir de este incómodo momento, sin embargo, él rápido me detiene, sujetándome de nuevo, y grita:

—¡Al carajo! ¡Vayan y busquen otro aseo! ¡Con una mierda! —Saca su celular con una mano, mientras con la otra mantiene su sujeción sobre mí—. ¡Max, que nadie vuelva a tocar esta maldita puerta! —Se guarda el teléfono y vuelve a acercarse—. Delhy, cielo, tú sabías que no iba a ser nada fácil estar en mi vida, siempre te lo dije —Baja su agarre a mi mano y me lleva a una esquina al otro extremo del cuarto de baño, donde se encuentra una pequeña sala. Me sienta en el sillón individual de piel negra, junto a una mesita de vidrio que está repleta de revistas. El lugar huele a cigarro y a sexo, y a lo lejos se escucha la música de la pista de baile. Al sentarme se, hinca frente a mí, dejando enjaulados mis muslos con sus brazos. Soy consciente de que puede ver mi ropa interior, pero él está concentrado mirándome directo a los ojos, con una mirada sincera en busca de mi comprensión—. Delhy, eso es una mentira, las fotos, y lo que te dije en el ascensor, estaba enojado con tu actitud. Odio estar perdido, no sé qué hacer, no sé qué decir sin mandar todo al carajo —Me lo vuelve a confirmar con pesar—. Cielo, ya estoy cansado de no tenerte junto a mí, de necesitar tu presencia y no encontrarte a mi lado. Pequeña, escúchame, yo sé que lo sabes, yo sé que lo sientes, te amo. Te amo como jamás pensé amar —Toma mi mano y la pone en su corazón—. Este órgano estaba cerrado y muerto para cualquier mujer, sin embargo, tú has logrado abrirlo, has entrado hasta lo más profundo. Deseo que me aceptes, que

encuentres en mí al hombre con el cual quieras vivir por el resto de tus días, porque yo te quiero como mi compañera de vida, solo para mí, y necesito que por fin me dejes entrar en tu corazón, sin barreras ni mentiras. Porque lo que siento es una tempestad encerrada en mi pecho, que amenaza con arrasar todo a su paso si no te tengo a mi lado. Y si no lo detienes, amor mío, nos consumiré a los dos, porque nunca descansaré hasta lograr que vuelvas junto a mí. Yo no te engaño, no podría hacerlo, soy todo tuyo, ¿recuerdas? Estoy tan enamorado de ti que hasta un ciego lo podría ver —Cuando me doy cuenta, nuestras manos están entrelazadas con fuerza, compartiendo el mismo sentimiento. Suelta una de mis manos y lleva la suya a mi mejilla—. Pequeña, estás hecha para mí, y prometo por todo el infierno que me consume que vas a ser toda mía para siempre, solo acéptame —Se acerca y me besa la frente, dirigiéndose con pequeños besos por el costado de mi cara hasta encontrar mi boca—. Te amo, Delhy, escúchame bien —Sigue llenándome de besos, cuando siento mis lágrimas derramarse—. Te amo como jamás pensé amar a alguien, déjame entrar a tu corazón y demostrarte que puedo ser un hombre digno de ti —Me encuentro conmocionada y sin saber qué decir. Su beso es pausado, lleno de amor y ternura, degustándonos íntimamente, reencontrándonos, conectando nuestras bocas como la primera vez, absorbiendo el momento. Se retira un poco y me observa con una mirada melancólica—. Tú no sientes lo mismo por mí, ¿verdad? —me cuestiona agobiado.

Pongo mis manos en sus mejillas y lo acerco, no puedo callarlo más, no puedo seguir navegando en contra de la corriente. Si mi destino es sufrir, lo haré por momentos como estos, por los días perfectos llenos de vida, rodeados de amor y pasión que inundan todo mi ser.

—Te amo, Santiago, y te reclamé como mío desde la primera vez que te vi entre sueños despiertos, deseando que no fuera solo una ilusión el día que te cruzaste en mi camino —Tomo aire y continúo—. Pedí en silencio al destino que me trajera a un hombre como tú, como aquel hombre que me encontré aquella tarde en el aeropuerto, y mírame ahora —Sonríe y le acaricio sus mejillas—. No me mandó uno parecido, me trajo a ese mismo hombre de carne y hueso para arrebatarme el aliento y poner mi vida patas arriba, enloqueciéndome a cada momento con su bendita y testaruda presencia, tal como aquella primera vez. Pero ahora no conquistas mis ojos, hoy me despojas de lo que soy para convertirnos en uno mismo.

Capítulo 17

Ahora que por fin dejamos salir nuestros sentimientos, me siento más tranquila. En este momento, me encuentro sentada en un sillón de la pequeña sala del baño, donde por fin nos arriesgamos a aceptar lo que sentimos, a pesar de todo lo que nos ha sucedido. Nada es fácil en la vida, y mi corazón ya no puede estar apartado de él. Me queda claro que, si todo esto fue un chantaje como me asegura Santiago, estoy segura de que él hará pagar al responsable por todo el sufrimiento causado.

Paso mis dedos por su sedoso cabello, mientras él se encuentra hincado en la alfombra, con su cabeza ligeramente recostada en mis muslos y sus brazos alrededor de mis caderas, sujetándose de mi cintura.

—Santiago... —le hablo bajito, temiendo que se haya quedado dormido.

No ha dicho nada más desde que le confesé que lo amaba, simplemente nos perdimos entre besos tiernos hasta acurrucarse junto a mí. He perdido la noción del tiempo, ya no sé ni cuánto llevamos en este lugar.

—No me pidas moverme de aquí, no quiero apartarme nunca más de tu lado —pronuncia con voz adormilada—. Quiero por fin ser feliz, a pesar de todos mis errores —Se expresa con melancolía.

—Nunca tendría el valor de pedirte que te apartes de mí, no lo soportaría de nuevo —le confirmo, al tiempo que se acomoda y me observa midiendo mis palabras.

Con su mirada penetrante, desgarró algo en mi interior. Y, al instante, mis

ojos se llenan de lágrimas, perdiéndome en todo lo que me ha sucedido por culpa de nuestro amor.

—¿Cuéntame qué pasó? —me cuestiona delicadamente, y se me queda viendo esperando una respuesta, pero no me encuentro preparada para hablar de ello, no ahora, que después de lo que pasamos, al fin lo tengo a mi lado—. Delhy, lo sé todo, y lo voy a hacer pagar por lo que te hizo —No menciona su nombre, sin embargo, sé a quién se refiere. Me abrazo a él, fundiéndome a su cuerpo; me levanta con cuidado y besa mi cabello, consolándome y mermando mi dolor—. Cielo, ya no va a haber más tristezas en tu vida, no vas a volver a sufrir porque te voy a proteger siempre, voy a ser tu armadura, seremos piezas fundidas montadas juntas para defendernos de quien nos quiera destruir, formaremos una familia y viviremos para esta —Toma mi cara con ternura, acunándola entre sus grandes manos, y con sus pulgares limpia mis lágrimas—. Te prometo, mi pequeña, que todos los que estén implicados se van a arrepentir de lo que te hicieron, porque hoy son las últimas lágrimas que derramas por su maldita codicia. Saldaremos nuestras cuentas pendientes y después, cada quien, seguirá con su vida —Me acerca al lavabo, limpia los rastros de maquillaje y me besa castamente en mi nariz y labios—. Recuerda, te quiero para hoy, para mañana y para todos los días que me restan de vida.

—Te amo, Santiago —digo desde el fondo de mi corazón, que late solo por él.

Nos abrazamos, estancando el tema, no creo contarle en un momento cercano lo que viví en esos días, porque sería volver a vivir en carne viva lo que me sucedió, y no pienso darle de nuevo el gusto al destino de retroceder hasta ese momento, para sufrir nuevamente. El hombre de mi vida está a mi lado y ya es hora de ser feliz.

—Ven conmigo.

Lo sigo un tanto desganada, lo que quiero es largarme de aquí y disfrutar del tiempo perdido. Pero al salir del baño, me percaté de que el pasillo se encuentra solo y, antes de llegar a donde está todo el gentío, veo que Max está resguardando el lugar, junto con otro chico parado al otro extremo, impidiendo el paso a quienquiera que pide permiso para pasar por aquí. Santiago le dice algo en el oído a un chico que nunca antes había visto y este se va rápido a

hacer la diligencia que le encarga su jefe.

Santiago se acerca a mí y me pega a su cuerpo, me da un beso en mis cabellos y se agacha un poquito más para susurrarme al oído:

—Te ves muy hermosa esta noche, mi chaparrita —Le ofrezco mis labios ante el sobrenombre de cariño tan mexicano que me dice y nos besamos tiernamente sin importarnos nada ni nadie a nuestro alrededor—. Vamos a bailar. Y recuerda: es hora de ser feliz —dice relajado, mostrándome una sonrisa divina y, antes de poder negarme, abre camino por la pista hasta llegar al centro, donde se escucha música *house* que tiene bailando a todos en su propio viaje—. Te tengo una sorpresa —Voltea para donde está el DJ—. Me la he pasado escuchando esta canción y quiero que te quede claro que me rehúso a estar separado de ti. En todo momento, has estado en mis pensamientos y... ¡TE AMO! —Lo grita para que pueda escucharlo.

Da unos pasos hacia atrás, mientras pongo atención a como comienza a mezclarse la música para dar entrada al cantante Danny Ocean con su canción “*Me rehúso*”. En ese momento, mi guapo senador se empieza a balancear y me hipnotiza cuando mueve su cadera de un lado a otro frente a mí. Yo me derrito al mirarlo y no logro ser discreta, lo observo de pies a cabeza, embriagándome de su imagen candente y varonil.

Me extiende sus brazos, se acerca pasando sus manos por detrás de mi cintura y tararea la canción en mi oído. Después se une a mí y nos movemos juntos; no puedo evitar sonreír, es tan guapo, todo apasionado, sensual, y con el ritmo único que tiene llama la atención de todos los que se encuentran bailando a nuestro alrededor, así que aprovecho al hombre que tengo frente a mí, puesto que es un excelente bailarín, y me dejo llevar.

Me pego a su cuerpo al tiempo que mueve sus hombros, y me da la vuelta para pegarse a mi espalda; le bailo sensual y le pego mi trasero, rozándome descaradamente contra su entrepierna. Él es consciente de que me vuelve loca y esto es lo que provoca con su baile: quererlo devorar y marcarlo frente a todos como mío.

—Escápate conmigo —me susurra, erizando mi piel.

Me giro para ver los ojos verdes penetrantes que me observan, y es en ese instante cuando escucho al cantante Wisin con su nueva canción titulada

“*Escápate conmigo*”. Ruedo los ojos ante su tontería. Él, en cambio, con descaro, pasa sus grandes manos por mis caderas, mientras seguimos bailando y dejándonos llevar con la música buenísima de reggaetón que está sonando.

Nos quedamos un rato más en el club, sin embargo, después de tanto bailar, decidimos tomar asiento en una de las salas privadas. Santiago se retira al baño y, unos minutos después, cuando estoy sumida en mi celular, alguien se deja caer a mi lado, volteo y veo a Lily agitada y sudorosa. Por un buen rato, prometo que olvidé que vine con ella y me siento culpable de haberla dejado sola.

—¡Hola, extraña! El grandulón ese no me dejaba pasar, le tuve que jurar que venía contigo —comenta, a la vez que con su dedo índice señala con descaro directo a la dirección donde se encuentra Max, quien al percatarse que hablamos de él, nos sonrío.

—Lily, discúlpame, lo que pasa...

—No te disculpes, tía. Si yo estuviera en tu lugar también me hubiera perdido todo ese rato con el senador en el baño —Me interrumpe y da un codazo juguetón—. ¿Entonces fue él quien te escogió para pasar la noche?

No agarro el hilo de su comentario, no obstante, al ver llegar a Santiago con Roberto, me cae el veinte de lo que trata de decir, y me sonrojo, sin saber cómo actuar. No quiero que piense que soy “*la puta*” de la noche del senador; claro, con todo respeto para Lily, que es a la que le encanta vivir así, sin embargo, nosotros ya lo tenemos claro, ya hablé con Santiago y lo de nosotros es diferente, «¿verdad?». Me vuelven a entrar las malditas dudas.

—No. —Es lo único que me permito contestar, porque los chicos ya están por llegar a nuestra mesa.

Estando ya todos juntos, platicamos del lugar y de la noche tan amena que estamos pasando, sin embargo, mi noche ya se fue a la fregada. Me encuentro callada y distante desde que Lily me ha mandado a la jodida con su comentario imprudente; yo sé que esa no era su intención, pero me hizo sentir incómoda hasta estropear toda mi confianza en nosotros y llenándome de inseguridad. «Maldita mi personalidad moralista, que no me deja vivir una vida relajada y tranquila como cualquier mujer de mi edad».

Después de un buen rato conversando, Roberto se levanta sin perder el tiempo cuando Lily, al escuchar al grupo CNCO con la canción “*Hey, DJ*”, le grita que quiere ir a bailar, por lo cual parten juntos rumbo a la pista de baile dejando sus bebidas en la mesa, y yo sonrío forzosamente al verlos irse.

—¿Todo bien? —pregunta Santiago, dándose cuenta de que algo no va bien.

—Sí, solo estoy cansada. ¿Nos podemos ir ya? —Me callo para pensar en otra excusa más coherente, pero no se me ocurre nada, así que lo intento de nuevo con otra frase aún más tonta—. Perdón, tuve un día largo. —Trato de explicarme mejor.

—¿Vamos a comenzar de nuevo con esto, Delhy? —Me toma por sorpresa acercándose molesto y poniendo un brazo en el respaldo de mi asiento.

Volteo y compruebo que me está mirando de una manera penetrante y acusadora.

—Aquí no, Santiago. No es el lugar. —Me limito a contestar.

Sin embargo, al ver que no digo más me toma de la mano y me saca de la sala como de rayo. Caminamos hasta la salida, al mismo tiempo que sus chicos comienzan a moverse ágilmente para ir apartando a la gente, para que no se interpongan en nuestro camino. Cuando llegamos afuera, su camioneta ya se encuentra estacionada esperando por nosotros y me paro en seco, con mi acción lo hago parar a él también al sentir mi estirón.

—¿A dónde vamos?

—A mi casa. —Nos abren la puerta y me quedo parada.

Me suelta, se gira de nuevo hacia mí y cierra los ojos mostrando su frustración.

—¡Santo Dios! ¡Lo que nunca he tenido que hacer en mi jodida vida, tener que hablar de mi vida privada en frente de mis trabajadores! ¿¡Ahora qué jodidos te pasa, Delhy!? ¡Deja de comportarte como una niña! —Sus fuertes gritos me toman por sorpresa—. No, señorita, ¡no! No me pongas esa cara. Eres tú la que no me quieres decir qué jodidos tienes, la que se comporta de una manera infantil, pero esto se termina hoy —Me agarra nuevamente de la

mano y me observa fijamente, esperando que dé el primer paso, y al verlo tan enojado, camino para meterme a la camioneta. Sin embargo, al pasar junto a él, me para, me gira y nos quedamos frente a frente—. Delhy, no voy a permitir que volvamos a pasar por la misma mierda. Escucha, vamos a casa y ahí platiquemos con calma. —Me da instrucciones y altera mi temperamento.

—Santiago, te conozco y vas a querer convencerme de lo que tú quieras.

Me mira desesperado, más al notar que la gente que está afuera del antro se nos queda viendo ante el espectáculo que estamos montando.

—Nena, por favor, súbete al maldito coche y lo hablamos, te lo prometo —sisea. Y, a regañadientes, me subo. Pero al instante que se cierra la puerta, le vale un reverendo cuerno que vayamos con el chofer y Max en el mismo espacio—. Eres la mujer más cabezota de la que me pude enamorar, ¡nunca me haces caso!

—Moya, no me hables con esas palabrotas españolas que no sé qué quieres decir —le replico exasperada.

—¡Que eres muy terca! ¿Qué coños te ha pasado? Estabas muy bien, y después ahí viene Delhy, la tortuga en su caparazón. —Se mueve de lado a lado imitando con sus manos que tiene un caparazón en la espalda.

Me causa gracia, no obstante, me opongo rotundamente a ser una “*tortuga en su caparazón*”, así que se lo suelto:

—Pues nada, que yo estoy muy tranquila disfrutando de nuestra noche, cuando Liliana viene y me pregunta que si fuiste tú quien me escogió para azotarme en el baño. —Soy consciente de que esas no fueron las palabras que usó Lily, pero así somos las mujeres cuando nos enojamos, como dicen en mi país, le echamos mucha crema a los tacos, esto quiere decir que siempre exageramos un poco más de lo que es.

—¿Y eso es lo que piensas? —me cuestiona serio.

—Claro que no... Bueno, no sé... No, ya hablamos de esto ¿no? —Me revuelvo toda con mis propias palabras, quedando como una idiota.

—Delhy, te lo vuelvo a repetir cuantas veces haga falta para que entre en tu dura y bella cabecita: Te quiero para esta noche, te quiero para mañana, y

para todos los días que la vida me regale, porque cada uno de ellos los quiero vivir junto a ti y no me cansaré de decírtelo —Toma mis manos y me las aprieta para hacerme entender que lo que siente es real—. Amor, nadie puede intervenir en nuestra vida, no les permitas ni les des el poder de que nos afecten. Necesito a una luchadora, a esa mujer que me enamora cuando toma el control, y, hoy más que nunca, necesito que lo seas, Delhy, porque lo que se viene no será fácil y lo tenemos que enfrentar juntos —Se queda pensativo, y yo me acurruco en su costado, refugiándome en su calor; descanso una de mis piernas en su muslo. Santiago con su mano libre acaricia mi pantorrilla, a la vez que con la otra me abraza fuerte—. Pequeña, hoy te vienes a mi casa.

—Vale, pero tengo que pasar al departamento primero porque necesito ropa para mañana. Dios, todavía no puedo creer cómo nos desvelamos tanto en un martes.

—No vas a seguir trabajando.

—¿En serio, mi fuerte *bam bam*? —Le digo incrédula mientras levanto ligeramente la cabeza para mirarlo directo a los ojos—. No hace ni dos segundos que terminamos una discusión, así que piensa si quieres regresar a ese terreno de nuevo, senador Moya —le digo seria, aunque aguantándome las ganas de reír ante su cara de reproche.

—Eres tú quien se empeña en llevarme la contraria, descarada. No tienes necesidad de trabajar. Ahora que seas la señora de Moya, no tendrás ni tiempo para todas tus responsabilidades y los compromisos a los que me tendrás que acompañar.

Me deja muda. ¡Claro que no he escuchado bien lo que dijo! «¿Señora de Moya? ¡Ja! ¡Brincos dieras, Delhy! ¡Deja de soñar!»

Capítulo 18

Santiago Moya

Me despierto con su maraña de pelo con olor a coco sobre mi pecho. Moriría feliz si la vida me permitiera despertar así por el resto de mi vida, y es que por fin tengo a mi mujer en casa, a mi lado, donde pertenece. Todas las palabras estancadas en mi garganta fueron dichas, y no puedo estar más contento.

A pesar de que pasamos a su apartamento por un cambio de ropa, para no seguir discutiendo, al llegar a casa, me encargué de desactivar la alarma en su celular mientras se bañaba, además de mandarle un mensaje a Roberto para informarle que Delhy no asistiría al curro hoy. Esto me recuerda otra de las cosas con las que debo de lidiar lo más pronto posible, porque sé que la futura señora de Moya se opondrá a quedarse en nuestro hogar como tiene que ser; aparte, todavía tengo pendiente hablar con el señor “*todopoderoso*” Rossetti, para tomar cartas en el asunto sobre nuestro querido socio Arizmendi.

Salgo de la cama, con mucho cuidado, dejando plácidamente dormida y dulcemente desnuda, a mi mujer sobre nuestro lecho.

Son pasadas las seis de la mañana y jodidamente me he quedado encantado disfrutando de Delhy, reposando en nuestros aposentos hasta que el sol nos ha dado la bienvenida al inicio de una nueva vida juntos.

Tomo el control remoto y cierro las cortinas para que siga durmiendo. Nuestra habitación queda en absoluta oscuridad, así que me voy sigilosamente a mi vestidor por una camiseta y unos shorts flojos con bolsas a los lados; ropa totalmente cómoda para preparar la sorpresa que tengo en mente.

Me encanta cómo he acondicionado todo el lugar, ahora cuenta con el doble de espacio que tenía antes. Hace una semana, lo mandé remodelar para adaptar el área con lo necesario para ella; estaba en mis planes recuperarla, aunque no sabía todavía cómo ni cuándo, pero ya está aquí y eso es lo único que me importa en este momento. Observo mi lado, que está intacto, y al girarme veo una réplica idéntica de mi guardarropa, solo que esta se encuentra llena de ropa de mujer: vestidos de gala, ropa casual, accesorios, zapatos, bolsas y todo lo indispensable para no permitirle a mi chaparrita regresar a su apartamento por nada más.

Me visto rápido, salgo de mi habitación y me dirijo a la cocina. Cuando entro, veo a mi preciosa hija preparada para ir al colegio y desayunando en la

barra.

—¡Papitooo! —chilla y trata de bajarse de su asiento, por lo cual me apresuro para acercarme a ella.

—Termina tu desayuno, princesa. —Le doy un beso y me siento enfrente de ella.

—¿Lista para el cole? —le pregunto mientras Eugenia me sirve una taza de humeante café negro recién molido.

—Papi, ¿pol qué tienes pijama? ¿Etas enfelmo?

Instintivamente volteo asustado a ver mi ropa, pensando que quizás me puse un pijama en vez de una camiseta y shorts. Le sonrío al percatarme que estoy debidamente vestido. «¡Dios santo, esta niña tan temprano jugando con mi cabeza!».

—No, mi amor, no estoy enfermo, pero me quedaré en casa para resolver unos cuantos pendientes. Hoy Felipe y Max te acompañarán al cole.

—¿Tonces no estás enfelmo? —Me mira acusadora.

—No, princesa, ¿por qué piensas que lo estoy?

—Ay, papito, porque tú nunca andas en esas fachas.

Me saca una carcajada sonora con su comentario. «¿Esta niña de dónde aprende esas palabras?».

—¿Fachas? —le pregunto intrigado.

—Ajam, Genia cuando llego del cole siempre me dice: “Mila esas fachas en las que vienes, Menina”. —Trata de imitarla moviendo sus bracitos en forma de regaño.

Despido a Melina con un beso, le ayudo a subir a la camioneta y, en cuanto veo desaparecer el automóvil a lo lejos, corro directo a la cocina.

—Eugenia, Delhy está en casa y se encuentra todavía durmiendo; si despierta y aún no he regresado, le preparas el desayuno, por favor. Algo de fruta, no sé, tú eres la experta en eso.

—Claro, señor. —Me sonrío cómplice.

—Ah, y por favor, dales el día libre a todos los del servicio, bueno, solamente los chicos de seguridad se quedan trabajando, aunque tienen prohibido entrar a la residencia. Cualquier pregunta o duda antes de molestarme que se comuniquen con Max, él ya está enterado y solo él tiene autorización de llamarme en caso de alguna emergencia.

—Por supuesto, señor.

—Ah, se me olvidaba, Eugenia. Cuando regrese, puedes tomarte el día libre también. —Continúo tomándola por sorpresa.

—¿Está seguro, señor?

—Segurísimo. Y prometo no quemar tu cocina. —Nos reímos juntos de mi ocurrencia y me despido.

Corro directo al garaje y veo varios de mis flamantes autos deportivos, no obstante, al verlos, considero mis opciones. No puedo perder mucho tiempo ni manejar algo muy ostentoso, necesito un coche veloz, pero no muy llamativo, así que sin pensarlo dos veces me subo a mi *Maserati* plateado y salgo endemoniadamente rápido, esperando que Delhy me dé tiempo suficiente para estar en casa antes de que se despierte.

Activo mi teclado y me conecto al altavoz:

—*Siri*, llamar a Mercedes Cartier. —En el pasado, solía agregar a mis contactos de una manera muy particular a mi móvil. Al nombre con el cual se presentaban, les agregaba de apellido algo que me recordara dónde trabajaban o dónde los o las había conocido.

La llamada da varios timbres hasta que al fin contesta:

—Hola, Santiago, ¡qué novedad!

Mi risa de lado aparece de inmediato al darme cuenta que sigue teniendo mi número guardado y que recuerda muy bien quién soy.

—Mercedes es un placer escuchar tu voz.

—Ay, tú siempre tan galante. Dime, ¿en qué te puedo ayudar?

—No te hago perder el tiempo, estoy por llegar a *Cartier* aquí en Madrid, así que necesito que cierren la tienda, y no, no te molestes en preguntar, no

tengo cita, por eso te llamo —digo con autoridad—. ¿Puedes pedir que preparen los diez anillos de compromiso más elegantes y distinguidos de la colección exclusiva?

—Santiago, me encuentro en la corporación de Zürich, me es imposible atenderte.

—Mercedes, solo pide que cierren la tienda y que tengan preparada la joyería, llego en treinta minutos al lugar —Verifico en el teclado en cuánto tiempo estaré ahí—. Te estaré eternamente agradecido.

—Por supuesto, senador. Aunque, me atrevo a preguntar que, ante esta muestra de afecto al comprar un anillo de compromiso, estamos hablando de... —Se detiene un momento y pregunta descaradamente—. ¿Es esta una despedida?

—Estás en lo correcto, Mercedes.

—Entonces, no me queda más que decir: ¡Felicidades por su compromiso, señor Moya! Siempre ha sido un placer.

—Gracias, Mercedes. —Termino la llamada sin más preámbulos y con la emoción corriendo por mis venas. Muero por ir a escoger el mejor anillo para pedirle a Delhy que acepte ser mi esposa para el resto de nuestros días.

Capítulo 19

Siento su bendita presencia al besarme el cuello, al mismo tiempo que sus manos buscan mi cuerpo entre las sábanas.

—Dormilona, despierta. Cielo... —Se mete entre la colcha, amoldándose a mi espalda—. Pequeña —murmura en mi oído, y su calor, así como su delicado roce, me provoca un placentero escalofrío ante su aproximación.

De mala gana, me giro para quedar boca arriba y lo encuentro acostado de lado con su característica sonrisa desarmante; y ese simple gesto tan peculiar me confirma que, si en estos momentos tuviera puesta mi *panty*, se la daría como ofrenda, sin embargo, no tengo nada que ofrecerle más que mi alma y mi cuerpo entero.

Paso saliva, nerviosa, e imagino que debo parecer una leona enjaulada o, en el peor de los casos, una felina despeinada frente a él, que está como siempre, guapísimo de pies a cabeza. Por lo cual, despistadamente, lo repaso, lo contemplo y acomodo mi cabello bajo su atenta mirada expectante; pero antes de terminar con mi labor, lo tomo desprevenido y me lanzo a él empujándolo hasta dejarlo boca arriba, dándome así acceso para quedar a horcajadas encima de él. Tomo la sábana que está enredada entre mi cuerpo y la ajusto para cubrirme.

—Buenos días, senador. Hoy luce usted absolutamente irresistible.

Paso una de mis manos por su bonita camiseta con intención de seducirlo, sin embargo, él es más ágil y la toma entre las suyas, se la lleva a sus labios y la besa. Ante mi fracaso, me inclino y me recuesto sobre su pecho, él me recibe y me envuelve en sus brazos. Sus manos grandes y fuertes descubren despacio mi espalda y empieza a recorrer mi piel con ellas, en movimientos

de arriba abajo, calmándome por completo. «Domándome».

—Mi preciosa Delhy, te tengo una sorpresa —murmura.

—Mi amado Santiago, tengo que ir a trabajar, esto es solo un buenos días.

Mi *bam bam* trata ligeramente de separarse, no obstante, mi peso se lo impide, así que le doy acceso levantando un poco mi rostro para encontrarlo sonriendo con picardía.

—Chaparrita es casi mediodía. Creo que ya se te hizo tarde, nena —me dice sin una pizca de culpabilidad.

Me siento rápidamente y, asustada, volteo para todos lados buscando mi teléfono con la mirada, pero no lo encuentro. Recuerdo perfectamente que lo dejé en la mesita de noche, aunque no hay rastro, en cambio, las que llaman mi total atención son la infinidad de pequeñas velas que rodean nuestra habitación, junto a pétalos de rosas rojas que yacen en la alfombra.

Me tapo la boca impresionada, pues no me lo puedo creer; no logro comprender cómo hizo para preparar todo esto mientras dormía. El susodicho se mueve conmigo y se queda recargado en el respaldo de la cama.

—¿Te gusta? —pregunta ansioso.

—¿Gustarme? ¡¡¡Flaco, me encanta!!! ¿A qué hora hiciste todo esto? —Me le lanzo y le doy un montón de besos, dejándolos esparcidos por todo su precioso y afilado rostro. No hay mejor manera de comenzar el día que con esta hermosa muestra de amor.

—Ven, déjame ayudarte.

Me quedo parada en la cama, entretanto, él toma una bata nueva de seda plateada y me ayuda a ponérmela; al terminar, nos abrazamos de nuevo y nos perdemos en un beso lento, lleno de sentimiento que me hace sentir en las nubes. Sé que moriría y volvería a nacer para vivir todo de la misma manera, porque este es el hombre que quiero siempre junto a mí. «He encontrado a mi compañero de vida».

—Ten cuidado al bajar, quiero que veas esto.

Me guía y yo lo sigo, mientras con cuidado caminamos tomados de la mano por todo el camino de velas y pétalos, que se pegan en las plantas de mis pies.

Al llegar al recibidor, observo alucinada la mesa de centro, en la cual se encuentra escrito con pequeñas velas las palabras: “TE AMO, DELHY”, y yo me pierdo mirando el hermoso detalle.

—¡Wow! Mi amor, esto... esto es... —tartamudeo y me quedo sin palabras.

Santiago se arrodilla, ante lo cual yo me giro lentamente para quedar de frente, y tratando de procesar la escena tan romántica delante de mí. Mis lágrimas pican al observar al hermoso caballero de invisible armadura que me tiene completamente enamorada, hincado besando mis manos.

—Delhy, necesito que me escuches. Jamás en la vida imaginé llegar a enamorarme de esta manera, nunca traté de buscar este sentimiento porque el amor siempre huyó de mí. Mi destino estuvo manchado desde niño como alguien impuro, que no merecía nacer. Crecí en una familia rota, carente de amor, porque fui únicamente una pieza que exigió la unión de mis padres. Desde pequeño fui indigno ante la sociedad, y este sentimiento me hizo ser fuerte e implacable, cerrándome ante todos. Ahora entiendo que esto solo me impidió abrir mi corazón, teniendo que transformar toda esa tristeza que me embargaba en coraje y rencor, para poder ser lo que invariablemente he sido. Mi forma de vida me hizo enfocarme en derribar a todos a mi paso para conseguir mis objetivos, sin la ayuda de nadie. Con los años, perdí la esperanza de encontrar una persona que mereciera mi cariño, alguien que me hiciera sentir vivo y amado, para poder mostrar al verdadero hombre que hay en mí, pero ahora, hermosa... —Vuelve a besar mis manos y me sonrío—, me doy cuenta de porqué nunca tuve la necesidad de encontrar a una mujer con quien compartir mi vida, solo el destino sabía el momento que iba a encontrarte. Te amo, Delhy. Te amo hoy, te amaré mañana y te seguiré amando por todos los días que me resten de vida —Busca en su bolsillo y saca una pequeña cajita negra aterciopelada—. ¿Aceptas ser la señora de Moya? —Mi voz y mis palabras siguen desaparecidas, no puedo contestar, me encuentro en estado de *shock*. «¡Dios mío, Santiago me está pidiendo matrimonio!»—. ¿Delhy, aceptas casarte conmigo?

—Sííí... Sííí, acepto. Acepto, amor. ¡Acepto casarme contigo! —pronuncio todavía en un estado de felicidad y conmoción.

Se levanta, me mira como queriendo meterse hasta el fondo de mi alma y ajusta en mi dedo anular el más precioso de los anillos de compromiso que mis ojos hayan visto en toda mi vida. A continuación, me toma en sus brazos y lo observamos juntos; es una fina pieza de oro blanco con un gran diamante solitario al centro, aunque en toda la banda que lo rodea tiene incrustados diminutos brillantes.

—¿Te gusta? —cuestiona un tanto nervioso—. Lo podemos cambiar, si tú quieres.

—Nooo, ¡me gusta! ¡Definitivamente, me encanta! —Me pongo de puntitas y le ofrezco mis labios.

—Te amo, mi pequeña, y eres mía por toda nuestra eternidad.

Capítulo 20

Más enamorados que nunca, festejamos nuestro compromiso haciendo el amor delicadamente, sin prisa, descubriéndonos, amándonos y conquistándonos como si fuera la primera vez. Soy tan feliz que me siento en un sueño del que nunca quiero despertar, porque teniéndolo a él, estoy completa.

—¿De qué te ríes? —Mi prometido me observa, al mismo tiempo que recorre dos de sus dedos por mis labios, acariciándolos lentamente.

—¿Y me lo preguntas? ¡Wow! No puedo creer que nos vamos a casar, Santiago.

—Bueno, primero necesitamos ir a hablar con tus papás, Delhy; no me has presentado ni como tu novio. ¿Qué crees que piensen de mí?

—Te van a adorar —Le beso la nariz—. Mmm... Bueno, quizás mi papá no te la ponga tan fácil, pero sé que a los dos les vas a caer muy bien.

—Eso espero, nena, porque no creo que les haga mucha gracia pensar que no tienes novio y que de la nada llegue yo y me presentes para pedirles tu mano en matrimonio —Mis tripas gruñen y él abre los ojos sorprendido—. Mi pequeña reina, es hora de alimentarte. Ahora vuelvo, quédate aquí. —Pongo los ojos en blanco, pues no hace falta que me diga que me quede aquí, ¿a dónde más podría ir sin él?

Mientras mi futuro marido se pone ropa, yo me lo como con la mirada; es una tortura verlo vestirse, porque por mi mente solo pasa el quitársela y arrastrarlo a la cama. «Delhy, ¡eres insaciable!».

Sale de la habitación, ante lo cual no pierdo el tiempo; me levanto y voy directo al baño. Tomo una liga, acomodo mi pelo en una pequeña cola, lavo mi cara y salgo untándome crema en las manos. Observo el cambio de ropa que está esparcido en la salita de la recámara, fue el que recogí ayer del departamento para ir a la oficina, así que me dirijo al vestidor de Santiago para robarle unos de esos calzoncillos sexis con los que le gusta meterse a la piscina.

Al entrar en su vestidor, quedo sorprendida con lo que hizo en mi ausencia. Si definitivamente ya era un paraíso de la moda, ahora lo es más, pues hay un espacio para mí también. Y si antes amaba este lugar, hoy se ha convertido en uno de mis rincones favoritos en esta casa.

Me acerco a las vitrinas donde están perfectamente colgados un montón de vestidos de gala con sus etiquetas todavía puestas. Abro uno de los cinco cajones de la cómoda frente a mí y encuentro ropa interior de la más fina costura. Estoy extendiendo una de las tangas de encaje blanco para apreciarla mejor, cuando escucho a alguien entrar y, automáticamente, veo a mi fuerte *bam bam* con su torso desnudo, tan guapo, y con una bandeja en sus manos.

—Futura señora de Moya, ¿qué parte de no se mueva de aquí no entendió?
—Me dice sonriente, al tiempo que acomoda la charola repleta de comida, en la mesita que se encuentra al lado del sofá.

—Dios mío, Santiago, ¿quién escogió todo esto? —pregunto alucinada.

—Yo —responde sin descaro—. Yo personalmente escogí cada prenda que se encuentra colgada y doblada en este clóset —Corta la distancia mientras me explica, me gira y abraza, ajustando mi cuerpo a su pecho; por lo

pequeña que soy, se inclina un poco más para descansar su rostro en el hueco de mi cuello y me pregunta al oído susurrando—: ¿Te ha gustado tu sorpresa?

—Me ha encantado, aunque yo no tengo ninguna sorpresa para ti, no tengo nada qué darte. —Le digo, a la vez que me giro para verlo de frente.

—Mi pequeña, no me hace falta nada, no necesito nada más porque tú eres el regalo que siempre esperé.

Nos devoramos tiernamente en un suave beso, pero al enredarse nuestras lenguas, olvido todo a mi alrededor. Cuando por fin el aire llega a mi cerebro, me doy cuenta de que he sido levantada y sentada en el frío vidrio que cubre una de las vitrinas.

Con sus manos, delicadamente, me sube la bata de seda hasta la cintura, besa mi cuello y me enloquece con una mezcla de mordiscos y chupetes que me encienden, haciendo que me calcine. Sus dedos no pierden el tiempo y buscan mi humedad; al llegar a mi centro, tienta mi botón lleno de nervios y sediento por su roce. Siento su contacto, dejo caer mi cabeza hacia atrás con un profundo gemido saliendo de mi boca, sin sentir ni una mínima vergüenza ante mi acto explícito de suplicarle por más. Estoy totalmente perdida.

Santiago presiona el interruptor de la luz a mi espalda con su otra mano libre y esto hace que se prendan todos los focos del clóset, iluminándonos por completo. Dándome cuenta de que estamos rodeados de espejos, lo cual me ayuda a ver a mi hombre reflejado con su torso poderoso y varonil, desnudo.

Mi lado dominante hace un mohín, porque a pesar de que siempre se ve guapísimo con cualquier prenda que vista, yo sé cómo me gustaría contemplarlo en este preciso momento... y todo el tiempo. «Claro, completamente desnudo».

No pierdo tiempo, me acerco y me sostengo de su grande y ancha espalda. Al acariciarlo con mis manos, su piel caliente me da la bienvenida con un ligero estremecimiento, el cual dispara mi apetito voraz.

—Levanta uno de tus pies y apóyalo aquí. —Con una de sus manos, da golpecitos al cristal en donde estoy sentada y sigo sus instrucciones.

Al acomodarme, una pierna queda colgando, mientras que la otra la dejo en alto como me indica.

—Creo que hay cambio de planes, es hora de mi desayuno —anuncia con descaro y se relame los labios al referirse a mí como el banquete próximo a degustar.

Cuando estoy a punto de reírme por sus ocurrencias, me saca un pequeño gritito de sorpresa. Me devora sin apartar la mirada, lame deliciosamente mis labios, pasando su caliente lengua por toda mi raja.

Lo miro anonadada ante su desfachatez, no obstante, no me resisto, e inclino hacia atrás mi cabeza, recargándola en el espejo, y me sostengo con los brazos, dándole total acceso, abriéndome para él sin vergüenza.

—Santa, puta, mierda... —Santiago me asalta de nuevo.

Me sostiene con sus manos fuertes y arremete con fuerza; su lengua me recorre ágilmente y yo me balanceo con urgencia, deseando liberar la explosión que crece en mí.

Asalta mi clítoris con precisión, dándole mordiditas y chupándolo sin piedad. Goza al verme a su merced y al borde del precipicio. Gime con mi vulva pegada a sus labios, mostrando una sonrisa lobuna de superioridad; succiona y lo siento tragando mis jugos.

Su arrebató me vuelve loca, me encanta que pierda cualquier razonamiento al estar complaciéndome. El no poder mover mis piernas me excita y desespera al mismo tiempo, e imploro por sentirlo dentro.

—Santiago, por favor, entra en mí, te necesito.

No me hace caso, pero soy recompensada con su lengua entrando y saliendo ágilmente de mi cuerpo; me sacudo y arqueo la espalda. Su mano izquierda recorre mi pantorrilla hasta llegar a la ingle, e inesperadamente me acaricia entre las nalgas; esto me asusta, aunque sea totalmente delicado en sus movimientos.

Después, lentamente y con cuidado, siento un grueso dedo penetrarme; contengo la respiración por un largo segundo, hasta que lo saca y vuelve a meterlo una y otra vez. Gimo, porque al mismo tiempo me aniquila con sus lengüetazos indomables, y de repente no es un dedo el que sondea mi orificio, sino dos, y me rindo al placer que solo este hombre puede darme.

—¿Te gusta? —pregunta relamiendo sus labios, para luego darme una sonrisa bestial, que me hace entregarme a él sin límites.

—El mayor anhelo de mi piel sedienta es que tu boca apague esa sed —pronuncio las palabras entrecortadas por mis gemidos que inundan la habitación, al tiempo que siento cómo traga el néctar de mi liberación, saciándome por completo, consumiéndome.

Entre tanto, mi cuerpo sigue explotando en otro orgasmo exquisito, que me hace ver estrellas al gritar de nuevo su nombre.

—Quiero un hijo, Delhy. Eso es lo que quiero. Dámelo —ordena, a la vez que se baja el short y me penetra bruscamente.

Ambos gemimos mientras me invade, quemándome al empujar cada vez más fuerte. Su ritmo me hace sentir tan llena, que mi mente divaga en un mundo lleno de placer junto a Santiago, y sin regreso a la realidad, donde su miembro dentro de mí se adueña de todo a mi alrededor con cada frenética estocada, haciendo sentir mi piel viva y completa hasta olvidar mi nombre.

—¡Tan jodidamente única! —Con esas palabras, libera su orgasmo, inundando mi matriz, y dejando su semilla muy dentro de mí —¡DELHY! —brama y busca mis labios hasta hacerlos arder en un beso violento, provocando chispas entre los dos que nos deslumbran y hacen jadear ante la sensación tan exquisita que siempre conseguimos al hacer el amor.

Capítulo 21

Súbitamente, todo empezó a acomodarse. Me mudé prácticamente en un par de semanas. Todo fue tan rápido, que ni permiso me di para pensar las cosas con tranquilidad, además, Santiago simplemente no me lo permitió. Solamente fue actuar y seguir a mi enamorado corazón.

Tengo que confesar que aún conservo unas cuantas cosas en el piso de Luz, pues todavía no lo siento real y eso me asusta, sin embargo, al mismo tiempo, me encuentro sumamente feliz.

Después de hablar con mis padres, Santiago me convenció para invitarlos a pasar el verano y mostrarles mi vida actual. Un modo de prepararlos y, al mismo tiempo, darle a él la oportunidad de conocer a su nueva familia política.

Melina recibió encantada la noticia de que los tres viviríamos juntos como una familia y declaró que ahora sí podría encargarle a la cigüeña un hermanito, pero al escucharla, mis sentimientos se agitaron con lo único que en estos momentos me quita el sueño, estar embarazada.

Todos nos amoldamos fácilmente a nuestro nuevo ritmo familiar; incluso los trabajadores de mi prometido se refieren respetuosamente a mí como la señora de la casa, cosa que todavía no logro asimilar muy bien.

Estoy muy nerviosa, esta noche tenemos una cena con la familia de Santiago. Su madre se negó a venir a nuestra casa, así que todos asistiremos a la de ella. Los abuelos de Santiago están invitados y, por supuesto, su hermana Ivana también estará presente.

—¿Nena, todavía no estás lista?

Lo observo con ganas de llorar, porque los pocos encuentros que he tenido con su mamá me han servido para percatarme que es un hueso muy duro de roer, casi puedo jurar que no me lo pondrá fácil; estoy hecha una bola de nervios.

Antes de contestar, me dan unas horribles náuseas y salgo corriendo al baño. Santiago corre detrás de mí y, mientras estoy vaciando la merienda, trato de empujarlo lejos al sentir sus manos reconfortantes en mi espalda; me da mucha vergüenza que me vea en esta condición. «Odio vomitar».

—Hermosa, ¿te encuentras bien? —pregunta preocupado, y me ofrece una toalla húmeda, aunque al mismo tiempo se me queda viendo con ojos escrutadores, y exclama—: Delhy, ¿estás embarazada!

Al escuchar sus palabras mi estómago cae hasta el suelo, desgarrándome por dentro, pues han sido muchas las veces que hemos estado juntos, y tengo meses sin cuidarme, por lo que lo más lógico sería que en mi vientre estuviera creciendo una vida, pero sé que no es así. Hace unos días pasé por la farmacia después de recoger a Melina del colegio y compré varias pruebas de

embarazo para salir de dudas. No obstante, horas después, todas y cada una de ellas, me confirmaron que en mi matriz no existe un bello bebé rubio de ojos verdes.

Santiago anhela un hijo, me lo dice a todo momento, y lo puedo sentir cada vez que deja su simiente en mí. Incluso ha llegado a describirme al hermoso niño rubio que tendremos, con el que la vida nos va a bendecir uniéndonos y purificándonos con un nuevo comienzo.

Yo, con la desesperación y la intriga por saber si mi cuerpo se encontraba bien, llamé varias veces a Luz, sin embargo, no me contestó. Necesitaba que me recomendara un ginecólogo, pero al desesperarme por no recibir ninguna señal de mi mejor amiga, no me quedó más opción que llamar a Lily.

Después de intentar varias veces, me regresó la llamada, y sin darle tiempo a explicarme por qué no había contestado mis llamadas, le solté con pelos y señales todo lo que me estaba pasando. Ni yo entiendo cómo pude tener tanta confianza y simplemente contarle todo, quizás solo necesitaba dejarlo salir, contarle a alguien lo que estaba atravesando, como las mortificaciones que acechaban mi cuerpo.

Al terminar de explicarle mi situación, me di cuenta de que Liliana no estaba sola, tenía compañía, y era nada más ni nada menos que mi jefe, el doctor Roberto Cárdenas. Mi cara ardió de la vergüenza, puesto que escuchó toda nuestra conversación, por lo que apenas me disculpé, aunque “*el doc*” como siempre tan amable, me aconsejó relajarme y no preocuparme más, ya que quizás solo era estrés, además, me recomendó al mejor obstetra de la ciudad.

—Delhy, ¿me escuchaste? Puedes estar embarazada —repite Santiago, con una gran sonrisa enmarcando su rostro, y ojos que brillan de felicidad, los cuales arremeten contra mi maltrecho corazón dejándome sin respuesta y complicando mi nueva pacífica vida otra vez.

—No creo, Santiago. Anda, vamos, que se nos hace tarde y no queremos que tu madre se enoje. —Le doy una sonrisa forzada.

Temo confesar la verdad, así que mejor me retiro sin acercarme a él, me lavo los dientes en completo silencio y lo dejo pensativo en el cuarto de baño.

Vuelvo a repasar la ropa, mi ánimo está por los suelos. No tengo ni la menor idea de qué ponerme, el problema de toda mujer, y yo con el clóset lleno de prendas y sin opciones al final. Estoy tan centrada en este conflicto, que cuando sus brazos me abrazan, me toma por sorpresa, me acerca a su pecho y pone su mentón en mi sien.

—¿No sabes qué ponerte? —susurra en mi oído.

—Sí, solo que me da flojera vestirme —le contesto sarcásticamente.

—Listilla —replica, para después morder mi oreja y desabrochar mi hermosa bata de seda negra, encontrándome en lencería de encaje del mismo tono. Baja sus manos rozando mi cuerpo entero y, cuando llega a mis caderas, me las aprieta con lujuria y fuerza, tanto, que me hace musitar un quejido divinamente placentero—. Ay, Delhy, debería corregirte en este preciso momento —murmura, y yo me quedo expectante. Posa su mano en mi vientre, a la vez que en la otra mira su reloj—. Pero, mi pequeña mujercita, si no estás lista en veinte minutos, tendré que llevarte a casa de mi madre vestida solamente con esta bata de seda, y los dos sabemos que no es una opción.

Me giro para observarlo y doy un paso hacia atrás para tener todo el efecto arrebatador de mi hombre. Está guapísimo, como de costumbre, cualquier cosa le sienta fenomenal. Hoy viste un traje de tres piezas, todavía no tiene su corbata puesta, y los dos botones superiores de su camisa los tiene seductoramente desabrochados, dejando ver su sensual y masculino vello.

—Delhy, no me mires así.

—¿Así cómo? —contesto un tanto coqueta y, levantando una de mis cejas, le sonrío con picardía.

Me acerco con paso lento, alzo mis brazos y me pongo de puntitas para poder acercarme más a él. Al llegar, me levanta ágilmente, mientras yo me sostengo rodeando con mis piernas sus caderas, y me lleva hasta mi tan amada vitrina. Le pongo morritos porque sabe lo que quiero y tengo miedo de que se niegue.

—Amor, no vas a tener tiempo suficiente para arreglarte.

—Senador Santiago Moya, ¿se le está negando a su futura esposa? —exclamo seria, aunque conteniendo la risa.

—Eres una leona insaciable —gime y ataca mis labios, a la vez que yo me apresuro a desnudarlo. «*Úrsula*, al diablo la cena».



Entramos tomados de la mano a la residencia de la señora Magdalena Divaio. «¡Ja!, mi futura suegrita».

Nos detenemos al llegar y un señor mayor abre la puerta del precioso *Maserati* color plata. A continuación, Santiago le entrega amablemente las llaves del auto y me ayuda a bajar.

Como bien había previsto mi guapo Santi, no tuve tiempo de arreglarme mucho, así que, al final, con mucha prisa, tomé un sencillo y bonito vestido nuevo de alta costura. Es negro, ajustado a mi cuerpo, llega hasta las rodillas y tiene unos tirantes finos.

También me puse un chal para cubrir mis hombros, pues no quería venir muy escotada a la cena familiar, pero bueno, ya no tuve más tiempo para rebuscar en mi fabuloso y nuevo clóset; además, estamos en plena primavera, así que no lo vi muy fuera de lugar. Y, por supuesto, no podían faltar unos tacones extremadamente altos para completar mi atuendo, y claro, para intentar alcanzar a Santiago con ellos, un caso totalmente perdido. Con mi cabello, opté por dejarlo suelto y lacio, perfecto para la ocasión.

—¡Miren quiénes llegaron! —anuncia Ivana, al tiempo que salta de su asiento y viene casi corriendo a recibirnos.

Inesperadamente, cruzo la mirada con la señora Magdalena, dándome cuenta de que se remueve en la silla, estira su espalda imponiendo su presencia y su cuello se alarga para vernos mejor. «Tan típico de ella».

—¡Delhy, qué sorpresa! Este tonto no nos anunció que vendrías.

Siento el cuerpo de Santiago tensarse y dar una sonrisa forzada, mientras ella lo abraza y le da dos besos tronados. «¿Cómo que no les avisó que vendría? ¿Acaso su madre no sabe que estaría yo presente esta noche?».

—Ivana, déjanos pasar —exclama serio.

—¡Uy! ¡Siempre tan hurraño, amado hermanito!

Le sonrío a Ivana. Ella me guiña un ojo, se acomoda a mi otro lado y me agarra del brazo.

—Abuelos... ¡Les presento a la novia de Santi! —grita inesperadamente cuando estamos entrando los tres al área de la amplia sala.

Desde la entrada puedo ver sentado al señor Divaio con su característica sonrisa, que nos da la bienvenida junto a su esposa. En cambio, al girar mi mirada, la bruja *Úrsula* no hace ningún tipo de reacción que me ayude a calcular su estado de ánimo, casi puedo jurar que tiene miedo de que el bótox le explote del coraje que le causa verme en su casa.

—Hijo, ven acá. ¡Qué bonita sorpresa! ¡Tendremos una mexicana en la familia! —Nos acercamos y soy sorprendida con un caluroso abrazo y dos besos en las mejillas, demostrándome que el señor Carlos no se ha olvidado de mí. Voltea a ver a su mujer—. Lucia, ¿recuerdas a la señorita Lugo? —La abuela me sonrío y me saluda un poco menos afectuosa que el abuelo, no obstante, con una sonrisa sincera en su rostro.

—Madre. —Santiago se acerca conmigo de la mano y la señora me mira inspeccionándome de arriba a abajo, haciéndome sentir insignificante; tiene una ponzoña en su mirada, que siempre me hace flaquear ante su inspección.

—Esperemos que “esta” no sea una oportunista como la anterior. —Su voz es tan ruin y profunda que me deja congelada. Santiago, que lo nota, aprieta fuerte mi mano y tensa la mandíbula conteniéndose. Toma aire profundamente y avanza a ella sin soltarme.

—Madre, usted siempre tan bromista —contesta y se inclina para saludarla, porque la señora no tiene la educación necesaria para levantarse de su asiento y darnos la bienvenida.

Le da dos besos tan típicos de la familia Moya y su singular saludo afectuoso, pero no me sorprende cuando a mí, a duras penas, me ofrece su mano, desgana, volteando los ojos sin descaro.

Conversamos un buen rato con Ivana y sus abuelos, hasta que nos anuncian que la cena está servida. No aguanto más estar aquí, quiero largarme. El silencio de doña Magdalena me incomoda y su meticulosa inspección me está

volviendo loca.

Cuando ya por fin sirven el postre, Santiago amorosamente me toma de la mano, le da un beso, mira el anillo de compromiso con una sonrisa llena de amor y da el anuncio:

—Familia, les pido un momento de su atención —Todos dejan sus cubiertos para mirarnos—. Quiero compartir con ustedes nuestra felicidad. Hace unas semanas, le pedí a Delhy matrimonio... ¡y ella ha aceptado!

Las felicitaciones no se hacen esperar, así como los buenos deseos de los abuelos. Ivana, enloquecida, me distrae hablando de *Miiu Miiu*, pues dice que solicitará los mejores diseñadores de alta costura de Londres para diseñar mi vestido de novia.

Nos perdemos hablando de los preparativos, que nos damos cuenta son muchos, y nosotros únicamente tenemos claro que nos vamos a casar. No hay fecha, no tenemos lugar y, mucho menos, algo listo. Debido a esto, el señor Carlos regaña a su nieto, exclamando que, si fuera él, ya lo tendría todo preparado, para no dejar ir a la encantadora mexicana que le dio el “sí, quiero”.

De repente, Magdalena, quien había permanecido callada, y al parecer meditando su siguiente paso, dice:

—Bueno, querido, si eso es lo que quieres para ti —Me señala hirientemente, como si fuera poca cosa para su hijo. Le da un trago largo a su copa y prosigue—. ¿Qué puedo opinar?, si antes no me hiciste caso, esta vez menos. —Se levanta de su silla y da media vuelta, dejándonos pasmados.

—Madre, no es el momento —la reprende Santiago, al tiempo que vemos que ella se levanta y camina fuera del comedor. No obstante, antes de salir, se detiene, voltea a vernos, fulminándonos con la mirada, y replica con rabia:

—¡Ja! Una mexicana en mi familia. ¿Dónde queda tu apellido, Santiago? Cada vez caes más bajo. Me decepcionas, hijo. Quizás Cinthia era una descarada oportunista, sin embargo, tenía un apellido de abolengo. ¿Y esta? No quiero ni imaginar de dónde diablos has sacado a esta mujer.

La señora se va, dejándome con la boca abierta. ¿Realmente ha dicho todas esas cosas horribles en frente de toda su familia? Sin duda, lo ha hecho.

Quizás pensará que me ha herido, y que sus palabras me hacen sentir menos, pero solo me pasa por la cabeza el haber puesto en esta posición a Santiago, porque él va a ser el único afectado.

—Delhy... —me llama Ivana, intentando sacarme de mi estado.

Santiago se va tras su madre y los abuelos solamente se miran entre ellos, sin saber qué decir o cómo proceder ante el comportamiento de su mal educada hija.

—No se preocupen, estoy bien. No ha pasado nada —Sonrío, tratando de aligerar el momento—. Creo que no soy la primera mexicana que sufre de discriminación en pleno siglo XXI.

Todos se ríen ante mi comentario y, unos cuantos minutos después, los abuelos se retiran excusándose de que es muy tarde. Ivana, sin embargo, se queda conmigo y trata de hacerme plática, aunque yo solamente miro mi teléfono desesperada, contando los minutos para que Santiago regrese y me lleve a casa. Esto ha sido una verdadera locura.

Le mando un mensaje enojada. Sé que es importante para él, comprendo que es su mamá, pero tampoco puede dejarme aquí botada por una señora necia y mimada, que quiere hacer de él lo que le dé la gana. «¡No, señora! Él ya es un hombre grandecito, que puede tomar sus decisiones, ¿o también le quiere escoger la esposa? ¡No, sobre mi cadáver!».

Mensaje de Delhy a Santiago, sábado, junio 17, 2017 22:21:09

Santiago, ¿ya vas a terminar? Estoy cansada, quiero irme a casa.

Trato de ser comprensiva, no quiero ponerlo entre la espada y la pared, pero debe recordar que sigo aquí, esperándolo.

Mensaje de Santiago a Delhy, sábado, junio 17, 2017 22:22:29

Dame cinco minutos, amor, estoy terminando de hablar con mi madre.

Dejo pasar más de cinco minutos, mientras Ivana me muestra varias fotos en su celular de sus recientes vacaciones. Confirmando mi reloj y han pasado treinta minutos; creo que le he dado tiempo suficiente. «Mi paciencia se agotó, senador».

Mensaje de Delhy a Santiago, sábado, junio 17, 2017 22:53:45

Discúlpame, Santiago, pero si no bajas, me pido un taxi.

Cuando estoy a punto de despedirme de Ivana, escucho los fuertes gritos de Magdalena resonar por todo el pasillo de la siguiente planta.

—¡Lo ves! ¡Ya estás haciendo todo lo que ella quiere! ¿Qué va a seguir, Santiago, que te obligue a alejarte de nuestras vidas?

—Deja de decir lo mismo mamá, jamás me alejaría de ustedes, además, ¡eres mi madre! Sin embargo, no puedo dejar que me chantajees y me controles a tu antojo. ¿Quién crees que soy? No te lo permito, madre. Amo a Delhy y, quieras o no, ¡va a ser mi esposa!

Ivana y yo contemplamos la escena. Santiago se gira para bajar los escalones y la señora Magdalena trata de detenerlo agarrándolo del brazo, pero al no alcanzarlo, da un mal paso y cae inesperadamente.

Todo pasa muy rápido. Da un par de vueltas, aunque su hijo al estar unos escalones más abajo, logra atraparla. La levanta y corre con ella en brazos, regresando al segundo piso, desde donde le grita a Ivana que llame al doctor.

Capítulo 22

No puedo creer que todo esto esté ocurriendo precisamente en una noche tan especial para nosotros. Afortunadamente, el doctor de la familia se presenta rápido, pues solamente han pasado diez minutos desde el inesperado accidente.

Después de casi una hora, el médico por fin baja y nos informa que mi suegrita sufrió un esguince en el tobillo, pero recalca que no es nada alarmante, además, le dio algo para el dolor. Sin embargo, ante tantos gritos y suplicas de la señora por comprobar que se encuentra en perfecto estado de salud, su primogénito y amado hijo, promete solemnemente llevarla mañana a primera hora para hacerle los estudios correspondientes y así descartar alguna fractura, aunque el doctor le repite que el tobillo no tiene ninguna fisura, únicamente está inflamado y lo único que necesita es reposo.

Yo comprendo que se cayó, es verdad, lo vi con mis propios ojos, sé que fue un accidente, no obstante, después de eso, ha exagerado a tal grado que hasta Ivana lo nota y pone los ojos en blanco descaradamente ante mí, por lo cual, mejor se retira, excusándose de que está muy cansada para otro drama de su propia madre, ¡hasta ese extremo, lo prometo! Pero... ¿acaso él no lo puede ver?

Son más de las tres de la madrugada y apenas estamos regresando a casa.

—Amor, lamento que todo esto haya pasado. —Se lleva mi mano a sus labios y la besa con ternura, sin dejar de mirar la carretera; estamos a unos veinte minutos de llegar.

—No te preocupes, no es tu culpa, Santiago —contesto, aunque por dentro quiero gritarle si no se da cuenta de la actuación tan buena de su madre, que bien puede competir por el *Oscar* a la mejor actriz dramática, y descalifica a bastantes.

—Ya sé lo que debes estar pensando —dice tranquilo—. Que mi madre estaba exagerando. No te rompas la cabecita pensando cómo decírmelo, yo lo noté, amor, por eso estuve conversando con ella y tiene miedo que la deje de un día a otro por tu amor. Te mira como una amenaza; ellas siempre han sido mi razón de vivir y eso no cambió cuando tuve a Melina, además, soy su mayor apoyo... desde que mi padre nos dejó.

—Espero que solo sea eso, porque en verdad no quiero ponerte en una mala posición, sin embargo, ella tiene que entender que no puede tratarme así, lo ha hecho enfrente de tu familia, y siéndote honesta, no le volveré a permitir que me trate de la misma manera, no me lo merezco y tú tienes que darme mi lugar.

—Así será, amor.

Con esas palabras, cerramos el tema, ya que no pienso discutir por esa señora; no le he hecho nada malo como para que me trate así. No soy una amenaza, como ella piensa. Sin olvidar que amo a su hijo y lo que quiero es verlo feliz, bueno, que vivamos todos felices.



Los días después del accidente son una locura. Recibimos múltiples llamadas a horas irrazonables por motivos inimaginables, como si la señora no tuviera quién le sirva en esa majestuosa casa, en la cual vive plácidamente con todas las comodidades y lujos del mundo. Constantemente termina alejando de mi lado a Santiago, quien siempre regresa desesperado o cansado, ante la odiosa actitud de su madre.

En estos momentos, me estoy arreglando, tenemos una cena esta noche con *Goddess Society*. Lo sé, es la primera vez que estaremos juntos ante todos los miembros de la sociedad y lo haremos como una pareja oficial. Además,

Santiago tiene un asunto muy importante que arreglar y, por ello, ha estado en contacto con el señor Rossetti.

Pese a cualquier pronóstico, mi prometido viene tarde a casa, porque su hermosa y encantadora madre le llamó mientras manejaba hacia acá del trabajo, y supongo que tiene que cumplirle alguno de sus tantos caprichitos. Sinceramente, no me molesta que quiera pasar tiempo con él, pero lo hace tan obvio que llega a ser muy infantil. Lo vuelvo a decir, no tengo ningún problema con que vaya a verla, ni que se preocupe por ella, mientras no nos perjudique como pareja.

Timbra mi celular inesperadamente y veo el nombre de mi mamá en la pantalla.

—¡¡¡Mami!!! —contesto efusiva—. ¡¿Preparados para el viaje?! — pregunto al escuchar su voz, muero por tenerlos aquí.

—Mi niña, ¿cómo estás?

Reconsidero mi respuesta, debido a que mi mamá tiene un sexto sentido maternal impresionante y se puede dar cuenta de lo que me ocurre con tan solo escuchar mi voz.

Desde que me instalé en la casa de Santiago les informé a mis padres que estaba saliendo con alguien, lo cual no les sorprendió, y lo tomaron mejor de lo que pensaba. Sin embargo, mi prometido es otro cantar, no para de presionarme con que ponga fecha para ir a México, aunque la verdad, no quiero ir a mi país.

Muero porque mis padres vengán a conocer Madrid y se enamoren de sus atardeceres como yo. Ya tendré otra oportunidad para mostrarle a Santiago mi hermoso país, quizás en nuestra luna de miel.

—Mejor que nunca, ma. ¿Cómo están ustedes?

—Bien, cielo. Lo mismo de siempre en el rancho; tu padre sin dejar de trabajar y yo aquí esperando por su llegada. Pero mejor platicame de ti y de mi yerno —susurra con complicidad—, ese muchacho tan guapo del cual me has mandado tantas fotos.

—¿De Santiago? —Sonrío.

—Claro, mi vida, ese hombre es un encanto, lo sé, y eso que todavía no lo conozco.

—¡Ay, ma! ¿Quién te confirma que es un buen hombre? —le pregunto con un tono de sarcasmo en mis palabras y conteniendo la risa.

—Mi niña, únicamente con ver cómo sonríes en esas fotos junto a él, es más que evidente lo feliz que eres a su lado y cuán enamorados están.

Con esas palabras, mi madre me inspira confianza para contarle lo que verdaderamente está sucediendo conmigo.

Le cuento que me he mudado con él, acción con la que me gano unos cuantos regaños, aunque después de poner el grito en el cielo, se calma al escuchar que tenemos casi un año de relación, aun así, las dos coincidimos en que fue muy precipitado decidir vivir juntos.

Al contarle más sobre mi nueva vida y mis roles, no solo como mujer de la casa, sino de madre, de ver por Melina, a quien cada día que pasa amo mucho más, y siento mía, pues fue inevitable que creciera un amor maternal infinito por esa pequeña rubia, de mi tiempo junto a ella al prepararla y llevarla al colegio, así como de nuestras tardes de compras, incluso de cuando le ayudo con su tarea, mi madre comprende que este paso era inevitable, ya que no hablo solamente de amor de pareja, sino del amor de una familia, mi familia, la cual me encuentro construyendo peldaño por peldaño con una base sólida, y buscando no únicamente mi felicidad, sino la de todos.

—Entonces, ¿eres feliz, Delhy? —me pregunta calculadora y con un tono maternal que me hace querer llorar ante tantas bendiciones que me manda la vida.

—Más de lo que un día me imaginé.

—Eso es todo lo que necesito saber. No te preocupes por tu padre, yo me encargo de él. Y cuando estés lista, nosotros también estaremos preparados para ese viaje. Te amo, mi niña.

—Te amo demasiado, mamá.

Me despido y, al verme en el espejo, me encuentro con el rímel corrido y todo mi maquillaje destrozado ante las lágrimas de felicidad que no puedo

contener.

En el momento en que me estoy calmando, Santiago me encuentra con una toallita húmeda en mis manos.

—Mi vida, ¿estás bien?, ¿qué pasó? —Su expresión cambia drásticamente de cansancio a preocupación.

—Nada, bobo —digo, sintiendo cómo las ganas de llorar regresan—. Que tus suegros están listos para visitarnos.

Me toma entre sus brazos y me lleva a nuestra cama, me tumba en ella con cuidado y me da pequeños besitos en las mejillas y boca.

—Entonces, ¿es un hecho que tus papás van a venir a visitarnos pronto? —pregunta sorprendido.

—Eso parece —Lo miro directamente a sus profundos ojos verdes—. Mamá ya sabe que vivimos juntos y va a preparar al viejón. —Procuro sonar seria para alarmarlo y Santiago muerde el anzuelo fácilmente.

—Delhy, no olvides que ese día ocultas todos los cuchillos; el viejón va a querer venir por mis pelotas.

Capítulo 23

Santiago Moya

La observo desde la cama, anonadado por su belleza. Delhy se encuentra contemplando sus nuevos y altos tacones frente al espejo, esos que le traje de regalo para esta noche.

Ayer en la tarde, los vi en una publicidad mientras navegaba en uno de mis sitios favoritos, y al instante supe que tenían que ser para ella, así que simplemente los compré. Son unos *Manolo* color plata, decorados con fina pedrería del mismo tono. Al verlos, chilló de alegría. Y, al ponérselos, se para sensualmente frente a mí y, con coquetería, se quita lentamente la bata de seda

para después desfilarse con su diminuta y candente lencería ante mí.

Nunca imaginó que, al regresar de su corta pasarela seductora, la tomaría de la cintura con rudeza y posesión, para reclamarla como mía y danzar desenfrenadamente dentro de ella sin ni siquiera permitirle quitarse sus nuevos tacones, con los cuales la hago venirse gritando mi nombre.

Un rato más tarde, después de refrescarse, vestirse y retocarse el peinado y maquillaje, me cuestiona por tercera vez, acercándose lentamente:

—¿Seguro que me quedan bien con este vestido?

—Cielo, te ves preciosa —contesto de nuevo. La rodeo con mis brazos y recuesto mi cabeza en su vientre desde mi posición sentado en la cama.

Esta noche tenemos una cena en la mansión de Paolo. He estado hablando con él toda la semana, lo he notado distante, seco y más arisco de lo normal.

Hoy viernes, por fin, nos vamos a reunir todos los miembros de nuestra sociedad. Estoy cansado de tener que soportar que mi mujer constantemente reciba flores en la clínica. «Claro, porque esa descarada no ha dejado de trabajar».

El tema del curro fue una pequeña discusión entre nosotros, pero al final, después de meditarlo varias noches, decidí que la única manera de dejarla currar junto a Roberto era encontrando otro puesto para ella.

El área administrativa me pareció ideal para Delhy, aunque cualquier otro lugar era bueno, siempre y cuando estuviera alejada de las garras de Cárdenas. Así que mi amigo, muy consideradamente, la mandó al departamento de apoyo infantil.

Todas las tardes, cuando paso por ella para ir a comer, me recibe con una sincera sonrisa y se desvive contándome sobre su labor en la clínica, sobre todo de esos niños maltratados, abandonados y con tanta falta de amor que conoce día a día.

Mientras ella me habla, mis pensamientos viajan y me llevan a cuestionarme cómo sería un bebé nuestro. Muero por tener un hijo, sangre de nuestra sangre, y sé que en el fondo ella lo anhela al igual que yo.

Han pasado tan solo un par de meses desde que se mudó a casa y todavía no logro mi cometido, sin embargo, no pierdo la esperanza de que en cualquier

momento me dé la gran noticia; como ahora, que me encuentro escuchando su vientre, expectante por percibir alguna señal.

—*Bam Bam*, ¿qué haces? —me pregunta, al tiempo que pasa tiernamente sus dedos por mi sedoso cabello.

—Amor, un día de estos comencare a llamarte *Pebbles Picapiedra* —Le sonrío y volteo a ver sus hermosos y profundos ojos cafés, sin dejar de abrazarla—. Cada vez que me llamas así, me imagino que voy caminando con mi gran mazo en mano y descansando en mi hombro, en plena Edad de Piedra.

—Es que eso es lo que eres, un cavernícola feroz. —Se ríe fuerte y la arrastro conmigo hasta dejarnos caer los dos en la cama.

—¿Te gusta que lo sea? —Mi voz suena más ronca de lo normal, debido a que mi apetito sexual estalla de nuevo al tenerla entre mis brazos.

Ella se recuesta encima de mi cuerpo y entrelazamos nuestras piernas. El deseo me consume con solo sentirla, algo que únicamente Delhy logra hacerme sentir siempre, con su cercanía.

—Santiago... —Su voz con advertencia tiene un toque de súplica. A estas alturas de nuestra relación, soy capaz de leerla con solamente escuchar el timbre de su voz. Además, somos como el agua transparente el uno hacia el otro.

—¿Dónde ha quedado el “*Bam Bam*”? —le pregunto y muerdo su cuello al escuchar que me llama por mi nombre.

—*Bam Bam*, llegaremos tarde... —dice en un susurro, y agrega—: Me muero por estar contigo, pero es hora de irnos. —A duras penas me levanto y la ayudo a seguirme.

Hoy es una noche difícil; llego por fin el momento indicado para encarar a Mario delante de todos, y así hablar con Paolo, entregarle mis acciones, tomar una decisión junto a ellos y hablarles de la renuncia de Delhy como Diosa, algo nunca antes visto en la sociedad. Espero que todo salga como lo he planeado durante todos estos meses.



Llegamos puntuales a la residencia del magnate hombre de negocios, que se encuentra a las afueras de la ciudad, la cual se ve impecable y llamativa, como todo en su persona. Nos hacen pasar hasta el bonito jardín, donde se encuentran varias mesas redondas decoradas con flores naturales. Aunque todavía es temprano, ya casi todos están aquí.

A lo lejos, puedo ver a Roberto, quien me saluda efusivo, llamando la atención, así que me dirijo hacia él para intentar que Delhy esté más cómoda con él y Liliana.

—¡¡¡*Qadesh!!!* —Al escuchar a la acompañante de Cárdenas llamarla por su maldito sobrenombre, se me revuelve el estómago.

—¡¡¡*Lilyyy!!!* —Delhy la saluda sin malicia, con su nombre de pila.

—Nena, aquí es *Xochiquétzal* —le dice en un susurro, que únicamente escuchamos los que nos encontramos a su alrededor; nos sonrío con complicidad y se acerca para saludarme—. Buenas noches, senador Moya.

Le contesto con un simple gesto, tomo su mano y le dejo un casto beso en el dorso. Procedemos sin preámbulos y tomamos asiento.

La noche transcurre sin ninguna contrariedad y, cuando nos damos cuenta, nos están llamado para ir al despacho, donde ya nos espera Paolo. Sé que la tormenta se avecina y trato de mantenerme tranquilo.

Esta vez no cometeré el mismo error de la vez pasada. Y antes de irme, le informo muy claro a Delhy que es hora de reunirnos para hablar de la sociedad. Ella se despide con un tierno beso, y, poco a poco, todos los miembros de nuestra mesa nos vamos disculpando de nuestras parejas y de los presentes.

Somos cuarenta miembros, divididos en cuatro grupos, y nosotros pertenecemos al más sólido, por ser los fundadores de *Goddess Society*.

Tomamos asiento en la gran mesa de pino y me acomodo, como de costumbre, al lado derecho de Paolo, quien nos da una cordial bienvenida.

Después de hablar de negocios, como siempre es la costumbre, terminamos hablando de las diosas, con la respectiva importancia que se merecen. Nuestras mujeres nunca han sido un juego, ya que es la parte

fundamental, monetariamente hablando, en nuestras actividades comerciales.

—Yo necesito saber qué pasa con *Qadesh*, ¿está o no está disponible? — Es lo primero que se escucha al sacar el tema de *Goddess Society*. El comentario lo suelta el infeliz de Raúl Pedraza, sin descaro, y todos los demás se quedan expectantes, dándole las gracias en silencio de que este bueno para nada se haya atrevido a preguntar por mi mujer.

—¡No! No lo está. Y estoy cansado de que no la dejen en paz, ¡aquí hay una regla, señores! Si la Diosa no acepta las invitaciones, ustedes —los apunto enojado—, tienen que aceptar su decisión.

—¡Pero Mario la presentó! Eso quiere decir que ella está disponible. Y tú no puedes ir por ahí amenazando a todos con estropear sus negocios solo porque te la estás cogiendo.

Me lleno de cólera y me levanto. Ante mi reacción, mi silla se cae, creando un ruido ensordecedor.

—¡Este maldito hijo de puta la raptó! —Todos se me quedan viendo, sorprendidos; volteo y me dirijo a Paolo—. ¡Por eso terminó aquí! ¡Este bastardo la secuestró! ¡La tuvo cautiva por una semana para joderle la cabeza, para llenársela de mentiras hasta que aceptara ser miembro de *Goddess Society*!

Mario ni se inmuta ante mi comportamiento homicida, solamente se queda viendo directo a Paolo, como si yo no existiera.

—¿Y ahora qué mierda? ¡Lo he dejado pasar, Paolo! ¡Lo he dejado pasar por dos puñeteros meses! ¡Y no necesito tu aprobación para despellejarlo, esto va más allá de lo que tenemos aquí! —Doy un fuerte golpe a la mesa de madera—. ¡Hoy finiquitamos nuestros negocios, estoy fuera, y mi mujer también!

Paolo, tranquilo, se levanta y camina alrededor de la mesa inspeccionando todo a su alrededor.

—¿Ahora sí te duele, hijo? —No comprendo su pregunta—. ¡Vamos, Santiago! —Descansa su mano en mi hombro y me da un fuerte apretón—. ¿Verdad que cuando uno no tiene el control, no es nadie? —Trato de pararme, no obstante, me sujeta y prosigue—: Seas quien seas —pronuncia esas

palabras muy lentamente—, eres un miembro más de esta sociedad y tienes que acatar las reglas —continúa—. *Qadesh* es una Diosa y tú no tienes el poder para detenernos de cortejarla.

Me suelto de su agarre, me paro ofuscado y lo encaro.

—Tú ni nadie se acerca a mi mujer —digo casi escupiéndole la cara del coraje—. No entiendes que te estoy diciendo que la raptó —apunto a Mario—, que la tuvo como un perro encerrada. —Se ríe de lado muy disimuladamente y se retira hasta sentarse al otro lado de la mesa, desde donde me mira fijamente.

Mario se encuentra sentado al final junto al lado de él como si fuera un hombre intocable, y nada de esto me cuadra en lo absoluto.

—¿Tú lo sabías, verdad, desgraciado? —me le voy encima y, al llegar frente a él, nos derribamos, caemos al suelo, lo golpeo, sin embargo, me detienen en instantes y me apartan. Paolo se limpia la sangre que corre por su labio reventado.

—¿Ahora qué diablos vas a hacer, Santiago? Siempre tan infantil como el chaval que perpetuamente has sido. Es una mujer como tantas otras, ¡no vale nada! Tienes que entender que la sociedad no se detiene, menos por una mujer. Como ves, aquí está siendo una de ellas.

—¡Estoy fuera, estoy fuera de toda esta maldita sociedad! ¡Me escucharon todos, bola de bastardos traidores!

—¡Tú no te puedes salir de aquí, si te vas, lo perderás todo! Todo Santiago, adiós candidatura, adiós senado, adiós negocios...

—¡Púdrete! —Parto como un león endemoniado, azoto la puerta al salir y bajo los escalones como un rayo para buscar a Delhy.

No tardo en divisarla desde lejos sentada en la misma mesa donde la dejé platicando con Liliana. Al darse cuenta de mi cercanía, me recibe con su natural sonrisa iluminando mi alrededor oscuro y tenebroso. Como de costumbre, a esta hora, siempre son únicamente las chicas las que se encuentran platicando en las mesas, entre tanto todos los hombres se hallan en el despacho jugando alguna partida o hablando de negocios, pero ahora mismo es diferente, sé que deben de estar asimilando la noticia de mi partida y

buscando la manera de acabar conmigo.

—Amor, ya nos podemos ir. —Me dirijo a Delhy, al tiempo que estiro mi mano para ayudarla a pararse.

—¿Tiene un momento para saludar a las viejas amistades, senador?

A mi espalda, escucho su inigualable y detestable voz que me eriza la piel al instante. Sé que es ella, no tengo la menor duda. Después de tanto tiempo, ha regresado, y soy consciente de que en cualquier momento toda mi vida podría derrumbarse.

Capítulo 24

Desde lejos veo a Santiago que se acerca a nuestra mesa con paso firme. Curiosamente estoy disfrutando de la compañía de las chicas, sin embargo, me está causando un poco de trabajo adaptarme esta noche a llamarlas a cada una por su sobre nombre, a excepción de que a ellas les encanta y se regocijan platicando la anécdota por la cual se los escogieron.

A cada momento, Lily corrige al llamarla por su nombre de pila, pero la verdad es que aún no me acostumbro. Hoy es la primera noche que nos reunimos desde la gala y, en aquella ocasión, éramos cuarenta mujeres en la fiesta, las cuales no tuvimos oportunidad de socializar unas con las otras.

Para ayudarme un poco a refrescarme la memoria, Liliana vuelve a recordarme lo mismo de cuando la conocí, que *Goddess Society* está conformado por cuarenta miembros «eso siempre me ha quedado claro». Aun así, me reitera y confirma que están divididos en cuatro grupos, los cuales se

encuentran esparcidos alrededor del mundo en congregaciones de diez, dejando a este montón a cargo del señor Rossetti, el cual viene siendo el más fuerte y sustancial por ser la colectiva que fundó el consorcio. Sin embargo, referente a las quince diosas que pertenecen a la “gran familia”, solo nueve están esta noche reunidas, acompañando a los importantes hombres de negocios, sin contarme a mí. «Obviamente, porque yo hoy dejo de ser una de ellas, para convertirme en la prometida del senador Moya».

Al llegar Santiago al pie de la mesa, me ofrece su mano para ayudarme a levantarme y poder retirarnos del lugar, pero en el momento que estamos por despedirnos, la hermosa mujer que se encuentra sentada frente a mí de cabello rubio, peinada con rizos sueltos, viéndome fijamente y clavando sus ojos azules acusadores, pregunta con un timbre de coquetería y sarcasmo:

—Santiago, ¿no tienes un momento para saludar a las viejas amistades?

Mi hombre se paraliza y se pone blanco como la cal, tanto como si hubiera escuchado a un fantasma. La sonrisa se le borra al instante de su divino rostro y gira lentamente para encarar a la despampanante mujer.

—¿Qué haces aquí? —contesta ofuscado y vuelvo a reencontrar a aquel Santiago, ese hombre déspota, mal educado y de pocas palabras que conocí hace ya más de un año.

—Querido, tú siempre tan encantador —dice la chica sin intimidarse ni un poco.

Santiago se gira hacia mí, sin contestar su pregunta. No me da tiempo de despedirme, me toma de sorpresa, me aprieta la mano y me guía sin palabras rumbo a la entrada de la residencia.

Caminamos de prisa y, a cada paso que doy, más aborrezco su faceta de hombre desequilibrado mental, todo controlador que se calla y se guarda cada uno de sus nocivos pensamientos para él mismo, sin explicarme qué es lo que está sucediendo en esta maldita casa de mierda.

—¡No me jales! —lo confronto cuando salimos de la vista de los presentes, pero él ni se detiene y me lleva casi a rastras.

—¡No lo compliques, Delhy! No sabes nada. —Me grita sin ni siquiera pararse a ver mi reacción. Al abrir la gran puerta de madera, ya se encuentra

Max con la puerta abierta de la limusina y con los chicos de seguridad que nos dan el paso y nos subimos.

Viajamos en silencio, pero yo estoy hirviendo por dentro, mi pequeña mexicana peleonera está como una leona caminando dentro de mi cabeza de un lado a otro esperando el momento oportuno para gritarle unas cuantas verdades y ponerle un alto a este patán.

En ese momento, lo veo todo como cámara lenta, las imágenes pasan despacio ante mi rostro incrédulo. «No, por favor, no de nuevo». ¿Vamos a retroceder nuevamente? me cuestiono indignada. Volveremos otra vez a esas llamadas secretas, a permitir que me aparte, a vivir con su lado distante, a sentir sus sensaciones repugnantes de empujarme, y no solamente físicamente, sino callándoselo todo. «No, Santiago, esta vez no te lo soporto».

—¡Santiago, basta! ¿Qué jodidos pasa? Háblame —grito exaltada, me vale madre que el chófer y Max nos escuchen, y mucho menos que se encuentre por contestar una llamada al escuchar el teléfono que timbra por segunda vez.

—Delhy —pronuncia mi nombre claro y fuerte, con autoridad, para que pare lo que está por venir, pero yo ya perdí el freno y tengo el acelerador presionado hasta el fondo. «¡Él es el que está mal, no yo!».

—¡Delhy nada! —expreso—. Me has sacado de ahí casi a rastras ¡delante de toda esa gente! ¿Dime quién diablos es esa mujer? —No estoy celosa, o puede que sí, sentimiento que nunca aceptaré. Su manera de comportarse ante los demás me supera y, cuando eso pasa, ya no puedo ver más allá de la indignación y del coraje que me embarga por completo.

Sigue viendo hacia el frente, contemplando su teléfono como si no tuviera una loca descarriada a su lado gritándole a todo pulmón, y eso me causa aún más coraje.

En ese instante, el coche para ante un semáforo, veo hacia delante y me percató de que están dos coches más frente a nosotros también esperando la luz verde. Tomo ventaja, quito el seguro y me bajo a toda prisa. Azoto la puerta y me lanzo como loca caminando por la calzada que divide los dos carriles de la avenida. En eso, escucho otro portazo, pero no paro, sigo caminando, aunque no me ubico ni un poco, no sé dónde chingados estamos.

—¡¡¡Ven para acá, loca rebelde!!! —Santiago grita encabronado detrás de mí y acelero más el paso, aunque no llego tan lejos por culpa de estas tremendas zapatillas, que son tan hermosas que tengo pavor de llenarlas de tierra.

Volteo a todos lados y considero a dónde ir sin verme como una desequilibrada que se baja del coche porque se encuentra haciendo una rabieta. Sin embargo, sé que la guerra contra Santiago, el noventa y nueve por ciento de las veces, la tengo perdida, pero nunca las batallas, así que jamás dejaré de discutir y levantar la voz cuando sé muy bien que él no tiene la razón. Me giro con rabia y me le enfrento, miro al hombre guapísimo, alto, de hombros anchos, el cual tengo que ver hacia arriba para encontrar su mirada expresiva llena de coraje, emanando furia como un toro. Está hecho una fiera, todo un monstruo rabiando frente mí; pero cuando me encuentro con sus ojos verdes oscurecidos, me doy cuenta de que, aun ante el miedo que emana estando enojado, es tan tremendamente caliente que casi me dan ganas de reírme ante mi loco pensamiento, porque en el fondo, incluso con esa careta de desgraciado machista descarado, al tener esa pinta de galán seductor, a cualquiera le transforma el miedo en lava pura, inyectándose en cada poro de tu piel puro deseo al ser tan cautivador con esas facciones de semejante semental que calcina a cualquiera.

—Mira, Moya, te prometo... —Respiro profundo y lo miro tratando de contener la calma—, de todo corazón, porque escúchame bien, no te quiero faltar al respeto, bien sabes que hasta el día de hoy...yo nunca, pero nunca te he recordado a tu madre ni te he faltado al respeto, aunque créeme que ganas no me han faltado, pero quiero dejarte bien claro que ya me tienes cansada, por no decirte una muy mala palabra —digo muy seria. Ante mis palabras, no hay ni una pisca de broma, es solo la verdad.

—Pequeña, es que esto no tiene porqué arruinar nuestra noche, mi amor. —Endulza su voz para que no pueda detectar su desesperación por controlarme y subirme al coche para terminar esta ridícula escena que ha propiciado, pero pierde espantosamente en el intento, yo de aquí no me muevo hasta que me diga la verdad.

Muy inteligente, intenta de nuevo jugando sucio para salirse con la suya. Se acerca a mí, cauteloso, y me asalta con sus dos grandes y fuertes manos;

ahueca mis mejillas, sus largos dedos rozan delicadamente mi nuca, me acerca a él con esmero, abre su boca tentadora y su aliento fresco me recibe bajo la envoltura de un tierno y profundo beso. Sonríe sin despegar sus labios de los míos, es tramposo y ruin, pero tengo claro que no dejaré que me embauque de nuevo, ¡nunca jamás!

Los coches comienzan a pitar y veo cómo la gente empieza a agitarse, pero Santiago ni se molesta, sus ojos siguen contemplándome.

—Vamos a casa... déjame que te haga el amor... —murmura y me retiro de sus suaves caricias, lo observo y mi traicionero corazón brinca con locura anhelando nuestro próximo encuentro.

—Por supuesto, *Bam Bam* —digo sumisa. Algunas veces no hay que gastar el tiempo y, mucho menos, la energía en estupideces, así que solo necesito la verdad para irme a casa y reconciliarnos entre las suaves sábanas de seda. Suelta el aire y veo cómo su cuerpo se relaja pensando que se ha librado de explicar su comportamiento grotesco, sin esperar mi próximo comentario.

—Pero antes necesito que me digas, ¿quién es esa mujer?

Me mira derrotado, me toma de las manos y me abraza fuerte. Nos quedamos callados, sin importarnos que es media noche y que los coches pasan a toda velocidad por la avenida distraídos, cualquier borracho nos podría arrollar sin el menor esmero, y es ahí cuando, desenfocada ante mis pensamientos de preocupación por ser arrollada, pero a la misma vez segura por estar entre sus brazos, me dice las palabras que siempre tuve miedo escuchar desde ese día que nos topamos en el aeropuerto y me enteré que era padre soltero.

—Esa mujer es Cinthia Montelongo, la madre de Melina.

Capítulo 25

Mis planes de llegar a la casa y hacer el amor se posponen. Caminamos en silencio hasta nuestra alcoba. No hemos vuelto a cruzar palabra desde que nos subimos al coche, mientras que su teléfono no ha parado de timbrar, hasta que finalmente termina disculpándose para ir al despacho y contestar esa llamada que parece demasiado urgente.

Busco rápido ropa en el armario, me pongo algo cómodo y salgo de la habitación. Con un nudo en la garganta, cruzo el pasillo, pero antes de dirigirme a mi destino, me detengo a contemplar la oscuridad desierta que se deja ver por los grandes ventanales de cristal. Me pierdo en la noche oscura y desolada en la cual ninguna estrella cubre su manto, tan triste y solitaria como yo me encuentro en estos momentos.

Tengo que reconocer que estoy asustada, y con esa mujer en la ciudad no ayuda ni un poco a relajarme. No comprendo qué la ha traído de vuelta, no sé nada de ella, y eso me hace sentir totalmente vulnerable. Jamás lo vi venir, nunca imaginé que llegaría el momento en el cual tendría que ver a la madre de Melina frente a frente. A pesar que sabía de su existencia, estaba confiada que nunca regresaría.

Contemplo mi hermosa sortija de compromiso por unos segundos para después partir hacia la recámara de Melina. Cuando llego a su habitación, mi niña se encuentra arropada con su colcha color rosa de princesas. En todo este tiempo, me he ganado su cariño, y más de una vez me ha llamado mamá. La primera ocasión fue inconscientemente y se puso tan roja que solo corrió hacia mí y me abrazó tan fuerte que me hizo sentir su cálido amor, un sentimiento puro que desde ese momento ha ido creciendo enormemente día a día.

Me subo a su cama y me acuesto junto a ella, no me desmaquillo ni me aseo, solo quiero sentir su calor. La abrazo fuerte, con temor de que alguien venga inesperadamente a arrebatármela. La adoro, la quiero muchísimo, tanto como amo a su padre. Es mi niña, mi hija y nadie me la va quitar.

Cuando me despierto, me doy cuenta de que me quedé dormida con Melina y, al tratar de salirme de las colchas en busca de Santiago, lo encuentro todavía vestido, recostado con sus brazos sosteniéndose ligeramente en el

borde de la cama, sentado sobre sus talones en la alfombra. Me deja sin ninguna opción para poder salir, así que me acerco a él despacio y me inclino.

—Amor, Santi —le susurro quedito y lo sacudo con cuidado, pero no se mueve, está profundamente dormido, así que busco otra manera de salir de la diminuta cama; pero cuando apenas me estoy quitando las colchas, se agita con desesperación, no entiendo bien lo que dice, me acerco rápido a él, antes de que vaya a despertar con sus murmurios ininteligibles a Melina, y, en ese momento, me congelo al escuchar sus palabras con claridad.

—Cinthia ¡Por favor, no me la quites, ella es mi hija, tú sabes que es mi todo! ¡Tú no la quieres!! Perdóname. Tienes que perdonarme. ¡No te la llesves!
—Mi piel se eriza al percibir el sufrimiento que noto en su voz llena de lamento.

—Santiago, amor. Santi. —Lo muevo esta vez más fuerte para despertarlo. Con dificultad, abre sus ojos y me mira desenfocado.

Cuando al fin reacciona, me abraza fuerte y me tumba al suelo. Me sienta a horcajadas y se acurruca en mi pecho como un niño indefenso. Santiago no articula palabras, solo nos quedamos abrazados. Le paso mis dedos suavemente por su cabello dócil tratando de calmar su miedo. Me doy cuenta que en estos momentos es él quien hoy me necesita y yo ruego por siempre estar a su lado.

Con mis piernas entumidas por el tiempo que llevamos aquí sentados, se despega de mi pecho y me mira directo a los ojos.

—Delhy, no sé qué es lo que vaya a pasar —Sus rasgos son serios—. No sé lo que se avecina, solo prométeme que esta vez te quedarás. Tú eres mi roca, eres la única que me puede guiar en este camino incierto.

—¿Qué ha pasado? Tienes qué contármelo —pregunto abatida. No puedo continuar aceptando más mentiras, aunque piense que con este acto solo intenta protegerme, necesita comenzar a hablar, tiene que decirme qué es lo que pasa.

—Todos están en mi contra, Paolo lo sabe todo. Siguen aferrados, dudan de mi amor, creen que todo esto es pasajero y no quieren desistir a no tenerte entre ellas —Agacha su cabeza, apenado. —Lo he dejado todo, y te juro que no me importa, Delhy, no me interesa nada. Te tengo aquí, pero... —Levanta

su rostro y me mira derrotado, su voz ha perdido fuerza—. Dios santo, pequeña, han traído a Cinthia, ha llegado la única mujer que puede robarme la felicidad —explica—. No lo comprendo, ella no quiere a mi hija. Ella no necesita nada de mí —pronuncia esas palabras más para él que para mí, totalmente confundido.

—¿Por qué estás tan seguro que no necesitaría nada de ti o que no quiere a Melina de regreso?

Me mira a los ojos nervioso, traga saliva mientras puedo ver cómo se debate en contarme la verdad.

—Nadie está enterado, pero existe una mensualidad que Cinthia recibe mes a mes. Hay órdenes estrictas de tenerla en el radar. Siempre he sabido dónde está, con quién está, qué hace, todos y cada uno de sus movimientos. Siempre la he tenido vigilada... —Por fin lo suelta.

Ante su comentario, levanto la ceja mostrando mi incredulidad dándole a entender lo obvio, que ahora se encuentra aquí mismo en Madrid y que él no estaba ni enterado.

—No sé qué pasó, no entiendo nada. No he tenido oportunidad de hablar con Max, no es un reporte que analizo con regularidad, es solo información que llega a mi oficina —responde antes de siquiera preguntar.

—Hay muchas cosas que necesito atender, consorcios que apelar, vender acciones y luchar por mi carrera política, si es que aún queda algo que rescatar en estos momentos.

—Estaremos bien, Santiago. Todo se resolverá. Ven aquí, te lo prometo.

Se lo juro porque sé que hay que estar unidos. Vienen un montón de problemas desfilados sin monogramas ni advertencia o un consejero para ayudarnos a tomar la mejor decisión, pero mientras estemos juntos, nadie vendrá a quitarnos lo que es nuestro. Ninguna persona nos quitará a nuestra hija ni destruirá nuestra felicidad.

Capítulo 26

Las cosas son más complicadas de lo que parecen, aunque Santiago quiera ocultarlo. Todos los días sale muy temprano de casa con portafolio en mano y llega, inusualmente, cada vez más tarde. Sin embargo, yo me distraigo haciendo las compras, tratando de dirigirlo todo con la ayuda de Eugenia, pero mi prioridad es pasar más tiempo con Melina, es mi niña adorada, el sol que ilumina mis días enteros.

Compartimos todo el tiempo que nos es posible, hacemos la tarea juntas, ha sido tanta nuestra unión que hasta dejé de asistir al trabajo la jornada completa, ahora solo voy unas cuantas horas, y únicamente dos o tres días a la semana para poder compartir más momentos inigualables junto a mi hija.

Estoy muy nerviosa, Santiago no ha llegado y mis papás están por llegar a Madrid, si no salimos en este momento, no llegaremos a tiempo. Le marco a su teléfono por última vez y, al mandarme directo a su buzón de mensaje, decido pedirle al chófer que me lleve al aeropuerto.

Después de más de una hora, debido al congestionamiento del tráfico, llego sola. Me siento un poco incómoda porque esto no es como lo había planeado. Santiago no ha respondido mis mensajes ni me ha llamado, pero al ver a mis padres esperando sus maletas, toda preocupación y malestar vuelan de mi cuerpo para ser profundamente reemplazados por el amor de los seres que me dieron la vida.

Entre besos y abrazos regresamos a casa charlando sobre el viaje, mientras nos ponemos al día. Mis padres contemplan la ciudad de la misma manera que lo hice yo cuando llegué aquella tarde, sin imaginar siquiera que en estas tierras encontraría un futuro lleno de amor, pero también de inesperadas adversidades que continúo experimentando día a día.

Rápidamente llegamos a casa; mi padre se pone tenso tan solo cruzamos el imponente puerto de metal de la residencia Moya, sus ojos se giran acusadores al ver la caseta de seguridad, en la cual cuatro grandes hombres resguardan el área. Sin embargo, mi madre me aprieta la mano, con ojos expectantes, llenos de emoción, al ver los grandes jardines que tiene la propiedad. «Dios, estas serán unas largas vacaciones».

Acomodo a mis padres en la habitación de huéspedes y salgo corriendo. Esta vez no pierdo el tiempo en llamar de nuevo a mi ausente senador, sé quién puede arreglar esto en un abrir y cerrar de ojos. Al marcar su número, solo escucho un par de timbres y, cuando apenas contesta, lo interrumpo.

—Tráeme a Santiago —Trato de mantener la calma, pero estoy a la nada de explotar—. Dile que lo necesito aquí, si es que no quiere que me largue ahora mismo con mis padres de su maldita casa. —No espero una respuesta, solo cuelgo muy segura de que estará aquí para la cena. Sé que Max lo encontrará.

Me encuentro frente al espejo de cuerpo completo observando mi atuendo, me decidí al final por una blusa de tirantes color naval, una falda de mezclilla y unas sandalias cómodas que encontré en el clóset. Al momento que me estoy girando para salir del cuarto de baño, escucho las llaves caer en la mesita de la entrada. «El senador finalmente ha llegado a casa».

Me hago la desentendida, estoy tocando un nivel explosivo de enfadado el cual aún no ha conocido en mí. Una cosa es que me deje plantada por sus malditas juntas, y otra muy diferente es que me deje tirada en cuando a mis padres se refiere. Soy consciente de que no es el momento de discutir, así que trato de calmarme.

Me giro a encararlo y, antes de dejarlo explicarse, soy yo la que lo interrumpe y le comunico el plan de esta noche.

—Santiago, mis padres están en la recámara de huéspedes. Tienes —Veo mi reloj, confirmo la hora y lo enfrento de nuevo, pero esta vez soy azotada con el efecto: soy “el senador más guapo de todo el maldito planeta”. Me pierdo en sus ojos y mi mirada recorre su barba de días, corbata ligeramente aflojada y esos dos descarados primeros botones abiertos, enseñando solo un poco de su tonificado pecho bronceado que grita: «¡Mira lo que hay aquí! ¡Observa de lo que eres dueña!». Trago saliva disimulando la atracción que siembra en mi cuerpo, trato de recomponerme y continúo tomando el control —. Tienes veintitrés minutos para estar listo. —Salgo casi corriendo de la habitación para poder poner distancia entre nosotros y tratar de calmar el fuego que crece entre mis piernas, casi me carcajeo al recordar que mis padres están bajo el mismo techo. «Eres una sin vergüenza, Delhy».

Para cuando reacciono, me encuentro lavando platos con mi madre, como en los viejos tiempos, como cuando estaba en la hacienda. Me concentré toda la noche en tenerlo todo perfecto para que mis padres conocieran esta nueva etapa de mi vida, para que se sintieran a gusto disfrutando una noche

placentera junto a mi familia.

Pasamos una cena deliciosa, aunque al principio mi papá estaba reacio con Santiago y un poco celoso al ver que mi madre no paraba de cuestionar cosas de la casa o algo sobre Madrid, sin parar de conversar; hasta que sin planearlo, tocó el lado sensible del hombre de la casa: «claro, política», a lo cual al escuchar el tema de conversación, le brillaron los ojos y mi padre cambió de pinta desenvolviéndose en su terreno, hablando de leyes agrícolas y nuevos implementos que estaban por aprobar en México.

—Déjalos, cielo. Tu papá no lo va a matar, recuerda que no trajo su rifle.
—Me dice mi madre divertida, mientras se seca las manos en el mandil y procede a poner la vaporera en la estufa; hoy mi succulento cuerpecito pide tamales, pero no cualquiera de ellos, si no al estilo de mi pueblo, de los que prepara mi mamá, así que ayer me fui con Eugenia muy temprano a comprar todo lo necesario para hacer la comida de esta noche y los ingredientes para las comidas típicas que tengo pensado pedirle a mi madre que cocine para nosotros. Hoy prepararemos la masa y el guisado, para tener todo listo y así mañana solo procederemos a cocerlos. Quiero mostrarle al senador la sazón de mi tierra.

—¿Tanto se me nota? —contesto al regresar a la realidad.

—Sí, mi niña. Pasaste toda la cena nerviosa, desviviéndote en atenciones. Somos nosotros, Delhy, tu familia —Se acerca y me toma de la mano. —Relájate, ese hombre tuyo es un encanto, seguro se lo echa a la bolsa, imagínate que lo invite a dar un recorrido por el senado de Madrid. No solo le da tu mano, no se va hasta dejarte bien casada de aquí. —Se tapa la boca para evitar que su carcajada resuene por toda la cocina.

Mis padres han pasado más de un mes de visita, están encantados en casa. Al principio fueron muchas rabietas de parte de mi padre al sentirse impaciente de haberlo dejarlo todo a cargo de la familia que desde pequeña sirve a mis padres. Escandalizado, no paraba de decir que el solo había venido por un par de semanas. Pero al decirle lo feliz que me hacía al tenerlo cerca, y lo tanto que los necesitaba junto a mí, dio su brazo fuerte a torcer y se quedó sin más revuelo.

Nos ha costado adaptarnos. Al principio, se notaban sus celos y su manera

de llamar la atención, pero es mi padre, qué puedo esperar si soy su princesa y su única hija, sin embargo, poco a poco, comenzó a adaptarse viéndome tan feliz, tan enamorada, tan completa fuera de casa, porque quizás ahora no estoy en mi casa, pero sí que me encuentro en mi hogar.

—Ma, es que no puedo creer que se comporte así, parece un niño chiquito, ya se estaban llevando tan bien. —Me siento en la barra y le doy un buen trago a mi limonada.

—Mi cielo, tu padre lo que tiene son celos... —Se detiene para confirmar y continúa—. Sí, celos, al darse cuenta que su princesa ha encontrado a su príncipe azul. ¿Sabes lo que eso significa? —La observo con atención y, al ver que no contesto, sigue explicándose—. Significa que su niña ya no estará en la zona reconfortante de los brazos de su padre, quiere decir que ya has encontrado un buen hombre para compartir tu vida, y él, muy en el fondo, sabe que tiene que dejarte ir, Delhy, tiene que dejar ir tu amor para compartirlo con el hombre que amas —La miro confundida—. No te preocupes, ese viejo necio está muy contento, has encontrado al correcto, solo que simplemente no sabe aún cómo compartir tu amor, pero ya aprenderá.

—Ma, jamás lo voy a dejar de amar... es mi papá, es todo para mí, ustedes son todo para mí —recalco.

—Lo sé, princesa, solo que ya has volado del nido y ya nos estamos haciendo a la idea. ¡Ah!, pero déjame recriminarte, chiflada —Me toca tiernamente la nariz con su dedo índice—. Pero qué lejos te nos viniste a quedar.



Los días pasan volando y me veo en la necesidad de excusar continuamente a Santiago por su inasistencia. Comienzo a acostumbrarme que, siempre al llamarlo, solo me dirige a su buzón, tampoco responde mis mensajes de texto y esto me colma la paciencia. No he podido hablar con él al respecto, primero porque casi no lo veo, y segundo porque mis padres se encuentran todavía en casa, no es que esta residencia sea muy pequeña, pero sé que no podré disimular ante ellos el que algo no se encuentre bien entre

nosotros.

Sigue el distanciamiento, sin embargo, Melina y yo llegamos a compartir un poco más en familia junto a mis padres mostrándoles Madrid, antes de que ellos regresaran a México.

Mis padres adoraron a mi niña, desde el instante que llegaron a casa, mi princesa de ojos claros se robó el corazón de mis papás.

—Mujer, ese es nuestro vuelo, despídete. —Mi papá, nervioso, apresura a mi madre.

Al despedirnos, muy despistada, Melina se acerca a mi padre y le estira la chamarra, para llamar su atención. Él, al notarla, se inclina para quedar a su altura.

—Señol papá de mi mami pinesa, ¿usted podlía sel mi otlo abelio? —Mi papá le sonrío y le contesta amablemente tomándola de las mejillas y dándole un beso en su frente.

—Mi dulce señorita, claro que yo soy su nuevo abuelo, venga para acá y deme un fuerte abrazo. ¿Cuándo vas a ir a México? —le pregunta, mientras Melina se sienta en sus piernas—, para que veas todos los animales que tiene Delhy en casa.

A la niña le brillan los ojos de la emoción y, antes de responder, se baja de la silla de ruedas y corre a preguntarle a Santiago dándole los brazos para que la cargue. Observo cómo le cuchichea algo al oído y el senador palidece. «Ahora sí que está metido en un verdadero aprieto»

Santiago me abraza y, entre lágrimas, veo partir a mis padres prometiéndoles ser nosotros los próximos en ir a visitarlos.

—Adiooos, abuuuss —se despide mi pequeña, contenta.

Salimos rumbo a casa en silencio, con el corazón roto de ver partir a mis padres, pero con la esperanza de muy pronto volver a verlos.

Capítulo 27

Llegando a casa, mi única antelación es dejar las cosas claras con Santiago. Melina se despidió llegando del aeropuerto de la mano de Eugenia, mientras que yo me vine directo a la recámara para tomar un baño y meditar bien las cosas antes de explotar ante el senador.

Necesitamos hablar. De pronto, en un abrir y cerrar de ojos, se perdió la comunicación y toda esa complicidad que compartimos. Ahora vivimos como si tuviéramos más de treinta años de casados en el cual evades a tu pareja por tal de evitar una discusión.

Me dirijo a su nuevo rincón favorito, recalco esto porque desde que había llegado a esta casa, su nido predilecto había sido nuestra habitación, textualmente, y en pocas palabras expresadas por la dulce boca de Santiago, nuestra cama entre sábanas de seda perteneciéndonos y reclamándonos mutuamente. Era sin duda su lugar favorito.

Entro sin avisar, mi subconsciente me grita que evada su privacidad con la esperanza de encontrar respuestas. La puerta azota llamando su atención, me encuentro a Santiago sumergido en millones de papeles que se encuentran esparcidos por todo su gigantesco escritorio, como ya es su nueva costumbre.

—Ahora no, linda, tengo mucho trabajo. —Me corta antes de hablar y trata de sonreír, pero no encuentro ninguna emoción en su rostro, sus grandes ojeras me dan la triste bienvenida.

No ha parado de trabajar en cualquiera que sea ahora esa cosa que le roba todo su tiempo que es un secreto para mí. Desde que se revolucionaron las cosas en *Goddess Society*, todo es un caos y, lamentablemente, con la llegada de mis padres, nos alejamos un tanto más, lo último que me contó es que estaba trabajando en la demanda contra Arizmendi para refundirlo en la cárcel por lo que había pasado; trabajamos día y noche en lo que recordaba, en cómo

pasó todo, en posibles hipótesis de cómo me sacaron de casa aquella noche, pero después se cerró por completo y no volvimos hablar del tema. Cambió drásticamente, sumergiéndose en el trabajo y, aquí, en su oficina, se alejó tanto que ahora no recuerdo qué es tenerlo junto a mí e irnos a la cama juntos.

—Santiago, necesitamos hablar. —Esta vez utilizo un tono más seco y exigente, me está colmando la paciencia y, si permito que esto siga, voy a explotar.

Me mira exasperado, pero aun así, me pone atención

—¿Ahora qué pasa?

—¿Qué pasa? —repito su pregunta desesperada y lo miro incrédula—. Es domingo, Santiago, DO-MIN-GO, y tú sigues aquí —Le hago una señal con mis manos, apuntando el escritorio—, encerrado. Nadie te ve, con nadie hablas, no convives con nosotras. HOLA, Senador —Agito mi mano en forma de saludo—. También nosotras vivimos en esta casa.

—Por Dios, Delhy, ese sería ahora mismo uno de mis más pequeños problemas, id al cine, de compras, o haced algo vosotras con su tiempo. Déjenme tranquilo, que necesito trabajar. —Vuelve a concentrarse en los papeles que tiene frente a él y salgo azotando la puerta de su despacho.

Me voy directo a la recámara de Melina, la encuentro jugando en la alfombra, así que la preparo para salir. Le escojo un hermoso vestido floreado y nos vamos al cine.

Que se vaya a la chingada. Si no quiere salir con nosotras, muy su problema. Ojalá después, cuando pasen los años, no sea Melina quien se niegue a salir con él y sea demasiado tarde.

Nos la pasamos en grande. Melina escoge ver *Cars 3*, la cual disfrutamos comiendo palomitas y nachos en mano, muy buena opción con un gran mensaje, el cual nos enseña que el tiempo no se detiene, que solo somos nosotros los que tenemos la responsabilidad de ajustarnos a lo que la vida tiene preparado, que hay que asimilarlo, aprender a crecer y madurar conforme el tiempo nos vaya pasando factura.

Llegamos felices con la barriga llena, ya muy pasada la noche. Me voy directo con ella al baño a prepararla para que esté lista a primera hora mañana

para ir al cole. Desde que estoy en casa, soy yo quien se encarga de su aseo y de meterla en la cama junto a Santiago, algo que disfrutamos por igual.

—Delhy, mi papito vendla a dalme un besito de nite nite.

—Sí, mi amor, ahorita voy y lo busco. Quédate aquí, princesa. Te amo, mi vida. Duerme, él vendrá en un ratito. —Le doy un beso en sus cabellos dorados y me retiro de su habitación.

Me siento tremendamente mal y me da tanta tristeza con Melina que tenga que pasar por esto sin ella merecerlo. Busco el número de Santiago, me niego a ir buscarlo a su oficina, así que solo le mando un triste mensaje al ogro de la casa avisándole que nuestra pequeña ya está en su habitación esperando por su beso de buenas noches. Pasan los minutos y no obtengo respuesta.

Molesta ante su comportamiento incomprensible, me voy directo a mi cuarto, entro al baño, lleno la tina, pongo aceites, sales y *shampoo* de burbujas, también busco varias velas aromáticas para relajarme y, en unos cuantos minutos, cambia el ambiente drásticamente.

—Dios, este hombre me supera. Estoy molida —me hablo a mí misma en voz alta. Santiago me afecta más de lo que quiero admitir.

Mientras me quito la ropa para sumergirme en el delicioso baño que tengo frente a mí, le marco a mi descarriada amiga. Ahora hablamos esporádicamente, pues desde que nos comprometimos Santiago y yo, después de anunciarlo a nuestros amigos más cercanos, nos hemos alejado un poco, sin embargo, tengo que admitir que en estos momentos ya no me siento una mujer comprometida, lo que percibo es como si viviera una vida de casada, con sus continuas discusiones y problemas desgastantes; solo hace falta ver a mi alrededor y mirar el drama colosal que vivo con el hombre de la casa.

Después de varios timbres, por fin contesta: —Buenas noches, señora Moya, al fin se acuerda que tiene amiga. —Se carcajea la muy ruin y malvada.

—Qué onda, Luz. ¿Cómo estás? —le contesto desganada soltando el aire.

—Uy, hermana. ¿Cómo la están pasando? Perdón... que tonta pregunta, no me puedo ni imaginar como la deben de estar pasando, y yo con mis tonterías, pero pensé que estarías más tranquila, todos sabemos que Santiago es una persona honesta. —Puntualiza y yo me quedo confundida

—¿Cómo? Explícate —pregunto curiosa.

—Claro, tía. Yo estaría igual si estuviera en tu lugar, o quizás mucho peor, esas cosas son delicadas, pero supongo que son gajes del oficio, aunque bueno, aun así, pensé que estarías igual de parlanchina y platicadora. Pero ni te mortifiques, vas a ver que todo se soluciona, mejor cuéntame qué dice ese futuro esposo todo buenorro y caliente que tienes en casa. ¿Cómo lo está tomando?

—No tengo ni la más mínima idea de lo que me hablas, Luz —expreso aturdida—. De hecho, ese es el maldito problema ahora mismo, no sé qué está pasando. No habla conmigo, está totalmente alejado de mí, cada vez que trato de compartir tiempo con él, tiene algo entre las manos, y créeme que no soy yo. —Me río de mi propio chiste esperando que me acompañe conociendo su loco sentido del humor, pero se queda callada y eso me preocupa al instante, que Luz no entienda una broma de doble sentido es algo de cuidado.

—¿Qué pasa? ¿Has perdido tu sentido del humor? —le pregunto un poco más tosca de lo que pretendía, y al instante me arrepiento, ella no tiene la culpa de los problemas que tengo en este preciso momento.

—Delhy, esto no es una broma, mujer. ¿En serio Santiago no ha hablado contigo? —pregunta seria y continúa—. ¿Acaso no ves las noticias? Eso está en todos lados.

Me siento rápidamente en la tina y, con mi inclinación, hago que el agua se salga y se esparza por el mosaico, *¿Qué diablos está pasando?*

—Luz, ¿qué pasa? —Me siento tan mal de estarle preguntando algo que, a como veo, es muy delicado y yo debería de estar enterada. Me vuelvo a sentir vulnerable sin tener la menor idea de lo que sucede a mi alrededor.

—Delhy, hace unas semanas, se filtró en televisión nacional conversaciones, papeleo, mensajes de texto y un montón de cosas que acusan al Senador Moya de lavado de dinero y fraude fiscal. Hace solo unos días traté de llamarte, para ver cómo iban las cosas, pero no obtuve respuesta, la verdad no quise insistir porque sé que debe de ser unos momentos muy delicados para ustedes, pero mientras no haya nada que esconder, todo estará bien, ¿no? —Termina su explicación un tanto nerviosa, sin embargo, me quedo inconsciente con el teléfono en mano procesando todo lo que me acaba de

soltar.

Salgo apresurada, tomo la toalla y me voy corriendo a su despacho. No sé ni cuando he colgado la llamada, pero el teléfono ya no se encuentra en mis manos. Apresurada, abro la puerta, pero no lo encuentro. Me acerco a su escritorio y veo todos los papeles con detenimiento. Hay hojas de leyes constitucionales, reformas, copias de periódicos sobre la noticia que me acaba de contar Luz. Despacio, rodeo la mesa y tomo asiento en su poderosa silla giratoria. Me concentro en lo que tengo en frente y me destroza el alma. Con manos temblorosas, sostengo las copias de la solicitud de la custodia completa que está solicitando Cinthia Montelongo.

Mi vida se derrumba al instante.

Lavado de dinero...

Fraude fiscal...

Custodia...

Mi hija.

Capítulo 28

Salgo distraída en busca de Santiago. ¿Dónde diablos está? ¿Cuándo se iba a dignar a contarme toda esta mierda? Descarto la idea de ir a buscarlo a nuestra habitación, salgo del despacho y bajo encarrerada las escaleras, que se encuentran iluminadas con una tenue luz. Después de buscarlo sin éxito en la sala y en el cuarto de juegos, me doy por vencida. Me siento abrumada, me falta el aire y, ante mi coraje, mi cuerpo tiembla entrando en pánico.

Me observo reflejada en uno de los grandes ventanales de la puerta principal y me doy cuenta de que todavía sigo envuelta en la toalla de baño,

ligeramente escurriendo, dejando huellas por todo el pulcro azulejo.

Me dirijo al vestidor en estado automático, tomo uno de los elegantes y largos sacos de Santiago, me deshago de la toalla, dejándola colgada en el perchero, y me envuelvo en la prenda. Necesito aire, tengo que salir de estas paredes que me hacen sentirme asfixiada. Al girarme, noto que la puerta principal se encuentra sutilmente abierta y esto me motiva aún más a salir.

A paso lento, me dirijo al jardín. Sin miedo, pero con mucho cuidado, bajo los escalones de la entrada hasta que me detengo al pie de la fuente, la cual se encuentra perfectamente iluminada gracias a la luna, a unos cuantos metros. Al ver a mi alrededor, noto que conforme avanzas y te adentras entre los árboles, al terminar el camino de piedras, la oscuridad invade todo el terreno. Sintiendo un arrojito inusual, me interno dentro de las tinieblas, sin rumbo fijo, caminando bajo la sombría oscuridad de la noche solitaria.

—¿Qué haces aquí? —escucho a un enojado Santiago, pero no lo localizo. Trato de acostumbrar mis ojos a la oscuridad, pero, ante el nerviosismo que me invade, no consigo encontrarlo.

—Te he estado buscando por toda la casa. ¿Cuándo planeabas contármelo? —Suelto mi reproche. Santiago se queda callado y me dirijo al lugar donde escuché su pregunta—. ¿Qué diablos te sucede? Ya suéltalo, Santiago, me vas a volver loca.

—¿Yo te voy a volver loca? —Cuando menos me lo espero, lo tengo frente a mí como una fiera estrujándome—. ¡Tú me vuelves loco, maldita sea! ¡No soporto estos celos enfermizos que me consumen! ¡Me matan! —Lo miro asustada. Santiago se encuentra fuera de sí—. ¿Cómo diablos te atreves acercarte a Roberto a confiarle nuestras cosas? ¡Tú eres mi mujer! ¡Tú estás fuera del límite de todos ellos! ¿Qué diablos pretendes? ¡Responde! —me grita colerizado—. ¡NO LO COMPRENDO, DELHY! Mientras yo he estado aquí, como un idiota, tratando de resolver cada maldito lío que me ha traído tu maldito y estúpido comportamiento, ¿cómo mierdas le confías cosas tan personales, cosas nuestras? ¿Cómo coño te atreves a hacerme esto?

Santiago sale rabiando. Me deja en medio de los árboles, helada. Trato de comprender qué diablos ha pasado, de procesar sus palabras, pero no entiendo nada. No comprendo lo que me ha soltado. ¿Qué hay de Melina? ¿Qué sucede

con las acusaciones? ¿Por qué hablábamos de mí? ¿Cuándo este tema se convirtió hirientemente detonante hacia mi persona? Mi mente comienza a buscar una respuesta coherente entre mareos y náuseas que no consigo detener hasta que vacío mi estómago en el césped, sacando todo mi coraje y frustración.



Hoy es la primera noche que Santiago no duerme en nuestra recámara. Estoy a ciegas sobre la situación de Melina, pero me las arreglo para levantarme, arreglarme y llevarla al cole, después me fui directo a mi primera cita con la doctora Lacar, mi ahora nueva ginecóloga. Sin perder el tiempo, le explico mi situación y mis dudas. Después de nuestra charla, me mandó a hacer varios análisis, que constaron en pruebas de sangre y diferentes exámenes de rutina. Me dejó claro que, teniendo los resultados, se comunicará conmigo para hacer una cita y hablar de los estudios.

—¿Bueno? —Mi teléfono suena y contesto con el manos libres sin verificar primero quién me llama.

—¿Dónde está mi hijo? —La bruja *Úrsula* pregunta por Santiago. Sinceramente, no esperaba que tuviera mi número de celular registrado en sus contactos.

—Buenas tardes para usted también, señora Magdalena.

—Dejate de formalismos. Necesito hablar con mi hijo. No me contesta las llamadas. Lo debes de tener ocupado para que no venga a ver a su madre. —Ruedo mis ojos, «*paciencia, Delhy, paciencia*». Vamos de nuevo.

—Supongo que debe de estar ocupado, no he hablado con él. —Obviamente que no le cuento que está enojado conmigo y que por eso no sé dónde diablos se encuentra.

—Hablé a su despacho y llamé a SU CA-SA —recalca con crueldad—, así que Eugenia me dio tu número, supuso que quizás estaría contigo.

—No, señora. Voy a recoger a Melina y no tengo la menor idea de dónde se encuentre.

—Piensa, que para eso eres su “mujer”, ¿no? —pronuncia sus palabras con insolencia.

—Mmm... —Francamente, pienso en dónde puede estar porque también es una pregunta que ronda mi cabeza—. Si es que no está en el senado ni en su despacho, lo único que puedo pensar es que quizás puede estar con el señor Paolo, sé que están finiquitando varios negocios, así que no dudo que se encuentre con él.

—Qué dices. ¿Con quién? —pregunta exaltada.

—Con el señor Paolo Rossetti, su socio.

La línea se corta inesperadamente y me deja confundida ante su comportamiento repentino.

Capítulo 29

Magdalena Divaio

Mi cuerpo sufre una descarga eléctrica al escuchar su nombre, como la primera vez que me cortejó en el *country club* al que pertenecía mi familia. Era una jovencita inexperta, una niña rica criada en casa, a la cual jamás habían dejado socializar hasta que cumplí mis dieciocho años.

Fui hija única, mis padres siempre estuvieron guiando mis pasos, hasta que apareció ese chico galante y apuesto de cabello castaño que revoloteó mi vida con mariposas en el estómago, y me hizo conocer el amor verdadero en su manera más maravillosa y pura.

Era delgado, tan alto que me enloquecía tener que ponerme de puntitas para poder besarlo, siempre con su raqueta en mano ganando todos los torneos de nuestro círculo, hipnotizándome con su glacial movimiento al ser la atención de todo el lugar. No había persona que no conociera al gran joven universitario Paolo Moya, poseía una estrella propia que me tenía totalmente deslumbrada.

—Disculpe, señora, es su turno —escucho a una jovencita detrás de mí tratando de llamar mi atención mientras me toca el hombro y, en vez de agradecerle, lo único que pasa por mi mente es la inconformidad de su vulgar comportamiento al atreverse a tocarme.

De prisa me muevo, y mi temperamento se eleva aún más ante el inepto banquero que le toca atenderme. Me río por dentro al notar cómo pierde la sonrisa al verme cuando lo fulmino con la mirada.

—Señora Divaio, buenas tardes.

Me le quedo viendo con el mismo atisbo que uso cada vez que vengo al banco. ¿Acaso este idiota piensa que vengo a charlar? Le entrego la bolsa del banco con el depósito mensual del restaurante de mis padres, como cada miércoles. Y sin decir ni una sola palabra, entiende mi estado de humor de no querer hablar con nadie, así que solo se da la media vuelta y va hacer su trabajo.

No me puedo sacar de la mente a Paolo, cómo diablos ha regresado sin estar yo enterada, cómo es posible que tenga una relación con Santiago a mis espaldas, después de tantos años alejado de nuestras vidas. Cómo mi hijo ha perdonado todo lo que me hizo, su traición, su abandono. Él es responsable de la persona en la que me he convertido, en un ruín cascarón sin sentimientos, consumida en soledad, embriagada por odio, por resentimientos y tristeza. Jamás voy a perdonarlo, nunca podría dejar mi dolor y mi coraje atrás. Él era todo para mí, fue el hombre que me hizo creer que me amaba con la misma intensidad. Estuve ciega, viviendo de ilusiones falsas, pensando que era el

amor de mi vida, y quizás para mí sí lo era, o lo sigue siendo, pero muy tarde comprendí que no compartimos el mismo sentimiento.

Por él, desafié a mis padres; por él defendí mi embarazo pensando que anhelaba una familia, él fue el único hombre en mi vida al que siempre amé. Pero ahora no me explico cómo puede tener una relación con mi hijo, si él ha sido la razón de mi futuro truncado, de mi vida mezquina, de mi falta de amor. Pero esto no se va a quedar así, es hora de hacerlo pagar, es hora de mostrarle a la mujer en que me convertí tras su traición.

Hace muchos años, solo era una pobre estúpida enamorada que descubrió a su marido revolcándose con una maldita zorra vestida de cuero, a la cual azotaba de la manera que nunca acepté, de esa forma morbosa e inmoral. Yo no era un perro, yo no era una cualquiera, así que el muy infeliz fue a buscar en otra cama lo que el amor no pudo llenar en casa.

Pero esta vez no voy a dar media vuelta y llorar por los rincones su desengaño, hoy lo haré pagar por todo el daño que me ha hecho con lo que más ame en la vida. Cada lágrima, cada incapacidad de amar, cada recuerdo y cada mentira que salió de su asquerosa y ruin boca.

Hoy será tu final, Paolo Moya Rossetti.

Capítulo 30

Santiago Moya

Veo por el retrovisor la camioneta con mis guardaespaldas que viajan muy pegado a mi coche sin perderme de vista. No soporto a nadie, así que esta mañana decidí manejar yo mismo mi propio automóvil, nada de chófer, y mucho menos ningún lame bolas diciéndome qué demonios hacer.

Mientras voy rumbo a las oficinas de Paolo, que se encuentran en la ciudad, suena *Heavy* de *Linkin Park & Kiiara*, la cual describe mi situación al pie de la letra.

Toda la noche me la pasé en mi oficina estudiando un caso incoherente, sin ninguna base sólida para proceder, lleno de falsas acusaciones. Sé de dónde viene toda esta bola de mentiras, estos son los efectos colaterales de haber enfrentado a la sociedad. Quieren obligarme a regresar, a doblegarme y meterme en fila de nuevo.

Nadie sabe de mi visita, estaré llegando a su despacho en unos cuantos minutos para platicar en privado y poner las cartas sobre la mesa de lo que es y de lo que será de hoy en adelante.

Siempre he sabido que el señor Rossetti es un hijo de puta, pero necesito sincerarme si quiero que acceda a mi proposición y termine de una vez por todas con esta situación de mierda.

Anoche salí endemoniado de la casa, pues mientras estaba abriendo el sobre de la demanda de Cinthia que solicita la custodia de Melina, otra cosa que se me viene encima, recibí una inesperada llamada de Roberto, primero fue todo casual, hablándome de cómo era posible que estuviera pensando dejar los negocios, que los chicos estaban enfadados y que, sin duda, me iban a sacar dolores de cabeza si seguía con esta mierda de dejar el grupo.

Las pruebas que me incriminan de fraude son falsas, los dos coincidimos que todo esto es únicamente para agarrarme de los huevos y obligarme a regresar. Hasta Roberto es consciente de la claridad del asunto, que nos confirma que en todo esto hay mano procedente de *Goddess Society*, pero después de alargarse la llamada, extrañamente preguntó cómo seguía Delhy, me descolocó su pregunta, por qué estaría mi pequeña mal si se acaban de ir sus papás de regreso a México, todo había transcurrido pacíficamente. La

rabia me invadió cuando comenzó a preguntar cosas tan personales.

—Oye, Moya, aprovecho para preguntar por Delhy. ¿Cómo sigue?

No quise que notara mi confusión y seguí la conversación normal como cualquier otra.

—*Está bien, gracias por preguntar. —Trato de finalizar el tema rápidamente con una respuesta fría, pero él prosigue, congelándome la sangre al escuchar su próximo desgarrador comentario.*

—*Me tenía muy preocupado. Aquella noche que hablamos, la escuchaba tan inquieta y desconsolada... pero vamos, chaval, es una mujer fuerte, pronto podrá quedar embarazada, te lo aseguro.*

No quise escuchar más y colgué excusándome al decir que estaba entrando una llamada importante en la otra línea. Roberto se despidió y colgamos.

Mi coraje floreció quemándome por dentro, no podía razonar, no lograba comprender cómo demonios Delhy podía hablar de cosas tan personales con él, por qué no hablaba conmigo, por qué me tenía que enterar de esta manera de sus preocupaciones. Me llenaba de rabia la confianza con la que se expresaba Roberto, mostrando una intimidad que existía entre ellos dos. Estaba lleno de furia y celos inexplicables al encontrarme en esta posición.

Salí del despacho directo a la cantina, tomé una botella de uno de mis exquisitos *whiskies*, junto con un vaso de cristal, y me largué al jardín. Me senté en un árbol retirado, en medio de la oscuridad, para meditar sobre todo lo que me faltaba por recorrer para demostrar mi inocencia, ahora se sumaba Cinthia a mis problemas, pero las malditas palabras de Roberto no dejaban de retumbar en mi cabeza.

La noche me abrazaba, me sostenía mientras todo a mi alrededor se derrumbaba a pedazos.

Desde que vi a Cinthia recibí innumerables llamadas, las cuales rechacé. No tenía nada que hablar con ella y las pasé por alto, sin embargo, todo mi tiempo lo concentré en mis negocios, buscando la manera más inteligente de agilizar y terminar con la sociedad.

El ochenta por ciento de mis bienes están involucrados con *Goddess*

Society, no necesariamente compartiendo acciones, sino que, de una manera u otra, van conectados. Mi cadena hotelera es sustentada un cincuenta por ciento por ingresos de la sociedad, existen contratos que me retienen a seguir ofreciendo servicio a quien quiera usar mis instalaciones. Nunca había sido un problema hasta el día de hoy.

He estado semanas enteras analizando la situación, poniendo en venta mis acciones, las cuáles ninguna se ha vendido y, muy en el fondo, sé el porqué, la razón es sin duda Paolo, que debe de estar interceptando las ofertas para orillarme a permanecer con todos mis bienes intactos.

Le doy un fuerte golpe al volante, lleno de frustración. Al diablo con todos mis problemas, lo que me tiene rabiando como perro sarnoso y suicida es Delhy y su maldita boca suelta. ¡Esa mujer no tiene filtro! ¿Cómo cojones fue hablar de todas las personas con Roberto? Sería otra mierda peor si le hubiera llamado a Mario. ¡No tiene límites! ¿Qué jodidos le pasa por la cabeza? Ayer, cegado de rabia, no la quise dejar hablar. Me negaba a escucharla, porque sabía que permitiéndole explicarse el por qué le había hablado a su ahora “íntimo amigo” Roberto, sería un maldito golpe bajo para mí, para mi ego, hasta para mi corazón. Tengo que reconocer que me siento herido y traicionado, eso mismo hace enfurecerme aún más, si es malditamente posible, porque nunca pensé ser un estúpido mediocre enamorado afectado por las acciones tontas de su sin vergüenza mujer.

Me bajo del coche y le aviento a uno de mis chicos las llaves para que alguien estacione mi carro. Sin ninguna expresión e indicación, me voy a paso firme directo al elevador. Mis guardaespaldas no pierden el tiempo, se mueven rápido, franqueando mi paso. Me acompañan por todo el pasillo y entran conmigo al ascensor, acomodándose cada uno a mis costados, al entrar, Max marca el número de piso donde se encuentra el despacho del señor Rossetti en el panel.

Subimos en silencio, medito mis palabras, pero cuando me doy cuenta, ya uno de los guardaespaldas de Paolo, que se encuentran franqueando la seguridad del lugar, abre la puerta dándome el paso.

Me encuentro a Paolo con sus lentes, concentrado en los papeles que tiene frente a él; pero cuando fija la mirada en mí, sonrío y se para efusivo.

—Hijo. ¿Qué te trae por aquí? —Esta vez proceso sus palabras y comprendo que no es hora de responder a la defensiva ni comenzar a gritar ante su chiflada actitud. Si he llegado tan lejos en mis negocios es por siempre tener la cabeza fría y meditar muy bien mis palabras.

—Hola, padre —saludo y pregunto—: ¿Ahora necesito comenzarte a llamar así? —Cuando mi cabeza procesa lo que acabo de decir, siento que mi garganta quema dejando un sabor agrio a traición.

—Siempre has podido llamarme así, te recuerdo que fuiste tú quien se empeñó en lo contrario, hasta hacerme cambiar mi propio apellido —responde serio, dejándose caer a en la silla.

—Paolo, por favor, no comencemos. Sabes muy bien que nunca has podido ganarte ese título, mucho menos ahora.

—Muchacho, traté de explicarme. No hay un día en que no me arrepienta de lo que sucedió.

—¿Ya terminaste? Quién te crees queriéndome vender un triste y arrepentido padre, vamos al grano —comento serio—. Necesito que dejes de meterte en mis negocios. Solo déjame ir, no necesito esta mierda, menos de ti, del hombre que se proclama mi padre y que actúa a traición.

No dice nada, me observa y procedo.

—¿Acaso crees que soy tan estúpido para no darme cuenta que son tus abogados los que están moviendo todo en la fiscalía para acusarme de algo que sabes muy bien que yo no he cometido? —Paso mis dedos por mi cabello, desesperado—. ¡¿Qué no lo ves?! No quiero esta vida para mí, quizás a ti te funciona, pero yo sí quiero una familia, Paolo, yo sí quiero una mujer, ¡¡¡yo sí quiero a mis hijos!!!

Escupo mi reproche como nunca antes, gritando lo que siento por él, ese odio tóxico que me asfixia y que me sigue reprochando por su abandono, aunque siempre me he obligado a pensar lo contrario, a decirme a mí mismo que no duele, pero que pica como una perra porque no comprendo cómo un padre puede dejar a su propia sangre, desechándola como porquería, como algo invaluable.

Recuerdo todas esas noches cuando tenía que consolar a Ivana de pequeña

mientras lloraba, diciéndole que un día papá regresaría y la llevaría a pasear, simplemente para verla sonreír, y cómo, a la vez, también me convertí con los años en un vil hijo de puta hasta gritarle en el rostro lloroso de mi desconsolada hermana que lo superara, que no teníamos un padre, que nos habían recogido de un basurero, que por esa razón nadie nunca había dado un centavo por nosotros, porque eso fue lo que éramos, ¡basura!, basura que se deja olvidada en el camino.

—¡Basta! —Golpea fuerte con sus puños cerrados la gran mesa de madera y se levanta enfadado—. ¡No sabes una mierda, Santiago! —grita señalándome—. Tú te vas a quedar aquí, todo esto te pertenece, ¡nadie se quedará con lo que he levantado por tantos malditos años!

—¡No quiero nada de ti, no quiero nada! ¡Y si me quieres refundir en la cárcel, adelante! ¡Demuestra el pedazo de mierda que eres para poder escupirte en la cara el odio y el rencor que siempre ha recorrido en mi ser, el asco de pensar que me engendraste, la vergüenza de saber que soy tu hijo! —Termino de gritar colerizado, cuando veo cómo Paolo se comienza agarrar el pecho y con una mano trata de aflojarse la corbata, abre su boca tratando de agarrar aire. Escucho un sonido desgarrador salir de garganta que me eriza la piel, veo que repentinamente pierde la fuerza y cae al suelo ante mis ojos.

Capítulo 31

Es ya medianoche, el reloj marca las doce con treinta y cinco minutos. No sé nada de Santiago. Desde nuestra discusión en el jardín salió enfurecido hasta su despacho, se encerró y no salió de ahí hasta marcharse muy temprano con la misma ropa, porque a nuestra habitación nunca regresó. No fui a buscarlo, estaba herida y al mismo tiempo enojada. Cómo podría creer que me estaba relacionando con Roberto, la única relación que tenía junto a él era estrictamente laboral, de jefe a empleada, si a eso se podría llamar empleo el ir unas cuantas horas a la semana. Esto no tiene sentido y el simple hecho de que le pase por la mente me ofende.

Mi cabeza no deja de trabajar buscando respuesta, no solo para esta situación, sino para todo. Me la he pasado buscando información en el Internet y noticia tras noticia habla de los delitos en los que supuestamente está implicado Santiago, cosa que no lo creo, a diferencia de él, yo sí confío y creo en su inocencia.

Estoy petrificada, me siento como si caminara en un terreno minado en el cual, cada paso que doy, es una bomba de tiempo que puede explotar en cualquier momento, afectándome y desmembrándome por dentro, arrancándomelo todo.

Lo que necesito es investigar de dónde diablos viene todo esto. Salgo corriendo rumbo al despacho para confirmar de nuevo si Santiago ha

regresado a casa, pero no lo encuentro por ninguna parte. Vuelvo a traspapelar y mover todo en su escritorio hasta que encuentro el sobre de la solicitud de la custodia que solicita Cinthia.

Mientras sostengo los documentos, pierdo el juicio y mi única finalidad es encontrar respuestas.

Le marco a Mario sin meditarlo dos veces, solo busco su número y presiono llamar. Sé muy bien que lo que estoy haciendo es estúpido y me ocasionará más problemas, pero necesito saber qué pasa, la intriga me consume, y si Santiago no puede darme respuestas, las buscaré yo misma.

—Hola, Diosa. A qué debo esta inesperada sorpresa. —Mario responde con su peculiar tono relajado.

—¿Qué diablos está ocurriendo? —le pregunto sin perder el tiempo.

—Veo que la princesa de la casa ya se enteró —responde burlesco.

—Corta la burla, dime lo que sabes. Estás metido en todo esto, ¿verdad? Maldito bastardo.

—Hey, Qadseh, cuidado —Suelta el aire frustrado—. Sé que soy un desgraciado, pero no tengo ningún motivo por el cual quisiera perjudicarnos ¡Esto es una estupidez! —exclama enojado—. Cómo diablos dañaría mis propios negocios, porque déjame poner algo claro, no solo Santiago está involucrado. No sé por dónde vienen estas jodidas acusaciones, todos estamos hasta el cuello, en especial Paolo, Santiago y yo.

Me quedo meditando su discurso de persona honesta; esto no tiene lógica, porque los que siempre han querido destruirnos y vernos fracasar, son la sociedad. No puedo creer en sus palabras, mucho menos en este mentiroso que sé muy bien hasta dónde es capaz de llegar por obtener su cometido.

—Todos están empezando a alejarse, la auditoría está arriba de nosotros. Estados Unidos congeló nuestras cuentas y todo es un maldito lío. —Prosigue informándome.

—¿Qué hay de Cinthia? ¿Por qué diablos la trajiste de regreso? ¿Por qué estás encaprichado en lastimarnos! ¿Qué chingados quieres? ¿Por qué no nos dejan en paz! —le grito sin que me importe ni un poco el que alguien pueda

escucharme.

—¿De qué diablos me hablas? —pregunta confundido—. Cinthia... ¿Cinthia está aquí? ¿Cinthia regresó? —El simple timbre de su voz, la duda y la incertidumbre que percibo en ella me confirma que no estaba enterado de que esa mujer está de vuelta en Madrid, así que opto por despedirme rápidamente, sin darle más detalles.

—Hablamos luego, Mario, esto está jodido por donde lo vea.

—Espera, tía. ¿Cinthia está en Madrid?

—Eso ya deberías saberlo —Le amenazo—. Escúchame bien, si sé que estás metido en todo esto, encontraré la manera de mandarte al maldito infierno, Mario, y ahora sí te refundo en la cárcel.

—Delhy, por favor, solo ponte a pensar cómo diablos puede ser posible que hasta a mí me están investigando. Cómo mierdas puedo ser yo el culpable de todo esto, si a mí también me quieren refundir en la cárcel. Solo piénsalo bien... porque esta vez no soy el culpable. No solo a Santiago lo quieren acabar, yo también estoy en la lista.



Escucho a lo lejos que tocan delicadamente la puerta de mi recámara. Me encuentro en el baño terminando de alistarme. Melina se acaba de ir hace unos minutos al colegio en compañía de Eugenia y su chófer, mientras que yo me quedé arreglándome para ir al despacho de Santiago. Supongo que debe de seguir trabajando en el caso, y esa es la principal razón por la que no ha venido a casa, pero a diferencia de él, yo no puedo seguir con esa agonía de saber que se encuentra molesto conmigo, solo necesitamos hablar y aclarar este mal entendido.

—Pasen —grito mientras camino a la entrada del cuarto, en lo que me pongo unos hermosos aretes de perlas genuinas que encontré entre mis accesorios. Veo parada a una de las chicas que ayuda siempre a Eugenia en la cocina. Me sonrío y la incito hablar.

—¿Si?

—Buenos días, señora Delhy, disculpe que la moleste, pero tiene visita.

—Visita. ¿Te dijo su nombre?

—Sí, la señorita Cinthia Montelongo.

La sangre se me va hasta los pies. ¿Qué diablos quiere esta mujer aquí? Me quedo atónita y la chica se me queda viendo esperando una respuesta. Me trato de recomponer, me giro y digo:

—En unos minutos estoy con ella, mientras tanto, puedes ofrecerle algo de beber. Gracias, Laura, puedes retirarte.

Me observo en el espejo, sorprendida, no puedo creer que hoy sea el día que vaya a verla frente a frente, sin caretas. Tomo más tiempo en arreglarme, veo la ropa que había escogido para ir a ver a Santiago, pero cambio de opción. Finalmente, me decido y me pongo un vestido Valentino negro de tirantes que me llega arriba de las rodillas, me calzo unos tacones altos Gucci del mismo tono y una chamarra tres cuartos de piel; mi cabello lo dejo ligeramente ondulado y bajo a encontrarme con mi peor pesadilla. La encuentro parada a un lado del piano viendo las fotos familiares que tenemos en las repisas de la gran sala. Cuando escucha mis pisadas, voltea y me sonrío amablemente como el día que la conocí.

Es bellísima. Su pelo rubio con destellos plateados en ondas marcadas altera mis celos femeninos, su altura y porte son impresionantes, aun a pesar de que viste unos desgarrados vaqueros y una simple blusa de tirantes.

—Hola, Delhy, disculpa por llegar de sorpresa —enfatisa—. Necesito hablar contigo de mujer a mujer, y si te soy honesta, esperé el momento oportuno en que Santiago no se encontrara en casa.

No mido sus palabras, se ve amable y cordial, pero al haber mandado la carta de la custodia de Melina, no creo que traiga nada bueno su visita, pero aun así, le sigo el juego,

—No te preocupes, lo entiendo, toma asiento. —Le regalo mi mejor sonrisa.

Nos interrumpe Laura al llegar con una charola con una jarra de café negro, leche descremada y jugo de naranja, que deja en la mesita de centro,

sirve dos tazas y las deja junto a unas galletas glaseadas.

Cuando estamos a solas, Cinthia toma la palabra.

—Delhy, discúlpame por presentarme aquí, estoy tan perdida. Yo sé que no debí de hacer las cosas así, pero... fue un ataque de celos —Al tomar la taza de café, veo que sus manos tiemblan y sus ojos se enrojecen—. Estoy acabada, me sentí tan sola, y, cuando te conocí, supe que te robarías el amor de mi hija.

Me le quedo viendo, la observo tratando de averiguar si solo está tratando de engañarme, pero mientras trato de analizarla, abre su bolsa y saca un folder con papeles, el cual me ofrece. Los tomo y los leo, es una carta donde revoca la solicitud de custodia sobre Melina.

—Aunque quiera conocer a mi hija y tenerla a mi lado, no puedo dejar mi independencia —Me toma de la mano y me implora—. Está firmada, Delhy, está sellada por el juez; no hay nada que proceder, solo, por favor, déjame verla, te prometo que no le diré que soy su mamá, la dejé tan pequeña en brazos de Santiago, solo quiero abrazarla y darle un beso. Solo me quiero despedir, por favor, ahí tienes los papeles, te prometo que jamás volverán a saber de mí.

La observo llorar y veo los papeles que yacen en mis piernas, no soy estúpida, así que me levanto y voy a la entrada de la casa donde se encuentran los chicos de seguridad, me dirijo a uno de ellos y le pido que verifique la autenticidad de los papeles con rapidez y discreción. El chico se retira y regreso a la sala.

—Cinthia, no soy estúpida —expreso con seriedad—. Te voy a dar este voto de confianza y, cuando me digan que son legítimos, te dejaré ver a Melina y después desapareces de nuestra vida para siempre.

Capítulo 32

Al confirmar que los papeles que me ha entregado Cinthia son legítimos, partimos sin meditarlo dos veces al colegio de Melina.

Me encuentro tranquila y feliz mientras nos dirigimos a la escuela. Estoy confiada de que por fin nos quitaremos este problema de encima y, al mismo tiempo, segura de que Santiago se encargará de resolver los problemas con la justicia. Solo me toca hacer el último esfuerzo, aceptando la última petición de Cinthia, que es ver a Melina antes de irse por fin de nuestras vidas, de una vez y para siempre.

Conozco perfectamente el camino rumbo al colegio, así que me relajo en el cómodo asiento de piel mientras observo manejar a uno de los chicos de seguridad de Santiago. Inesperadamente, unos neumáticos chillan y llaman mi atención, pero al girarme para buscar de dónde proviene el ruido, soy sobrecogida por un ensordecedor estruendo proveniente a mi derecha; al voltear, veo la expresión aterrorizada de Cinthia al percatarse que una camioneta a toda velocidad se impacta directo con su puerta. El golpe nos toma desprevenidos, nos hace girar varias veces, dejándonos de costado. Desenfocada, puedo sentir un líquido caliente escurriendo por mi

frente proveniente de mi cabeza y, al tocarme con mis dedos temblorosos, los veo empaparse de sangre.

Mientras trato de coordinar y encontrar mi voz para gritar por ayuda, me congelo al escuchar que alguien forcejea la puerta de Cinthia, ya que la mía está totalmente tapada por el pavimento. Ella, en cambio, solo se sostiene gracias a su cinto de seguridad, pero no para de gritar y moverse desesperada, al abrirse la puerta con brusquedad, la luz del sol me ciega y, en eso, escucho un sonido bajo indescriptible, al detonar un arma de fuego con silenciador. Aterrorizada, miro que Cinthia deja de chillar y queda suspendida con su cuerpo flácido «*Dios mío, mataron a Cinthia*». Dos tiros más son disparados directo a mi chófer y al chico de seguridad. Me quedo callada esperando el disparo de gracia que nunca llega.



La sensación de vacío me despierta al sentir frío recorriendo mi piel. Todo mi cuerpo se eriza al tratar de mover mis brazos para cubrirme, sin embargo, tras mi movimiento, me doy cuenta de que me encuentro acostada, pero amarrada de mis extremidades a una cama. El olor a antisépticos inunda mis fosas nasales, trato de enfocar mi vista, pero todo es borroso. Cierro los ojos, aterrorizada de nuevo; respiro profundo para tratar de controlar mi corazón desbocado temiendo estar experimentando un ataque de pánico. Trato de calmarme, respiro y exhalo despacio hasta animarme a abrir lentamente los ojos. Mi cabeza sigue dando vueltas, el dolor me martilla y me impide enfocarme. Siento como mi cabeza quiere estallar, trato de ver por la línea pequeña que me esfuerzo en abrir, pero el dolor me destroza y caigo noqueada de nuevo.

—Vamos preciosa, despierta. Ya te tengo conmigo. Nadie se interpondrá de nuevo entre nosotros. —Alguien intenta despertarme, me da un beso en los labios de una manera tierna que me eriza la piel, envuelta en pánico al no saber quién me aprisiona entre sus brazos.

—Lo lamento, lo lamento mucho, mi cielo. No entiendo por qué te ataron, nunca lo hubiera permitido, ¡son unos bestias! —Besa de nuevo mis muñecas, las acaricia con sus labios, mientras yo me esmero y me concentro en reconocer su voz, pero mi cabeza no colabora y mis párpados se sienten pesados, impidiendo mirarlo y salir de mi confusión.

Estoy aterrorizada, sin embargo, me percato que su voz me es muy familiar. Me tranquilizo un poco al darme cuenta que mis piernas y mis brazos están libres. Me encuentro en los brazos de un hombre fuerte que me tiene cargada y sentada en sus piernas, mi cabeza descansa ligeramente en el hueco de su cuello, me arrulla y me consuela con palabras de amor.

«¡Oh no, Dios mío!, ¿qué ha pasado? ¿cómo puede ser esto posible? ¿Por qué...? ¿Roberto?»

Después de un largo rato que paso meditando y escuchando su voz con más

claridad, estoy plenamente segura que quien me tiene entre sus brazos es Roberto Cárdenas.

Con cuidado, me mete a la cama, me da un beso en la frente y se despide, no sin antes congelarme la sangre con incredulidad y sorpresa ante sus próximas palabras.

—Mi vida, tienes que despertar, tienes que estar fuerte. Por fin estaremos juntos, Delhy. Nunca nadie se interpondrá entre lo nuestro, mi amor —suspira ilusionado—, como debió ser desde la primera vez que mi mirada se perdió en tu belleza. —Acaricia mis cabellos y se acerca para dejar un casto beso. Inhala profundo y suspira. Se comporta de una manera tan extraña, como si me hubiera perdido en el camino y fuéramos algo más que conocidos.

Un raro Roberto me habla al oído. Yo no hago ningún movimiento, pero me es imposible detener el estremecimiento que sufre mi cuerpo con sus palabras, aun así, trato de estar concentrada, analizando en dónde diablos me encuentro y así buscar una oportunidad para largarme de aquí. Espero tranquila a que se vaya de la habitación, pero en eso escucho cómo rechina una silla al estirarla y se sienta en ella.

—Delhy, sé que estás despierta —dice firme, y me asusto al verme descubierta—. Ya puedes abrir los ojos, ya no tienes por qué tener miedo, ya estás a salvo —comenta tranquilo.

No puedo contener las lágrimas, siento cómo desconsoladas recorren por mi mejilla hasta caer y perderse en la almohada. No sé qué hacer, pero es un hecho que Roberto está loco, no puede ser una persona cuerda, habla de amor y planea una vida a mi lado, cuando sabe perfectamente que yo no soy nada suyo. No tengo mi celular, así que lo único que puedo pensar es hacerme la incrédula, de fingir no saber qué ha sucedido y seguirle el juego a este loco trastornado.

Lentamente abro mis ojos y, con dificultad, poco a poco, me acostumbro a la luz brillante que trata de cegarme. Al mirar las paredes blancas, me doy cuenta de que me encuentro en una de las habitaciones de la clínica de Roberto, un lugar fácil de reconocer al ser mi zona de trabajo.

Mi cabeza se sobresalta al sentir una punzada fuerte, tapo mis ojos con mi antebrazo y con mi mano libre toco mi cabeza, y al instante me doy cuenta que

la tengo vendada. Roberto se levanta rápido, se arrodilla frente a la pequeña camilla, me quita la mano con cariño y me da una tierna sonrisa del antiguo *doc* que me descoloca.

—Cuidado, cielo, sufriste un gran golpe en tu cabeza, pero estarás bien, estoy aquí para cuidarte, solo fueron unas pequeñas puntadas —Toma mi mano y le da un beso—. ¿Cómo te sientes?

No sé qué contestar, pero pregunto lo más importante por procesar: —¿Qué hago aquí? ¿Qué ha pasado? —cuestiono con precaución, no quiero que se moleste, no sé qué esperar de su nueva faceta desquiciada.

Su exagerada muestra de cariño me atemoriza y, mientras espero una respuesta, lo observo con detenimiento tratando de descifrar su descabellada actitud.

—¿Te acuerdas de lo que pasó? —pregunta, calculador, sin contestar mis preguntas. Su mirada se centra en mí, analizándome. Agarra el control de la camilla, aplana unos cuantos botones y el respaldo se comienza a mover hasta dejarme sentada. Roberto acerca la silla y se sienta junto a mí, toma mi mano y espera por una respuesta.

Mi cabeza repentinamente comienza a trabajar y empiezo a mentir.

—No lo sé —Mis lágrimas caen sin poder detenerlas, luego de darme cuenta de que Roberto es un caso perdido. Lo observo de frente, es el mismo doctor encantador que me observa con cariño, pero sus muestras de amor me confirman que está fuera de sí—. Estaba en una camioneta, recuerdo un fuerte golpe... inesperadamente, giramos y después de eso todo es oscuridad —sollozo—. No recuerdo nada más. Por favor, dígame, ¿dónde está mi familia? —Miento.

Recuerdo todo perfectamente, recuerdo que mataron a Cinthia frente a mis ojos, que después continuaron y asesinaron a mi chófer y al guardaespaldas.

Su sonrisa se acentúa y su rostro muestra lo complacido que está con mis palabras.

—Shhh, nena. Ya pasó, te llevaré a casa. —Me limpia las lágrimas, me abraza y mi cuerpo se tensa ante su contacto.

—No recuerdo nada —pronuncio las palabras entrecortadas, mientras mis labios no dejan de temblar ante lo aterradora que es toda esta situación.

Me toco la venda por curiosidad y doy una mueca de dolor. Necesito profundizar nuestra plática, requiero respuestas, sé muy bien que no es un tonto, él es un doctor que en cualquier momento se puede dar cuenta que estoy mintiendo.

Me mira con cautela, se levanta y camina hacia el mostrador, de donde toma un sobre grande amarillo y saca varias placas, de lo que puedo entender son las radiografías de mi cabeza. Prende la lámpara, pone las placas y las observa con detenimiento. No dice nada, solo se encuentra concentrado, roza con la palma de su mano su barbilla en un gesto pensativo, apaga todo y regresa a mi lado.

Saca de su bata blanca un pequeño lapicero que prende, se acerca y me hace ver la luz, la sigo y hago lo que me pide.

—¿Cómo te sientes? Puedes ponerte de pie.

Le respondo con un simple gesto diciendo que sí con mi cara, bajo mis piernas y, al tratar de levantarme, inesperadamente, me mareo. Él rápido se acerca y me ayuda a sentarme. Miro mis pies descalzos, pero sigo con el vestido que salí de casa, no obstante mi chamarra y zapatos han desaparecido. Observo mis muñecas y veo las marcas rojas de las sogas que se hicieron al tenerme amarrada; paso delicadamente mi mano sobre una de ellas tratando de borrar las huellas que se acentúan en mi piel.

—Princesa, todo estará bien. Vamos a casa. —Interrumpe mis pensamientos.

Esta vez no pregunto nada más, me levanto y salgo junto a él. Los pasillos están desolados y, cuando abre las puertas, ya se encuentra una camioneta color negro esperando por nosotros, nos subimos y viajamos en silencio.

Capítulo 33

Santiago Moya

Me han informado hace unos cuantos minutos que Paolo se encuentra en estado crítico. Sigo aquí sentado tratando de procesar que sufrió un infarto agudo al miocardio. Me siento responsable, pues ha sido mi culpa el que ahora se encuentre postrado en una cama convaleciente.

Tengo que reconocer que me sentí un hijo de puta cuando el doctor de turno salió de su cuarto y preguntó varias veces por algún familiar, tuvo que repetir más de tres veces: “Familiares del Señor Rossetti”, pues mientras lo escuchaba, me cuestionaba si valía la pena levantarme y reconocer ante un extraño que el que se encontraba ahí dentro, luchando por su vida, era mi padre y no solo un simple socio. Al fin me paré y escuché al doctor, en medio de un trance surreal. Me explicó que su estado era delicado y que en estos momentos lo tenían sedado para analizar su condición y darnos un reporte detallado de su estado actual.

—¡Santiago! ¿Qué diablos ha pasado? —Llega Mario apresurado gritando por el pasillo, claramente preocupado. Me toma del hombro para llamar mi atención.

—Quita tu asquerosa mano de encima. ¡Maldito cobarde, tramposo hijo de puta! —Me levanto enfurecido, camino de prisa hacia la ventana tratando de calmar las ganas que tengo de agarrarlo en medio de esta sala a golpes.

—¿¡Qué diablos te pasa!?! —pregunta claramente agitado—. Salí corriendo de la oficina. Paolo no contestaba su celular, así que llamé al despacho, en donde me informaron lo que pasó. ¿Cómo está?

—Bueno, viendo que te encuentras aquí, me largo. Ya no tengo nada más que hacer en este hospital. —No respondo a su pregunta, solo exclamo con rabia, levantándome, listo para largarme y ocuparme de cosas que sí son importantes para mí.

—Con una mierda, Santiago. Déjate de ser un imbécil y abre los ojos. —Sigo caminando sin escucharlo.

—Hey, tío, escúchame... Hablé con Delhy. —Me suelta tratando de llamar mi atención.

Al escuchar que pronuncia su nombre, me giro y me le voy encima. No le doy tiempo de reaccionar, lo estampo en la pared sacándole el aire. Lo agarro de su pulcro saco y lo levanto, aprisionándolo en la baldosa blanca del hospital.

—No te metas con mi familia, Mario, porque juro que te mato como la maldita cucaracha que siempre has sido. Me debes todo lo que eres, me debes el estar aquí parado frente a mí. No me hagas olvidar que un día tuviste mis respetos.

—Mierda, Santiago, escúchame —Se zafa con fuerza y me empuja—. Paolo y yo no tenemos nada que ver con tu situación, también nosotros estamos hasta el cuello —grita desesperado—. ¡Por una maldita vez en tu vida, pon atención! Esto no es algo directo hacia tu persona, el FBI congeló nuestras cuentas en Estados Unidos, los fraudes financieros nos tienen en la mira al ser nosotros los únicos que manejamos las cuentas internacionales, tú solamente has sido bombardeado en Europa. Pero claro, idiota, como no te has dignado a hablar con nosotros, no contestas nuestras llamadas, no te has dado cuenta de la situación en la que nos están embaucando a los tres —Se ríe burlón con su usual y característico tono lleno de sarcasmo—. Ni siquiera has entrado al portal para darte cuenta cómo todos los socios sacaron su capital y se fueron,

lavándose las manos, dejándonos con toda esta mierda encima.

Se acerca uno de sus chicos, que me da una mirada mezquina y, al llegar a él, le da su maletín. Mario pasa junto a mí, me lo restriega en el pecho y, con dientes apretados, masculla:

—Es mejor que lo leas.

Se retira y me deja con el portafolio. Le hago una señal a Max y, sin direcciones, salgo del hospital escoltado por mis guardaespaldas.



Llego a la casa, la cual se encuentra en silencio. Me voy directo al despacho. Me escabullo hasta mi oficina, sin buscar a Melina ni a Delhy para avisarles que estoy en casa.

Abro el portafolio sin perder el tiempo y comienzo a estudiar con detenimiento lo que tengo frente a mí, que es en su mayoría papeles, contratos, cuentas de bancos, transferencias incluyendo retiros de fuertes sumas de dinero. Pero lo que más llama mi atención son dos cartas, una es original a nombre de Mario Arizmendi y la otra, que es idéntica pero impresa de un fax recibido, a nombre del Señor Paolo Rossetti. Son dos notificaciones para una audiencia en la ciudad de Miami para declarar vínculos con el narcotráfico.

Nada tiene sentido, podría esperar cualquier cosa, ¿pero vínculos con el narcotráfico? está fuera de lógica.

—¡¡¡Max!!! —grito varias veces y, mi mano derecha, al escuchar mis gritos, entra apresurado. Con un gesto firme, le pido que tome asiento.

Me levanto y comienzo a caminar de lado a lado, mientras empiezo a indicarle lo que hay que hacer. No por mi cara bonita logré ser uno de los mejores abogados del país, así que me dejo de gilipollices y me pongo a funcionar, como debí de moverme desde el comienzo.

Esta no es la primera vez que han tratado de hundirnos, y sobre el funcionamiento de la sociedad y los negocios de Paolo, siempre antes de cualquier firma o convenio, han pasado uno a uno por mis manos, y si hay algo

de lo cual no esté enterado, el único que puede sacarme de mis dudas es sin duda el detective Morales.

Antes de ordenarle a Max que lo ponga en el teléfono, entro al portal y verifico que todavía se encuentre activo en la sociedad, y ahí está, fuerte como una roca esperando el siguiente impacto. Sin duda, un buen peldaño que no decepciona.

—¿Entendiste? —Max me responde con un gesto de aprobación y un sí, señor—. Ahora no pierdas el tiempo, pon al detective Morales en la línea — recalco—. No dejes de insistir hasta que te conteste, esto puede ser mi salvación.

Max sale de la oficina con teléfono en mano, mientras yo me sumerjo en una importante llamada por *Skype* con mis abogados. La auditoría ha comenzado, mis bienes están bajo la orden del juez federal encargado de mi caso, pero aparte de tiempo perdido, sé que no hay nada que temer pues no tengo nada que esconder.

Me levanto y me acerco a la ventana. Desde mi despacho saco mi celular y verifico la hora, son pasadas de las ocho de la tarde. Decido salir de mi oficina, pero soy interrumpido por unos golpes en la puerta.

—Pasen.

Entra Max con paso firme, levanta el teléfono y lo mueve llamando mi atención: —Lo tengo en la línea, señor. En cinco minutos, lo llama a su línea privada.

—Gracias, te puedes retirar —lo veo girar y partir rumbo a la salida, pero antes de que salga, agrego—: Max, por favor, verifica dónde se encuentra Delhy y mi hija.

Capítulo 34

Nunca llegamos a ninguna residencia, sin embargo, ingresamos por una entrada exterior al aeropuerto. Cuando veo que la camioneta se detiene, mi corazón comienza a martillar desenfrenado. Roberto me acerca a él y me besa la cabeza, suspirando en mis cabellos.

Soy una tonta, una débil que no da guerra, pero sé que es un caso perdido. Él me llevará a donde quiera, a las buenas o a las malas, si es preciso. Nadie podrá detener su cometido, por lo tanto, solo me queda ser paciente y más inteligente para poder encontrar la manera de escapar y pedir ayuda.

—¿A dónde me lleva? Por favor... no me haga daño, no recuerdo nada — expreso aturdida.

—Shh... Mi princesa. Jamás te haría daño, soy tu prometido. ¿No me recuerdas? —Toma mi mano y me muestra el anillo de compromiso que Santiago me regaló el día que me pidió ser su esposa. —Soy Roberto, Roberto Cárdenas, tu futuro marido.

—Por favor, no recuerdo nada —dudo por un momento y pronuncio su

nombre—. Roberto, no me siento bien. —Le tomo de la mano y se la aprieto sincera.

No miento, todo me da vueltas, no sé si es el accidente, las impresiones que he sufrido desde que desperté o que este enfermo me quiera llevar lejos de aquí proclamando ser mi futuro esposo.

—Tranquila, amor mío, es el embarazo.

Lo miro incrédula, la magnitud de sus mentiras no tiene límite. Me falta el aire y siento que en cualquier momento voy a perder el conocimiento.

—No quería contártelo de esta manera, quizás no lo recuerdes, pero soy médico pediatra, estábamos en mi clínica. Cuando me enteré de tu accidente, no te llevamos a un hospital porque quería ser yo quien corroborara que te encontraras bien. Tu pérdida de memoria puede ser momentánea, quizás dure un par de días o unos meses, solo quiero llevarte lejos, tomarnos unas merecidas vacaciones y, ahora que sé que vamos a ser padres, es la mejor manera de alejarnos de mi monótono ritmo de trabajo.

Sigo incrédula. No puede ser cierto, debe de estarle jugando una mala partida esa cabeza retorcida que tiene, está perdido entre sueños enfermos y la realidad.

Al verme pensativa, me toma de la mano, se gira hacia mí, me toma tiernamente de mi barbilla y me obliga a mirarlo.

—Nena, no puedo darte un papel que certifique que estás embarazada porque no lo hay. Asustado, sin pensar, al ver ese golpe en la cabeza, me adelanté a realizar una tomografía computarizada para descartar cualquier gravedad en el cráneo, no me paré a pensar en nada, mi finalidad era estar seguro que te encontrabas bien y, al terminar, tomé muestras de sangre que me confirmaron que estás esperando a nuestro hijo.

No sé cómo actuar, pero estoy muy segura que darle la contra no es una opción.

—Por eso mismo no puedo viajar, no me siento bien —Me recargo en el asiento y suplico—. Por favor.

Me mira debatiéndose por unos minutos. Y al final, después de pensarlo

por un rato, se baja de la camioneta sin anunciar. Me deja sola en el interior y, al estar rodeada por vidrios polarizados, me inclino y comienzo a voltear para todos lados, tratando de ver algo que me ayude a salir de aquí.

El lugar está desierto, solo veo a lo lejos un jet parecido al que viajé con Mario el día de la gala, pero este no tiene las iniciales de la sociedad. Roberto se encuentra con quien creo debe ser el capitán y un par de chicos de seguridad que lo rodean, le dice algo y después le da un par de palmadas en la espalda, se despide y regresa con paso firme con una sonrisa en los labios.

Esta vez, rodea la camioneta y abre mi puerta: —Listo, princesa, nos quedaremos un día más y mañana en la noche partiremos sin retrasos —dice satisfecho.

Sin subir a la camioneta, alarga su mano y toca mi vientre.

—Estaremos bien, nena. Solo un día más —reitera.



Me encuentro recostada escuchando la conversación de Roberto. Al salir de la habitación, deja la puerta entre abierta. Me giro para observarlo desde la alcoba y mi vista llega hasta una sala recibidor donde lo miro parado conversando desde su celular.

—No, claro que no. Solo le daré unas cuantas horas para descansar —Se carcajea feliz—. Como te lo dije hace rato, nos acabamos de enterar de que vamos a ser padres —Quien esté al otro lado del teléfono lo felicita, y yo sigo impresionada del estado enfermo en el que se encuentra, con su cabeza llena de mentiras y envuelto sobre castillos irreales—. Gracias, muchas gracias, capitán. Bueno, entonces así quedamos, nos vemos a las siete de la mañana. —Cuelga.

Rápidamente cierro los ojos, para que piense que sigo dormida. Al escuchar sus pisadas cuando cruza la sala dirigiéndose hacia el dormitorio, siento cómo el lado contrario de la cama se mueve al dejarse caer, se quita los zapatos y deja su reloj junto con celular en la mesita de noche para recostarse. Se gira y me abraza fuertemente, acercándose a él de una manera íntima. Con

afecto, deja un casto beso en mi hombro que se halla enfundado todavía en el vestido con el cual salí de casa.

Nos encontramos en un hotel de lujo, llegamos sin complicaciones después de dejar el aeropuerto. Al llegar fuimos directo al elevador, subimos y nos dirigieron hasta la suite del lugar sin inconvenientes, escoltados por unos cuantos guardaespaldas.

Con cariño y devoción, me metió a la cama, besando mi frente y recalcando que me necesitaba fuerte porque en un par de horas saldríamos. El plan seguía en pie, solo que esta vez volaríamos muy temprano.

Pasan los minutos y, conforme transcurre el tiempo, escucho cómo la respiración de Roberto se vuelve más profunda y estable. Muy despacio, me zafo de su agarre y salgo de la cama deslizándome poco a poco. Veo a lo lejos el teléfono del hotel en la mesita de noche y considero tomarlo para marcar y pedir ayuda, pero soy consciente de que es muy arriesgado. Podría escucharme, así que hago lo primero que pasa por mi mente, rodeo la cama de puntitas y tomo rápido el celular de Roberto, me voy apresurada directo al baño, pongo candado y, con manos temblorosas, suelto el aire contenido cuando veo que no tiene ninguna clave y le mando rápidamente un mensaje a Santiago. Al aplanar enviar, escucho unos fuertes golpes en la puerta.

—¡Delhyyyy! —Es la primera vez que oigo que me llama por mi nombre.

—Estoy en el baño —grito nerviosa y, como en cámara lenta, veo cómo se me resbala el teléfono entre los dedos, haciendo un ruido ensordecedor al caer en la baldosa, delatándome.

—¡¿Qué estupidez acabas de hacer?! —Azota de nuevo la puerta.

Me hago bolita en la esquina y escucho cómo golpea la puerta con algo, cada vez más fuerte sin parar. Me encuentro llorando y tapándome los oídos, solo quiero que esto termine. De repente, siento una presión en los brazos y tengo a Roberto encima de mí agarrándome con brusquedad, sacándome del baño. Comienzo a dar una buena batalla, empiezo a patallear y a empujarlo, pero él no se detiene hasta aventarme contra la cama.

—¡Para de una maldita vez, Delhy! ¡Estás embarazada!! —exclama encolerizado con un toque de preocupación en sus palabras.

—¡Déjame ir...! —le grito.

Ya no hay más caretas, no lo soporto más, estamos en un hotel, aquí tengo más oportunidad de que alguien me escuche y venga a liberarme de este maldito loco demente.

—¿Qué tienes, mi amor? ¿Qué te pasa? —Me trata de calmar sujetándome de los brazos.

Estoy cansada de mentir, no pierdo la esperanza de que alguien me escuche y grito muy fuerte:

—¡Auxiliooooo! ¡Ayudaaa!

Roberto me ve aterrorizado y su mirada cambia: —¿Te acuerdas de todo, verdad? —pregunta casi en susurro, incrédulo, con una pisca de pánico.

Me levanto y trato de correr lejos, pero me toma del brazo y me avienta a la cama de nuevo.

—¡NO, TÚ NO VAS A NINGUNA PARTE. TÚ ERES MÍA!

Lloriqueo y trato de hacerlo entender mediante palabras.

—Roberto, por favor, tú sabes que estás mal, yo soy tu amiga, yo trabajo para ti. —Trato de endulzar las palabras y sonrío nerviosa.

—¡NO! ¡Tú eres mi mujer, tú vas a tener un hijo mío! ¡Y nos vamos a ir lejos de esta maldita ciudad!

—No, Roberto, por favor, entra en razón, recapacita. Yo... —digo nerviosa—, yo pertenezco a otro hombre. —Inesperadamente, me da una cachetada y se comienza a reír como desequilibrado.

—¡Has echado a perder tu vida! ¡Pero aquí estoy yo para ayudarte a abrir los ojos! Soy yo el hombre destinado para ti. —Me toma de las mejillas y me comienza a besar con fuerza, me resisto y lo aviento, nada da resultado, le encajo fuerte las uñas en su cuello y reacciona abofeteándome de nuevo, el golpe me ensordece, pero trato de enfocarme.

—¡Auxiliooooo! —El impacto es tan duro que pruebo un desagradable sabor a hierro en mi boca.

—Quieres que venga por ti, ¿verdad, maldita puta?, ¿quieres que ese

bastardo te rescate? —Tira de mis cabellos y me grita en la cara—: Pues sí mi pequeña Delhy, sí vendrá y gracias a ti tendré mi oportunidad para terminar con él, con su vida exitosa, con su estatus social, con su carrera, todo se lo arrebataré como he venido planeándolo por tanto tiempo, lo dejaré sin nada. Tenía pensado irme contigo y formar una familia, arrebatarle lo que más ama, pero ahora tendremos un pequeño cambio en los planes.

—¡Estás loco!

—¡No! Yo no estoy loco —grita a la defensiva—. Estoy cansado de siempre haberme quedado a medias en todo por su culpa —Comienza a hablar sin parar—. Hace años, comencé a indagar en su vida, en la pulcra y célebre vida del senador Moya, del mejor abogado de Madrid —exclama alzando las manos—. ¿Y sabes qué? No es brillante, es tan solo un hijo bastardo del señor Paolo Rossetti, ¿puedes creerlo? —pregunta incrédulo—. Ahí fue cuando comprendí por qué tenía las mejores acciones, los mejores beneficios, hasta las mejores mujeres. —Camina de un lado a otro, mientras me tiene acorralada sentada en la cama—. Jamás se midió para fastidiarme la vida, me enteré que le había quitado la hija a su propia madre con engaños —Aplaudes y me estremezco—. ¡A la cual fui yo quien la trajo a la gala! Para quitarle a su preciosa Melina. Pero la estúpida de Cinthia comenzó a asustarse, a decirme que ella no quería a la niña, que ese no era su plan, ella solo quería más dinero y largarse de la ciudad, así que le prometí mucho más de lo que un día imaginó. Solo tenía que sacarte de la casa de Moya —Se ríe recordando su plan—. Al final, solo la utilicé para sacarte y, sin más finalidad ni servicio, la mandé a matar. —Termina de decir con orgullo.

—¡Tooodo es tu culpa! ¡Porque tú tenías que haber sido mía! Nuestros destinos estaban hechos para encontrarse —Me señala ofuscado—. Yo te vi primero esa noche... —Lo observo confundida.

—La noche en el País Restaurante, te vi desde que llegaste con tu amiga, deslumbraste el lugar con tu encanto, no podía quitarte los ojos de encima, irradiabas ser mi exquisita mujer perfecta —Se golpea la cabeza fuerte con su mano empuñada—. No pude llegar a ti, tenía alrededor varios colegas que no me permitieron acercarme, pero después de buscarte como loco, cuando por fin te encontré, estabas sentada al lado de la persona que jamás imaginé... Santiago, ¡al lado del hombre que más odio y detesto desmesuradamente!

Cautivada como todas con sus malditas atenciones, como una más del montón, como otra puta, y él, ¡Oh, no, maldito Santiago! Como siempre, queriendo tener el protagonismo en todo lugar —Toma el control de nuevo y dice tranquilo—: Pero eso fue lo último que aguanté de su buena suerte. Así que fui paciente, Delhy, fui inteligente, envenené a Mario cada día después de esa noche, lo envolví en mi red para que te raptara y para que Santiago lo culpara por todo cuando te llevara conmigo. —Su tono es pasivo y su mirada de doctor encantador regresa, suspira recordando algo que le trae una sonrisa al rostro.

—Dime que te acuerdas mí, hermosa. Suspiraste en mis brazos. Yo sé que lo recuerdas, por favor, princesa, busca en tus memorias —se explica—. Cuando Santiago me habló para que fuera a su casa, tú te encontrabas enferma, besé tus dulces labios, respondiste a mi beso, gemiste en mi boca, sentí cómo te estremeciste con mis caricias. ¡Solo que no lo recuerdas, pero eres mía, en el fondo, sabes que eres mía! Ese día me prometí que nunca descansaría hasta verte a mi lado.

Se acerca y se sube a la cama ágilmente, me toma desprevenida y trata de besarme de nuevo, pero me resisto y, sin cuidado, me tumba y se sube arriba de mi cuerpo presionándome con fuerza. Me comienza a tocar, mientras trato de empujarlo asustada. Mete una de sus manos bajo mi vestido y trata de bajar mi *panty*, desesperado. Peleo y trato de cerrar las piernas, pero él presiona con fuerza su mano en mi pecho, sacándome todo el aire con el impacto, me tienen bloqueada, mi respiración se acelera, siento cómo hace a un lado mi ropa interior y mete sus dedos en mis pliegues. Me lastima y me roba un grito desgarrador. Apoya su pecho en mi cuerpo para sujetarme mientras instala una de sus piernas al lado de mi cadera y otra en medio de ellas tratando de abrirme para tener total acceso a mi cuerpo. Me vuelve a lastimar y le suplico que pare. Roberto se encuentra fuera de control, me da vuelta, y lloriqueo ante el inesperado arrebató: me sujeta de la espalda presionándome con una de sus manos, enterrando mis gritos en el colchón, y oigo cómo lucha por salirse de sus pantalones. No paro de forcejear al sentirme invadida. Escucho que me susurra algo al oído, pero me encuentro bloqueada, he dejado de razonar, estoy totalmente perdida, sollozando, perdiendo esperanza de que alguien escuche mis plegarias. Pero algo en mí me incita a seguir peleando. Grito con fuerza, chilló por ayuda hasta que me da la vuelta tirando de mi cabello y

abofeteándome dos veces. El golpe me hace ver pequeñas lucecitas. Desesperado por callarme, estira la mano y toma una almohada, me tapa la cara con fuerza e intenta sofocar mis gritos dejándome fuera de combate.

Capítulo 35

Santiago Moya

Unos golpes ensordecedores invaden la oficina mientras estoy en el teléfono. Quien sea el que se esté atreviendo a tocar mi puerta en estos momentos, debe tener una muy buena explicación para poderle perdonar su falta de respeto.

—Gracias, Javier —Intento finalizar la llamada, ya todo está dicho y confirmado—. Claro que confío en ti, sé que serías incapaz de mentirme —Me despido—. Estamos en contacto y, de nuevo, muchas gracias. —Cuelgo.

Vuelven a azotar la puerta y, esta vez, me levanto con brusquedad y abro. Al abrir, me encuentro a un Max con cara desencajada.

—Señor —toma aire—, la señorita Delhy está desaparecida. La camioneta en la que salió esta mañana la encontraron en un monte baldío a las afueras de

Toledo. En la parte de atrás, encontraron tres bultos envueltos en hule, al abrirlos, se identificaron como la señorita Cinthia Montelongo, Gerardo Rivera, su chófer, junto con el cuerpo de Adolfo Castro, uno de sus guardaespaldas —Prosigue al ver que no reacciono—. Al nadie contestar sus teléfonos, activé el GPS de la camioneta y nos dio la ubicación exacta de donde se encontraban. Después de enterarme de lo sucedido, me puse a investigar y se me informó que esta mañana, mientras nos encontrábamos en el hospital, la señorita Cinthia le hizo una visita a la Señora Lugo y le entregó esto.

Me ofrece unos papeles, que tomo automáticamente.

Mientras abro el fólder, rodeo la mesa en estado automático y pregunto: —¿Dónde está mi hija? —Al hacer la pregunta, se me revuelve el estómago y se me hace un nudo en la garganta. «Esto no puede estar pasando, no de nuevo».

—La señorita Moya se encuentra en su recámara con su nana —Continúa—. He verificado en hospitales y clínicas, descartando que se encuentre hospitalizada. Acabo de informar de su desaparición en aeropuertos y todas las casetas de autopistas y carreteras de nuestros alrededores —Se detiene, toma aire y con ese gesto sé que viene la peor parte—. Si la Señorita Lugo aún no ha salido de Madrid, no podrá salir sin que nos demos cuenta.

—¿Como mierdas pudo pasar esto, Maximiliano?! En nuestras propias narices. Todo esto ha sido una maldita distracción. —Aviento todos los papeles al suelo, encolerizado.

Javier, después de unas horas de trabajar con toda la información que le mandé, me confirmó con pruebas que todo lo que me había dicho Mario era verdad, sus cuentas al igual que las mías estaban congeladas y, en estos momentos, se encontraban en auditoría por la embajada de los Estados Unidos.

De la nada, todo empieza a tener sentido. Veo a Max, lo observo y le grito: —Búscame al jodido de Roberto. ¡Sácalo de entre las malditas piedras, si es posible! —Sentencio—. Pon atención, que no se entere que lo estás rastreando y buscas su ubicación ¡AHORA!

Abro desesperado mi portátil y espero a que prenda, cada segundo es una eternidad, hasta que por fin empiezo a navegar y voy directo al portal, comienzo a ver la lista de socios activos: diez, veintiuno, veintiocho, treinta y

tres... Voy bajando lentamente leyendo con mucha atención y no lo veo. Reviso de nuevo y no está el hijo de puta, no se encuentra activo, se ha salido, ha sacado su capital.

Tomo mi celular y, sin perder el tiempo, llamo a Max, que ha salido de la oficina solo hace unos cuantos minutos. Este me contesta enseguida, le explico mi presentimiento.

Roberto es el único que no está involucrado en ningún problema legal. No ha preguntado por Paolo ni se sabe nada de él. Todos los de nuestra mesa me han llamado y preguntado por la condición delicada de Rossetti y el único que brilla por su ausencia es el doctor Cárdenas. Él es el único hombre que ha estado jodiéndome la cabeza todos estos últimos meses. No existe explicación coherente del porqué siempre intentaba ponerme en contra de la sociedad al hacer continuamente comentarios, dando a entender que eran ellos quienes estaban detrás de la fiscalía y de truncar mis negocios. Roberto me había estado moviendo a su antojo. Nadie más tenía el poder de pasar por mis guardaespaldas, de conocer mis movimientos, de poder quebrantar una de mis camionetas blindadas más seguras. La persona que estaba detrás de todo esto era un hombre poderoso, con recursos y dinero, y las únicas personas con estas descripciones se reducían entre Paolo, Roberto y Mario. Paolo está al borde de la muerte, Mario está bajo la mira del gobierno y, al ser Roberto el más bien librado ante todos estos recientes acontecimientos, es ahí donde está la flamante bandera roja de advertencia, donde tengo que ir a buscar a mi mujer.



Siento y escucho una vibración, abro los ojos llenos de cansancio. El sueño me había vencido mientras velaba los sueños de mi princesa. Me inclino, le doy un beso en su cálida mejilla y salgo en silencio de su pequeña cama.

Después de la medianoche dejé mi despacho y me fui directo a la habitación de Melina, no podía pisar nuestra recámara hasta que Delhy apareciera y regresara a casa, solo no se sentía bien, no era correcto.

Al cerrar la puerta, saco el celular de mi pantalón y veo la llamada

perdida de Max y, mientras camino a mi despacho, le marco.

—Señor —contesta.

—Dime —ordeno sin perder el tiempo.

—Señor Moya, localizamos al doctor Roberto —anuncia—. Se encuentra en el *Hotel Villa Magna*, hospedado en Villa Magna Suite. Todavía no estamos cien por ciento seguros que la mujer con la cual llegó al hotel, después de las veintitrés horas, sea la señorita Lugo, pero las características mencionadas son semejantes a las de ella. —Se detiene esperando algún comentario, pero al ver que estoy procesando la información, continúa—: Ya tengo a ocho de mis mejores hombres resguardando el hotel, no podrá salir sin ser visto. Yo me encuentro dirigiéndome hacia el aeropuerto, hace tan solo unos minutos recibí una llamada del campo de aviación Adolfo Suárez, para informarme que hace un par de horas el señor Cárdenas tenía programado un vuelo a la ciudad de San Francisco con una parada en París, antes de dirigirse a su destino final, el cual se canceló a último momento. Ahora se encuentran en la espera de indicaciones para sobrevolar en cualquier instante.

—Necesito que confirmen si la mujer que está ahí es Delhy. Intercepta llamadas de servicio, cualquier maldita cosa que sea posible, manda a alguien a esa habitación. ¡Averígualo ahora mismo! —Me detengo por un momento y lo suelto—. Es más, solo entra a ese maldito cuarto, destruye la puta puerta, si te es más placentero, pero me confirmas si es ella la mujer que lo acompaña.

—Senador, no podemos hacerlo de esa manera. Lo pondremos sobre aviso, esto puede ser otra de sus tácticas para distraernos. Déjeme actuar bajo mi código, necesito llegar al aeropuerto y pedir las grabaciones de las cámaras de seguridad. Solo le pido un par de horas, sé que es difícil, pero trate de calmarse, le prometo que la encontraremos, eso téngalo por seguro.

Nos despedimos y me resisto en ir a bañarme a nuestra habitación, es sofocante el simple hecho de pensar en ver sus cosas y no tener la seguridad de que se encuentre con bien, solo estoy actuando haciéndole caso a un simple presentimiento, pero todavía no estamos seguros que sea Roberto el culpable.



No podía quedarme esperando, era una locura seguir las indicaciones de Max, de modo que, sin meditarlo, aviso a mis chicos que se prepararen para salir.

Mis manos me sudan mientras viajo en la parte de atrás de la camioneta, nos dirigimos rumbo al hotel en el cual se encuentra Roberto, no sé qué esperar, pero un presentimiento me dice que ahí encontraré a Delhy.

Hay más chicos asegurando el perímetro del hotel y la mayoría de gente de servicio ha sido reemplazada por agentes encubiertos que se encuentran a cargo del mando del agente Morales, mientras que Max averigua sobre el inesperado viaje de Roberto en el aeropuerto.

Todo está listo, solo esperando por indicaciones. Cuando bajo de la camioneta, uno de los chicos al mando viene hacia mí, me da un saludo militar con expresión rígida. Cuando apenas está por hablar e informarme de la situación, se lleva la mano al oído para poder escuchar mejor por el dispositivo que tiene en su oreja, en eso, veo que frunce el cejo, se gira dejándome ahí parado y comienza a trotar con paso acelerado rumbo al hotel, dando indicaciones con las manos hablando en código.

Alguien trata de detenerme, pero me suelto, la adrenalina explota en mi cuerpo haciéndome perder la cabeza, la persona que trata de detenerme corre hacia mí y me azota con fuerza en una de las fuertes pilas del hotel, con un chaleco antibalas en el pecho.

—Póngase esto. —Me ordena. No pierdo el tiempo, me lo pongo y me da indicaciones para ir detrás de él.

Como si nos encontráramos en un campo minado, avanzamos despacio por el gran pasillo de la entrada. El *lobby*, junto con la recepción, están desiertos, nadie se encuentra en el lugar y todos los chicos caminan en sincronía avanzando y ganando terreno de poco a poco. Mientras subimos las escaleras, se escuchan unos cuantos golpes precisos y, cuando giramos en la esquina, veo que tienen controlada la situación. Dos de los chicos que resguardaban la puerta principal de la habitación están desmayados tirados en el piso, uno de los agentes guarda las toallas con alguna extraña sustancia que deja pequeñas gotas esparcidas en la madera, mientras que el otro los ata sin perder tiempo y

los sacan del lugar.

Por fin veo a Morales, que se encuentra en la puerta a punto de meter la tarjeta de la suite. Cuando lo hace, estoy concentrado en el acto y, tan solo al ver un poco de luz, sin pensarlo, me cuelo entre los grandes cuerpos de los chicos, tomándolos desprevenidos. Los paso y, ante mi acción arrebatadora, azota la puerta estropeándolo todo. En ese momento, soy golpeado con el peor panorama de toda mi vida.

A pesar de que estamos en la entrada, y hay que recorrer el gran recibidor para llegar a la habitación, desde donde me encuentro, puedo ver con claridad como Roberto se encuentra montado arriba de un pequeño cuerpo, al cual tiene a punto de asfixiar, su pequeño brazo cae flácido al dejar de luchar. Cuando escucha el ruido que acabo de hacer al abrir la puerta sin cuidado, Cárdenas voltea, concentra sus ojos en mí y empieza a darle puñetazos en su estómago. Corro automáticamente y, al llegar al cuarto, lo derribo. Los dos caemos al suelo, rodamos lejos de la cama y lo azoto al suelo, mis puños no paran de golpear, hasta que dos grandes masas pueden controlarme y me apartan de él.

Su rostro ensangrentado, sin forma, se sigue carcajeando, mientras brota sangre por su boca, sonrío diabólicamente, perdido en su propia locura. Está recargado en la pared con dificultad, uno de sus ojos comienza a cerrarse y las heridas en su rostro son evidentes.

—¿Crees que llegaste a tiempo? —balbucea—. Mírala, no queda nada de ella. Solo es un cascarón inerte. —Escupe con crueldad.

Sigo desenfocado, sentado al otro extremo, con mi cabeza entre las piernas tratando de regular mi respiración, cuando reacciono ante sus palabras. Me paro veloz y noto a varios de los chicos esparcidos por toda la habitación rastreando el área, analizando que todo esté bajo control. Me acerco a la cama y me congelo, veo una desconocida figura femenina gravemente golpeada, que yace en la gran cama con los ojos cerrados, nadie se atreve a tocarla por miedo a perjudicar más su mal estado, su pelo revuelto no deja ver su rostro con claridad. En ese instante, todos horrorizados, vemos que las sábanas blancas comienzan a mancharse de sangre y alguien grita:

—La ambulancia está llegando.

Estoy parado a unos cuantos pasos de una mujer que no reconozco, una

chica que no puede ser Delhy. «Señor, no permitas que sea ella», me expongo a mí mismo, aun sabiendo la dura realidad.

Capítulo 36

Magdalena Divaio

¡No podía creer que después de tantos años recibiría una llamada del seguro médico de Paolo! Parecía que ese desgraciado regresaba a mi vida para fastidiarme por completo. Solamente unos cuantos días atrás me había enterado que Santiago tenía negocios con él, y ahora tenía que aguantar que me llamaran de la aseguradora y me pidieran que fuera al hospital para llenar papelería porque tenían a un moribundo Señor Rossetti en urgencias, el cual todavía me tenía registrada como la Señora Moya.

Estaba demasiado molesta y ocupada. Colgué de inmediato, no perdería mi tiempo por culpa de ese capullo, no de nuevo, pero cuando me encuentro manejando rumbo a mi clase de yoga, siento como se me remuerde la conciencia y me comienzo a sentir mal, bueno, solo un poquito y, al instante, me cuestiono ¿qué pasaría si fuera yo quien se estuviera muriendo? Nada, que seguramente el cabronazo me dejaría morir, pero muy adentro siento la necesidad de verlo y montarle cara, para que vea que no sigo siendo la mujer tonta que partió destrozada después del gran hallazgo de aquella noche.

Mis zapatos resuenan al caminar por el pasillo de mosaicos blancos del hospital, llego a recepción y les explico el motivo de mi presencia, me hacen llenar papelería y, por curiosidad, pregunto por su estado, la enfermera amablemente me informa que en un momento el doctor estará conmigo.

La verdad me toma desprevenida, solo pensaba pasar por aquí, llenar los documentos y marcharme con una conciencia más ligera. No necesito estar cerca del hombre que arruino mi vida, así que decido irme sin informar a nadie, pero, cuando estoy tomando mis gafas de sol junto con mi bolsa, escucho que la enfermera me llama y me indica que pase con el Doctor Evans.

El doctor me informa sin preámbulos que Paolo sufrió un ataque al corazón, pero que ya se encuentra fuera de peligro y que solo están esperando ver cómo reacciona al tratamiento. Después de escuchar las indicaciones del doctor me despido sin mucho que decir, pero cuando estoy a punto de salir de la clínica, le pregunto si puedo pasar a verlo, a lo cual me indica que hable

con las enfermeras en recepción y que ellas me llevarán a la habitación.

El corazón me martilla con fuerza, y mis manos me tiemblan, no sé qué vaya a pasar cuando lo tenga de frente después de tantos años maldiciéndolo en silencio.

Cuando por fin entro a la habitación, la enfermera se retira y me deja con un hombre lleno de cables conectado a varias máquinas que hacen mucho ruido, su estado es lamentable, a pesar de que el doctor me confirmó que estaba fuera de peligro, es impactante verlo tan vulnerable.

Paolo Moya Rossetti siempre ha sido un hombre fuerte, luchador y de armas tomar, un energético individuo dispuesto a luchar por lo que quiere, sin tropezar con límites, pero al verlo postrado en una cama me reconforta más que poderle gritar a la cara todos esos reclamos que tengo estancados en la garanta.

La vida es así de cruel, es sabia como la ley de la causa y efecto. Todo efecto tiene una causa y cada causa su efecto, si haces algo considerado bueno, pues es lo que tendrás de regreso, y lamentablemente lo que ha sembrado Paolo durante todos estos años es lo que va a comenzar a cosechar en este preciso momento.

Mi vida puede ser solitaria, y la mayoría de gente puede decir que soy amargada, pero nadie me conoce, a nadie le permito estar al tanto de mi vida, la cual vivo a mi manera, no confío en la gente y me rijo a mi modo, con mi propio código.

Observo el cuerpo inerte que se encuentra frente a mí y, sin necesidad que escuche mis palabras, expreso en voz alta:

—Fuiste mi gran amor, lo fuiste todo para mí. Eras la aguja magnética de mi brújula, la que se movía con tu compás. Pero ahora, al verte postrado en esta cama, me doy cuenta que no tienes más poder sobre mí. Solo eres un cuerpo inerte con muchas deudas que pagar.

Me giro y salgo de la habitación sintiéndome más ligera, mi vida siempre necesitó un cierre, y ahora me doy cuenta que no necesito que él me escuche, solo debo de ser consciente que esta tarde he cerrado la puerta que nunca logré cerrar.

Cuando estoy a punto de salir, escucho a Paolo que tose y me detiene.

—Espera, Magdalena —dice con dificultad al quitarse la máscara respiratoria.

Vólteo a verlo y sus ojos verdes profundos me penetran, pero esta vez llenos de tristeza y remordimientos.

—No hay nada que hablar Paolo, tuve que venir para arreglar tus documentos. Sé que estás de vuelta en la vida de mi hijo, y quizás en otras circunstancias te lo reprocharía, porque bien sabes que tú no tienes ningún derecho sobre ellos, pero... —Lo observo con lástima, sintiéndome, por primera vez, superior a él. —No soy quien te haga pagar por tus errores, la vida ha comenzado a cobrarte una por una.

Sin dejarlo responder, salgo de la habitación extrañamente tranquila y, antes de procesar lo ocurrido, veo a mi hijo cabizbajo en la sala de espera del hospital.

Capítulo 37

Santiago Moya

Estoy viviendo los sucesos más difíciles de mi vida. Delhy se encuentra sedada en el mismo hospital donde internaron a Paolo, ilógico, pero cierto. Los dos están aquí, aunque Paolo ya permanece fuera de peligro, solo está esperando un par de semanas más para que le den de alta y así poder marcharse a casa y seguir con las recomendaciones estrictas del cardiólogo para prevenir otro infarto, mientras que Delhy se encuentra en terapia intensiva.

Al llegar al hospital, se me informa que mi pequeña está embarazada y, por alguna extraña razón, no me pongo feliz con la noticia. Me siento egoísta porque ahora soy consciente de que no solo he puesto en peligro a ella, sino también a mi hijo. Qué tipo de hombre creía que era pensando que algún día podría ser feliz después de todo el mal que había causado durante todos estos años. Había sido responsable de la muerte de un bebé y temía que la vida me lo cobrara con mi propia sangre. En el pasado, creyendo que protegía a mi amigo de las garras de una mezquina mujer, le di a escoger a Cinthia entre dinero o su hijo, algo que simplemente no me correspondía y que ahora cargaba con su inhumana decisión.

Después de escuchar las graves noticias, me voy caminando cabizbajo a la sala de espera a seguir aguardando por alguna nueva novedad. Perdido en el tiempo, ni me percató de que alguien se sienta a mi lado hasta que rodean mis

hombros. Su perfume habitual inunda mis fosas nasales, con cuidado me toma y me acurruca. Mi pecho se estremece, respiro con dificultad y mi corazón palpita desbocado como un toro asustado. No quiero llorar, no en sus brazos, no le quiero dar el privilegio de verme indefenso.

—Mi Santiago, mi muchacho —dice mientras acaricia mi espalda, un gesto extrañamente reconfortante viniendo de sus manos—. Perdóname, mi amor, no tengo ningún derecho en tu vida, pero permíteme estar aquí. Te amo, eres mi hijo, cómo diablos no hacerlo. Eres todo para mí. —Me susurra al oído con voz temblorosa.

Me acurruco en su pecho y lloro como nunca, mi frustración, mi dolor, mi pesar, lo descargo en sus brazos. Las barreras se rompen olvidándolo todo, purificándome, rogando porque alguien me escuche, pidiendo a Dios que si existe atienda mis plegarias y no me arrebate lo que tanto amo, mi complemento, mi necesidad, mi otra mitad...

—Todo estará bien, cariño. —Mi madre me dice limpiándome las lágrimas que inundan mi cara.

Paso saliva y me las arreglo para decir: —Madre, Delhy está embarazada. —Las inevitables lágrimas inundan mis ojos sin poderlo dominar.

Mi madre me da una cálida sonrisa reconfortante, una jamás antes vista en su rostro; me acerca a ella y me susurra al oído mientras me abraza: —Felicidades, mi cielo, por segunda vez vas a ser un estupendo padre. —Deja un beso en mi frente y se pasa la tarde entera junto a mí en la espera de noticias.

Después de unas cuantas horas, mi madre se despide para traerme un cambio de ropa limpia y comida, algo que, por supuesto le niego al instante; pero al verla tan decidida, la dejo partir, no sin antes indicarle que no hable de lo sucedido, no quiero que nadie aún se entere de los acontecimientos que nos rodean.

—¿Parientes del paciente Lugo? —Un doctor mayor anuncia y me levanto apresurado.

—Aquí —Levanto la mano para llamar su atención y se acerca. Le doy la mano y me presento —: Santiago Moya su marido.

—Señor Moya acompañeme.

El doctor me indica que se ha levantado una orden de investigación tras el estado evidente de Delhy, eso me hace recordar al mal nacido de Roberto, el cual en estos momentos se encuentra detenido en la comisaría. Mis abogados están trabajando para llevarlo al juzgado lo más pronto posible y ponerlo tras las rejas.

—¿Cómo está ella? —Lo corto. No me interesa saber nada de procedimientos o que me esté observando acusador por creer que soy yo quien maltrato a mi mujer. Del culpable yo me encargaré.

—La señorita Lugo...

—Señora. —Lo interrumpo serio, sin pisca de broma.

—Se encuentra en condición delicada, presenta contusiones, fractura en dos costillas y luxación de hombro derecho; está perdiendo mucha sangre, lo que se piensa es una hemorragia interna y se va a preparar para una cirugía para encontrar la efusión.

—¿El bebé? —Indago curioso, temiendo su respuesta.

—El producto se encuentra con vida por el momento, pero puede presentar una amenaza de aborto. La estaremos monitoreando. En estos momentos, se encuentra dormida y en condición delicada, esperemos que ella reaccione favorablemente al tratamiento.

—¿Puedo verla? —pregunto esperanzado.

—No, ahora están preparando todo para entrar al quirófano, en cuanto terminemos la van a transferir a un cuarto. Se quedará por un tiempo para seguir su evolución. Cuando esté instalada, le llamarán para que pase.

Asiento automáticamente y, después de darle las gracias y despedirme, salgo del consultorio.

Mi madre llega minutos después con el cambio de ropa y con comida caliente, me obliga a bajar para comer, pero en vez de hacerlo, me pongo a hacer varias llamadas. Es hora de desconectarme del todo, mi prioridad en estos momentos es únicamente Delhy.

Capítulo 38

Habían pasado tres largos meses después de que, por fin, me dieron de alta, pero el sufrimiento permanecía en mí intacto desde la noticia. Los moretones día a día disminuían. Había vivido el proceso desde su color rojo intenso deslumbrante, recordándome el coraje que se instalaba en mi corazón, que palpitaba únicamente para dejarme morir. Cuando se tornaron azul, desprecié cada poro de mi piel y volví a desear estar muerta. Cuando llegó su tono morado, me asusté de haberme perdido en el proceso. Y cuando fueron de color verde, tuve que sacar fuerzas para seguir viviendo.

Cada mañana me recordaba: Un día más, Delhy. Si eso no funcionaba, me decía: una hora más. Y mi último recurso hasta el día de hoy es: un segundo más.

La vida es dura y cruel. En todo momento, por mi cabeza pasan infinidad de pensamientos hirientes, quizás solo trato de lastimarme para recordar que el sufrimiento es lo único que me confirma que sigo viva.

Tengo una familia, un hombre que a cada momento me dice que me ama y a una niña que todas las mañanas espera por mí, pero eso no es suficiente en mi

corazón, mi órgano vital sigue destrozado, quebrantado, roto, sencillamente destruido. Es inexplicable cómo una mujer puede perder su sentido racional.

Tocan la puerta. Al principio creo que lo estoy imaginando, así que regreso mi mirada a la ventana. Me encuentro sentada viendo los grandes jardines verdes de la casa de Santiago, siempre tan pulcros y hermosos. De nuevo, escucho unos golpes ligeros en la puerta, me levanto despacio y me ajusto la bata. Mi cuerpo es tan delgado que nada me queda, o simplemente no tengo suficientes ganas de cambiarme.

Abro despacio la puerta y veo a Melina vestida, lista para su clase de *ballet*. Me quedo congelada, desde que llegué a casa, no he salido de la habitación y no he permitido que nadie me vea, a excepción de Santiago, que todas las noches consuela mi alma destrozada. Solo él comprende el dolor que me invade, que no me deja respirar, que me sumerge y me atrae a la oscuridad, esa penumbra reconfortante, ese lugar del que no quiero salir.

—¡¡¡Mami!!! —Es lo único que logra decirme y se me echa encima. Melina llora desconsolada y la acompaño, caemos en la alfombra y lloro junto a ella pidiéndole perdón, había perdido un hijo, la vida me había arrebatado a un bebé que jamás olvidaría, pero había otra persona que necesitaba de mí, que requería de mis cuidados, que exigía a una madre que se encontraba a kilómetros de casa.

Esa tarde, mi hija me salvó y me dio un motivo más para seguir adelante, porque, aunque el amor de Santiago era único y especial, y me mantenía viva gracias a él, había un amor desmesurado dentro de mí, el amor que le prodigaba a un hijo que jamás conocería. Era el diario recordatorio de saber que nunca podría estrecharlo entre mis brazos, era asimilar que había existido pero que la vida me lo había arrebatado. Me destrozaba el alma darme cuenta de que nunca tendría la dicha de escuchar su voz, pero en ese momento con Melina en mi regazo, me di cuenta que el amor de una madre nunca termina. Mi bebé ya no estaba en mí, y quizás jamás dejaría de doler, nunca podría olvidarlo, pero tenía que ser fuerte, no podía dejar de luchar, tenía una criatura que esperaba por mi regreso.

—Hola, mi amor —le saludo con lágrimas en los ojos.

Melina me limpia mi cara con sus pequeñas manos.

—¿Sigues enferma, mami? —pregunta con cariño.

—Ya no, tesoro mío. —La estrecho y le doy un beso en sus cabellos rubios.

Escucho que alguien viene con paso apresurado por el pasillo, buscando a Melina. La puerta se encuentra abierta y llega Magdalena, se detiene al pie de la puerta y nos observa con cautela. Me llama la atención el mandil de flores que viste arriba de su ropa de diseñador.

—Disculpa que las interrumpa, el chófer se encuentra esperándonos. Melina tiene clases de *ballet*. —Se explica mientras se quita el mandil.

Volteo a ver a Melina y me despido de ella prometiendo que estaré esperándola para la cena. Cuando mi hija gira y se va caminando por el pasillo, Magdalena entra a la habitación.

—Delhy, quiero disculparme. Sé que han sido unos meses muy difíciles, y no quiero sumarme a tus malestares. Continuaré ayudando en la casa hasta que estés de regreso. Cualquier cosa que necesites, cuenta conmigo.

—Gracias.

Fue lo único que logré pronunciar. La vi partir, dejándome con la esperanza de que todo estaría bien. La vida cambiaba y se reconstruía, el destino ya estaba trazado, lo único que nos quedaba era aceptarla y vivirla.

Capítulo 39

¡Esta mujer me va a volver loca! Le he dicho un montón de veces al pobre de Santiago, el cual solo se ríe y con tiernos o apasionados besos me hace olvidar la pesadilla por la cual he estado pasando estos últimos meses.

Claro que México fue el primer lugar que pasó por mi mente para planificar nuestra boda, pero no al estar a miles de kilómetros lejos de nuestras vidas.

Cuando comenzamos a considerar en planear el evento, Madrid quedó fuera del plan desde el principio. La boda tenía que ser en mi país, en mi ciudad natal; así que Ivana, como la mujer organizadora y perfeccionista que es, sin cuestionarme, contrató a una estupenda planificadora de bodas.

Donaji García es un amor, una chica super maja, pero me vuelve loca cada vez que nos comunicamos por *Skype*, pues en vez de quedarme más tranquila porque todo está quedando como lo queremos, me deja estresada con sus tantas preguntas revoloteando en mi cabeza. Ahora es común que sueñe con flores, manteles, loza y hasta distintivos, por mencionar algunos.

Santiago todo el tiempo trata de calmarme con su: «Todo saldrá bien», cosa que quiero creer, pero hasta no estar en la boda, no podré estar tranquila.

Me encuentro esperando a Ruth, no creían que la iba a dejar en España, ella me tenía que acompañar en esta tarde tan importante. Era quien, con sus benditas manos, había hecho magia en aquel día, que sin pensarlo, hizo que mi vida cambiara inesperadamente.

—Deja de moverte, chama —Me regaña—. Ya estamos por acabar.

—Todavía no puedo creer que haya aceptado todo esto. —Le digo mientras observo desde la ventana.

Todos los chicos de *catering* se encuentran poniendo la mantelería, flores, sonido y caminan de un lado a otro mientras veo cómo Donaji revolotea los brazos dando indicaciones. Todavía es temprano, nos encontramos en la hacienda de mis padres, en Cuernavaca.

La verdad, jamás imaginé casarme aquí, en mi hogar, pero después de buscar entre tantos hermosos lugares por Internet, al no encontrar nada que nos cautivara, decidimos viajar a México. Y la mañana que nuestra planificadora de bodas llegó a la hacienda para platicar con nosotros, nos dijo sin vacilar: ¡Delhy, esto es el paraíso! Nos dio un recorrido en nuestra propia hacienda hablando de flores, centros de mesa, caminando de prisa alrededor de la alberca, haciendo comentarios de poner pétalos de rosas rojas en ella y,

mientras hablaba, poco a poco me fui imaginando cada hecho y lo pude ver, vi la magnitud perfecta en mi cabeza y aceptamos. Al contárselo a mis padres, no pudieron estar más felices de nuestra decisión.

Nos casaríamos aquí, utilizaríamos la pequeña capilla en la cual tantas veces había jugado de pequeña con mis amigas, solo que en esas ocasiones siempre era el novio, nunca me dieron la oportunidad de ser la novia, pero esta vez, mi sueño se volvería realidad, tendría mi propia historia de amor y me casaría con el hombre más guapo de todo el universo, mi Santiago Moya. Cuando Donaji se enteró que la capilla solo tenía capacidad para cincuenta personas, casi se nos desmaya, pero para nosotros no era un problema, teníamos pensado algo muy íntimo, únicamente con nuestra familia y nuestros amigos más cercanos. Amaba mi vida, comenzando con la familia que la conformaba.

Mi querida suegra es un pan de Dios. No me miren así, lo es conmigo. Me recuerda tanto a como le hablaba y trataba a Melina, cuando la conocí en el aeropuerto. Bueno, de esa misma manera me trata a mí, no me mal interpreten, Magdalena Divaio sigue siendo la mismísima bruja *Úrsula* con los demás, pero conmigo es todo muy diferente, me he convertido en una hija más, soy parte de su familia, y como ella misma lo dice: “De la familia no se habla mal, ni se le da la espalda. A la familia se le ayuda, se le apoya y se le cuida”.

Después de salir del hospital, se mudó a casa por una temporada para ayudarnos, estuvo a cargo de ellos. Yo no me enteré en su momento, sino meses después que volví a la vida, que regresé a ser yo.

Fue un salvavidas y una madre para mí, puesto que mis padres nunca se enteraron de mi situación, era mejor así, sin preocuparlos. Ya estaba en casa fuera de peligro, solo tenía que encontrarme a mí misma.

También ahora tengo un suegro oficial, un loco y excéntrico hombre, nada más ni nada menos que el señor Paolo Moya Rossetti, que en cada cena familiar hace rabiar a Magdalena y, cuando eso pasa, todo se sale de control, pero bueno, estamos agradecidos de que ahora esté presente en nuestras vidas. La verdad, no creo que alguna vez se lleguen a entender esos dos, pero están aquí, los dos nos apoyan por separado y ambos nos aman a su manera, el pasado y los rencores han quedado atrás, uniéndonos de nuevo.

Si se preguntan por Mario Arizmendi, se mudó de la ciudad, Santiago me ha contado que se fue a Miami, no es alguien que siga en nuestras vidas, pero sí una persona que sabemos estará ahí para nosotros, después de atestiguar en contra de Roberto, el cual psicológicamente ha perdido la razón. En el tribunal, sus confesiones cambiaron en todo momento y, al no avanzar, el juez lo declaró culpable, reconociéndolo como demente y mandándolo a un tratamiento forzoso en un hospital psiquiátrico. La fiscalía, a su vez, exigía reconocer al criminal como mental sano e imponerle la pena máxima, temiendo que apelara la sentencia. El juicio se reanudó meses después y fue condenado a veintiún años en prisión.

Goddess Society sigue en pie, dirigido por el importante arquitecto, fue el único que se proclamó preparado para seguir con la sociedad, después de que Paolo anunciara su retiro y dejara la presidencia a su siguiente al mando. Sin embargo, Santiago decidió quedarse únicamente con los negocios y desligarse de las Diosas, mientras que Mario tomó la presidencia y, hasta el día de hoy, sigue con su excéntrico estilo de vida.

Tocan la puerta y veo cómo Ruth procede a abrirla con cuidado.

—Hola, Ruth. ¿Podría ver a mi hija? —Escucho a mi madre preguntar.

—Claro, señora, ha llegado justo a tiempo, voy a necesitar ayuda con ese hermoso vestido.

Veó que mi mamá pasa a la recámara con su peinado y maquillaje listo, lleva un hermoso vestido color crema con ligera pedrería. Se ve hermosa. Mi madre, a diferencia de Magdalena, es una mujer de casa, nada ostentosa, pero hoy está deslumbrante.

—Hola, mi cielo. ¿Cómo te sientes? —pregunta mientras se acerca y se sienta en la cama frente a mí. Me toma la mano y nos quedamos viendo por la ventana.

—Estoy muy nerviosa. —Dejo salir una risita inquieta.

—Todo está quedando hermosísimo, esa chica es una maravilla —Me sonrío y sus ojos, llenos de amor, se concentran en los míos—. Estoy muy feliz por ti, mi amor —Me junta mis manos y les da un cariñoso apretón con las de ella—. Quiero que sepas que eres el amor de mi vida, que te amo tanto que no

puedo expresarlo con palabras. Recuerda que siempre estaré aquí cuando me necesites. Jamás dudes en acercarte, Delhy. Te adoro, mi niña. Soy capaz de hacer cualquier cosa que esté a mi alcance por verte feliz.

—Te amo, mamá. —Me levanto y la abrazo, siento que las dos estamos a punto de llorar de tanta felicidad que nos rodea.

—Ayyyyy, nooooo. ¡Santo bendito! Paren ahí, que me ha costado dejarlas impecables —grita Ruth entrando a la habitación, sosteniendo el vestido.

Entre las dos, me ayudan a enfundarme en el más precioso de los vestidos de novia, fue confeccionado por uno de los exclusivos diseñadores de la tienda *Miiu Miiu*, se tuvieron que adaptar a mis gustos y, después de varios viajes a Londres, terminé con la perfección viviente de alta costura que ahora se refleja en el gran espejo, de cuerpo completo, que se encuentra empotrado en la pared de mi antiguo cuarto.

El vestido es color blanco, con tirantes delgados; la falda está hecha con tul, pero lo que más llama la atención es la parte de arriba, que está confeccionada con tela guipur. Tiene un bello escote pronunciado y, a la vez, es discreto para la vista de los presentes. Todo el vestido fue bordado a mano con cristales de *Swarovski*, por lo que es muy pesado. El atuendo sin duda es elegante y fresco, que era lo que quería al optar por una boda a la caída del sol. Me giro para contemplar mi espalda desnuda antes de que me sujeten el tocado.

Después de varias pruebas de peinado, decidimos que la mejor opción, al ser la recepción al aire libre, sería recoger el pelo en un tocado alto, con un toque de perlas al lado y, en la parte de abajo, una peineta bien sujeta de la cual cae un hermoso y largo velo.

—¡Wow! ¡Te ves tan preciosa! —expresan al unísono mi madre y Ruth, voltean a verse y se echan a reír.

—Madre de Dios, Delhy. Mira la hora, necesitas estar lista en quince minutos para la sesión de fotografía.

Llego al jardín con la ayuda de Luz, quien viajó junto a Jacobo para estar presente en mi boda. Llevan ya unas semanas en la ciudad, salimos todas las noches los cuatro y están enamorados de mi pueblo, tenemos planeado ir a

Puebla, Oaxaca, Chiapas hasta llegar a Quintana Roo, donde tomaremos rumbos diferentes para seguir nuestra luna de miel por el Caribe.

Miro cómo Paolo se encuentra arreglándole el corbatín a Santiago, pero al sentir mi presencia, se gira para encontrarme viéndolo. Al instante, noto sorpresa reflejada en el rostro.

—¡¡Pequeña!! ¿Y la tradición de no ver a la novia con el vestido antes de la ceremonia? —Se acerca preocupado.

—Estoy confiada de que no existe lugar entre nosotros para la mala suerte. —Me acerco a él y le doy un beso apasionado, donde nos devoramos mutuamente hasta escuchar que el fotógrafo se aclara la garganta y enseguida me gana unos regaños de mi amada Ruth.

Nuestra boda fue preciosa, todo un sueño hecho realidad; desde la ceremonia al expresar nuestros votos, hasta el momento lleno de magia que vivimos al bailar una de las más preciosas melodías en nuestro primer baile como señor y señora Moya.

—¡¡¡¡Santiagooooo!!! Ven...

—¿¿Qué pasa?! —Llega Santiago corriendo con cara asustada hasta la alberca.

—Escucha —Indico con mi dedo en dirección a la bocina, que se encuentra empotrada en la esquina del patio. De fondo, se escucha *Thinking Out Loud* de Ed Sheeran. Es la primera vez que la escucho y le pongo atención a la letra—. ¿Verdad que es bellísima?

No me responde, pero me atrae a su cuerpo y me acurruca entre sus brazos. Nos perdemos en la melodía y bailamos bajo el cielo estrellado, como siempre de testigo, ese firmamento lleno de estrellas brillando y danzando junto a nosotros, enamorándose y perteneciendo en un lugar pleno y profundo, místico y especial, tan grande y extraordinario como nuestro amor.

Así fue como nos enamoramos y decidimos que esa sería la canción que bailaríamos en nuestra noche.

El desenlace fue totalmente mexicano, con colores vivos, jarrones hermosos engalanados con rosas rojas, claveles de diferentes tonalidades, desde naranjas hasta coloridos azules. Se sirvió muchísima comida típica en bonitas cacerolas de barro, donde te servían desde mole poblano, arroz, asado, frijoles fritos e infinidad de platillos típicos. Este gran detalle tuvo a todos nuestros invitados españoles chupándose los dedos.

La velada llegó entre baile y risas hasta altas horas de la noche, pero cuando todos se disponían a irse a sus habitaciones, les informó papá que seguía la tornaboda, algo nunca antes escuchado en España. En el momento que se les dijo que el festejo venía acompañado de pozole y menudo, nadie dejó pasar la oportunidad de seguir bebiendo, bailando y, definitivamente, comiendo aún más, si esto fuera posible. Pero sin duda, no siempre vivirían la experiencia de una auténtica boda mexicana.

Epílogo

Tres años después...

—Delhy, por favor, cuando se venga Santiago a la cama, regrésalo a su cuarto. —Sentencia el señor de la casa, mientras se soba el cuello haciendo una mueca de dolor frente a mí. Se gira y se estira como un felino antes de caminar hacia el ventanal que da rumbo a la alberca. Comienza a abrir las cortinas dando paso a que la luz de la mañana se filtre y me dé oportunidad para contemplar su escultural cuerpo. Con su movimiento, me muestra esa espalda ancha y trabajada que siempre despierta en mí las más oscuras fantasías, junto con esos fuertes brazos que sé que moriría feliz si me arrojara en ellos.

Mi marido solo viste un pantalón de algodón delgadito que le ciñe de infarto en ese trasero duro y respingado que posee, mi mirada lo recorre sin vergüenza y llega hasta perderse en la caída ligera, pero con exactitud y precisión, que hace ese pijama en su cadera mostrando con descaro los músculos que forman su definida y candente V.

—Santiago es mi bebé. Solo tiene dos añitos. —Se voltea y me da una sonrisa de esas que siguen consiguiendo mi *panty* como ofrenda, mientras que con su cabeza me dice que no.

—Eres incorregible, señora Moya. Si sigues así, seguiremos durmiendo con él hasta que tenga quince.

—Ven a la cama —digo con morritos para que deje de reprenderme y le doy unos golpecitos a su lado del colchón invitándolo a acostarse junto a mí. Santiago ya ha llevado a Santi a su cuarto y ahora ya hay espacio para los dos —. Te puedo recompensar con un masaje. Ven, todavía es muy temprano.

Se sube a la cama, me arranca las sábanas y un grito de sorpresa sale de mi boca. Sin perder el tiempo toma mi pezón, que se despierta y se queda erecto ante su tacto. Aleja su rostro y contempla su travesura, ha dejado la tela húmeda donde chupó mediante la seda. Me sostengo con mis brazos y le doy acceso para que me la quite. Al tenerla fuera, la deja caer sin preocupación al

suelo de una manera teatral y, sin demora, sube su cuerpo al mío. Con manos ágiles, le quito el pantalón y nos quedamos desnudos por unos segundos contemplando nuestros cuerpos unidos, nuestras piernas se entrelazan y ligeramente su cuerpo cubre el mío transmitiéndome calidez.

Me contempla y me mira a los ojos, sosteniéndose de sus codos para no dejar caer su peso en mí, una de sus manos acaricia mi cara, su penetrante mirada verde me envuelve.

—Te amo tanto, pequeña. ¿Lo sabes? —Lo observo seducida, pero antes de tener oportunidad de contestar me dice—: Gracias por hacerme el hombre más feliz del universo —me besa tiernamente en los labios, se retira y me contempla de nuevo con sus ojos profundos llenos de devoción—, por darme la felicidad que nunca soné —me regala otro beso—, por darme plenitud... Por dármelo todo. —Me devora la boca robándome la cordura.

—Gracias a ti por existir cariño, por ser mío y por dármelo todo — respondo más enamorada que nunca, sintiendo mi pulso palpitar en todo mi cuerpo, sintiéndolo en cada partícula de mi ser, porque Santiago no era solo mi marido, Santiago era mi complemento, mi necesidad, el alimento que necesitaba para sobrevivir. Podrían llamarme dependiente, yo lo llamaba complemento, porque todo lo que yo le daba a ese hombre maravilloso él me lo regresaba con creces.

Siento sus dientes rozar mi cuello y sus manos ágiles recorrer mis curvas. —Me encanta esto. —Me aprieta las nalgas levantándolas ligeramente, preparándome. Su mano se cuela por mis piernas, me tortura por unos segundos y me separa los muslos con las dos manos.

Me observa completa con pura lujuria, pero sus palabras transforman el momento a miel y corazones.

—Vas a acabar conmigo, soy tu siervo, mi reina. Soy y seré siempre todo tuyo.

Siento donde entra en mi calidez y me penetra hasta el fondo, mis sentidos se incrementan mientras se sumerge en mis húmedos pliegues, reacciono y paso mis uñas por su espalda y él reanuda agarrándome con fuerza, sumergiéndose en mi interior. Entre desesperados jadeos acaricia mi clítoris y me pierdo en la sensación que se intensifica a cada segundo. Su cuerpo me

reclama y me posee por igual.

—Te amo, mi amor. —Me susurra en los labios.

Caemos rendidos y sudorosos. Por un momento, nos olvidamos por completo de nuestro ya tan habitual dicho: “shh... vas a despertar a los niños”.

Así que cuando con asombro de no haber sido interrumpidos esta vez, me acurruco a su cuerpo y, cuando siento que mi respiración se aligera y me entran unas deliciosas ganas por quedarme dormida, escucho unos pasitos que vienen hacia nuestra recámara y me comienzo a reír en el cuello de Santiago antes siquiera de escucharlo. Dichosa abrazo fuerte a mi marido y, con una sonrisa en los labios, espero lo inevitable.

—maiii... paiaiii... —Al escuchar a Santi, me desenredo de mi candente hombre y busco rápido mi bata, mientras Santiago se levanta y camina hacia la entrada, antes de atender la puerta, voltea a verme y, al ver que tengo mi batín puesto y ya me he metido entre las colchas, abre y deja pasar a mi pedacito de cielo.

—Paaaaappiiiiiiiiiii —grita mi niño alegre, y Santiago lo toma de los brazos y lo levanta. Los contemplo desde lejos, es el mismo retrato que su padre, pero en miniatura: pelo rubio, ojos verdes y tez blanca, solo que mi gordo tiene unas mejillas rosadas tan bellas que me recuerdan a mi hermosa Melina.

—No señor, usted jovencito debe de quedarse toda la noche en su cuarto.

Abro las cobijas, y Santi, con una carita preciosa de niño regañado, se acurruca en mis brazos, nos hacemos a un lado y sube Santiago a la cama.

Cuando estamos a punto de prender la televisión: (Sí, claro, aun a pesar de las múltiples veces que les dije que en la habitación no tendríamos televisión, un día tomaron de buenas al senador y, cuando llegué a casa después de mis clases de repostería que imparte Luz todos los miércoles, los tres estaban encantados con la nueva adquisición. Y al verlos tan cómodos y felices, en vez de reprenderlos, me metí a la cama junto a ellos para disfrutar de la película que veían. Al final, esa mamá Coco me hizo terminar llorando y extrañando a mis padres).

—¡¡¡Ohhhhh noooo!!! Salgan de ahí —grita Melina tomándonos de

sorpresa al azotar la puerta—. ¡Mamiiiiiiii, por favooooorrrrrrr! —lloriquea y camina hasta la cama—. ¡No tarda en llegar mi tortaaaa! ¡Los abuelos ya se levantaron! Solo faltan ustedes. —Nos reprende la condenada niña, igualita al padre.

¿Cómo diablos estos niños están levantados tan temprano? Son las seis de la mañana. Se supone que somos nosotros los que teníamos que despertar a Melina con un “Feliz cumpleaños”.

Melina se sube a la cama y se monta arriba de Santiago. Empieza esa peculiar muestra de afecto que solo utiliza con su padre cuando quiere algo.

—Papi —Lo soba y le acaricia el pelo como si fuera un cachorro. Mientras la veo, trato de contener la risa. Santiago la observa precavido, y creo que hasta con más miedo que cuando le sacan sangre en el hospital, cosa que odia—. Papito lindo.

—Feliz cumpleaños, mi preciosa jovencita. —La interrumpe tratando de distraerla, se recorre junto con ella para quedar sentado, apoyado en el respaldo de la cama con Melina en sus piernas.

—Papito, hoy en mi cumpleaños —toma aire y procede—, quiero recordarte que me prometiste que en mi aniversario, como no podemos traer a *Trueno* de casa de los abuelos desde México —le pasa sus manitas nerviosas por su pecho y le suelta la bomba—, comenzaría una colección de caballos aquí en Madrid. —Deja salir eso último en un grito ensordecedor, aplaudiendo esperanzada que algún caballo la esté esperando en el jardín con un moño gigante como regalo de cumpleaños. «¿Santo Dios, de dónde vamos a sacar caballos ahora?»

Melina, cada verano, nos pide que la llevemos de vacaciones a la casa de mis padres, ama los animales, el sembradío y, claro, una de sus pasiones es montar a caballo. Después de nuestra boda, se quedó enamorada de un potrillo que había nacido en esas semanas, al cual mi padre le pidió que lo nombrara, y ella, sin pensarlo dos veces, le llamó *Trueno*, era un caballo pura sangre, color negro azabache que se ganó el corazón de mi niña desde que lo vio danzar por el forraje.

Santiago me mira pidiéndome ayuda, mientras que Santi está embobado viendo *Curious George*.

—Melina, ven aquí. —Le pido con ternura.

Cuando se me acerca, la tomo entre mis brazos y la acurruco: —Feliz cumpleaños, mi niña hermosa —Le beso sus cabellos rubios—. ¡Wow ya ocho años mi vida!

Me abraza fuerte y, como toda una mamá mediadora, controlando la situación, no le explico en el momento que su padre no le ha comprado ningún caballo, opto por sacarla de la cama para motivarla a alistarse para su fiesta.

Después de un par de horas, Ivana, como la tía consentidora que es, tiene todo hermoso y controlado en el jardín. En un extremo, están las maquinitas de algodón de azúcar, palomitas, perritos calientes y las mesas de las golosinas, todo divinamente decorado, con la perfección personalizada hasta en el último de los detalles. En medio pusieron la pista de baile, que tiene iluminación y, al tocar los cubos del piso, cambian de color con el sonido de la música; mientras que, al otro extremo, se encontraban mesas redondas con mantelería celeste y rosa siguiendo el tema de los colores de unicornio, como lo había pedido Melina.

Poco a poco comienzan a llegar los invitados. En la casa reina la felicidad, y las risas de los niños resuenan por todos lados.

No puedo ser más feliz, contemplo a todos platicando, mis suegros, mis padres, mis amigos y algunos padres del colegio nos acompañan esta tarde, se les nota que la están pasando muy bien este día tan importante en nuestro hogar.

Me paro por un momento y me recargo en uno de los pilares del jardín que dan hacia donde están los juegos. Como un espectador, me quedo parada observando y dándome cuenta de lo afortunada que soy. Contemplo a Melina, que se encuentra parada esperando que le entreguen unas palomitas, como toda una señorita. Viste un hermoso vestido rosa pastel con manga tres cuartos que le llega a la rodilla, sujetado por un cinto color fosforescente que tiene una rosa de decoración, calza unas bailarinas color plateado y su pelo, hasta los hombros, es lacio y rubio. El porte impecable de la familia Moya la caracteriza y la destaca de los demás.

Comienzo a buscar a Santi y lo veo tirándose de una resbaladilla junto al tío Jacobo, mientras que Luz los espera comiéndose un algodón de azúcar al

pie del juego.

Esos dos son un enigma, no los entiendo, pero les funciona bien. Viven un romance loco, unos días pegados como chicle, y otros alejados totalmente, amando y respetando su espacio y libertad. ¿Quién soy yo para juzgarlos? Si son felices, yo soy feliz junto a ellos.

—¿En qué piensa la mujer más guapa y señora de la casa? —Santiago me abraza desde atrás y su aliento cálido me eriza la piel.

—En nada... —Suspiro—. Solo me paré a disfrutar del momento. —Le declaro con una sonrisa en el rostro, que dice más que mil palabras

Santiago me besa el cuello y, sin perder el tiempo, me toma de la mano y me pide que lo acompañe, nos acercamos a las mesas, mientras los niños siguen jugando. El señor de la casa toma la palabra.

—Buenas tardes, familia, amigos —Con su voz profunda, llama la atención de todos los presentes, y nos quedamos parados frente a nuestros invitados tomados de la mano—. Quiero darles las gracias por acompañarnos esta tarde, gracias a cada uno de ustedes por estar aquí —Se lleva mi mano a sus labios y le da un cálido beso—. Aprovecho esta ocasión tan especial para darles las gracias por contar con su presencia y, a la vez, anunciarles que estamos muy felices en esta nueva etapa de nuestras vidas —Voltea a verme y me sonrío—. Delhy tiene algo que contarles.

Me pongo roja como un tomate, inmediatamente, me doy cuenta a lo que se refiere cuando me rodea y me abraza, se sitúa tras de mí y deja sus grandes manos en mi vientre. Ahora todos me están observando con curiosidad. Jamás pensé dar la noticia esta tarde, así que me giro un poco y me acurruco a su pecho, lo abrazo fuerte, mientras me pongo de puntitas y, después de besarle el cuello, le digo despacito:

—Da tú la noticia. —Y sin esperar ni un segundo más, grita radiante:

—¡¡¡Vamos a ser padres!!!

FIN

Agradecimientos

Quiero agradecer este momento tan importante a Dios, gracias por cada bendición, y por todas las grandiosas personas que has mandado a mi vida.

Gracias a mi marido por amarme como soy y por apoyarme a cumplir mis sueños. A lo mejor de mi vida, mi hermoso y talentoso hijo, Elias te amo, eres mi complemento.

Gracias a mi familia, a mis padres y a mis hermanas que aceptaron mi trabajo y mi pasión por la lectura, porque desde que se enteraron de la publicación de Qué Será de Mí lo acogieron y me apoyaron incondicional.

Gracias a mis amigas, hermanas y betas Bee Lugo, Luz Hernández, Lily Gama e Isaura Tapia, sin ellas mis escritos fueran ilegibles, gracias por ayudarme a cuidar cada detalle y hacer suya nuestra novela.

Gracias a mi segunda familia, Libros Que Dejan Huella es una parte fundamental en mi día a día, es la creación de un grupo en el cual encontramos la complicidad y la amistad desinteresada, compartiendo nuestra pasión por los libros. Nunca podría nombrar a cada uno de ustedes, pero quiero que sapan que los llevo en mi corazón.

Gracias a las escritoras Claudia A. Pérez, Lorena Fuentes Jessyca Vilca, Flor M. Urdaneta, Miriam Meza, Aryam Shields y Lisy Noboa por todo su apoyo y consejos.

Gracias a todas las personas que le abrieron el corazón a nuestra amada novela, a todos los grupos y páginas que apoyaron con su promoción y recomendaciones:

libros.mentirosos,

books_henry_jamie_mike,

*Viviendoentrelibrosrd,
mundodelibros97,
librosquesequedanentucorazon,
a_ellie_books,
fragmentosromanticoseroticos,
extremadamage,
entre.amor.y.letras,
nubedelibros18,
nuevolector,
we.are.bibliophiles,
bookimperial,
literandia,
los_libros_de_val,
leersonaryvivir,
Libros y mucho más,
Divinas Lectoras,
Zorras Literarias,
La Magia de los Libros,
La Lectura de Liliana,*

Y muchísimos más, que no terminaría de nombrarlos esta noche.

Y por último, gracias a ti por hacer a mi historia parte de tu vida. Gracias por soñar, reír y llorar junto a mí.

Con todo mi corazón, ¡gracias!

Liz Rodriguez

Copyright © 2018 L. Rodriguez

Todos los derechos reservados

ISBN-13: 978-1721218424

